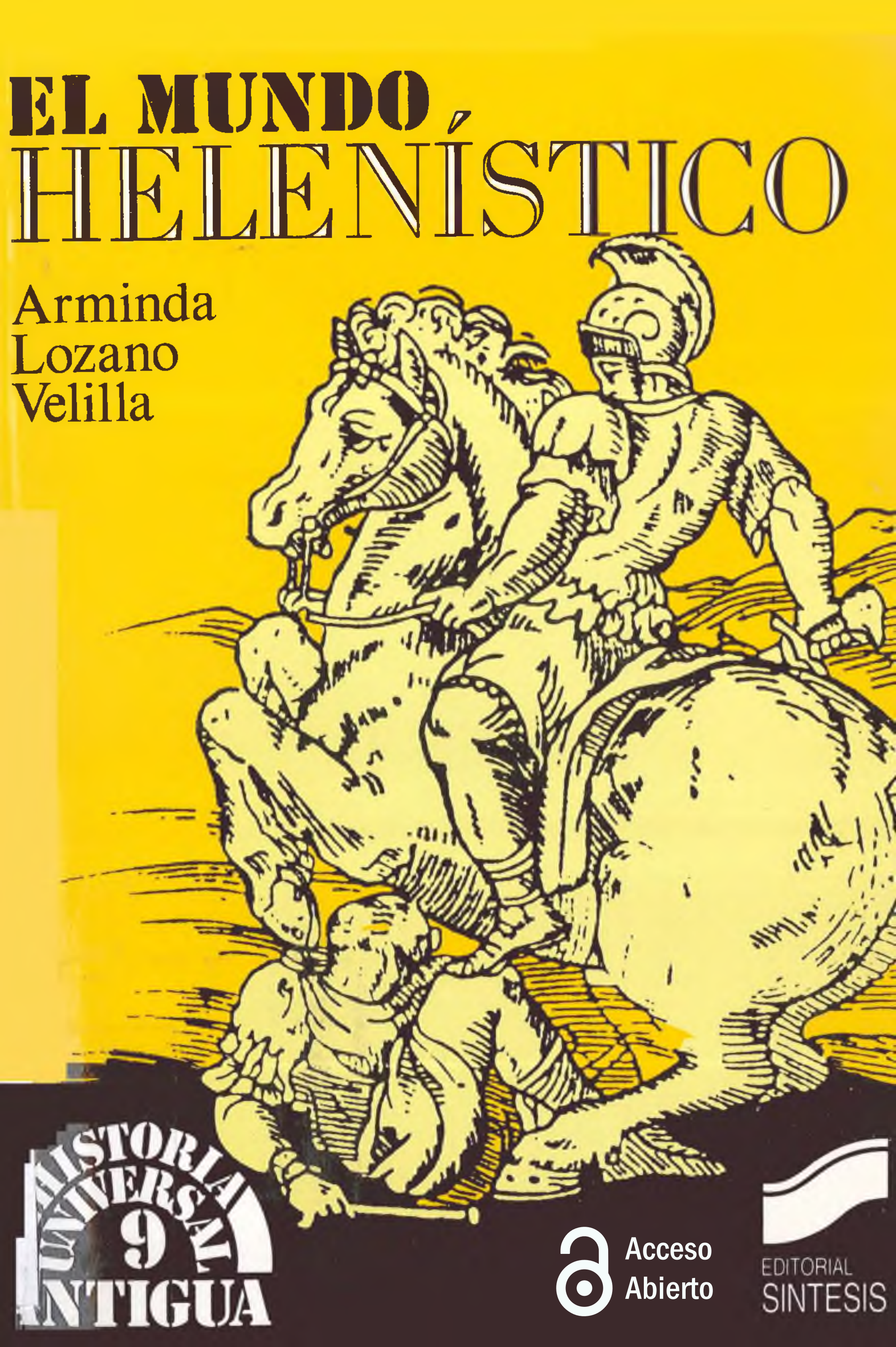

EL MUNDO HELENÍSTICO
Arminda Lozano Velilla
HISTORIA UNIVERSAL ANTIGUA
9
Acceso Abierto
EDITORIAL SINTESIS

EL MUNDO HELENÍSTICO

Arminda Lozano Velilla



EDITORIAL
SINTESIS


HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA

Primera reimpresión: octubre 1993

Diseño de cubierta: Juan José Vázquez

Vallehermoso, 32. 28015 Madrid
Teléfono (91) 593 20 98

Depósito Legal: M-17.744-1993
ISBN: 84-7738-127-5

Fotocompuesto en Textoláser, S. A.
Impreso en Lavel, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

Indice

CUADRO CRONOLOGICO

Grecia, Islas y Macedonia	Próximo Oriente y Egipto
338 Victoria de Filipo II en Queronea.	
337 Congreso de Corinto. Se decide la campaña contra Persia.	
	336-330 Darío III, Gran Rey de Persia.
336 Asesinato de Filipo II. Alejandro, rey de Macedonia.	
334 Paso del Helesponto y batalla de Gránico.	
	333 Batalla de Iso.
	331 Batalla de Gaugamela.
	331 Fundación de Alejandría.
	330 Captura de Persépolis.
323 Muerte de Alejandro en Babilonia.	
	323-283/2 Ptolomeo I Soter.
323-322 Guerra lamíaca. Fin de la hegemonía marítima ateniense.	
321 Nuevo reparto de las satrapías en Triparadiso.	
317-307 Tiranía de Demetrio de Fálero en . en Atenas.	
317-297 Casandro en Macedonia.	312-281 Seleuco I Nicátor.
307 Captura de Atenas por Demetrio Poliorcetes.	312 Fundación de Seleucia del Tigris.
	301 Batalla de Ipso. Muerte de Antígono el Tuerto (*Monophthalmós*).
	300 Fundación de Antioquía del Orontes.
294-287 Demetrio I Poliorcetes.	
283-239 Antígono II Gónatas.	283 Muerte de Ptolomeo I. Fundación del reino de Pérgamo.
	283/2-246 Ptolomeo II Filadelfo.
	282 Victoria de Pérgamo sobre los gálatas.
280 Fundación de la Liga Aquea.	281 Batalla de Corupedión. Asesinato de Seleuco I por Ptolomeo Keraunós.
	281-261 Antíoco I, rey del Imperio Seléucida.
279 Invasión de los celtas (gálatas) en Macedonia y Grecia.	
279 Fundación de la Liga etolia.	
277 Antígono II vence a los celtas en Lisimaquia.	
	275 Derrota seléucida ante Pérgamo.
	274-271 Primera guerra siria.

Grecia, Islas y Macedonia	Próximo Oriente y Egipto
270 Muerte del rey epeirota Pirro.	
267/6-261 Guerra cremonídica.	
	ca. 268 - ca. 232 Asoka, rey del Imperio Maurya.
	261-246 Reinado de Antíoco II Theós.
251 Arato acaba con la tiranía en Sición.	260-253 Segunda guerra siria.
	246-222/1 Ptolomeo III Evérgetes.
245-213 Arato, estratego de la Liga Aquea.	
	246-225 Reinado de Seleuco II Calínico.
244-241 Crisis interna en Esparta. Tentativa reformista de Agis IV.	246-241 Tercera guerra siria.
	ca. 245 Independización de Andrágoras en Partia.
244-243/2 Captura de Corinto por Arato y expansión de la Liga Aquea.	
	241-227/6 Antíoco Hierax se independiza en Asia Menor del Imperio Seléucida.
	ca. 240 Secesión de Bactriana.
239-229 Reinado de Demetrio II	
	238 Fundación del reino parto por Arsaces I, fundador de la dinastía arsácida.
	ca. 230 Victoria de Átalo I sobre los gálatas.
229-221 Reinado de Antígono III Dosón.	
227 Reformas de Cleómenes III en Esparta.	
	223 Comienzo del reinado de Antíoco III.
222 Batalla de Selasia.	
221-179 Reinado de Filipo V en Macedonia.	222 Usurpación de Aqueo.
220-217 Guerra de los aliados o guerra social.	221 Comienzos del reinado de Ptolomeo IV Filopátor.
217 Paz de Naupacto.	
	220-217 Cuarta guerra siria.
	217 Batalla de Rafia. Participación de indígenas egipcios en el ejército.
	216-213 Campaña de Antíoco III contra Aqueo y fin de éste.
215-205 Primera guerra macedónica.	
215 Alianza entre Filipo V y Aníbal.	
212 Alianza de Roma con los etolios.	212-205 Anábasis de Antíoco III a las satrapías orientales del Imperio.
205 Paz de Fenice.	

Grecia, Islas y Macedonia	Próximo Oriente y Egipto
ca. 205 Reformas de Nabis en Esparta.	
	202-195 Quinta guerra siria. La Celesiria pasa a control seléucida.
197 Batalla de Cinoscéfalas (Tesalia) y derrota de Filipo V frente a Roma y sus aliados etolios.	
196 Declaración de libertad para los griegos, hecha por T. Quinctio Flaminінno en los Juegos Ístmicos de Corinto.	
195 Guerra contra Nabis de Esparta, decretada por todos los griegos y dirigida por Flamininno. Pacto final entre los contendientes.	
194 Evacuación de Grecia por las tropas romanas.	
192-188 Guerra entre Roma y Antíoco III.	
190 Batalla de Magnesia del Sípilo. Victoria de Roma.	
189 Expedición de Manlio Vulso contra los gálatas.	
188 Tratado de Apamea.	
187 Muerte de Antíoco III el Grande.	
187-175 Reinado de Seleuco IV Eupátor.	
186-183 Conflicto entre Eumenes II de Pérgamo y Prusias I de Bitinia.	
187 Muerte de Antíoco III el Grande.	
187-175 Reinado de Seleuco IV Eupátor.	
186-183 Conflicto entre Eumenes II de Pérgamo y Prusias I de Bitinia.	
182-179 Guerra entre Pérgamo y el rey del Ponto Farnaces I.	
180 Final del reinado de Ptolomeo V.	
179 Final del reinado de Filipo V de Macedonia. Fue sucedido, tras una serie de conflictos dinásticos por Perseo.	180-145 Reinado de Ptolomeo VI Filométor.
	173 Comienzo del levantamiento en Judea.
171-167 Tercera guerra de Macedonia.	
170-168 Sexta guerra siria. Antíoco IV en Egipto y expulsión de los sabios griegos.	
168-164/3 Revuelta de los Macabeos.	

Grecia, Islas y Macedonia	Próximo Oriente y Egipto
168 Batalla de Pidna. Triunfo de las tropas romanas, comandadas por Paulo Aemilio. 168-149 División de Macedonia en cuatro distritos. 149 Levantamiento de Andrisco o Pseudo Filipo, aspirante al trono macedonio. 148 Macedonia fue convertida en provincia romana. 146 Destrucción de Corinto por Roma. Grecia quedó sometida al gobierno del procónsul romano de Macedonia. 145-116 Reinado de Ptolomeo VIII Evérgetes II, compartido hasta 132 con Cleopatra II y Cleopatra III. 143-142 Comienzo de la era asmonea que simbolizaba la independencia *de facto* de Judea. 140 Independencia oficial de Judea. 140 Penetración de los saces en Bactriana. 139/8-131 Reinado de Átalo III en Pérgamo. 139-129 Reinado de Antíoco VII Sidetes. 133 Átalo III lega a Roma su reino. 133-129 Levantamiento de Aristónico en Pérgamo, quien, bajo el nombre de Eumenes III, reclamaba el trono como presunto hijo del último rey. 132/1-129 Conflicto entre Ptolomeo VIII y Cleopatra II. 131 Derrota judía y consiguiente pérdida de su independencia. 129 Pérgamo pasa a convertirse en la provincia romana de Asia. 130-129 Expedición parta de Antíoco VII.	167-152 Conflictos entre Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII Evérgetes II. 164-139 Reinados de los seléucidas Antíoco V, Demetrio I, Alejandro Balas y Antíoco VI. 159-154 Guerra entre Átalo II de Pérgamo y Prusias II de Bitinia.

Grecia, Islas y Macedonia	Próximo Oriente y Egipto
129 Los partos conquistan Babilonia. 129-125 Reinado de Demetrio II y posterior usurpación de Alejandro II Zabinas. 116-107 Reinado en Egipto de Ptolomeo IX Soter II. 111-63 Reinado de Mitrídates VI Eupátor en el Ponto. 110-108 Expansión de este reino hacia el Este, motivo de la guerra de Crimea. 107-88 Reinado de Ptolomeo X. 105 Judea se convierte en reino independiente. 88-80 Fin del reinado de Ptolomeo IX. 88-84 Primera guerra mitridática. 86 Atenas es conquistada y saqueada por Sila.	83 Tigranes I de Armenia conquista Siria. Fin del Imperio Seléucida. 80-51 Reinado de Ptolomeo X Auletes y su reconocimiento por Roma. 74 Cirenáica pasa a ser provincia romana. 73-67 Luchas de Lucullo contra Mitrídates y Tigranes. Ocupación romana, aunque breve, del Ponto, así como pasajera restauración de los Seléucidas. 67 Pompeyo es enviado a Oriente con poderes extraordinarios. Liquidación de la piratería cilicia. 66-63 Ofensiva pompeyana contra Mitrídates y fin de éste. 64-63 Bitinia, Ponto y siria pasan a ser provincias romanas. También Cilicia. 63 Pompeyo conquista Jerusalén. 55 Guarnición romana en Egipto. 51-30 Reinado de Cleopatra VII. 48 Pompeyo es asesinado. Llegada posterior de César a Egipto. 37/6-31 Actividades de Marco Antonio en Oriente y relaciones con Cleopatra. 31 Batalla de Accio. Suicidio de los vencidos, Cleopatra y Marco Antonio. Fin de la dinastía ptolemaica. 30 Egipto bajo hegemonía romana.

1. El mundo helenístico

1.1. Precedentes del helenismo

El término Helenismo designa cronológicamente el espacio de tiempo comprendido entre la conquista de Oriente por Alejandro Magno, comenzada en 334 a. J., y la sumisión definitiva de Egipto, la última monarquía helenística, al dominio de Roma en 31 a. J. Desde el punto de vista espacial, están comprendidos en el término «helenismo», además de Grecia propiamente dicha, las regiones colonizadas por los griegos, es decir, las costas del Egeo, del mar Negro y del mar Jónico, así como los territorios conquistados por los macedonios y, a partir de entonces, helenizados: Anatolia, Mesopotamia, Irán, Bactriana, Siria y Egipto.

Indudablemente, en los estados conformados a partir de la disolución del imperio construido por Alejandro Magno, gobernados por monarcas macedonios rodeados de consejeros griegos, propulsores de la cultura griega, se produjo una fuerte influencia griega en todos los ámbitos de la sociedad. Las mismas ciudades adquirieron una apariencia de ciudades griegas, gracias a la introducción de formas arquitectónicas clásicas, mientras la lengua griega, por su condición de lengua de la administración, se convirtió en el vehículo de comunicación en sociedades multinacionales, como, por ejemplo, lo era el Imperio Seléucida. Macedonios y griegos ocupaban los más altos puestos del Estado, de suerte que su ideología y cultura, al ser la de la clase gobernante, fue predominante en Oriente.

Así pues, el término helenismo se emplea para definir el fenómeno de la extensión de la herencia cultural griega más allá de los límites del Egeo,

pero cuando se utiliza para delimitar una época histórica, comprendiendo en ella todo el espacio desde Sicilia a los confines de la India, entonces es necesario mencionar la existencia en dichos ámbitos territoriales de dos tipos de sociedad diferenciados, especialmente manifiestos en el Próximo Oriente y Egipto.

Al considerar los hechos acaecidos en las etapas anteriores al advenimiento del helenismo, sobresale un hecho clave: el siglo IV a. C. se caracteriza por ser el de la decadencia de la polis, comenzando por la más representativa de todas ellas, Atenas, que inició esta nueva centuria en calidad de vencida en el conflicto que mantuvo con Esparta. No vamos a exponer aquí los acontecimientos que condujeron a esta situación en el ámbito de las póleis griegas. Debemos, sin embargo, aludir a otro fenómeno que, paralelamente al anterior, se produjo fuera de ese marco geográfico: me refiero al ascenso político de Macedonia y a su decidida participación en los asuntos de Grecia.

1.1.1. Macedonia antes del reinado de Alejandro Magno

Políticamente, Macedonia estaba organizada como una monarquía, cuyo rey pertenecía a la dinastía de los Argeadas, los cuales desde el siglo V lograron imponer su posición sobre una nobleza fuerte, de carácter o base económica territorial. Argelao (413-399) trasladó la capital del reino a Pella, situada en una llanura costera, construyendo la ciudad según modelo griego. En los años siguientes, afirmó su posición frente a la confederación de ciudades calcídicas, tras participar, como aliada de Esparta, en la guerra en torno a Olinto (382-379), hasta que Filipo II, en el trono desde el 359, emprendió una serie de reformas que permitieron a Macedonia erigirse como la fuerza política más importante de Grecia.

1.1.2. Reformas de Filipo II y su intervención en la política griega

Entre éstas, cabe destacar, por su trascendencia, la relativa al ejército, mediante la cual, y a partir de los destacamentos provistos por los diferentes distritos de su reino, surgió una fuerza militar, centrada en torno a la falange de campesinos, de gran capacidad ofensiva. Los mandos militares eran ostentados lógicamente por nobles, miembros de la poderosa aristocracia macedonia, la cual, a su vez, conformaba el núcleo de una importante caballería. El comandante supremo era el rey, incluso en épocas de paz. Este ejército, dotado de un armamento modernizado, cuyo instrumento más eficaz estaba constituido por una larga lanza, la *sarissa*, y comandado por Filipo II, fue el artífice de las conquistas efectuadas por Macedonia en las regiones costeras, comprendida Anfípolis (357), Abdera y Maronea (355), así como la zona tracia del Pangeo.

El dominio de dicho distrito otorgó a Filipo la posesión de las minas de oro allí existentes. El rey utilizó el precioso metal para emitir moneda, acuñada con patrón ático, que introdujo también en las ciudades griegas conquistadas. Este dinero, susceptible de ser empleado de muy diversas maneras, sirvió, en todo caso, a Filipo para ir adquiriendo influencia en la política de las ciudades del Egeo, que, a su vez, dependían de Macedonia para la provisión de materia prima, como madera o pez, imprescindibles para la construcción naval.

El protagonismo del rey despertó recelos entre los aristócratas macedonios, debidos a la excesiva concentración de poder en manos de Filipo. Para contrarrestarlos y ganarse su voluntad, les otorgó tierras de las conquistadas en Tracia e Iliria, a la vez que constituía una especie de consejo real en Pella, en el que participaban los miembros más destacados de los diferentes clanes aristocráticos. De esta manera, podían decidir de algún modo en la política del Estado o influir en su desarrollo, así como defender sus propios intereses. En todo caso, Filipo mantenía bien sujetas las riendas del poder en sus manos, apoyándose en la fidelidad de su ejército.

Las intervenciones macedonias en los asuntos de Grecia se fueron sucediendo. Así, en 355, participó en la guerra sagrada y, como aliado en ella de los tesalios, ocupó la capital de los focidios, siendo acogido como salvador de la Anfictionía délfica, liga de estados que reconocían a Delfos como su santuario central. En esta situación y como *tagos* de los tesalios, Filipo amplió enormemente su influencia hacia el Sur.

1.1.3. Actitud de Atenas ante el avance político macedonio

Los políticos atenienses del momento observaban el progresivo auge macedonio con detenimiento, adoptando diferentes posturas. Sin duda, una de las más significativas es la de Demóstenes, decididamente contraria al rey macedonio. En sus famosas *Filípicas* plasmó sus dudas y temores respecto a la política de Filipo, pues la posición de poder del monarca era considerada por él como un peligro que se cernía sobre Grecia, en general, y Atenas, en particular.

Opuestas a ésta eran otras opiniones de ilustres atenienses, que veían la unificación de Grecia a través de Macedonia como único sistema para evitar la crisis de las *poleis*. Así, entre otros, Isócrates y Esquines.

El desenlace definitivo tuvo lugar en la batalla de Queronea, acaecida en 338, en la cual Filipo venció a la coalición formada contra Macedonia por Atenas y los beocios. Demóstenes se lamentaba en su *Oración fúnebre*, pronunciada en memoria de los caídos en la guerra, que se habían acabado para siempre la libertad y el esplendor de Atenas. La victoria daba a Macedonia, en efecto, el dominio de Grecia hasta el istmo de Corinto. La segunda Liga marítima ateniense fue disuelta, así como la liga beocia,

dirigida por los tebanos. El Congreso de Corinto, celebrado al año siguiente y del que sólo estuvieron ausentes los espartanos, declaró la paz general y fundó una confederación de estados griegos, cuyo líder indiscutible, refrendado por una elección formal, fue Filipo. A continuación, se decidió la guerra contra los persas.

Los preparativos de la campaña contra Persia habían comenzado ya, cuando, en 336, en el transcurso de una fiesta, Filipo fue asesinado, al parecer, por motivaciones de carácter personal.

1.2. Alejandro Magno

Antes de comenzar el análisis de la obra alejandrina, vamos a exponer las fuentes antiguas que nos han preservado los datos sobre ella.

1.2.1. Fuentes primarias

La figura de Alejandro y sus hazañas despertaron desde muy pronto entre los escritores de los más variados géneros un enorme interés, manifestado ya en vida del rey macedonio y acrecentado tras su desaparición. Sin embargo, las numerosas obras escritas sobre su persona, en parte por miembros de su mismo entorno, se han perdido casi por completo para nosotros, conservándose únicamente otras mucho más tardías.

No obstante, resulta obvio, que las noticias transmitidas por éstos proceden, a su vez, de escritos anteriores, próximos, cuando no contemporáneos, de los hechos narrados. Son éstas las llamadas fuentes primarias, a cuyo estudio se han consagrado buen número de investigadores desde el siglo XIX y aún antes. Las críticas sobre la validez y credibilidad de estas fuentes primarias, en qué medida fueron utilizadas por la historiografía posterior, etc. son sumamente dispares, razón por la cual resulta enormemente complicado —yo diría imposible— dar una visión de conjunto. Me limitaré, pues, a enumerar escritores y obras más relevantes aunque hayan sobrevivido de manera fragmentaria.

Calístenes de Olinto (FGrH 124)

Era un pariente de Aristóteles que tomó parte en la expedición alejandrina como historiador de Corte, escribiendo unas *Praxeis Alexandrou* que no llegó a terminar, pero en las que mantuvo una postura laudatoria del rey. Las secuelas, en cuanto a su repercusión en la imagen posterior de Alejandro, son discutidas, así como también su influjo entre los propios contemporáneos y en los historiadores de Alejandro.

Cares de Mitilene (FGrH 125)

Participante, asimismo, en la campaña asiática, Cares llegó a ser nombrado *eisaggeleys*, es decir, chambelán de la Corte, escribiendo posteriormente una obra titulada *Peri Alexandrou historiai*, en 10 libros como mínimo, si bien no tenía, al parecer, ningún interés en aspectos de carácter político y militar. Su influencia en los historiadores de Alejandro es muy discutida también: mientras unos la niegan, otros hacen de él un juicio muy positivo, pues, en calidad de maestro de ceremonias, Cares era más válido que otros para conocer la parte más íntima de Alejandro. No es posible, sin embargo, estimar objetivamente el influjo que pudo haber tenido, pero, obviamente, el material reunido por él era de gran valor y debió de ser utilizado por historiadores posteriores.

Nearco (FGrH 133)

Como amigo personal de Alejandro desde su juventud, lo acompañó en buena parte de su empresa, desempeñando el cargo de *nauarchos* de la flota, encargada de encontrar el camino desde la India a la desembocadura del Eúfrates. Su obra *Paraplous tes Indikes*, utilizada por Arriano en su *Indiké*, no era una historia de Alejandro completa, pero trazó de él una magnífica imagen, hecha sin adulación, llamada a tener gran influencia en los escritores posteriores.

Onesícrito (FGrH 134)

También participante de la empresa asiática, fue el timonel de la nave de Alejandro en el Hydaspes y el Indo, figurando como subordinado de Nearco en el viaje hasta la desembocadura del Eúfrates. Escribió una *Historia de Alejandro,* enjuiciada desde su punto de vista de filósofo cínico, como discípulo que era de Diógenes, cuya veracidad es sumamente discutida por la crítica moderna, influenciada a su vez, por las duras críticas que sobre él hizo, ya en la Antigüedad, Estrabón. No obstante, parte de la moderna investigación tiende a prestigiar nuevamente el retrato de Alejandro ofrecido por él, que, si bien sería, en cierto sentido, anovelado, no por ello habría faltado a la veracidad histórica.

Clitarco (FGrH 137)

Autor de una *Historia de Alejandro* muy voluminosa, 12 libros, es considerado el creador de la llamada Vulgata de Alejandro, por haber servido de base a las novelescas narraciones de Diodoro, Q. Curcio Rufo y Justino. No obstante, su cronología es cuestión debatida, dada la escasez de testimonios al respecto. Ello importa, sobre todo, por la relación temporal respecto a Aristóbulo y Ptolomeo, es decir, si era anterior o posterior a éstos y, por ende, si debe ser considerado entre las fuentes primarias. Las opinio-

nes son para todos los gustos, oscilando entre finales del siglo IV y comienzos del siglo III, hasta la época ciceroniana, aunque la datación de Jacoby ha sido mayoritariamente aceptada, dándose como fecha aproximada el 310 para la redacción de la obra.

Ptolomeo (FGrH 138)

En su calidad de noble macedonio, Ptolomeo formaba parte del equipo de personas más próximas al rey. A la muerte de éste, eligió Egipto como ámbito geográfico de su gobierno, fundando allí su propia dinastía, los Ptolomeos o Lágidas, que dominaron el país hasta su conquista por Roma. Escribió una *Historia de Alejandro* de la que nada sabemos, pero que fue fundamental para la *Anábasis* de Arriano, según el propio autor confiesa.

Aristóbulo de Casandrea (FGrH 139)

Intervino activamente en las campañas de Asia dentro del grupo técnico del ejército. Escribió una *Historia de Alejandro*, siendo muy viejo ya, utilizada también por Arriano en su obra mencionada, junto a la de Ptolomeo. Igualmente hizo Estrabón para su descripción de la India.

En torno a su persona, el problema más agudo es el de su cronología que lleva implícita la cuestión de saber si escribió antes o después de Ptolomeo y Clitarco. En el primer supuesto, hubiera sido testigo presencial de los hechos, lo cual trasmitiría a su obra un gran valor, pero, de admitirse el segundo, entonce sus obras valdrían sólo en cuanto compilación.

Anaxímenes de Lámpsaco (FGrH II A 72, p. 112 ss.; II c p. 105. s.)

Como participante de la gran empresa alejandrina, escribió una amplísima obra sobre el rey macedonio. No obstante, su carácter retórico y la misma falta de calidad del autor como historiador, justifica su escasa repercusión en los escritores más tardíos.

En todos estos escritores mencionados hasta aquí, la figura de Alejandro aparece, en general, con tintes muy positivos, lo cual es de gran importancia si se considera que constituyen la base primordial de la tradición sobre el rey macedonio. Indudablemente, hubo también detractores entre sus contemporáneos, como por ejemplo, Efipo de Olinto (FGrH 126). Sin embargo, no parece que ejercieran ninguna influencia sobre la historiografía posterior, pues una parte de las fuentes secundarias han transmitido un juicio muy positivo sobre el rey macedonio (así Quinto Curcio) y otros. Los comienzos de esta tendencia negativa no estarían, pues, en la historiografía, sino entre los filósofos, comenzando por el propio maestro de Alejandro, Aristóteles, y sobre todo con Teofasto.

Fuentes primarias de la tradición alejandrina son también otra clase de documentos. En primer lugar, las cartas de Alejandro, tanto las dirigidas a

él, como las escritas por él. Conocemos muchas, pero su autenticidad está puesta en tela de juicio, de manera que sólo en casos aislados podemos estar frente a escritos originales.

Muy debatida es, asimismo, la cuestión de la existencia de los diarios reales, presuntamente empleados por Arriano (*Anábasis* VII 25) y Plutarco (*Vida de Alejandro* 76), para los episodios correspondientes a la enfermedad y muerte del rey. La investigación actual tiende a considerarlos como documentos falsos, viendo en ellos composiciones literarias de épocas posteriores.

Igualmente es necesario aludir a los *Hypomnemata* o últimos planes de Alejandro, transmitidos por Diodoro de Sicilia (XVIII 4). Dado que su contenido afecta a dos cuestiones fundamentales, capitales para el juicio histórico del rey macedonio —el Imperio universal y la política de mezclas étnicas—, la autenticidad histórica del testimonio contenido en la obra del historiador siciliano es uno de los puntos más discutidos por la investigación contemporánea.

Nos queda, por fin, mencionar una última fuente. Se trata esta vez de posibles informaciones de carácter oral, procedentes de soldados que lucharon en ambos bandos, utilizadas por alguno de los historiadores ya citados anteriormente, en especial Clitarco. Aportarían, por tanto, una visión distinta y valiosa de Alejandro: la imagen que del soberano macedonio tenían los soldados, el pueblo, quizá más real e incluso correctora de la versión oficial. En todo caso, ignoramos en qué medida influenciaron y cómo fueron valorados realmente por los historiadores alejandrinos.

1.2.2. Fuentes secundarias

Son las constituidas por los escritos que hoy subsisten sobre la vida y obra de Alejandro, basadas en otras ya perdidas.

Diodoro Sículo (s. I a. C.)

Autor de una imponente obra, la *Biblioteca histórica*, redactada en 40 libros, pretendía con ella trazar la trayectoria de la Humanidad desde sus comienzos hasta la conquista de las Galias por César. Su libro XVII contempla la obra de Alejandro y sus logros. Por lo demás, los investigadores coinciden en señalar la estrecha dependencia de este historiador de las fuentes utilizadas por él, de suerte que su grado de veracidad depende, a su vez, del autor o autores empleados para cada período. Las discrepancias son grandes, sin embargo, a la hora de decidirse por los historiadores subyacentes en la narración del historiador siciliano: si sólo uno —Clitarco—, o dos —Clitarco, Aristóbulo— o una historia universal anterior, etc.

Q. Curcio Rufo

Escribió una gran *Historia de Alejandro* en 10 libros de los cuales se han perdido los dos primeros. Desconocemos en qué años vivió este autor apuntándose, sobre la base de un testimonio suyo (X 9, 3-7), la época desde Augusto a Constantino. Como en el caso de Diodoro, no hay acuerdo entre los estudiosos de Curcio Rufo sobre los autores que le sirvieron de información, por lo que se ha propuesto una gran variedad de nombres: Calístenes y Onesícrito, Clitarco y Aristóbulo, Estrabón, Timágenes, Artemidoro, Pompeyo Trogo, etc., es decir, tanto autores comprendidos en las fuentes primarias, como otros posteriores a éstos pero que las emplearon antes que él. En todo caso, en la obra de Curcio coexisten dos imágenes bien distintas del rey macedonio: una, mucho más laudatoria, que abarca la vida de Alejandro hasta la muerte del rey persa Darío III y otra, de tintes más oscuros, que comprendía la etapa final de la vida del soberano y en la que se habría operado un marcado cambio en su temperamento, por supuesto en sentido negativo.

Dado el carácter anovelado y retórico de esta obra de Curcio, ha sido siempre cuestionada su validez histórica, tendiéndose, por lo general, a negarle toda credibilidad. No obstante, estudiosos franceses, con G. Radet a la cabeza, han intentado recomponer la imagen de la obra de Curcio sin llegar a conseguirlo.

Plutarco de Queronea (ca. 46-120 d. C.)

En la serie de biografías consagradas a grandes personalidades históricas, Plutarco dedicó a Alejandro una de sus «vidas», puesta en paralelo con la de César.

También aquí, como en el caso de todos los autores secundarios, la cuestión de las fuentes utilizadas es de capital importancia para valorar la rectitud de su narración, si bien hay que hacer la observación, no por obvia menos necesaria, de que Plutarco no pretendía hacer una obra de historia, sino una biografía y, por tanto, sus centros de interés no son los hechos realizados, sino los rasgos de su temperamento que le permitieran un análisis de su personalidad. De todos modos, emergen nuevamente los nombres de los autores primarios, en especial los componentes de la Vulgata alejandrina —Calístenes, Onesícrito, Aristóbulo, Clitarco— y las cartas de Alejandro, etc. Otros investigadores opinan, por el contrario, que Plutarco no accedió a estas fuentes originales, sino a obras de conjunto sobre Alejandro.

Arriano de Nicomedia (95-175 d. C.)

Son varias las obras dedicadas a Alejandro por este alto cargo de la Administración adrianea con vocación de historiador y que, además, fue

discípulo de Epicteto: la *Anábasis de Alejandro*, las *Indiké* y una historia de los sucesos acaecidos tras la muerte de Alejandro (FGrH 156 F 1-11).

De ellas, es la *Anábasis* la más sobresaliente. Escrita en siete libros, es discutida su cronología exacta. En el Proemio, el autor nos habla de sus fuentes, citando a Ptolomeo y Aristóbulo, así como la tradición legendaria sobre el rey macedonio —*ta legomena*—. El problema entre los críticos modernos surge al considerar si fueron utilizados los escritos de aquellos directamente, o a través de alguna obra de conjunto, como la *Historia de Alejandro* de Estrabón. Una vez más, las opiniones son muy dispares.

En cuanto a la *Indiké*, es ésta una obra de tipo geográfico-etnográfico, al menos en su primera parte, para cuya redacción se sirvió Arriano de los escritos de Megástenes y Eratóstenes. La segunda parte tuvo como único inspirador a Nearco, pues trataba, como lo hizo antes éste, de la travesía efectuada por la flota macedonia desde la desembocadura del Indo hasta la del Eúfrates.

Justino (s. II o III d. C.)

Fue el autor de unos *Epítomes* de la obra de Pompeyo Trogo, historiador de época augustea, que escribió una *Historia Universal* en 44 libros. La característica más sobresaliente de esta obra, en lo relativo a la cuestión que aquí interesa, es que Alejandro se nos presenta iluminado con una luz muy poco favorable, resaltándose los aspectos menos positivos de su personalidad. Quizá precisamente por esto, la importancia de Justino para la reconstrucción de la historia del rey macedonio se ha exagerado enormemente. Por otra parte, los críticos actuales han buscado entre los historiadores anteriores a Pompeyo Trogo al responsable de esta imagen negativa, sin que hasta ahora se haya llegado a ninguna solución definitiva, existiendo, así, numerosas discrepancias: mientras unos apuntan a Timágenes, uno de los componentes de las llamadas «fuentes intermedias», quien, a su vez, se habría inspirado en última instancia en Clitarco y habría constituido la fuente común de Curcio y Justino, otros rechazan tal hipótesis y niegan a éste toda validez.

Nuestro conocimiento de la figura de Alejandro Magno no proviene sólo, sin embargo, de la transmisión de su vida y obra a través de los escritos literarios, históricos o biográficos. También nos servimos de otro tipo de fuentes: las numismáticas y arqueológicas.

Las primeras nos permiten una reconstrucción cronológica, así como considerar su política económica y financiera. Las segundas se refieren, sobre todo, a las representaciones figuradas del rey macedonio, realizadas durante todas las épocas de la historia del Arte. También en este aspecto, el punto clave consiste en dilucidar cuáles son las originales, o, mejor, las correspondientes al período vital del rey, puesto que, en general, son copias.

Además de los retratos, entran en consideración igualmente el célebre mosaico pompeyano, en el que aparece participando en una batalla, y el llamado sarcófago de Alejandro.

1.2.3. Circunstancias que rodearon el acceso al trono de Alejandro

La súbita desaparición de Filipo II por la vía del asesinato, planteó el problema sucesorio, pues, en Macedonia, contrariamente a lo que suele ser habitual en regímenes monárquicos, no se daba el principio hereditario dentro de la dinastía argeada. El rey era, así, elegido por un Consejo real, y ratificado por aclamación en la Asamblea del ejército.

Las posibilidades para encontrar un sucesor a Filipo eran varias. El rey tenía dos hijos: uno, Arrideo, débil mental, y otro, Alejandro producto de su matrimonio con la princesa epeirota Olimpia. Además, existían varios parientes con posibilidades de acceder al trono: Amintas, sobrino de Filipo, y los hijos del aristócrata Aeropo de Lincestis.

Ante estas circunstancias, y probablemente con objeto de evitar una guerra civil, verosímil en este contexto, Antípatro, el más popular de los jefes militares a las órdenes de Filipo, indujo a la asamblea del ejército a proclamar rey a Alejandro en el 336. Tenía entonces 16 años.

Sus primeras actuaciones se encaminaron a procurar la desaparición de sus contrincantes, obviando, así, cualquier complicación posterior: Amintas fue asesinado de inmediato, del mismo modo que los hijos de Aeropo, acusados de la muerte de Filipo. Igualmente fue alejado de la Corte el noble macedonio Atalo, con cuya sobrina Cleopatra se había casado Filipo poco antes de su muerte.

1.2.4. Intervención de Alejandro en los asuntos políticos de Grecia

Solventada y aclarada de este modo la situación en Macedonia, urgía hacer lo propio en lo tocante a Grecia, pues la desaparición de Filipo había replanteado la cuestión de la hegemonía macedonia. Así, por ejemplo, no era inmediatamente transmisible a Alejandro el cargo de *tagos*, ejercido por su padre en Tesalia, ni tampoco lo era la jefatura de la Liga Corintia. Pero Alejandro actuó con rapidez. Ya en 336, se presentó con sus tropas en Tesalia y las Termópilas. A los griegos no les quedó otro remedio que el de reconfirmarlo en su posición: fue nombrado hegemón de la Anfictionía délfica y sucesor de su padre en la jefatura del ejército para la planeada guerra contra Persia.

El siguiente golpe fue dirigido contra los ilirios y tracios, a la sazón revueltos. En 335, acabó con las peticiones de los tribalos, asentando a los getas más allá del Istro (Danubio), río que formaba entonces la frontera

norte del Estado. Grupos de ilirios infiltrados en Macedonia fueron totalmente eliminados.

Durante la estancia del rey en los confines septentrionales y al socaire de ciertos rumores sobre su muerte, se produjeron levantamientos en Grecia, a la cabeza de los cuales estaba Tebas; mientras, en Atenas, Demóstenes desplegaba toda su elocuencia para recabar el apoyo de la ciudad a los tebanos. Sin embargo, Alejandro, en el verano del 335, puso sitio a Tebas, logrando de la Liga Corintia —a instancias, sobre todo, de otras ciudades beocias— la decisión que él esperaba: la destrucción de la ciudad y la venta de una parte de sus habitantes como esclavos. Era un escarmiento con objetivo ejemplificador. De hecho, Alejandro se abstuvo de efectuar expediciones de castigo contra otras ciudades rebeldes, pues no tenía en absoluto interés en convertir Grecia en un desierto, sino, por el contrario, en que mantuviera su fuerza para la expedición fundamental contra Persia. Ésta, en efecto, fue ya fijada, mediante decisión de la Liga Corintia, para la primavera del año siguiente (334).

1.3. La conquista de Asia: etapas

1.3.1. Los ejércitos de ambos contendientes

El ejército de Alejandro no era en modo alguno demasiado numeroso, a juzgar por las cifras llegadas hasta nosotros. Sabemos que a comienzos de la gran expedición se reunieron en Pella, procedentes de las ciudades y estados componentes de la liga corintia, unos 7.000 soldados de infantería y 600 jinetes. Era esta cifra sumamente modesta, pues, por otro lado, conocemos que en este momento el número de griegos, alistados como mercenarios en las filas del ejército persa, ascendía a 50.000.

El rey macedonio tenía bajo su mando, además de los contingentes aludidos, otros grupos de ilirios y tracios, en calidad de mercenarios, atraídos, sin duda, por las expectativas de botín. La parte mejor y más numerosa estaba compuesta por los propios macedonios. Con todos estos hombres y, tras dejar a Antípatro un considerable contingente de soldados para poder hacer frente a cualquier eventualidad procedente de los propios griegos o de los pueblos fronterizos, Alejandro atravesó, por fin, el Helesponto.

No sabemos si el rey, aún muy joven, tenía un detallado plan de guerra, pero, en todo caso, parece claro que la meta originaria del macedonio no era otra que arrebatar al dominio persa las ciudades griegas de la costa minorasiática, así como las regiones occidentales y centrales de Anatolia. La marcha hasta el Indo no debe considerarse, por tanto, como parte de las disposiciones estratégicas originales. Todo cuanto sucedió tras Gordion y, especialmente tras Gaugamela, se debió a la presión de las circunstancias.

Asia Menor

Ante la invasión de Asia, el rey persa Darío III, encomendó su defensa en principio a los sátrapas de la Frigia Helespóntica, la Gran Frigia y Lidia, confiando en que los oligarcas regentes de las ciudades griegas, filopersas, no abrirían las puertas al ejército de Alejandro. Sólo el general rodio Memnón, al servicio del Gran Rey, se percató del enorme peligro representado por la expedición macedonia, por lo que aconsejó, como sistema de defensa, la retirada hacia Capadocia y Cilícia, dejando vacío de tropas el territorio minorasiático. Sin embargo, sus opiniones no fueron tenidas en cuenta. El primer encuentro entre ambos ejércitos se produjo en junio del 334 a orillas del Gránico, río que separa la península de la Tróade del resto de Asia Menor, donde la caballería macedonia se impuso, siendo la auténtica artífice de la victoria griega.

La triunfante marcha de Alejandro hacia el sur, en la que capturó sin oposición entre otras muchas ciudades la capital lidia, Sardes, y Éfeso, hubo de detenerse ante Mileto, que se mantuvo fiel a Persia. Defendida por tropas enviadas por Memnón y por la flota fenicio-persa, cayó, no obstante en manos del monarca, que demostró su benevolencia hacia los milesios, perdonándoles y devolviendo a la ciudad su autonomía. La resistencia al avance macedonio se concentró entonces en Halicarnaso.

En las ciudades ya conquistadas, los regímenes oligárquicos fueron sustituidos por otros democráticos, siéndoles concedida, además, la autonomía, si bien en el marco del Imperio macedónico, no en calidad de auténticos estados independientes. También Caria, una vez capturada, a excepción de Halicarnaso, entró a formar parte de la esfera de dominio macedonio, al quedar la reina Ada como cliente de Macedonia.

Tras el asedio y captura de Celene, donde Alejandro nombró a uno de sus generales, Antígono el Tuerto (*Monophthalmós*) como sátrapa de la Gran Frigia, las tropas macedonias se encaminaron a Gordion, punto estratégico capital al dominar las rutas reales conducentes a Susa y Sardes, donde invernaron (334-33). Mientras, la flota fenicia, bajo la dirección de Memnón, y operando desde las bases de Rodas y Chipre, actuaba en zonas a espaldas de Alejandro y en las costas minorasiáticas. Incluso, fueron conquistadas algunas de las islas Cícladas y Quíos. Ante la ciudad de Mitilene, en Lesbos, murió Memnón en la primavera del 333.

En este momento, los macedonios se habían apoderado de territorios situados dentro de una línea que corría desde Sínope al Tauro, pero, pese a ello, la auténtica guerra contra Persia no había comenzado prácticamente todavía. Por lo demás, la costa póntica permanecía prácticamente intocada. Alejandro, por tanto, debió continuar buscando una solución definitiva en el campo de batalla que garantizara las conquistas efectuadas hasta entonces. El avance del ejército macedonio se hizo en dirección a

Cilicia; atravesó el Tauro por las llamadas Puertas Cilicias y capturó Tarso, así como las ciudades costeras de Solos y Mallos.

Iso y sus consecuencias

Estas actuaciones indujeron a Darío III a hacerse cargo de manera decidida de la guerra. Sus tropas, y las capitaneadas anteriormente por Memnón, fueron reunidas en la zona septentrional de Siria. El encuentro entre ambos ejércitos —desiguales en número, aspecto en que los persas aventajaban a los griegos, mientras que en disciplina y homogeneidad los griegos eran superiores— tuvo lugar en Iso, punto fronterizo entre Anatolia y Siria. La batalla permaneció indecisa durante mucho tiempo, hasta que el Gran Rey emprendió la huida al ver el ala izquierda de su ejército ceder ante la presión de la caballería macedonia. Una gran parte de los jinetes persas pudieron retirarse hacia Capadocia, mientras que los mercenarios griegos hacían lo propio en dirección a Siria. No obstante, la impedimenta del Gran Rey, su madre y sus esposas, que, de acuerdo con la costumbre persa lo habían acompañado al campo de batalla, cayeron en manos de Alejandro. El trato hacia ellas observado por el rey macedonio, respetuoso en extremo y considerando siempre la dignidad de las prisioneras, es un punto puesto de relieve por las fuentes, como demostración del talante benévolo y caballeroso del monarca. Por otro lado, el general macedonio Parmenión saqueó en Damasco el tesoro persa.

Los pasos siguientes del ejército macedonio estuvieron determinados igualmente por la actuación del enemigo. Farnabazo, sucesor de Memnón en el mando de la flota del Egeo, había ocupado la isla de Andros en las Cícladas y conquistado nuevamente Mileto. Tropas persas, incluida la caballería huida de Iso, actuaban contra Antígono y mantenían en su poder Capadocia hasta el Halys. En Creta, las operaciones de Agis III, si no de acuerdo con los persas, iban dirigidas, en todo caso, contra los macedonios.

Era claro pues, que para éstos nada podía darse como decidido, mientras no capturaran las bases de la flota en Siria. Las ciudades portuarias fenicias, Arados, Trípoli, Biblos y Sidón, indefensas durante el tiempo de actuación de la flota en el Egeo, se entregaron a Alejandro sin oposición. Sólo Tiro, por su situación estratégica en una isla, ofreció resistencia. Fueron necesarios arduos trabajos, efectuados durante su asedio, para anular la susodicha ventaja geográfica. Al cabo de ocho meses, la ciudad fue capturada. Como castigo a su tenaz oposición y a título ejemplificador, los tirios fueron vendidos como esclavos.

Parece ser que en estos momentos dos hechos puntuales habrían sido determinantes a la hora de adoptar la decisión crucial de adentrarse en el interior del Imperio persa y disolverlo definitivamente. En primer lugar, el abandono de la causa persa por parte de las ciudades griegas de Rodas y

Chipre cambió el destino de la flota fenicia, puesto que, como se ha visto, habían mudado también de dueño los puertos de origen a los que pertenecían.

Probablemente, fue la impresión producida por estos acontecimientos la que condujo a Darío III a presentar a Alejandro una oferta de paz, donde se incluían el matrimonio del rey macedonio con una hija del Gran Rey y concesiones territoriales: en poder macedonio quedarían los territorios conquistados, excepto el Sur de Siria, incluida Tiro. Naturalmente, Egipto, Capadocia y Paflagonia continuarían bajo dominio persa. Sin embargo, Alejandro, en contra de la opinión de sus consejeros, especialmente Parmenión, lo rechazó. A continuación, se hizo cargo definitivamente de Tiro y ocupó Egipto, cuyo sátrapa Mazakes no pudo organizar ningún tipo de resistencia. Con estas acciones, el rey persa quedaba privado de todo acceso al Mediterráneo.

Alejandro en Egipto

Los macedonios podían esperar un buen recibimiento en Egipto en tanto en cuanto los griegos, desde el siglo V, habían apoyado decididamente todos los intentos egipcios de liberarse de la hegemonía persa. Alejandro fue recibido, así, como un liberador. Los sacerdotes le concedieron el título de hijo del dios-Sol, Re, del que los faraones estaban investidos. De esta manera, volvía Egipto a ser un país independiente.

En la parte occidental del Delta del Nilo fundó Alejandría, concebida como puerto protector contra ataques a Egipto por mar, pero, sin duda, también como enclave comercial para épocas posteriores, cuando la colonia griega de Naúcratis, situada más al interior del Delta, no pudiera hacerse cargo de un volumen enorme de intercambios.

Episodio significativo fue su visita al templo de Amón, situado en el oasis de Siwa, en el desierto libio, cuyo oráculo había sido ya apreciado por los griegos, quienes identificaban Amón con Zeus. A consecuencia de ella, Alejandro hizo propagar la noticia de que el mismo dios lo había distinguido como hijo suyo. Recogía así el rey macedonio, yendo más lejos todavía, la vieja aspiración de los Argeadas de descender de Heracles. De todas formas, tal aspiración sólo entre los egipcios pudo haber tenido algún eco.

A comienzos del 331, decidió Alejandro la continuación de la campaña persa propiamente dicha. Dejó, así, Egipto y se dirigió a Siria, atravesando el Eúfrates y luego el Tigris a la altura de Nísibis.

Asia Central

En la llanura de Gaugamela, cerca de Nínive, había reunido Darío su ejército, para lo que debía ser el combate definitivo contra los macedonios.

Sin embargo, una vez más, la caballería de éstos logró romper las filas enemigas. El Gran Rey, al igual que en el anterior encuentro, optó por la huida, antes, incluso, de que la superioridad macedonia se impusiera decisivamente.

La victoria de Gaugamela dejó expedito al rey macedonio el camino a Babilonia. Allí, el sátrapa de Siria, Mazeo, que había conducido intocada y en orden su caballería hasta la ciudad, de acuerdo con los grupos de población opuestos a los Aqueménidas y con los sacerdotes, entregó a Alejandro sin lucha esta capital. A cambio de ello, fue nombrado sátrapa de Babilonia. La misma actuación tuvo el sátrapa persa de Susiana, en cuya circunscripción se encontraba la capital imperial, Susa, obteniendo también de Alejandro su continuación en el cargo.

Mientras en Ecbatana Darío se esforzaba en organizar un nuevo ejército, el sátrapa de Pérside, Ariobarzanes, intentaba defender Persépolis, corazón del Imperio Aqueménida. Pero una marcha rápida de Alejandro, efectuada en invierno, sólo con tropas de armamento ligero a través de las Puertas Persas, eliminó la resistencia, antes incluso, de que pudieran trabar batalla. Persépolis fue entregada a los soldados macedonios para ser saqueada, procediéndose después a su incendio. También esta satrapía de Pérside fue dada por Alejandro al gobierno del persa Frasaortes en 330, antes de empezar la campaña de Media.

Una parte de las riquezas capturadas a los persas, fueron enviadas a Antípatro a Macedonia, el cual en 331 venció también al rey espartano Agis III, completando, así, la hegemonía macedonia de Grecia.

Alejandro no encontró a Darío en Ecbatana. Éste, ante la inminencia de la presencia del macedonio, se había retirado hacia las satrapías orientales, más allá de las Puertas Caspias, donde para los griegos acababa el mundo conocido. Las perspectivas de una marcha continuada hacia Oriente, hicieron surgir entre las filas de Alejandro las primeras protestas, sobre todo entre los contingentes griegos. El rey dejó ir a los aliados, no sin antes contratar, en calidad de mercenarios, a muchos de ellos, especialmente a los jinetes tesalios, enrolándolos en las filas macedonias.

En el momento mismo en que Alejandro había atravesado las Puertas Caspias en Media, todavía no podía saber una noticia de gran alcance: el asesinato del Gran Rey Darío III por orden del sátrapa Beso, que, en Bactriana, había usurpado el trono con el nombre de Artajerjes IV. Tras tener conocimiento de ella, Alejandro se erigió en vengador del desaparecido monarca persa, en calidad de sucesor de los Aqueménidas. Ya no era sólo el rey de los macedonios: se había transformado en soberano del mundo conocido, de la *Oikumene* europea y asiática. Esta importantísima mutación se efectuó en Hircania en el verano del 330.

Por otro lado, y aunque Alejandro había efectuado sólo unas pocas grandes batallas, su ejército había ido menguando a lo largo de los cuatro años

de campañas ininterrumpidas, no tanto por las consiguientes muertes habidas entre sus soldados, como por las guarniciones dejadas en las ciudades conquistadas o en las *póleis* fundadas por el rey macedonio. Así pues, se vio en la necesidad de completarlo con nuevos destacamentos, enrolando mercenarios procedente de las ciudades griegas, pero también tropas persas, especialmente jinetes, y guerreros de diferentes tribus iranias. Igualmente, nobles persas fueron ocupando puestos de responsabilidad en el ejército, en calidad de oficiales, de suerte que simultáneamente iban acercándose al entorno inmediato del rey. Por lo demás, entre el grupo dirigente macedonio, crecían las dudas sobre el sentido de una continuación de la conquista, dado, además, el cansancio existente en el núcleo macedonio del ejército.

Tras dejar en Media una parte de sus tropas al mando de Parmenión, Alejandro debió interrumpir su marcha contra Beso al producirse una sublevación del sátrapa de Aria, Satibarzanes, lo que le obligó a desviarse de su camino. Considerando que las conquistas en las regiones orientales debían asegurarse, efectuó una serie de fundaciones en las satrapías de Aria, Drangiana y Aracosia que no eran sino asentamientos de soldados, tendientes a ocupar el territorio. En la ciudad drangiana de Prophthasia (actual Farah, en Afganistán), Alejandro se detuvo para esperar los reclamados refuerzos, procedentes de Media. Ante su tardanza y sospechando ser una maniobra dilatoria de Parmenión, inquieto por la falta de un objetivo definido por parte de Alejandro, éste mandó ejecutarlo bajo acusación de asesinato, así como a su hijo por conjuración.

Tras dejar en dichas regiones a nobles autóctonos como sátrapas, excepto en Aracosia, al mando de un macedonio con tropas, dada su situación de intranquilidad, Alejandro prosiguió su marcha. Invernó en 330-329 en el valle del Kabul, a los pies del Hindukusch, presentándose en Bactriana a la primavera siguiente. Era esta una región fortificada y presta para la guerra, casi permanente, contra los nómadas del Norte, saces, masagetas y parnos. Los nobles bactrianos negaron obediencia a Alejandro y abandonándole con su ejército, huyeron hacia Sogdiana, a la satrapía más septentrional del Imperio Aqueménida.

Los sogdianos, tras entregar a Beso al rey macedonio, se retiraron con el grueso de sus tropas hacia las estepas del Yacartes, desde donde molestaban, junto con los saces, al ejército macedonio. Alejandro fortificó Maracanda (Samarkanda), Tribactra (Buchara) y la recién fundada Alejandría Eschate, pese a lo cual no pudo contener a los anteriores, comandados por Espitamenes, debiendo retirarse hacia Bactria. Pero la alianza entre los nómadas escitas de las estepas y los campesinos de Sogdiana no podía durar tras la marcha de los macedonios. Enviados de los saces y masegetas se conformaron con la promesa de que Alejandro no avanzaría hacia el Norte,

sino hacia la India. Así, Espitamenes y la mejor parte de su zona estratégica fueron capturados.

1.3.2. Críticas de los soldados macedonios a la política de Alejandro en Asia

El año 328 transcurrió con nuevas expediciones hacia Sogdiana. Durante el invierno, tuvo lugar un incidente, a consecuencia del cual resultó muerto, por propia mano de Alejandro, uno de sus mejores amigos, recién nombrado sátrapa de Sogdiana: Clito. Éste, según el relato de Arriano, habría exteriorizado su opinión, contraria a considerar los hechos llevados a cabo hasta entonces, como hazaña exlusiva del rey macedonio, sino que las conquistas eran obra de los macedonios.

La importancia del enfrentamiento radica en que no se trataba de una crítica aislada, sino de la expresión de un descontento generalizado entre los dirigentes macedonios, tanto por la falta de objetivos concretos de la campaña, como, sobre todo, por la progresiva adopción en la Corte de elementos orientales. Éstos eran aspectos exteriores de una mutación de gran transcendencia, pues en Alejandro había arraigado el deseo de fusión de todos sus súbditos en un gran reino con sede en Oriente.

Su matrimonio con Roxana, hija del noble sogdiano Oxyartes, es una prueba significativa de ello. Por lo demás, muchos hijos de la nobleza de esa región fronteriza con los escitas, se incorporaron al ejército de Alejandro como jinetes. También el reconocimiento de éste como Gran Rey de los persas y otros iranios se iba extendiendo paulatinamente, especialmente en los círculos de la clase dominante de los grandes propietarios territoriales, a los cuales Alejandro no sólo respetó sus propiedades, sino que fueron incorporados en medida creciente, como sátrapas o en puestos relevantes de responsabilidad. A la par, jóvenes bactrianos y sogdianos de los estratos bajos fueron enrolados como soldados y entrenados en las prácticas y modos guerreros característicos de los macedonios.

Simultáneamente, abandonaban las filas macedonias aquellos que habían cubierto su tiempo de servicio o habían cumplido la edad requerida para ello. Las relaciones se iban deteriorando y cualquier cosa podía servir para encender la llama de ese polvorín. Fue en ese ambiente cargado, cuando Alejandro pretendió introducir en la Corte el rito iranio de la prosquínesis (flexión de la rodilla ante el monarca), exigiéndolo no sólo de los persas, para los que era algo natural, sino de los griegos, para los cuales tal forma de adoración sólo era normal ante los dioses. El rechazo por parte de éstos fue tan manifiesto, que el soberano se vio forzado a renunciar a ello, al menos en lo relativo a los griegos y macedonios. También entonces se produjo un complot contra la vida de Alejandro, inmediatamente desarticulado, pero, a consecuencia del cual fue juzgado y condenado Calístenes, su presunto instigador. En realidad, se trataba de castigar a uno de los

mayores críticos de la situación, dada su calidad de historiador de la Corte, versado, además, como sobrino de Aristóteles que era, en la filosofía griega.

1.3.3. Expedición a la India y su retorno

En este mismo año 327, comenzaron los preparativos para la campaña de la India. Su explicación no está en condicionamientos estratégicos o en la necesidad de asegurar el poder, sino únicamente en el deseo desordenado de conquista o en una pretensión megalomaníaca de dominio universal. Cabe considerar en este sentido, que todos los grandes reyes orientales se habían sentido señores del Universo, llegando incluso los persas a exteriorizar este pensamiento, pero antes de Alejandro, *ninguno* había tomado medidas efectivas para llevarlo a la práctica.

El conocimiento que los grecomacedonios debían tener de la India era escaso y éste se circunscribía a la región hoy ocupada por Paquistán. En ella, no existía un único estado indio, sino una serie de pequeños reinos independientes, cada uno de los cuales apenas sobrepasaba en extensión a la propia Macedonia. La llegada del ejército comandado por Alejandro, no consiguió forzar una unidad entre ellos. Por el contrario, el rey de Taxila pidió ayuda al soberano macedonio para hacer frente a su vecino Poros.

Ya en el valle del Indo, en la llamada región o país de los cinco ríos, correspondiente al actual Punjab, Alejandro tuvo su primer encuentro con los assakenos, pueblo, probablemente escita, establecido en la zona occidental de Cachemira, a los que venció sin lograr, empero, su sumisión, llegando incluso a matar a Nicanor, general nombrado sátrapa de la región.

Como siguiente etapa de su conquista, Alejandro había puesto los ojos en el reino de Poros, que se extendía a lo largo del río Hydaspes. El rey indio había dispuesto sus tropas al otro lado de éste, cuya corriente aparecía tremendamente crecida por las aguas de los deshielos primaverales. Entonces, por vez primera, contemplaron los griegos cómo los elefantes servían de útil ayuda en la guerra. No obstante, una vez más, fue la caballería el instrumento de la victoria griega sobre el inmenso aparato bélico desplegado por Poros, pero las pérdidas en las tropas de élite macedonias fueron tan elevadas, que bien podría hablarse de derrota, la primera gran derrota de Alejandro. El trato dispensado al vencido Poros fue favorable, respetándole el título de rey. Quería Alejandro aliados y no enemigos a su espalda.

Más allá del Hydaspes, volvieron a encontrar nuevos principados, como el de los cateos, a los que venció, incorporándolos al ámbito de gobierno de Poros. La falta de una meta clara, la inexistencia de una salida de esta empresa, fue haciéndose más patente para los macedonios y con ello fue en aumento el descontento y la oposición en el núcleo grecomace-

donio del ejército. Se llegó así al río Hifasis, el más oriental de los cinco y, con ello, a la frontera del mundo conocido hasta entonces.

1.3.4. Nuevos brotes de descontento en el ejército macedonio

Para los macedonios estaba claro, sin embargo, que no habían conquistado la India, sino que habían abierto tan sólo una puerta hacia nuevos territorios de desconocida extensión. Así, junto a los motivos de malestar inherentes a una campaña que duraba ya ocho años, más los que fueron derivando del cambio de actitudes del propio rey, los componentes del núcleo militar a disposición de Alejandro hicieron saber a éste su firme propósito de volver, de no continuar ni un solo paso más. El portavoz fue Coinos, un comandante de entre los más destacados. Alejandro no tenía elección y debió aceptar resignadamente la decisión de sus soldados.

1.3.5. Retorno de Alejandro y su ejército

A finales del 326, el ejército retornaba hacia el Hydaspes. Parte de las tropas, con protección de caballería e infantería, fueron transportados en barcos por el Indo. Pero todavía debieron hacer frente a la oposición a su paso de los oxydracos y mallos. En otros casos, como el de Patala a la entrada del Indo, el soberano junto con toda su población se retiró al interior de su territorio, para volver a expulsar posteriormente, una vez que el ejército se hubo marchado, y de acuerdo con las tribus rebeldes del Delta, al nuevo sátrapa Peitho y las tropas dejadas con él.

El regreso se efectuó en tres columnas separadas. Una, al mando de Cratero, lo hizo a través del interior por Aracosia y Drangiana hacia Carmania. La flota, bajo la dirección de Nearco, navegó a lo largo de la costa iraní hasta la desembocadura del Tigris. Alejandro, con lo mejor de su caballería y el resto de la infantería, eligió un camino interior, paralelo a la costa, pero, acosados por ataques enemigos y a menudo faltos de avituallamientos y agua, sus tropas, al final, quedaron reducidas a la mitad y los caballos prácticamente esquilmados. No obstante, el planeado encuentro con Cratero y Nearco en Carmania pudo realizarse, entrando Alejandro en Persépolis de nuevo a comienzos del año 324.

En este momento, el Imperio levantado mediante estas campañas se encontraba en fase de disolución. Los territorios ocupados en la región del Indo estaban ya, de hecho, perdidos. En Bactriana, Atenodoro, un jefe militar, se había proclamado rey. Aracosia se había sublevado. Los sátrapas persas de Carmania, Pérside e incluso Susiana se consideraban señores independientes. Igualmente, Armenia y Capadocia, gobernadas por sátrapas iranios, desarrollaban una política independiente. Incluso el noble macedonio Harpalo, amigo íntimo de Alejandro, intentaba organizar para sí un estado que uniera Mesopotamia, Siria y las ciudades fenicias. A su vez,

desertores de entre los mercenarios griegos se refugiaron en Grecia, especialmente en Atenas, donde la desmembración del Imperio alejandrino era observada con cuidado.

Pero el peligro mayor para Alejandro, una vez más, procedía de las filas de su ejército, las mismas que le habían forzado a interrumpir su loca conquista del mundo. En efecto, en Opis, junto al Tigris, hubo un motín sofocado con enorme brutalidad, cuyos cabecillas fueron ajusticiados. Inmediatamente fueron enviados a Macedonia de regreso numerosos veteranos —algunas fuentes hablan de 10.000 soldados—, comandados por Cratero y Poliperconte.

Las causas de este movimiento contra Alejandro eran indudablemente muy complejas y no puede explicarse sólo por patriotismo, es decir, por la actitud filopersa del rey y la barbarización del ejército en sentido iranio. También debía contar el hecho de que, pese a los botines conseguidos en el transcurso de las campañas, no se habían traducido en ningún bien estable, dada su situación de constante movimiento. Incluso los asentados por Alejandro en los nuevos estados del norte y este del Irán, a consecuencia de las revueltas de los autóctonos, habían perdido sus propiedades y, en muchos casos, incluso la vida.

Por lo demás, una parte de la nobleza macedonia temía una confrontación con los persas, en sentido de perder posiciones e influencia en el seno mismo de la Corte. De hecho, a partir de ahora, las satrapías vacantes, bien por haberse sublevado sus sátrapas con su consiguiente muerte o por haber sido sustituidos a causa de rebeldía, fueron ocupadas por nobles macedonios.

1.3.6. Muerte del rey

En flagrante contraste con esta situación, pueden citarse las honras dirigidas a Alejandro por embajadas procedentes de todo el mundo, que tuvieron lugar en Babilonia en el 323. Eran el testimonio de su sumisión a Alejandro, por fin, Rey universal.

No descansó por ello el soberano, pues, entretanto, estaba dedicado a la conformación de un nuevo ejército, lo cual no dejaba duda sobre sus proyectos para el futuro inmediato. Simultáneamente fueron enviadas expediciones a Armenia, así como otras, pensadas para recabar información precisa sobre el Mar Caspio y el Golfo Pérsico. Pero todos estos proyectos quedaron bruscamente interrumpidos por la súbita muerte del rey, acaecida en el verano del 323 en Babilonia. La causa aparente fueron unas fiebres palúdicas, pero, ya en la Antigüedad, surgió la sospecha de haber sido provocada por un envenenamiento intencionado. Los inductores procederían de su propio entorno, es decir, sus colaboradores macedonios, o

bien sería algún enviado de Antípatro, estratego de Europa. Dicha hipótesis, en todo caso, sigue siendo indemostrable.

1.3.7. La herencia de Alejandro: su Imperio

La existencia de una entidad estatal, susceptible de llamarse de este modo, fue incuestionable tanto para el propio Alejandro como para sus contemporáneos. Así, el soberano macedonio procuró, mediante una serie de medidas, estabilizarlo y gobernarlo, las cuales, a juzgar por la desmembración subsiguiente a su muerte, fueron, en conjunto, infructuosas. No obstante, algunos elementos fundamentales de los puestos por Alejandro continuaron como piedras angulares de los Estados helenísticos. En todo caso, una cosa es clara: el Estado alejandrino no tenía nada que ver con la forma estatal típicamente griega, es decir, la ciudad-estado, la *polis*.

Macedonia, ya desde Alejandro II y especialmente con Filipo II era un estado centralizado, no obstante, continuaba existiendo una nobleza muy poderosa, de suerte que puede hablarse de una monarquía absoluta. Los Aqueménidas, sin embargo, a los que bien se puede calificar de déspotas, hubieron de aceptar, para poder gobernar un Imperio de tan grandes dimensiones, una cierta dependencia de sus sátrapas y de reyes clientes.

Pues bien, Alejandro asumió esos dos tipos de herencia al conquistar Asia, tanto las regiones litorales como las centrales.

En calidad de conquistador, de vencedor, era el propietario del territorio sometido por las armas, de acuerdo con las costumbres vigentes en la Antigüedad. Cabe la observación de que, en el caso de Alejandro, no era la comunidad de ciudadanos, los macedonios, los considerados nuevos señores de aquellas tierras, lo cual hubiera estado dentro de una tradición más griega, sino que era el propio soberano quien se erigió en dueño de ellas, de acuerdo con la ideología oriental.

Administración del Imperio

Dentro del marco político descrito, es evidente que el rey tenía la totalidad de poderes, pero, al igual que en los Estados orientales, junto a él había un complejo aparato burocrático.

La decisión más trascendental, siempre en manos del rey, era la relativa a la guerra y a la paz: era Alejandro quien decidía no sólo el comienzo de la guerra, sino las campañas que debían llevarse a cabo dentro de ella. Evidentemente, es impensable separar o distinguir entre Alejandro-rey y Alejandro-general en jefe del ejército. Qué limitaciones tenían estos poderes teóricos, los pone de relieve la negativa de sus soldados a cruzar el Hifasis, pero, en todo caso, la decisión de paz o guerra era su exclusiva competencia.

Conviene recordar a este respecto, los mencionados planes de Alejandro tras su regreso de las regiones orientales, pues, obviamente, las expediciones al Golfo Pérsico y el Mar Caspio, aunque explicadas frecuentemente como investigación científica, tenían unos objetivos primariamente militares. Lo mismo hay que decir de otras medidas económicas, cuya meta no era sino servir como preparativo de ulteriores campañas militares. Así, los trabajos del canal de Pallacopas, al sur de Babilonia, para una mejor canalización del Eúfrates y la construcción del puerto de esta capital, pero, sobre todo, los asentamientos establecidos en el territorio entre Egipto y las regiones del Indo. Los dos primeros eran el primer eslabón del proyecto alejandrino de construir una nueva flota de guerra, que habría de dirigirse, de acuerdo con Arriano, hacia los pueblos árabes del Golfo Pérsico.

Aspectos económicos. Repercusión en ellos de la conquista alejandrina

a) Tributos

La participación del rey en las ganancias de la guerra consistía fundamentalmente en la percepción de los tributos, procedentes de los pueblos sometidos y los extraídos del suelo conquistado. En este aspecto concreto, sabemos que Alejandro, una vez anexionadas las primeras satrapías minorasiáticas, dispuso que las cantidades que debía conseguirse, tanto en dinero como en *naturalia*, alcanzaran el mismo monto que el pagado a los soberanos persas. Es de suponer, que su actuación fuera similar en el caso de las anexiones ulteriores. Desconocemos, sin embargo, cómo utilizó o explotó Alejandro las propiedades heredadas por él de los Aqueménidas, si es que durante esos años de guerras incensantes pudo dedicarse a planificarlo. En todo caso, las concesiones de tierras a soldados, ciudades, amigos o cualquier otra clase de beneficiarios, se hacían de esta clase de suelo.

Las cantidades obtenidas de los tributos servían para subvenir a múltiples necesidades: pago de tropas, armamento y demás útiles, alimentos, etc., necesarios para la guerra, el mantenimiento de la Corte y toda la parafernalia inherente a la familia real.

b) Política monetaria y la ampliación del ámbito comercial

El deseo del soberano de atender satisfactoriamente las exigencias de los soldados, hizo que Alejandro decidiera convertir en moneda de curso legal una buena parte del tesoro de los Aqueménidas encontrado en Persépolis, lo cual no tuvo repercusiones en estas regiones orientales agrarias, acostumbradas al autoabastecimiento. En otras zonas con una economía monetaria más desarrollada, partes de Grecia y el Egeo, una emisión monetaria de este estilo, cuantiosa y repentina, hubiera desencadenado

inmediatamente tendencias inflacionistas, pues el valor del oro y la plata desciende a la mitad al desaparecer las cantidades atesoradas. Es, pues, difícil juzgar, si Alejandro estaba en condiciones de prever estas consecuencias o si, pese a todo, se vio forzado a hacerlo para poder seguir adelante.

Una importantísima consecuencia de la conquista en el ámbito económico fue la ampliación de los monopolios reales por la explotación del suelo, subsuelo y los recursos comerciales. Los macedonios, el rey ante todo, se erigieron en continuadores de los Aqueménidas, tomando para sí minas, pesquerías, importaciones, exportaciones, etc., es decir, todo aquello que había sido patrimonio exclusivo de los reyes persas.

Especialmente digno de considerar son los proyectos alejandrinos de incluir entre los territorios conquistados las costas arábigas, en cuanto que Arabia era conocida no sólo como abastecedora de mercancías de lujo —metales preciosos, piedras, especias—, sino como mediadora comercial para otros productos muy apreciados, procedentes de lugares más remotos. Por otro lado, a través del Golfo Pérsico y el Mar Rojo pasaban las rutas marítimas hacia la India. Una, que iba desde la desembocadura del Indo hasta Egipto por la costa meridional de Arabia, era conocida desde tiempos de Darío I, a partir del viaje exploratorio realizado por Escilas de Carianda a finales del siglo VI. Esta ruta comercial estaba dominada por tribus arábigas. Las fundaciones de un puerto de Alejandro en el delta del Indo y de una Alejandría en la desembocadura del Tigris y Eúfrates deben considerarse bajo la perspectiva de poder controlar en el futuro dicha vía. En el mismo sentido, cabe interpretarse el Periplo de Arabia, empresa inacabada, llevada a cabo por Hierón de Solos en el 323.

Una política comercial de esta índole necesitaba como complemento indispensable el monopolio de las acuñaciones, es decir, el control de la política monetaria. La moneda principal del Imperio persa, el dárico, era reconocida incluso en el ámbito griego. Sin embargo, no existía todavía en aquel Estado una economía monetaria desarrollada, por lo que las relaciones comerciales se efectuaban en gran medida a través del intercambio de productos.

Alejandro introdujo, no obstante, una nueva moneda, el alejandrino, de oro con patrón ático, intentando unificar el sistema monetario. Sin embargo, esta nueva acuñación no logró marginar ni hacer desaparecer las del tipo local. La totalidad del Oriente iranio estaba dominada por el dárico, mientras que las ciudades fenicias y chipriotas tenían acuñaciones propias, aunque en estilo alejandrino, lo mismo que las ciudades griegas de Asia Menor. Incluso en el ámbito de las regiones del Indo, introdujo Alejandro su propia política monetaria, por más que, tras la partida del ejército, sólo se reconociera su soberanía a título formal.

Es evidente, que, pese a los desvelos de Alejandro por estabilizar eco-

nómicamente la extensísima parte asiática de su Imperio, durante los años de dominación macedonia salieron de Persia, Mesopotamia y, en menor medida, de Egipto y Siria, enormes riquezas, en calidad de botín, hacia Grecia y Macedonia. No es extraño, así, que Alejandro y los macedonios fueran tachados de ladrones por pueblos asiáticos marginales de su Imperio e independientes. Era una verdad manifiesta para todos los pueblos de Oriente.

Administración

La explotación del Imperio se realizaba, sobre todo, a través de las satrapías, circunscripciones territoriales en las que estaba dividido el Imperio de Alejandro, de acuerdo con un sistema heredado de los persas y no modificado por el rey macedonio.

Al frente de cada satrapía, estaba un miembro de la nobleza persa, «amigo» o «pariente» del Gran Rey. Tales títulos se otorgaban en virtud de méritos especiales y daban acceso a su portador a estar en el círculo de personas más próximas a aquel y que, en caso de ausencia, formaban el Consejo real. De este círculo nombraba el rey, pues, a las personas que a través de las satrapías debían administrar las propiedades de la Corona. La Administración conllevaba una serie de competencias: controlar todas las actividades que tuvieran lugar en el seno de las propiedades del Gran Rey; recaudar los impuestos de los súbditos, tanto en las ciudades como en el campo; controlar y garantizar la protección militar contra enemigos internos y externos: por último, administrar justicia.

Como se ha ido viendo a lo largo de la exposición relativa a las campañas militares, Alejandro, en este terreno, no tuvo una actitud uniforme. En Asia Menor, al principio, nombró como sátrapas a comandantes militares macedonios, como, por ejemplo, a Antígono el Tuerto para la Gran Frigia, pero después, se valió también de sátrapas autóctonos así, entre otros, la reina Ada de Caria, a la cual devolvió su reino. Ésta, en efecto, era para sus súbditos reina absoluta, pero estaba obligada a rendir cuentas a Alejandro.

Conforme fue avanzando la conquista, eran cada vez más numerosos los sátrapas persas confirmados en sus puestos o sustituidos por otros nobles iranios. Pueden citarse entre ellos a Mazaeo de Babilonia, Abulites de Susiana, Fratafernes de Partia, Atropates de Media, etc. Por lo demás, también los reyes indios, como Taxiles o Poros, eran considerados por el soberano macedonio como sátrapas. Sin embargo, no pueden incluirse entre éstos los sátrapas persas de Capadocia, Bitinia, el Ponto o las regiones caucásicas, en las cuales no pusieron el pie los soldados macedonios. Así, aunque Alejandro los consideraba pertenecientes a su Imperio, dada su calidad de heredero de los Aqueménidas, en realidad, tales sátrapas gobernaban sus territorios como auténticos reyes independientes.

Las competencias de las satrapías fueron, en la época de la hegemonía

macedonia, las mismas que con los persas, según las líneas ya expuestas anteriormente. Los únicos cambios introducidos, al menos en las satrapías no gobernadas por macedonios, afectaban a la autoridad o poder personal de sus dirigentes, pues en éstas el rey asentó, para mantener el orden, una parte del ejército, es decir, un destacamento militar, bajo las órdenes siempre de un comandante macedonio, lo cual, indiscutiblemente, suponía un freno, cuando no un recorte, al poder de los susodichos sátrapas. Tal medida estaba justificada porque Alejandro no podía fiarse ni de los miembros del séquito de éstos, ni de la subordinación de las masas populares al nuevo dueño.

Sobre la cuestión relativa a qué cargos oficiales o qué personas servían de nexo de comunicación con los sátrapas, comandantes militares y otros altos funcionarios, entre ellos por una parte y con el rey por otra, sabemos de unos pocos casos concretos. Podemos mencionar, por ejemplo, el de Eumenes de Cardia, director o jefe de la cancillería, a través de cuyas manos debió pasar toda la correspondencia de Alejandro con sus sátrapas y con el estratego de Europa, Antípatro, lo cual le dio acceso a todos los secretos de Estado. Como complemento indispensable, tuvo que existir un departamento encargado de traducciones, donde personas conocedoras especialmente del arameo y otras lenguas orientales, tradujeran al griego cualquier clase de documento procedente de las distintas regiones y pueblos sometidos.

Otro caso concreto es el de Harpalo, cuya función era la conexión para asuntos financieros entre los diferentes sátrapas. Entre sus competencias, parece ser que estuvo también, con limitaciones, la supervisión sobre la acuñación monetaria. Al principio, sólo Pella y Anfípolis en Macedonia eran cecas emisoras de Alejandro. Después de la conquista, se abrieron otras nuevas o se transformaron los anteriores centros emisores persas. Los dáricos, por ejemplo, se acuñaban en Babilonia. A su vez, los sátrapas, con permiso del rey, podían efectuar acuñaciones locales. La coordinación de todo ello, junto con los problemas económicos aparejados, era competencia de Harpalo. Asimismo, se encargó éste de administrar los botines obtenidos durante la conquista, tanto los tesoros reales como los procedentes de las ciudades, palacios, etc., saqueados por las tropas macedonias. De esta manera, y puesto que los tributos de las satrapías se reunían en la caja central de Babilonia, las sumas manejadas por Harpalo hubieron de ser auténticamente fabulosas.

Harpalo intentó utilizar en beneficio propio esta posición tan ventajosa por tener todo el poder financiero del Imperio en sus manos, pretendiendo independizarse políticamente del rey en Mesopotamia y Siria, con el apoyo de las tropas griegas bajo su mando. Al producirse, sin embargo, el regreso de Alejandro en el 325, huyó a Atenas, llevándose una gran parte del tesoro a él confiado. Allí, no obstante, fue cogido prisionero primero y

después, tras un intento de fuga, asesinado por alguien de su propio séquito.

Como nexo de unión esencial entre el rey y los sátrapas, hay que mencionar a los quiliarcas, cargo instituido en primer lugar en Asia, según modelo aqueménida. Eran éstos los auténticos representantes del rey. El primero y único que lo desempeñó en vida de Alejandro fue su favorito, Hefestión. Respecto al ámbito de sus competencias, sabemos poco. Parece que, ante todo, tuvo responsabilidades en el campo de la política exterior y, en concreto, en lo relacionado con los tratos efectuados con pueblos situados al margen del Imperio alejandrino y que sólo formalmente pertenecían a él.

Hefestión fue, igualmente, el primero y más influyente de sus guardias de corps o *somatophylakes*. Éstos conformaban propiamente el Consejo de la Corona, compuesto por diez miembros, representantes de lo más selecto de la aristocracia macedonia, elegidos por el rey basándose en sus conocimientos o influencia en economía, política o estrategia militar.

1.3.8. Alejandro y las ciudades griegas de Asia Menor

Dentro del Imperio alejandrino, una posición especial tuvieron las ciudades griegas y también, como bajo los persas, las fenicias.

Respecto a las primeras, ubicadas en Asia Menor, ya se ha visto que su comportamiento respecto a Alejandro fue vario: unas le abrieron sus puertas; otras por el contrario, le ofrecieron una dura resistencia, siempre en función del grupo político dirigente. En las más importantes, como Mileto o Halicarnaso, gobernaban oligarquías simpatizantes con los persas, por lo cual, Alejandro, tras su captura, introdujo por todas partes regímenes democráticos. El rey liberó a las *póleis* de la soberanía persa, otorgándoles una constitución nueva y declarándolas autónomas. Ello no indica que fueran libres totalmente, puesto que estaban sometidas a la legislación del rey, como anteriormente a los persas. La autonomía concedida no era, por tanto, sinónima de independencia política, sino que les transmitía una situación especial, siempre dentro del Imperio alejandrino. La señal más clara de esta dependencia era la imposibilidad de formar parte como miembros autónomos de la Liga corintia, es decir, como aliados del rey, pues eran realmente parte de sus súbditos.

En relación con esto, una cuestión aún no aclarada por la historiografía es si en tiempos del propio Alejandro, estas ciudades griegas minorasiáticas estaban incluidas dentro de una o varias satrapías, es decir, de una unidad político-territorial mayor y sometidas, por tanto, a los sátrapas, o si conformaban ámbitos aparte, sometidos directamente al rey. El problema, de todos modos, no pasa de tener un significado meramente administrativo, en el sentido de conocer si eran o no responsables de las levas milita-

res y la recogida de impuestos. En todo caso, sabemos que los ciudadanos de pleno derecho, habitantes de estas ciudades, fueron a menudo liberados de sus obligaciones fiscales, gracias a una concesión especial del rey macedonio, sin que ello autorice a pensar que todas las ciudades griegas fueron objeto de la exención de impuestos debidos a la Corona.

1.3.9. Ciudades nuevas fundadas por Alejandro

Este punto es de los más cruciales de la política llevada a cabo por Alejandro en los territorios conquistados. La historiografía antigua, entre otros Plutarco, atribuye al rey la fundación de numerosas ciudades, que según éste, se elevarían a 70. Pero en qué medida se trataba de ciudades auténticas, en el sentido que nosotros podemos dar a este término, es otra cuestión. Tampoco se puede generalizar o hacer extensibles a todas, rasgos atribuidos a alguna ciudad determinada.

La finalidad perseguida por Alejandro con su política fundacional era, ante todo, de carácter estratégico-militar. Por ejemplo, asegurar refuerzos y avituallamiento para el ejército (así Alejandría en Egipto, Alejandría en Aracosia, Alejandría en Gedrosia), proteger puntos estratégicos importantes (así Niceforion en el Eúfrates), o fortalecer las fronteras (Alejandría Eschaté en el Yacartes). En muchos casos, no puede hablarse de ciudades nuevas, sino de reutilización de otros asentamientos orientales anteriores, mediante el establecimiento allí de dotaciones militares macedonias o veteranos, a los cuales se atribuía un nombre griego y una constitución al estilo de las *póleis* griegas, que por lo demás, tenía escasa importancia, dada su inclusión y absoluta incardinación en las satrapías correspondientes.

La población consistía, pues, en soldados griegos o macedonios, los orientales preexistentes en el lugar y algunos inmigrantes griegos, éstos ya en época postalejandrina. Si eran fundaciones auténticamente nuevas, entonces puede hablarse de guarniciones para las tropas de ocupación o para veteranos. De todas formas, muchas de estas fundaciones no sobrevivieron a su fundador, siendo las dotaciones militares arrasadas, una vez que el grueso del ejército macedonio había abandonado la región.

Así, a finales del siglo IV, puede decirse que sólo quedaban en pie Alejandría en Egipto y Niceforion. Todas las demás ciudades unidas al nombre de Alejandro, o bien se habían transformado nuevamente en villorrios orientales, o habían desaparecido por completo. Aquellas que ya en época aqueménida habían desempeñado un papel destacado en el comercio y que se consideran fundaciones alejandrinas —por haber acantonado allí tropas o haber constituido la sede de algún sátrapa—, retuvieron en el período siguiente su importancia bajo su antigua denominación. En algunas de ellas, se mantuvo asimismo su parte de población grecomacedonia y de ahí su significado en el ámbito cultural helenístico.

Según Arriano, otra de las metas perseguidas por Alejandro con la fun-

dación de ciudades era frenar, e incluso sedentarizar, a los nómadas levantiscos del altiplano iranio, pero en tal empresa su fracaso fue total, puesto que continuaron siendo enemigos de los macedonios, desembarazándose de su hegemonía rápidamente.

Después de todo lo dicho, no puede hablarse de ninguna manera de una emigración masiva de griegos hacia las regiones orientales en época de Alejandro Magno.

2.

Los Diádocos (323-276 a. C.)

La inesperada muerte del rey macedonio dejaba un Imperio relativamente libre de amenazas exteriores, controlado por un fuerte poder militar, pero con una estructura interior todavía sin definir claramente. En consecuencia, tanto la falta de un heredero capaz de suceder al fallecido Alejandro, como la multiplicidad de sus generales, los Diádocos, cada uno de los cuales estaba lejos de subordinar sus ambiciones personales en aras de un Imperio unido, fueron los causantes de que, en breve espacio de tiempo, la obra de Alejandro quedara prácticamente arruinada. Consideremos los hitos de esta evolución.

2.1. Situación política general tras la muerte de Alejandro Magno. El problema sucesorio

Comenzando por Europa, hemos visto ya que el encargado de controlar los asuntos políticos en esta parte del Imperio alejandrino era Antípatro, antiguo general y comisionado de Filipo II. Nada más producirse la muerte del rey, se organizó una coalición cuya finalidad no era otra que expulsar de Grecia las fuerzas macedonias.

Este conflicto, denominado como guerra lamiaca, pues Antípatro llegó a estar encerrado en la ciudad griega de Lamia, acabó con una capitulación de los aliados griegos, tras producirse una derrota de la escuadra ateniense el 322 en la isla de Amorgos, y ante la noticia de que, además, Cratero acudía a toda prisa a Macedonia, encabezando un contingente de varios miles de veteranos macedonios. Las consecuencias fueron muy ne-

gativas para todos los que habían participado en el bando antimacedonio: Atenas, por ejemplo, recibió una guarnición militar a la par que fue obligada a aceptar una constitución oligárquica. Corinto y otras *póleis* recibieron trato similar, de suerte que, tras la disolución de la Liga corintia, los estados griegos fueron considerados por los macedonios no aliados, sino súbditos.

En cuanto a la sucesión de Alejandro y de acuerdo con las costumbres existentes en Macedonia, era un Consejo real el que debía elegir al más capacitado para ello de entre los miembros de la estirpe real de los Argeadas. Pero la actuación de Alejandro con sus posibles competidores en su ascenso al trono, hizo que, once años más tarde, sólo quedara Arrideo, retrasado mental, y que, por lo mismo, en circunstancias normales, nadie hubiera reparado en él, ni lo hubiera tenido en cuenta. Era necesario considerar, además, al hijo de Roxana, la esposa irania de Alejandro, que nacería póstumamente. Los partidarios de uno y otro eran, respectivamente, la infantería macedonia, es decir, el grueso del ejército y la caballería comandada por Pérdicas, sucesor de Hefestión, en calidad de quiliarca.

En esta toma de postura, era fundamental la idea de la posible continuidad o no del Imperio alejandrino. Para los componentes de las falanges macedonias, era clara la imposibilidad de seguir avanzando por el terreno por el que lo había hecho Alejandro, y como Arrideo estaba incapacitado para defender una política ofensiva, basada en la prepotencia militar, el último Argeada, en calidad de rey, garantizaba a los soldados el retorno a casa, de acuerdo con los deseos repetidamente manifestados en vida de Alejandro.

Sin embargo, para la nobleza macedonia, componente de la caballería, y sus dirigentes, parecía evidente la conveniencia de seguir con una explotación organizada de los territorios conquistados. Su candidato al trono, el hijo de Roxana y Alejandro, era el más indicado para ocuparlo al reunir en su persona los derechos sucesorios de las dos partes del Imperio, el Irán, por vía materna, y Macedonia, por línea paterna. De todos modos, entre los generales de Alejandro y los nobles macedonios tampoco existía una unidad de miras, pues mientras unos contaban con mantener la unidad del reino bajo su dirección personal —así, por ejemplo, Pérdicas, Cratero y Antígono el Tuerto—, otros pretendían gobernar una parte del Imperio —tales como, Ptolomeo, Seleuco y otra serie de miembros de la nobleza macedonia—.

Los intereses de los distintos grupos se pusieron claramente de manifiesto en una reunión celebrada en Babilonia. Tras duros enfrentamientos, pudo acordarse al final que ambos aspirantes reinaran conjuntamente. Los asuntos de gobierno fueron encomendados al quiliarca Pérdicas, a la par que Cratero, en calidad de *prostates*, debía encargarse de la tutela del futuro Alejandro IV y de Filipo Arrideo. Tales medidas ponen de manifiesto

la desconfianza reinante entre ellos y el hecho de que nadie podía reunir en sus manos demasiado poder.

A su vez, en la mencionada reunión de Babilonia, los generales más influyentes se repartieron el gobierno de las diferentes satrapías. Antípatro fue confirmado como estratego de Europa; Antígono el Tuerto recibió Frigia, incluyéndose en ella Licia y panfilia; Lisímaco, Tracia; Leonnato, la Frigia Helespóntica; Laomedonte, Siria y Ptolomeo, Egipto. El único de los orientales que continuó gobernando una satrapía fue Oxyartes, nombrado para Paropamisade. No obstante, fueron repartidas otras regiones, como Aracosia, Aria, Gedrosia, en Irán oriental, por la imposibilidad de los nuevos sátrapas de hacerse cargo de ellas, dependiendo su dominio del gobierno central de Babilonia. Armenia y Capadocia, nunca conquistadas, fueron atribuidas a Eumenes, el secretario de Alejandro. Por otra parte, las regiones de Bactriana y Sogdiana fueron concedidas a sus anteriores gobernadores que ejercían de hecho el poder.

2.2. Desmembramiento del imperio alejandrino: conflictos de los Diádocos hasta Ipso (301 a. C.)

Las luchas por el poder, no obstante lo establecido, se reprodujeron de manera inmediata. Antígono y Leonnato se negaron a apoyar a Eumenes en su conquista de Capadocia, por lo cual el propio Pérdicas dirigió la campaña contra los gobernadores aqueménidas de aquel territorio, colocando a Eumenes por la fuerza como sátrapa macedonio.

También por entonces, Pérdicas casó con una hermana de Alejandro, Cleopatra, hecho que apunta hacia las verdaderas intenciones de este influyente personaje y que motivó la formación de una coalición contra él de Antígono el Tuerto —temeroso de la inmediata vecindad suya con el protegido de Pérdicas, Eumenes—, de Cratero, de Lisímaco —al ver peligrar su dominio de Tracia—, de Antípatro —que dirigía la política de Macedonia y Grecia con un alto grado de independencia— y de Ptolomeo, el cual, sin el consentimiento de los demás, se había llevado a Egipto el cadáver de Alejandro, enterrándolo en Menfis.

La primera acción de Pérdicas en respuesta a los coaligados, fue una expedición militar contra Egipto, pero antes de producirse ningún combate definitivo, el macedonio fue asesinado por sus propios soldados. Éstos ofrecieron a Ptolomeo el cargo de quiliarca, si bien éste, dándose cuenta de las dificultades para hacerse cargo, o mejor, para pretender la herencia de Alejandro, rechazó la oferta con objeto de afianzar al máximo su poder sobre Egipto. Casi simultáneamente caía también Cratero, luchando contra Eumenes.

Los diádocos restantes, a excepción de este último, celebraron una nueva reunión en Triparadiso, Siria, en el 321, para hacer un balance de los

sucesos de esos dos años transcurridos desde la muerte de Alejandro y deducir las consecuencias. El resultado fue un nuevo reparto, cuya novedad más notoria fue la asignación de la importante satrapía de Babilonia a Seleuco. Antípatro quedó en Macedonia y Grecia, a la par que era confirmado como protector (*epimeletes*) de los reyes. Antígono, sátrapa de Frigia, se hizo cargo, en calidad de estratego de Asia, del antiguo ejército de Pérdicas, con la misión expresa de expulsar de Capadocia a Eumenes y sustituirlo por Nicanor. Media y Armenia ya no aparecen mencionadas como satrapías, pero continuaron gobernadas por sus sátrapas persas Atropates y Orontes. Ptolomeo retuvo Egipto.

Indudablemente, el más favorecido por la nueva situación fue Antígono, al reunir en sus manos todas las rutas estratégicas y comerciales más importantes, pero la muerte de Antípatro en 319 vino a alterar el nuevo orden de cosas. Antes de morir, Antípatro nombró protector de los reyes a Poliperconte, frustrando con ello las esperanzas de Antígono, Lisímaco y de su propio hijo Casandro, si bien éste detentó el título de quiliarca. El resultado no podía ser otro que la formación de una nueva coalición de los Diádocos contra el sucesor de Antípatro.

Para hacerles frente, Polipercote inauguró una política llamada a tener un notable éxito: prometer a los estados griegos libertad y autonomía a cambio de su apoyo contra los demás coaligados. Pero en Macedonia encontró menos apoyo del esperado, toda vez que Filipo Arrideo se alineó junto a Casandro. Éste, a su vez, consiguió el apoyo de los griegos, colocando en Atenas, como protegido suyo, a Demetrio de Fálero.

Mientras tanto, Olimpia, la madre de Alejandro, aprovechando la ausencia de Macedonia de Polipercote y Casandro, ambos en el Peloponeso, volvió de su exilio e hizo asesinar a Filipo III Arrideo, quedando, así, su nieto como único rey. En el 316, cayeron ambos en manos de Casandro. Olimpia, tras ser juzgada, fue ejecutada. Roxana y su hijo, Alejandro IV, quedaron en Anfípolis como prisioneros. Así, Casandro quedó como regente y único dueño de Macedonia, casándose, a continuación, con Tesalonice, hija de Filipo II, con objeto de fortalecer sus aspiraciones al trono.

En ese mismo año 316, Antígono venció definitivamente a Eumenes en Asia, siéndole éste entregado por sus propios soldados y muerto poco después. Pudo, así, extender su poder hacia las regiones orientales, sometiendo Susiana y Pérside, obligando a Seleuco a huir hacia Egipto. De este modo, en 315, tenía en sus manos todas las regiones asiáticas, que, como parte del Imperio alejandrino, estaban gobernadas por sátrapas macedonios. Al propio tiempo, se erigió en *epimeletes* de Alejandro IV, dada la actuación de Casandro con Olimpia, declarando autónomos a todos los estados griegos en la órbita de poder de Macedonia y prometiendo liberarlos de las guarniciones.

La respuesta a Antígono por parte de los demás no podía ser otra que

unirse contra él. Su hijo Demetrio fue enviado con un ejército para hacerles frente, pero su derrota en Gaza (312) forzó a Antígono a negociar. Hubo de reconocer a Casandro como protector del rey y estratego de Europa, si bien le eran garantizados todos los territorios asiáticos. Seleuco pudo volver a Babilonia, discutiéndole a Antígono Susiana y Pérside.

Este tratado del año 311 sirvió para arreglar superficialmente la situación, sin solventar, no obstante, una vez más, las cuestiones de fondo. Así, cuando Casandro mandó asesinar a Alejandro IV, nadie se ocupó de ello, pues suponía la eliminación de una figura de hecho inútil.

En los años siguientes, el campo de batalla de los diferentes contendientes se centró en el Egeo y en las islas de Chipre, Rodas y Creta, por tratarse de posiciones clave para todo aspirante a un dominio indiscutido del ámbito mediterráneo. En efecto, el punto de mira de Antígono era ahora Grecia, una vez afirmado en Asia; el de Ptolomeo, las costas minorasiáticas e islas egeas; Casandro no podía dominar ni Grecia ni Macedonia sin la soberanía del Egeo; Lisímaco no podría mantenerse mucho tiempo en Tracia si Antígono ocupaba Asia Menor y Macedonia. El único que no miraba a Occidente era Seleuco, cuyos ojos estaban puestos, por el contrario, en el Este.

Dada la situación, Atenas, que bajo la tiranía de Demetrio de Fálero había conocido un cierto florecimiento, fue ocupada por el hijo de Antígono en 307, para, a continuación, hacer lo propio con Chipre e intentarlo con Rodas, si bien ante esta isla fracasó (304). Tras la victoria sobre Chipre, Antígono aceptó el título de rey, como también lo hizo Demetrio en calidad de sucesor designado. Lo mismo cabe decir de Seleuco, pero mientras éste aparece como rey de Babilonia, Antígono lo es sin acotaciones, erigiéndose, por tanto, en sucesor de Alejandro.

Una vez más, la reacción contra las aspiraciones de Antígono no se hizo esperar, a la par que el resto tomaba también la titulación real.

Entretanto, se había producido la campaña de Seleuco hacia Oriente, en cuyo transcurso había alcanzado las fronteras de la India, llegando a un acuerdo con el rey Chandragupta, señor indiscutido de toda la India occidental. Seleuco le reconoció su soberanía sobre todos aquellos territorios, recibiendo a cambio una elevada cantidad de elefantes de guerra (algunas fuentes hablan de 500, cifra, sin duda, exagerada). Con ellos acudió Seleuco al escenario de la guerra, situado en Asia Menor.

El encuentro definitivo tuvo lugar en Frigia, en la ciudad de Ipso en el verano del 301. Los elefantes de Seleuco tuvieron un papel decisivo en él. Su desenlace sancionó la desaparición del Imperio de Alejandro, sustituido ya por los diferentes estados helenísticos.

Antígono murió en el campo de batalla, siendo repartidos entre los vencedores los territorios dominados por él. Lisímaco resultó el más favorecido al quedarse con Asia Menor, que añadió a sus dominios tracios; Ca-

sandro continuó como dueño de Macedonia y gran parte de Grecia; Ptolomeo y Seleuco se repartieron Siria. En manos de Demetrio Poliorcetes quedaron Atenas y Corinto, algunas de la Cícladas, Éfeso, Chipre, pequeños reductos del litoral minorasiático, así como los puertos fenicios de Sidón y Tiro. Aparte de los territorios mencionados, no hay que olvidar que regiones como una gran parte de las situadas en torno al Ponto, Bitinia, Capadocia y Armenia, no pertenecían a ninguno de los Diádocos.

2.3. Fase final de los Diádocos. Nacimiento de los estados helenísticos y su proceso de estabilización

Los acuerdos alcanzados entre los implicados en el conflicto que desembocó en Ipso, tenían en sí mismos el germen de la discordia, que no era otro que la propia debilidad resultante para el hijo del derrotado Antígono. En efecto, Demetrio era, de hecho, un rey sin territorio por más que dominara todavía, como se ha visto, algunos lugares desperdigados por la geografía grecoasiática. Su poder, no obstante, residía en su poderosa flota y en el control ejercido en puertos como Atenas, las Cícladas y los ya mencionados fenicios.

En esta situación se produjo, en 298, la muerte del señor de Macedonia, Casandro, aprovechada inmediatamente por Demetrio. Renunciando a algunos de sus enclaves orientales —Chipre, Sidón y Tiro fueron ocupadas por Ptolomeo—, prefirió fortalecer sus posiciones en Grecia Central para lanzarse al asalto de Macedonia en 294. Acto seguido se proclamó rey de los macedonios.

Demetrio pretendió afianzar esta nueva posición de poder a costa, esta vez, de Lisímaco, el cual había sido hecho prisionero por los getas. Pero ya habían surgido nuevas coaliciones contra él. Así, la de algunas Ligas griegas, como los etolios y beocios, apoyados por Pirro del Epiro e incluso por Ptolomeo y Seleuco. A su vez, la puesta en libertad de Lisímaco le obligó a huir, cayendo finalmente en manos de Seleuco en Cilicia y, tras un breve período de prisión, murió en 283. Su hijo Antígono Gónatas, a la cabeza de sus tropas, mantuvo ocupadas algunas posiciones en Grecia, entre ellas Corinto, Eubea y el Píreo. Macedonia, sin embargo, fue repartida entre Pirro y Lisímaco, conservando éste la mayor parte.

El fortalecimiento de la posición de Lisímaco en este juego de poderes despertó las suspicacias de los que no habían participado directamente en la destrucción de Demetrio. Así, cuando Lisímaco comenzó a pretender desalojar a Pirro de la parte de Macedonia y Tesalia ocupadas por él, tanto Ptolomeo como Seleuco se opusieron, dispuestos a no permitir la presencia de una tercera potencia en el Egeo. El paso decisivo fue dado por Seleuco al cruzar el Tauro y adentrarse en el territorio minorasiático de Lísimaco. Junto al invasor, se alinearon los gobernadores de Sardes y Pér-

gamo, dándose el encuentro definitivo en Corupedión, Lidia, en el 281, donde Lisímaco perdió la vida. Poco antes había muerto también Ptolomeo I. Seleuco terminaría sus días algo después a manos de Ptolomeo Rayo (*Keraunós*), al pretender ambos el dominio de Macedonia. Los Diádocos habían desaparecido.

La presencia en el escenario político del asesino de Seleuco fue una consecuencia más de las prácticas de alianzas matrimoniales seguidas por los Diádocos, a imitación de las habituales en las Cortes orientales. En efecto, Lisímaco se había casado con una sobrina de Darío III, Amastris, naciendo de esta unión el heredero del trono Agatocles. En segundas nupcias lo hizo con Arsínoe, hija de Ptolomeo I y su esposa Berenice, hermana de Ptolomeo II. Lisímaco, a instancias de su mujer, mandó matar a Agatocles, con el fin de garantizar el trono a sus propios hijos. Éste último, a su vez, había estado casado con Lisandra, medio hermana de Arsínoe por ser hija de Ptolomeo I y su segunda mujer Eurídice, hija ésta de Antípatro. Con Lisandra estaba casado entonces su hermano Ptolomeo Rayo, huido de Egipto al ser excluido del trono en beneficio de Ptolomeo II, el hermano de Arsínoe. Ambos hermanos, Lisandra y Ptolomeo Rayo, habían huido al producirse el asesinato de Agatocles, poniéndose a salvo junto a Seleuco. Sería el propio *Keraunós*, quien instaría a Seleuco a presentar batalla a Lisímaco, pero, cuando pretendió sacar partido de la derrota de éste y de su muerte, aprestándose a la conquista de Macedonia, *Keraunós* lo asesinó, acción justificada únicamente por su pretensión de ser él mismo quien sucediera a Lisímaco en el trono macedonio.

Tras el asesinato, hizo cuanto estuvo en su mano para lograr que el ejército lo reconociera como rey, sin preocuparse de que Asia se encontraba bajo la soberanía del sucesor de Seleuco, Antíoco. Así, condujo el ejército hacia Europa, con el objetivo de tomar posesión de Macedonia y Tracia. Pero dos años después, en 279, la primera de estas regiones fue invadida por tribus célticas, en lucha con las cuales se produjo la muerte de Ptolomeo Rayo.

La presión de tales tribus se dejó sentir en diferentes zonas de Grecia durante dos años más, hasta que tropas coaligadas de etolios y beocios, apoyados por otros grupos como los focidios y los mercenarios de Antígono Gónatas, pudieron rechazarlos ante Delfos, correspondiendo, así, al Antigónida la gloria de vencerlos nuevamente en 277 en Lisimaquia, antes de pasar el Helesponto, erigiéndose, por lo mismo, en salvador de Macedonia. Como consecuencia de ello, sus propias tropas lo proclamaron rey. De esta manera, Antígono Gónatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, logró estabilizar durante un siglo la monarquía macedonia bajo égida de los Antigónidas.

Fue, pues, esta circunstancia histórica, una invasión exterior, lo que condujo a una paralización de los luchas, ininterrumpidas durante cincuenta

años, entre los sucesores de Alejandro, cuya única justificación estaba en satisfacer los deseos de poder de cada uno. Todo ello condujo a la formación de estados construidos con unos fundamentos reales, con unas fronteras aseguradas y con unos fines determinados: el reino de los antigónidas, con la capital nuevamente en Pella, comprendía Macedonia, Tracia, Tesalia y poderosa influencia en muchas partes de Grecia; a los seléucidas pertenecía la mayor parte de Asia Menor, desde el Egeo a las montañas de Armenia, Mesopotamia y Siria, donde se había construido una nueva capital en Antioquía del Orontes, así como el Irán; los ptolomeos, por fin, tenían bajo su poder Egipto, Cirenáica, Palestina y Transjordania. Junto a estos reinos poderosos, hay que mencionar los de Bitinia, Capadocia, Ponto y Armenia, así como, desde 283, Pérgamo, todos ellos independientes, a los que se sumarían otros, forjados en el transcurso histórico de las décadas siguientes.

3. Las ciudades griegas y las nuevas formas estatales en Grecia

3.1. Las ciudades griegas

El mapa político de Grecia está lejos de ser en época helenística una realidad uniforme, rasgo éste compartido por las etapas históricas anteriores. Esta diversificación tan característica del mundo griego se acentuó, sin embargo, en la época que nos ocupa, por la decadencia de la tradicional unidad estatal griega, es decir, la *polis*, comenzada en el siglo IV y agudizada posteriormente por las contradicciones internas y los avatares políticos de Alejandro y sus sucesores. A esto se uniría la aparición, o mejor, el fortalecimiento de otras formas estatales al socaire de las nuevas circunstancias políticas y más adaptadas, por tanto, a ellas.

Así pues, podemos ver que la Grecia helenística estaba compuesta, al Norte, por las monarquías de Epiro y Macedonia, mientras en el resto dominaban las ciudades y las Ligas o Confederaciones. La potencia hegemónica era, sin duda, Macedonia y fue precisamente para protegerse de ella, e incluso para hacerle frente, por lo que surgirían estas formaciones supranacionales, cuyo peso político y militar dejaría notarse enseguida.

3.1.1. Las *póleis*

El número de ellas en Grecia era elevado, conservando, en general, sus instituciones tradicionales. Sin duda, la cuestión más importante era la de la autonomía, rasgo sobre el que se edificó la *polis* clásica, y las posibi-

lidades de conservarla bajo las nuevas circunstancias. En este aspecto cabría hacer una diferenciación entre las ciudades situadas en el ámbito de los reinos helenísticos y las de la península e islas griegas.

3.1.2. Las ciudades griegas y las monarquías helenísticas

En relación con las primeras podemos afirmar que cuando las *póleis* se hallaban bajo el dominio de un rey helenístico no podían tener autonomía, pues no podía existir un estado autónomo dentro de otro estado, dadas las características de los reinos helenísticos, de los que en su momento hablaremos. Por tanto, bajo esas circunstancias políticas los términos de autonomía, libertad e incluso democracia sólo eran propaganda demagógica, concedidos y manipulados por uno u otro rey por motivos de índole política o económica, que encubrían la situación real de imposibilidad de ejercer su soberanía. Así, por ejemplo, las ciudades minorasiáticas de la Confederación jonia, como Mileto, Éfeso, etc., se encontraban a partir del 280 en el área de hegemonía seléucida, de suerte que cuando bajo Antíoco II y también Seleuco II les fue concedida la libertad, ello no significó sino que podían ejercer un cierto grado de autonomía administrativa dentro de los límites de la ciudad. Aunque exteriormente los reyes se referían a las ciudades como «aliadas» (*symmachoi*), eran, en realidad, súbditas y como tales debían cumplir cualquier deseo del rey.

Estas contradicciones pueden apreciarse también en que, por lo general, cada una de las ciudades calificadas de autónomas y libres tenía un representante real (*epistates*), así como, eventualmente, guarniciones (*phrourai*). La condición de sumisión a los reyes se aprecia aún mejor al considerar la obligación de pagarles un impuesto (*phoros* o *syntaxis*). Desde luego, el monarca correspondiente podía concederles la exención de impuestos por los mismos motivos que la libertad o la autonomía. Cuanto más relevante era la ciudad, considerándola tanto desde el punto de vista estratégico como económico, más privilegios podían otorgársele, con intención de captarla para unos objetivos concretos. Hay que considerar, además, que los reyes podían dar muestras de su generosidad a las ciudades griegas de su reino bajo forma de donaciones. Eran, en realidad, un instrumento de propaganda política destinado a reforzar el prestigio de la monarquía, pero que tuvo sus efectos en el campo cultural fundamentalmente, al estar orientadas tales donaciones, por lo general, a construcciones civiles o religiosas que contribuían a la magnificencia de la ciudad. Otras veces, las donaciones obedecían a momentos de graves necesidades, por malas cosechas, terremotos, etc. Era, pues, una muestra del evergetismo, real en este caso, tan característico de la vida helenística.

Evidentemente, la ciudad también sacaba provecho de esta especie de soborno, realizado por los monarcas con objeto de captar su buena dispo-

sición política. Podía suceder incluso, que pactando de esta manera con varios a la vez, la *polis* alcanzara una efectiva autonomía, dentro siempre de determinados límites. El caso más sobresaliente es el de Bizancio. Su ubicación controlando el paso de los Estrechos y el consentimiento o permisividad de macedonios, seléucidas y bitinios a su neutralidad, hicieron de esta ciudad, cuyo control se extendía hasta Calcedón en la orilla asiática, un rico e importante puerto de tránsito. No obstante, eran situaciones excepcionales. Lo normal era que los reyes echaran mano de los ingresos que las ciudades podían proporcionarles bajo las más variadas formas: impuestos directos, indirectos, regalos, etc., a los que se unía la obligación, sentida siempre como muy gravosa, de alimentar y mantener a las tropas.

Por otro lado, siempre que no interfiriera con los intereses de los reyes, las ciudades podían mantener relaciones con otras ciudades, tanto amistosas como bélicas, sin que ello desmienta lo anteriormente dicho, puesto que sólo era posible si cumplían el requisito previamente mencionado.

Un derecho reconocido a algunas ciudades por otras potencias, atestiguado en el mundo ciudadano de época helenística a través sobre todo de las inscripciones, fue el derecho de asilo (*asylía*), mediante el cual la ciudad era considerada sagrada y por tanto inviolable. El mayor número de decretos relativos a concesión de *asilía* pertenece a ciudades costeras, las más afectadas siempre por las incursiones de piratas. Era, pues, un sistema para protegerse de ellos y, en sentido amplio, una medida de seguridad contra todo tipo de ataque cualesquiera fuera su procedencia.

3.1.3. Ciudades-estado en Grecia y las islas

En relación con las englobadas en el segundo grupo, es decir, las griegas de la Hélade continental e insular, aparentemente mantenían bajo las nuevas circunstancias el mismo carácter que habían tenido las *póleis* griegas de épocas anteriores: el ágora, o plaza central, donde tenían lugar el mercado y las asambleas populares; acuñaban moneda propia; mantenían sus templos a las divinidades tradicionales, atendidos por sacerdotes propios y, por fin, las magistraturas eran desempeñadas por hombres elegidos por sus conciudadanos o, al menos, confirmados formalmente por ellos cuando eran los reyes quienes los colocaban en tales puestos.

No obstante esta configuración externa, su grado de autonomía quedaba determinado por la situación política en que se encontraran los grandes estados helenísticos. Las ciudades servían más o menos como figuras de ajedrez en el juego político de los grandes poderes, de manera que su papel estaba en función de su propia fuerza económica o estratégica.

3.1.4. Situación social y económica de la ciudad griega helenística

El fundamento económico de la ciudad seguía siendo la agricultura, ejercida en forma de propiedades privadas o *ktemata*, dado que el derecho a la propiedad de la tierra era inherente al disfrute del estatuto jurídico de ciudadano. En comparación con el siglo IV, y bajo la impresión de una autonomía disminuida y de unos ciudadanos cada vez menos comprometidos con la suerte de su ciudad, se refuerza ahora la tendencia a la concentración de la propiedad en pocas manos. Se reproduce, así, la situación, por lo demás harto conocida de los griegos, del endeudamiento, en virtud de la cual ciudadanos ricos otorgaban préstamos, tomando como garantía tierras privadas.

Por lo que respecta a la producción industrial, ésta se efectuaba en talleres (*ergasteria*) de dimensiones medias, en los que trabajaban de 10 a 15 hombres, la mayoría esclavos y jornaleros. Éstos iban en aumento, dada la disminución de los pequeños propietarios, los cuales se veían obligados a ganarse la vida trabajando a cambio de un salario. Asimismo, asistimos a un florecimiento de las asociaciones tipo gremial, que reunían en las ciudades a pequeños artesanos e incluso a simples jornaleros, como los conocidos canteros de Cos. Era, quizá, un medio de salir al paso ante el fuerte retroceso experimentado por las exportaciones de productos griegos, muy acusado en el caso de la cerámica, mediante el expediente de una reducción de la competencia.

Las dos ramas económicas hasta ahora mencionadas, agricultura e industria, constituían el fundamento de un comercio floreciente, característico de muchas ciudades griegas helenísticas. En efecto, algunas de las más importantes *póleis* helenísticas de Asia Menor o las islas, como Esmirna, Éfeso, etc., obtenían la mayor parte de sus ingresos no de la tierra, sino del comercio de tránsito, derivado de sus relaciones con Siria, Persia y Arabia. No obstante, estas y otras ciudades ricas e influyentes sufrieron enormemente en la prolongada lucha entre los reyes helenísticos o por las secuelas de invasiones como las de los galos, así como por las frecuentes razzias de los piratas. Por otro lado, al pasar a depender de la soberanía lágida o seléucida, sus efectos económicos se dejaban sentir enseguida, no sólo bajo forma de impuestos u otros gravámenes de los que ya hemos hecho mención, sino por la apertura o cierre de determinados ámbitos a las corrientes comerciales que desembocaban en estas ciudades costeras de Asia Menor.

Los ejemplos más ilustrativos de lo que acabo de decir están constituidos por dos ciudades fundamentales: Rodas y Alejandría. La primera de ellas se enriqueció enormemente con los beneficios obtenidos de su papel de mediadora en el comercio del trigo especialmente, pero también de otros productos, dado que todas las mercancías que pasaban por su puer-

to pagaban derechos portuarios. Ello le permitió desempeñar con eficacia su conocida labor como policía del mar, encargada de mantener libres y sin peligro las rutas comerciales.

Por otra parte, en un período rico en conflictos armados como el que nos ocupa, la oferta de esclavos aumentó considerablemente, pues las mujeres y niños de ciudades o territorios ocupados eran normalmente vendidos como esclavos. Se añadían a éstos los aportados por los piratas —etolios, cretenses, cilicios—, cuyas acciones se multiplicaban en momentos de inestabilidad política. La práctica totalidad de ellos iba a parar, al comienzo, a Grecia y las ciudades griegas en general, puesto que en Oriente la demanda de esta clase de trabajadores era escasa. Posteriormente, fue Roma quien absorbió la gran mayoría de esta mercancía humana, destinada a las grandes explotaciones agrícolas de Italia.

Conocemos la procedencia geográfica de los esclavos de este período, gracias a la información proporcionada por los documentos de manumisión de Delfos, frecuentes a partir del siglo III, en los cuales abundan los procedentes de diferentes regiones minorasiáticas (frigios, carios, panfilios, licios, etc.), que, de hecho, eran los más numerosos de todos.

La mano de obra esclava, en ámbito griego, era poco relevante en la agricultura, a diferencia de lo practicado por los romanos. Su aplicación prioritaria era bien en el servicio familiar y personal de los propietarios, o en talleres particulares. Igualmente, servían en los servicios públicos y en la industria ciudadana. Este tipo de esclavos especializados podía servir, además, como fuente de ingresos para sus propietarios, pues podían ser alquilados para talleres, explotaciones mineras, etc. También era posible permitir a los esclavos establecerse por su cuenta, a cambio de entregar al propietario una parte de sus ingresos, acordada entre ellos. De esta manera, con el tiempo, les era posible comprar su libertad, engrosando el número de libertos. El estatuto legal de éstos últimos en las ciudades era similar al conocido para los metecos, pudiendo, en casos concretos, gozar del reconocimiento y respeto sociales, mediante las muestras de generosidad hacia sus ciudades que sus cuantiosas fortunas personales, derivadas de negocios comerciales o en la banca, permitían ofrecer.

Se ha aludido más arriba a la escasa significación de la esclavitud en la agricultura. En efecto, en las ciudades minorasiáticas y en algunas insulares, englobadas en los estados seléucida o ptolemaico, existían ya desde épocas anteriores, pero ahora con una mayor significación, diferentes clases de poblaciones dependientes. Pertenecían éstas a antiguos pueblos de Asia Menor, lidios, carios, frigios, etc., asentados en el territorio de las antiguas *póleis* griegas. Pueden mencionarse, entre las conocidas, a los frigios de Zela, los Pedieos de Priene, etc. Su grado de autonomía o dependencia no siempre es bien conocido, dada la parquedad documental en que hemos de movernos, pero, si no en todos los casos, al menos para al-

gunos, puede asegurarse su situación de ligazón con el suelo y la obligatoriedad de satisfacer a la ciudad una parte de las cosechas obtenidas. Al no ser esclavos, no podían ser vendidos, ni separados de la tierra que cultivaban. Se trata, en definitiva, de un sistema de dependencia y típicamente oriental, que se mantendrá vigente a lo largo del Helenismo. Volveremos sobre ello al tratar la faceta económica de los reinos helenísticos.

3.2. Las Ligas o Confederaciones de Estados

La decadencia de las ciudades-estado en Grecia y en la mayoría de las islas egeas condujo en época helenística al desarrollo de confederaciones, hecho que en sí mismo no representaba ninguna novedad para el mundo griego. Ya en el siglo IV, las de beocios y tesalios habían alcanzado relevancia, sobre todo militar, en la lucha por la hegemonía de Grecia. Las nuevas federaciones helenísticas pretenderán alcanzar, además, un protagonismo político e incluso económico.

El espacio que en Grecia ocuparon estos estados en los que no se había desarrollado la *polis* es considerablemente mayor que el territorio de todas las *póleis* en conjunto, incluso dejando de lado Macedonia y el Epiro. Así, en Grecia Central pertenecían a éstos, de oeste a este, los acarnanios, etolios, anianos, locrios, dorios de Dóride, focidios y también los beocios —excepto las ciudades de Tebas, Platea y Orcómeno—; en el Peloponeso, los elieos, aqueos y arcadios. Las constantes guerras de los Diádocos y la pérdida de importancia de las ciudades en el conjunto de los avatares griegos tuvieron como consecuencia lógica el que las diferentes comunidades de estas regiones, en las que, además, no había ningún centro de poder, se unieran en una liga (*koinon*).

Motivo del diferente grado de desarrollo de las distintas áreas mencionadas es, ante todo, su posición geográfica. Las situadas en el ámbito oriental de Grecia central, desde los anianos hasta los beocios, constituían paso obligado para los ejércitos que, desde Macedonia, quisieran alcanzar el Peloponeso y Atenas, de suerte que a lo largo del siglo III se desangraron. Los acarnanios y elieos, por el contrario, habitaban en la costa occidental, apartados de las zonas de interés militar de las grandes potencias, pero también marginados de las rutas comerciales importantes al carecer de buenos puertos. Más afortunados fueron otros sólo moderadamente afectados por los acontecimientos militares o políticos, de tal manera que se vieron obligados a fortalecer su posición, pero al propio tiempo estaban lo suficientemente lejos como para no ser barridos por las partes contendientes. Así, por ejemplo, los etolios y aqueos disfrutaban de un acceso a las rutas comerciales pero no eran tan ricos como para erigirse en meta obligada de todo enemigo que se acercara por su entorno.

Los primeros tenían un territorio limitado por el golfo de Patras, entrada al golfo de Corinto, llegando por el Norte hasta el golfo de Ambracia y limitando al oeste y este con acarnanios y locrios, respectivamente. Tenían un santuario central en Termos. Los aqueos ocupaban una franja costera en el golfo de Corinto, limitando al oeste con el territorio de Elis y Arcadia, y al este con la de Sición, que pronto entraría a formar parte de la liga.

3.2.1. La Liga Etolia

Aunque el *koinon* etolio aparece ya en el siglo IV como una asociación, bastante laxa, de todos aquellos asentamientos del mismo dialecto, fue posteriormente, en el momento de producirse la presión hacia el sur de los celtas (más tarde llamados gálatas tras ser asentados por Pérgamo en la región minorasiática de Galacia), cuando se transformó realmente en un auténtico estado federal. A partir de entonces, se expandió rápidamente hacia el este por la Fócide —incluyendo la hegemonía sobre el santuario de Delfos y la Anfictionía—, Lócride occidental y Tesalia y hacia el oeste por Acarnania, de suerte que en el siglo III conformaban una franja divisoria de la península griega.

Los miembros de la liga conservaban sus instituciones administrativas propias, pero el poder ejecutivo de la liga estaba en manos de organismos superiores. Entre éstos el de mayor poder, al menos teóricamente, era la Asamblea de la liga, de la que formaban parte todos los ciudadanos, y que se reunía una vez al año en el santuario de Apolo en Termos. Se decidían en ella leyes comunes para todos los miembros, la paz y la guerra, así como la elección de los magistrados federales. Dicha reunión anual estaba preparada y, por tanto, influenciada por un consejo federal o *synedrion*, en el que participaban representantes de las ciudades en función de su contribución militar a la liga y donde los etolios llevaban la voz cantante. De entre los miembros de este consejo federal se elegía una comisión de treinta personas (los *apokletoi*) que funcionaban como órgano de control y ejecutivo junto a los magistrados federales, atendiendo sobre todo a asuntos relacionados con política exterior.

La magistratura más importante del *koinon* era la de estratego, que fue siempre electiva y de duración anual, de manera que no pudiera transformarse en tiranía. Otros cargos federales eran el de hiparco, comandante de la caballería, siete tesoreros, un secretario (*grammateus*) y un organizador de los juegos (*agonothetes*). Todos ellos se renovaban anualmente.

La liga tenía un derecho de ciudadanía común (*sympoliteia*). En el caso de ciudades que ingresaban en ella, por muy distantes que se hallaran, equiparaban su propia ciudadanía a la de la liga, es decir, a la federal (*isopoliteia* o igualdad de derecho de ciudadanía). Ello permitía un tráfico fluido tanto dentro de las distintas regiones como entre las ciudades de la liga.

De la participación de la Liga Etolia en la política internacional del mundo helenístico hablaremos en los capítulos correspondientes.

3.2.2. La Liga Aquea

En principio, se diferencia poco de la etolia, pues, al igual que ella, no se trata de una organización completamente nueva sino de la revitalización de un *koinon* anterior, destruido por Filipo II. Sin embargo y en contraposición con la anterior, al comenzar esta nueva etapa a partir del 280 a. J., la liga aquea comprendía pequeñas *póleis* con sus correspondientes territorios (*chorai*) ciudadanos, limítrofes con grandes propiedades aristocráticas, con aldeas y campesinos más o menos dependientes.

Una vez conseguida una cohesión estable, comenzaron a expandirse. La incorporación de Sición en 251, gracias a la voluntad de Arato y una vez conseguida la expulsión de los tiranos que habían gobernado la ciudad, fue totalmente decisiva para el futuro de la liga. Otro miembro importante, Corinto, se incorporó a ella en 243 y durante largos periodos pertenecieron a la misma también áreas argivas, así Epidauro, Mégara en el Istmo, además de territorios eleos y arcadios, como Megalópolis. La presencia entre sus miembros de tantas ciudades es lógico que se reflejara en la liga, de manera que las en otro tiempo estados autónomos luchaban por mantener pequeñas parcelas de independencia dentro de la confederación. Este hecho, añadido a las fuertes contraposiciones en el sistema de propiedad entre la ciudad y el campo, y pese a que Arato dotó a la liga de un sistema único de pesos y medidas, le impidió ella evolucionar hacia un estado territorial.

Al igual que la Liga Etolia, también en el caso de los aqueos el máximo órgano de gobierno era la Asamblea federal, que se reunía en el templo de Zeus Hamario en Egion. Al parecer, y aunque no es del todo segura, es posible establecer una distinción, válida al menos a partir del año 200, entre una asamblea ordinaria o *synodos* y otra extraordinaria o *synkletos*. En la primera, de carácter representativo, se reunía la *boulé*, consejo formado por un número considerable de miembros, los *bouletai*, representantes de las diferentes ciudades y territorios y los magistrados. Decidían sobre asuntos cotidianos y de política interna, eligiéndose allí los magistrados federales. En cuanto a la segunda asamblea o *synkletos*, sus competencias estaban relacionadas tan sólo con la política exterior, siendo en ella las votaciones no personales sino por ciudades.

La función decisoria estaba entre los aqueos en manos de los estrategos, elegidos anualmente y susceptibles de reelección tras dos años. Al comienzo eran dos, pero desde 255 sólo uno. El ejemplo más sobresaliente es el de Arato, que desde 245 hasta su muerte en 213 fue elegido estratego cada dos años, ejerciendo el cargo de una manera muy personalista. Junto

a este puesto dirigente, dotado del máximo poder militar, hay que mencionar a sus ayudantes inmediatos, un hiparco y un navarco, comandantes de la caballería y la flota respectivamente, así como un secretario.

En ámbito griego existieron otras ligas, como, por ejemplo, la arcadia. No vamos a hablar de ellas pues, en realidad, se diferencian poco en cuanto a organización de las dos ya analizadas, sin llegar nunca a ejercer, a diferencia de ellas, una influencia decisiva en las luchas por el poder ni en la evolución política o social de su tiempo. Examinaremos, sin embargo, más de cerca la situación existente en el norte de Grecia.

3.3.3. La Liga Epeirota

El Epiro, región montañosa del litoral que separaba Macedonia de los mares Jónico y Adriático, tenía asimismo una liga que, a comienzos de la época helenística, estaba dominada por los molosos, uno de los pueblos o *ethne* que la componían. Habitaban en el interior del país y tenían como centro cultural el santuario de Dodona. Los reyes molosos ejercían de estrategos de la liga, manteniendo relaciones dinásticas con Macedonia. La madre de Alejandro Magno, Olimpia, era una princesa molosa. Bajo los últimos Eácidas, a los que pertenecía Pirro, se puede hablar propiamente de una monarquía epeirota.

Sabemos que en el siglo IV, cuando tribus ilirias de las regiones septentrionales limítrofes dominaban el país, la situación socioeconómica allí reinante, se caracterizaba por la lentitud del proceso de urbanización, siendo así que eran muy pocas las ciudades existentes, mientras que el campo era explotado por campesinos dependientes, los prospelatas, cuya situación es equiparable a la de los penestas tesalios e hilotas espartanos.

Aunque no tenemos noticias de su evolución en las etapas posteriores, es claro que se trataba de un país con fuertes contradicciones sociales, manifestadas de distintas maneras y agravadas por la presencia de diferentes grupos tribales, de los cuales los caones y tesprotios eran, junto con los molosos, los más destacados. La evolución ulterior del país, emprendida por Alejandro I y continuada vigorosamente por Pirro, conllevó una aceleración en el proceso de urbanización y, por consiguiente, un desarrollo económico y social, perceptible en las acuñaciones, los intercambios comerciales, etc. Tal evolución, sin embargo, no puso fin a la confrontación social, sino que, por el contrario, agudizó los contrastes entre ricos y pobres. Así, la última reina eácida, Deidamia, hija de Pirro II, moriría en Ambracia en el transcurso de una sublevación popular (232).

La Liga Epeirota, surgida tras la caída de la monarquía, no se diferencia, en principio, gran cosa de las etolia y aquea. A su cabeza aparece un estratego —aunque, según algunas fuentes, serían tres, representantes de los tres *ethne* más importantes—, elegido anualmente. El estratego único

procedía del *ethnos* de los caones o de los molosos, sin que sepamos si existía una alternancia regulada de ambos, que, en todo caso, no aparece reflejada en ninguna fuente. Junto al dirigente supremo, existía un hiparco y un secretario, a la par de un *prostates* de cada uno de los *ethne* más fuertes. La Asamblea federal, *synedrion*, se reunía probablemente en Dodona. De ella se nombraba un Consejo, sobre cuyas atribuciones no sabemos nada, pero del que participarían sólo los miembros más influyentes y poderosos de la comunidad. La asamblea del pueblo elegía los magistrados, decidiendo también sobre asuntos de política exterior.

Desde 192, la liga epeirota se convirtió más o menos en un estado cliente de Roma. Durante los avatares de la tercera guerra macedónica (cf. *infra*), la unidad de la liga saltó en pedazos, para, en 167, desaparecer del mapa político.

3.3. El caso de Esparta: su especificidad en el contexto griego

No corresponde aquí analizar la estructura del estado espartano, cuyos rasgos caracterizadores habrán sido expuestos en otra parte de esta colección. En todo caso, baste decir que ellos la separaban claramente de las *poléis* griegas tradicionales, dotadas de una estructura democrática, economía monetaria, intercambios comerciales, esclavos, etc.

Sólo tardíamente, a partir prácticamente de la hegemonía macedonia, Esparta comenzó a participar de algunos de estos rasgos y fue entonces cuando, según escribe Plutarco en la *Vida de Agis*, empezaron sus desgracias.

3.3.1. Los reyes reformadores

La panorámica social espartana en estos años que estamos considerando se presentaba con tintes dramáticos. Dadas las peculiaridades de su constitución y por causas que se remontaban a muy atrás, lo cierto era que los ciudadanos espartanos de pleno derecho, a consecuencia de tantas y continuas guerras, habían disminuido de manera alarmante, hasta el punto de quedar reducidos a 700, de los cuales sólo cien conservaban todavía propiedades territoriales o lotes de tierra, pues una ley de comienzos del siglo IV había permitido a los espartanos la libre disposición sobre tales lotes. La pérdida de éstos conllevaba la desaparición de todos sus privilegios, pues ello hacía imposible que pudieran participar en las *syssitias* o comidas comunes, viéndose obligados a trabajar para ganar un jornal o a emplearse como mercenarios. El cuerpo cívico espartano había ido menguando progresivamente, convirtiéndose cada vez más en una pluto-

cracia latifundista que dominaba sobre una masa campesina privada de todo derecho, endeudada y, por lo mismo, cada vez más descontenta. En el caso de Esparta, esta situación repercutía directa y negativamente sobre los efectivos militares sobre los que la ciudad podía disponer, hasta el punto de poder paralizar cualquier actividad en el exterior por falta de un ejército numeroso, capaz de enfrentarse a los contemporáneos. En cuanto a los ilotas laconios, ocupaban de forma hereditaria sus parcelas, no pudiendo ser movilizados ni vendidos.

De todo ello se deduce que la disminución del número de ciudadanos era para Esparta un peligro mortal, pues significaba una drástica disminución de su potencial militar en cuyo poder se fundamentaba la propia supervivencia del estado, al debilitarse la relación de fuerzas entre la clase dominante, es decir los espartanos de pleno derecho, y los ilotas, oprimidos y explotados para el servicio de éstos.

En la etapa histórica que estamos analizando, los dos reyes espartanos eran Leónidas II y Agis IV, siendo el primero de ellos el representante de los elementos conservadores de la sociedad, es decir, los propietarios territoriales, mientras Agis lo era de aquellos que pretendían la abolición de las deudas y la reconstitución del cuerpo cívico mediante el sistema de admitir a la ciudadanía a estratos sociales inferiores, como periecos y extranjeros, a los que debían repartirse los lotes de tierra correspondientes a los ciudadanos.

El enfrentamiento entre ambas tendencias desembocó en un conflicto entre ambos reyes, a consecuencia del cual Leónidas debió exilarse a Tegea en 242.

La necesidad de reformas era evidente pero, al propio tiempo, cualquier paso en este sentido podía considerarse revolucionario y era, por tanto, peligroso. Sólo Agis IV (245-241), poniéndose a la cabeza de los descontentos, se decidió a emprender las inaplazables reformas, conocidas por la obra de Plutarco relativa a este rey y antes mencionada. Consistían en una abolición de las deudas y en una redistribución de tierras —que se encontraban en manos privadas, de grandes propietarios, por tanto,— con objeto de dividirlas en 4.500 *kleroi* o lotes dentro del territorio de Esparta, destinados a espartanos sin tierras, y 15.000 parcelas en el exterior, en los alrededores de las ciudades costeras. La cuestión de las deudas pudo resolverse, pero el reparto de tierras, dada la oposición ofrecida por los afectados, fracasó. No obstante, la aplicación de las reformas se hizo de manera tibia, no radical, como sin duda esperarían los partidarios de Agis, lo cual provocó un descontento generalizado.

Pero, en este momento, se produjo una petición de ayuda de los aqueos ante la inminente invasión del Peloponeso por los etolios. El ejército espartano acudió a la llamada comandado por Agis, pero por causas en las que no vamos a entrar, Arato despidió al contingente espartano, venciendo pos-

teriormente él solo a los etolios. A continuación, se firmó un tratado de paz al que se adhirió también Macedonia. Agis IV fue condenado a muerte y ejecutado.

No obstante, la ausencia de Agis había sido aprovechada por Leónidas para regresar a Esparta y reinstalarse, junto con sus partidarios en el poder. La viuda del difunto rey, Agiatis, se casaría enseguida con el hijo de Leónidas, Cleómenes, siendo esta mujer la que, según algunos historiadores, imbuiría a su marido los ideales reformadores.

En el 227, el entonces rey, Cleómenes III (235-222), forzado por la evolución política en el Peloponeso (cf. *infra*) y por sus propias intenciones en el ámbito exterior,decidió revitalizar el potencial militar espartano. Se condujo de manera más consecuente y quizá con una finalidad social más radical que Agis, pese a su tradición familiar conservadora. Su primer paso fue deshacerse de sus oponentes, a lo que obedeció la medida de suprimir el eforado y mandar asesinar al otro rey, Arquidamo. Las medidas propuestas son similares a las de Agis y su núcleo central consistía en ampliar el cuerpo cívico, base del ejército. Confiscó, pues, tierra para repartirlas entre 4.000 periecos, elevados al rango de ciudadanos de pleno derecho y, por lo mismo, hoplitas. Liberó, además, a 6.000 ilotas algo después, mediante la solución de venderles su libertad al precio de cinco minas. Ello significaba que, *de facto*, se convertían en propietarios de las parcelas que cultivaban, estando obligados a prestaciones militares. Todo lo dicho, unido a la reinstauración de la disciplina estricta, propia del tradicional sistema de educación espartano, tuvo como efecto la consecución del objetivo previsto por el monarca, un ejército organizado y fuerte, instrumento de sus ambiciones políticas.

En el Peloponeso, los cambios acontecidos en Laconia no tardaron en encontrar eco, de suerte que los campesinos del ámbito aqueo comenzaron a mostrarse inquietos, reclamando una redistribución de la tierra. Para acallar las protestas, la guerra era uno de los remedios más eficaces. Así la liga aquea, aliada con Macedonia y dirigida por Antígono Dosón, venció en Selasia (222) a Cleómenes III, el cual debió huir a Egipto, para ser finalmente asesinado. Sus reformas, tras la derrota, fueron inmediatamente abolidas.

Sin embargo, todos los intentos reformadores, aunque aparentemente sin éxito, calaron en la conciencia popular de los campesinos laconios. Se demostraría años después en el apoyo ofrecido a otro rey, Nabis (207-192), con pretensiones también de cambiar las cosas.

Las fuentes antiguas no son precisamente favorables a la figura de este rey, a quien describen con rasgos negativos. No obstante, podemos saber los cambios efectuados en la sociedad espartana.

Cabe hablar en primer lugar del reparto de tierras efectuado entre los carentes de ellas, conseguida por confiscaciones a los ricos propietarios a

los que no dudó, según parece, en mandar asesinar. Igualmente, renovó a los ilotas en la propiedad de las parcelas que cultivaban, entrocándolos, además, con los espartiatas mediante matrimonios, cuya finalidad no era otra que borrar las barreras de clase entre unos y otros.

La Liga Aquea arremetió una vez más contra los cambios efectuados en la sociedad laconia, pero Nabis, aliado en principio con Filipo V de Macedonia y con Roma, logró algunos éxitos iniciales como la captura de Argos —donde procedió también a un reparto de la tierra—, e incluso la de Corinto. No obstante, la guerra decretada contra él por los griegos, espantados por las reformas sociales efectuadas por el rey espartano, y apoyada sibilinamente por Flaminino, supuso su fin. Murió en 192, quedando limitado el estado espartano al valle del Eurotas. Las ciudades periecas de la costa debieron entrar en la liga aquea como miembros de derechos reducidos. Los ilotas, posteriormente, debieron desaparecer. Mesenios y laconios aparecen en época de dominación romana con *status* de colonos.

4.

Macedonia y Grecia: desarrollo de la situación política (276-146 a. C.)

4.1. Antígono Gónatas y la estabilización política de Macedonia

Ya ha sido mencionado cómo Antígono Gónatas logró alzarse con el trono macedonio tras la victoria sobre las tribus célticas en Lisimaquia. Pero lo más importante fue la estabilización política que su poder inauguró en el país, si bien al comienzo hubo de asegurar o afianzar las zonas fronterizas y los puestos ocupados por Macedonia en Grecia, tales como Corinto o la eubea Calcis. Así, en 272, se vio envuelto en un conflicto con Pirro I, rey de los molosos, a consecuencia del cual pudo consolidar la zona occidental de Macedonia, disputada por el Epiro. Igualmente, quedó anexionada a su reino la región de Tesalia.

4.1.1. La guerra cremonídica

Pero el peligro más considerable en potencia procedía de otro lado. En efecto, en Grecia se iba formando un equilibrio de fuerzas diverso del imperante hasta entonces. La Liga Etolia comenzó a expandirse hacia el este, concertando tratados de *isopoliteia* con diferentes *póleis* egeas. A ello se unía una intensa actividad diplomática de los Ptolomeos, encaminada a impedir una consolidación del poder de Macedonia, con objeto de asegurar por esa vía las posiciones conseguidas por Egipto en el Egeo durante las guerras de los Diádocos. Ciertamente, los Lágidas, cuya preponderancia en el mar era por entonces indiscutible, podían mirar con suspicacia el control macedonio de determinados puertos, en especial Calcis y Demetrias en la península tesalia de Magnesia, dado el peligro que dicha situación encerraba.

De acuerdo con este objetivo, Ptolomeo II forjó una coalición antimacedonia de estados griegos, en la que participaban como dirigentes Esparta y Atenas y a la que también pertenecían algunos grupos peloponesios, como la Liga Aquea y los arcadios. Pese a ello, su debilidad militar quedó patente al serles imposible capturar Corinto. Atenas fue asediada por los macedonios, debiendo capitular en 262. Cuando la flota ptolemaica, muy tarde ya, intentó romper el cerco de Atenas, Antígono Gónatas respondió a esta intentona con un ataque naval contra los enclaves egipcios de las Cícladas. La derrota egipcia en Cos obligó a la concertación de un tratado de paz, en el que quedaba confirmada la soberanía macedonia sobre una gran parte de Grecia. Esta guerra, denominada como guerra cremonídica, en honor del estadista ateniense Cremónides, se desarrolló entre 267-261.

Tras ella, Atenas debió soportar no sólo una guarnición militar, sino un gobernador macedonio, perdiendo incluso su derecho a acuñar moneda. Cayó también en manos macedonias la ciudad euboica de Eretria. Sin embargo, el camino hacia Corinto peligraba a causa de los etolios. Éstos podrían haber perjudicado gravemente a Antígono de haber hecho causa común con sus adversarios, pero prefirieron mantenerse neutrales, aprovechando dicha situación para atraer nuevos pueblos a su Liga, como sucedió, en efecto, con locrios y focidios. Los etolios aparecen así como los auténticos beneficiarios del conflicto cremonídico, pues Gónatas, siguiendo su política de buen entendimiento, aunque tácito, con los etolios, hizo caso omiso de dicha expansión.

En conjunto, la situación presentada por Grecia tras la guerra cremonídica era positiva para Macedonia, pues pese a la enemistad impenitente de Esparta, cuyo poder se encontraba de todas formas francamente disminuido, y la eliminación del tirano promacedonio de Elis, conservaba en su poder los accesos al Peloponeso a través de Corinto, gobernado por Cratero, y de la amistad de Argos y Megalópolis.

4.1.2. Segunda etapa del gobierno de Antígono Gónatas

Los acontecimientos posteriores estuvieron condicionados en gran medida por los sucesos acaecidos fuera de Europa, es decir, en otros estados del Oriente helenístico. De ellos cabe reseñar el estallido de la segunda guerra siria, uno de la larga serie de conflictos que enfrentaron a Lágidas y Seléucidas. El beneficiario sería Antíoco II al lograr expulsar a los egipcios de Jonia, que volvió a dominio seléucida, así como de enclaves costeros de Cilicia y Panfilia. Una de las cuestiones, no zanjadas todavía por la investigación actual, es la relativa a la intervención de Antígono Gónatas en la guerra, a favor de Antíoco II y en contra de Egipto. Su participación en el conflicto está basada en una única noticia, relativa a la celebración de una batalla naval, la de Andros, que, según Momigliano, tuvo lugar en 258 con

saldo favorable para el rey macedonio, vencedor sobre la flota egipcia. En todo caso, el final del conflicto vino determinado por el retroceso del poderío lágida en el Egeo y costas anatólicas, lo cual obligó a los egipcios a pedir la paz, sellada mediante un tratado firmado en 255 ó 253 y cuyas cláusulas nos son desconocidas en gran medida.

4.2. La revuelta de Alejandro de Corinto

Como hemos dicho anteriormente, la estratégica Corinto estaba gobernada por Cratero, dotado de unos poderes similares a los de un virrey, pero dependiente en última instancia del soberano macedonio. Al morir Cratero, algunos años después de la guerra cremonídica, fue sucedido por su hijo Alejandro que heredaba el mando paterno sobre la región del Istmo y la isla de Eubea. Pero éste, pretendiendo una ampliación de sus poderes, se rebeló en 253 contra su tío Antígono Gónatas, declarándose rey.

La gravedad de la situación para Macedonia es evidente al considerar las implicaciones de este acto secesionista, cuales eran privarla de las comunicaciones hacia el Sur, toda vez que la expansión etolia en el Egeo impedía los contactos marítimos.

Del desarrollo del conflicto entre ambos personajes no sabemos prácticamente nada. Unicamente podemos atisbar las alianzas a que se acogió Alejandro para salir adelante, especialmente la que la unió a la Liga Aquea, ventajosa tanto para Arato, —al que interesaba tener las manos libres,- dada la delicada situación social por la que atravesaba Sición—, como para Alejandro, puesto que lo liberaba de complicaciones de índole política y militar con un territorio colindante con el suyo, a la par que reforzaba su situación en el contexto político griego.

El final de la historia estuvo marcado por la muerte de Alejandro, acaecida presuntamente hacia el 245 en circunstancias oscuras y quizá, incluso, teledirigida por el rey macedonio. En todo caso, Corinto volvió a obediencia macedonia, implantando allí un gobernador militar y otro civil. En Eubea sucedió otro tanto.

4.3. El ascenso político de Arato de Sición: La Liga Aquea

En estos años debió dedicarse Antígono Gónatas a solventar asuntos en su propio territorio. En Grecia, en efecto, se produjo en 251 la expulsión de los tiranos de Sición, hecho protagonizado por Arato. La ciudad, que hasta entonces había tenido escasa significación, decidió unir su suerte a la Liga Aquea. Arato, a su vez, en calidad de estratego, dirigente de dicha Liga, promovió una política de acercamiento a los Ptolomeos, contraria, por

tanto, a Macedonia, siendo el artífice del poderío alcanzado por ella en Grecia Central.

4.4. La expansión aquea

Este debilitamiento de la posición macedonia en Grecia Central posibilitó a Atenas desarrollar una política más independiente y aunque en 245 Macedonia había recuperado nuevamente Corinto, tal y como ha sido visto ya, no pudo evitar que la Liga Aquea se convirtiera en la potencia decisiva del Peloponeso septentrional. Así, en 243, Corinto cayó finalmente en manos de los aqueos, gracias a un golpe de audacia de su dirigente Arato. Consecuencia inmediata fue la adhesión a la Confederación aquea de Epidauro y Trecén, así como de Mégara, lo cual significaba un corrimiento de la hegemonía aquea hasta las mismas puertas del Atica. La intentona de penetración en esta región resultó, no obstante, fallida. Respecto a Esparta, nada nos dicen las fuentes sobre su actitud durante el conflicto.

El éxito aqueo dibujaba una nueva relación de fuerzas en la política griega, sobresaliendo en ellas el auge de la hegemonía aquea, contrarrestando así el aumento del poder e influencia etolios en el Peloponeso, y el retroceso macedonio.

Esta serie de acontecimientos no podía dejar a Antígono inactivo: la hasta entonces más o menos tácita amistad con los etolios se transformó en una alianza formal, con la finalidad de repartirse el territorio de la Liga Aquea. Al propio tiempo, Esparta, cuyos intereses podían resultar lesionados o, cuando menos, amenazados por las recientes intervenciones etolias en el Peloponeso, se aproximó a los aqueos.

4.5. Muerte de Antígono Gónatas y ascensión al trono de Demetrio II

Fue entonces cuando se produjo, en 240-239, la muerte de Antígono Gónatas, sucedido pacíficamente por su hijo Demetrio II (239-229). Como era habitual en las monarquías helenísticas, Demetrio debía de haber ejercido funciones de gobierno durante bastantes años en calidad de corregente, asignándosele probablemente la defensa de las regiones septentrionales y occidentales del reino.

A comienzos de su reinado personal, es importante reseñar el cambio de actitud entre los etolios, viejos aliados de Antígono Gónatas, que abandonaron su tradicional alianza con Macedonia para aliarse con los aqueos contra Demetrio II. Esta mutación tiene su origen en el acercamiento macedonio al Epiro, solicitado por su reina Olimpia para hacer frente a la amenaza etolia, y quedó afirmado mediante el matrimonio de Demetrio con la princesa epeirota Ftía.

El conflicto entre ambas alianzas estalló en 239 dando lugar a la llamada guerra demetriaca, en cuyo transcurso Demetrio, en 237-236, logró separar a Beocia de los etolios, para desde allí lanzarse a la captura de la región de Mégara, paso previo para una reconquista de Corinto por los macedonios, que, sin embargo, no se llevaría a efecto.

En el Peloponeso, el último aliado de Macedonia, el tirano Lidiades de Megalópolis, acabó uniendo su suerte a los aqueos, si bien su enemistad hacia Esparta introducía un nuevo elemento en los intereses que hasta entonces había defendido la Liga Aquea y su dirigente Arato.

4.6. El Epiro y la frontera septentrional de Macedonia

La alianza macedonia no sirvió de gran ayuda a la comprometida dinastía epeirota, dadas las complicaciones de la política griega que acaparaban la atención de Demetrio II. La muerte de los dos hijos de Alejandro II y de su madre dejaron el reino en manos de Deidamia, en un momento de dificultades internas de orden social y económico. Al morir ésta asesinada en 233, Epiro pasó a ser un estado federal, si bien de dimensiones más reducidas, pues las ambiciones etolias le habían privado ya antes de Acarnania y de algunas regiones en torno al golfo de Ambracia.

La desaparición de la monarquía epeirota tuvo como consecuencia negativa más destacada el rebrote de la piratería iliria en el Adriático, contenida años atrás por los epeirotas a los que interesaba mantener despejada y segura la ruta marítima entre Grecia e Italia. Demetrio II consideró útil pedir el auxilio ilirio contra los etolios, a los que efectivamente derrotaron en el sitio de Medeon.

Posteriormente, los ilirios comandandos por la reina Teuta multiplicaron sus acciones en las costas griegas, pero sus ojos estaban fijos en el Epiro. Así en 230, era conquistada la ciudad de Fenice, a la par que el príncipe ilirio Eskerdilaidas, penetrando por el norte de este país, se apoderaba de Antigonia del Aoos. Los epeirotas pidieron auxilio a etolios y aqueos, si bien cuando éstos acudieron, los ilirios se habían marchado ya. No obstante, para prevenir la repetición de acciones similares, los epeirotas concertaron una alianza con Teuta en contra de etolios y aqueos. Para ello debieron cederle la región de Atintania, en el valle medio del Aoos, poniendo de este modo en las manos de Teuta la principal vía de comunicación entre el Adriático y la Tesalia macedonia. Tal alianza se vio completada por la adhesión de Arcanania, de suerte que los piratas ilirios dominaban así las costas occidentales de Grecia hasta el golfo de Corinto y, por tanto, las rutas conducentes a Italia. Este punto es destacable puesto que desencadenaría posteriormente la intervención romana. Más tarde los ilirios se replegaron de nuevo del Epiro.

El repentino abandono de los ilirios del Epiro se debió a los movimientos hacia el sur efectuados en aquellos momentos por los dardanios, pueblo situado en las regiones montañosas al norte de Macedonia, presionados a su vez por los bastarnos. El peligro representado por tales acciones obligó al rey macedonio a consagrar todos sus esfuerzos a la contención de los dardanios en la frontera septentrional, abandonando toda intervención en la política griega. Su empeño, sin embargo, resultó inoperante, muriendo él mismo en los enfrentamientos con los dardanios a comienzos del 229. Su hijo Filipo, futuro Filipo V, era menor de edad. Los dardanios penetraron efectivamente por el Norte, mientras Tesalia se sublevaba contra Macedonia y los etolios intentaban sacar partido de esta caótica situación.

4.7. Intervención romana contra los ilirios

El afianzamiento de la piratería en el Adriático representaba, como hemos apuntado ya, una seria amenaza para las comunicaciones entre Grecia e Italia. Ello, unido a la matanza de comerciantes itálicos con ocasión de la captura por parte de los ilirios de la ciudad de Fenice en 230, suscitó la enérgica protesta de Roma ante Teuta, la cual no tuvo inconveniente en ejecutar a uno de los embajadores romanos, excusa más que suficiente para la guerra. Demetrio de Faros, colocado por la reina iliria al frente de Corcira, les entregó la ciudad a la par que se ponía totalmente al servicio de los romanos, combatiendo junto a ellos en la expedición contra Teuta. Los éxitos alcanzados por las naves romanas obligaron a los ilirios a pedir la paz, viéndose obligados, en virtud de sus cláusulas, a la cesión a Roma de los territorios conquistados, así como a liberar el Adriático meridional de la presencia de naves ilirias. En todo caso Roma, tras la guerra, no dejó contingentes humanos en Grecia, encargando a sus clientes la custodia de las áreas ocupadas.

4.8. Antígono Dosón en el trono de Macedonia (229-221)

La crítica situación de Macedonia a la muerte de Demetrio II hizo necesario el nombramiento de un tutor para el hijo de éste. El elegido fue Antígono Dosón, un miembro de la familia reinante, nieto de Demetrio Poliorcetes y primo del difunto Demetrio II.

Su primer cometido fue la contención de los dardanios. Tuvo éxito en la empresa, si bien al precio de dejarles la región de Peonia, reconquistada años después por Filipo V. Al amparo de esta comprometida situación, se produjo en Tesalia un movimiento de índole secesionista respecto a Macedonia, instigado y amparado por los etolios, puesto que tres pueblos tesalios entraron entonces a formar parte de la Confederación etolia.

Otro eslabón en la cadena de infortunios para Macedonia fue la decisión ateniense de liberarse de la soberanía de aquella mediante el sistema no de una oposición armada sino de la compra de la retirada macedonia, negociada con el gobernador de la guarnición. También en Beocia hubo un movimiento de características independentistas similares, sin entrar tampoco en las filas de los enemigos de Macedonia.

Dosón, desembarazado del peligro dardanio, pasó a la ofensiva a fines del mismo año 229, a resultas de la cual las tres áreas tesalias fueron recuperadas, así como una parte de la Fócide, arrebatada a los etolios. Otras zonas quedaron momentáneamente fuera de su campo de acción, al considerar más o menos estabilizada la situación y los intereses macedonios a salvo.

4.9. Situación en el Peloponeso: ascenso de Esparta

En el Peloponeso, la relación de fuerzas amenazaba con variaciones, debido a la situación de Esparta. En efecto, mientras en el norte el predominio de la Liga Aquea era incontestable, en el sur, las reformas comenzadas por Agis IV fueron continuadas por su sucesor Cleómenes III, como hemos dicho anteriormente.

Se ha puesto repetidamente en duda la pureza, o mejor la sinceridad, del pensamiento revolucionario de este rey espartano, dada sobre todo su propia tradición familiar de sesgo conservador en tanto que hijo del colega y enemigo de Agis, Leónidas. Sin embargo, es muy probable que Cleómenes viera con claridad la necesidad de una restauración del cuerpo cívico, de los «Iguales», como paso previo e indispensable para un restablecimiento de la hegemonía espartana en el Peloponeso, capaz de hacer frente a la fuerza invasora de la Liga Aquea.

En todo caso, al intentar remediar la cuestión social, cualesquiera fueran sus motivaciones, Cleómenes despertó contra él la oposición interna, procedente de los sectores plutocráticos, y la externa, pues todo intento de resurgimiento del poderío militar espartano no podía dejar de ser mirado con desconfianza y suspicacia, tanto por macedonios como por la Liga Aquea.

4.9.1. La guerra cleoménica

El año crucial para las relaciones peloponésicas es el 229. Por una parte, la adhesión de Argos a la Liga Aquea confería a éstos la supremacía indiscutible en el Peloponeso septentrional, ampliando sus fronteras hasta los límites nordorientales de Laconia. Por otra, la cesión a Esparta por los etolios de las ciudades de Tegea, Mantinea, Orcómeno y Cafias, aislaba seriamente a Megalópolis al sur de Arcadia, al propio tiempo que ofrecía a

Cleómenes un camino estratégico hasta Arcadia septentrional y, por tanto, a los confines de la propia Acaya y de la región de Corinto.

Cleómenes, dispuesto a sacar ventaja de su posición, invadió el territorio de Megalópolis, de suerte que toda la prudencia mostrada hasta entonces por los aqueos desapareció y declararon la guerra a Esparta a finales del 229. Tras una serie de encuentros, donde hubo tantos éxitos como fracasos, las victorias del 227, sobre todo la de Ladocea, animó a Cleómenes a poner en práctica sus medidas sociales de carácter revolucionario, único sistema posible para recomponer sus fuerzas militares y emprender una política exterior ofensiva.

4.9.2. La revolución de Cleómenes III

De las medidas a que me he referido anteriormente, destacaré una vez más la encaminada a la ampliación del número de ciudadanos, mediante el sistema de conceder la ciudadanía a grupos de periecos, dotados en todos los casos del *kleros* o lote de tierra correspondiente, obtenido de los territorios previamente confiscados a los terratenientes. Su entrenamiento militar, objetivo primario de la reforma, se hizo, como hemos visto ya, reinstaurando con todo rigor los antiguos sistemas espartanos de educación. A su vez, los efectivos numéricos del ejército podían elevarse considerablemente mediante la incorporación de contingentes formados por periecos, aliados y mercenarios. De todos modos, eran éstos inferiores a los disponibles por los enemigos, es decir, la Liga Aquea.

4.9.3. Esparta y Antígono Dosón

En el 225, en el contexto del conflicto que sostenían Esparta y la Liga Aquea, el rey espartano se apoderó de Arcadia, alcanzando sus tropas la Argólide para presentarse finalmente ante Corinto. En un principio, Cleómenes intentó negociar amistosamente la entrega de esta ciudad, consciente de su importancia, intentando evitar que los aqueos acudisen a Macedonia. Sin embargo, era un movimiento ya imparable: embajadores aqueos ofrecieron a Dosón el Acrocorinto a cambio de su ayuda contra los espartanos. La respuesta del rey macedonio fue lógicamente afirmativa.

Dosón acudió con celeridad a la región del Istmo, que pudo franquear gracias al surgimiento de un movimiento antiespartano en Argos. Con ayuda del ejército aqueo, Antígono forzó a Cleómenes al abandono de sus posiciones, posibilitando así la captura de Corinto sin oposición. A continuación, se encaminó hacia Argos, expulsando de allí al rey espartano que intentaba apoderarse nuevamente de esta ciudad, para dirigirse enseguida a Arcadia, reforzando allí la posición de la fiel Megalópolis. Cumplido el objetivo retornó.

4.9.4. Nacimiento de la Liga Helénica. Fin de la guerra cleoménica

La aludida asociación nació al final de la campaña que acaba de ser mencionada a instancias del rey macedonio. Éste fue nombrado hegemón de la Liga. Estaba formada por Macedonia y los dependientes de ella, es decir, tesalios y eubeos, así como las Ligas Aquea, Beocia y Epeirota y otra serie de pequeños estados de Grecia Central. Dicha Liga Helénica poseía como rasgo importante un ejército común, formado por contingentes de cada uno de los estados miembros. Igualmente, representantes de todos ellos conformaban una especie de Asamblea, el *synedrion*, para la decisión de asuntos concernientes a los miembros de la Liga.

A diferencia de las formaciones de similares características, nacidas en el siglo IV o antes, las *póleis* en la nueva Liga helénica no jugaban ningún papel, lo cual es suficientemente ilustrativo de la crisis en que estaba sumida dicha entidad sociopolítica. Se trataba de una asociación de federaciones, lo cual avala el progreso del ideal federal en la Grecia del siglo III.

A comienzos del 223, volvieron a iniciarse operaciones bélicas. El rey macedonio penetró en Arcadia, capturando una serie de ciudades, mientras que Cleómenes, para poder actuar con mayores fuerzas, liberó a los ilotas, enrolándolos en número de 6.000 en el ejército espartano. Con todos sus efectivos atacó Megalópolis que pudo capturar para destruirla seguidamente.

El enfrentamiento definitivo entre los ejércitos espartano y federal, formado éste a base sobre todo de macedonios y aqueos, tuvo lugar en la batalla de Selasia, acaecida en 222, de la que salió derrotado Cleómenes III, quien huyó a continuación a Egipto junto a su protector Ptolomeo III. Como consecuencia de la derrota, Esparta, por primera vez en su historia, fue ocupada por los enemigos a los que se entregó sin oposición, debiendo sufrir la presencia de una guarnición militar macedonia.

Casi a continuación moría en 221 Antígono Dosón, legando al joven Filipo V, a la sazón de 17 años, una Macedonia fortalecida y en una posición prepotente en Grecia.

4.10. Filipo V y la guerra de los aliados

El nuevo panorama político dibujado en Grecia tras la conjunción de fuerzas representado por la Liga Helénica y las actividades desarrolladas por macedonios y aqueos, sembraron la inquietud entre los etolios. Tras Selasia, en efecto, únicamente podían contar en el Peloponeso, con la amistad de Elis y los mesenios, éstos, además, propensos más bien a una alianza con las potencias vencedoras. Así, conocida la muerte del rey macedonio, una expedición etolia se presentó en el Peloponeso, intentando unir a

los potenciales enemigos de los aqueos, esto es, eleos, mesenios y espartanos, con los etolios. La intervención militar de Arato contra éstos últimos acabó en el desastre de Cafias, de suerte que Filipo V hubo de ponerse en acción.

La Asamblea de la Liga Helénica reunida en Corinto declaró oficialmente la guerra a los etolios y sus aliados, con el expreso objetivo de liberar todos los territorios y ciudades sometidas a los etolios desde el acceso al trono de Antígono Dosón, así como independizar a Delfos y la Anfictionía de la influencia etolia. Sin embargo, los asuntos ilirios —se asiste entonces a una consolidación del protectorado romano en Iliria tras la segunda guerra de Iliria— impidieron a Filipo actuar decididamente en los asuntos de Grecia.

Sólo intervino en el Peloponeso cuando las actividades romanas finalizaron. En el 217, tras la toma de Tebas en la Fiótide, pero sobre todo al recibir la noticia de la victoria cartaginesa en Trasimeno frente a Roma, Filipo, animado por otras iniciativas similares de algunos estados griegos, ofreció a los enemigos una salida negociada al conflicto. Quizá vio entonces la ocasión de eliminar por completo la influencia romana en Iliria, pero para poder dedicarse a esta tarea, necesitaba tener manos libres. Las negociaciones se efectuaron en Naupacto, sin que en ellas se materializara la declaración de principios efectuada en el momento del comienzo de la guerra. Los etolios, por tanto, conservaron gran parte de su poder, de suerte que la paz no logró satisfacer a nadie. Era un puro compromiso.

4.11. Tratado entre Filipo V y Aníbal (215)

Las motivaciones de este acercamiento entre ambas grandes personalidades de la política mediterránea deben encontrarse en la fallida intentona del rey macedonio para extender su hegemonía en Iliria. Respondería, por tanto, a una iniciativa de éste cuando parecía clara, tras Cannas, la derrota final de Roma, con objeto de granjearse su buena disposición y poder tener vía libre en Iliria. A cambio, Filipo se comprometía a ayudar al caudillo púnico en la guerra que entonces disputaba, es decir, la denominada segunda guerra púnica. Dicho auxilio no llegaría, sin embargo, a materializarse, pues, según las noticias llegadas hasta nosotros, Aníbal no recibió refuerzos macedonios.

4.12. Intervención romana en los asuntos de Grecia. La paz de Fenice (205)

Las operaciones de Filipo V en Iliria, realizadas en el 214, aparte de no conllevar el éxito apetecido, determinaron la petición de ayuda a Roma por parte de los habitantes de las tierras ocupadas. A su vez, a la potencia

itálica, por las propias dificultades por las que atravesaba, le resultaba imposible entonces enviar alguna clase de socorro. Todo ello influyó para que los atacados por Filipo buscaran aliados dentro de la propia Grecia. Éstos no podían ser otros que los etolios y cuantos estados se sintieran próximos a ellos por una conjunción de intereses, es decir, los contrarios a la expansión aqueomacedónica en el Peloponeso: espartanos, eleos y mesenios. Además, los etolios estaban en muy buenas relaciones en aquellos momentos con Pérgamo. El tratado se firmó en el 212, siendo ratificado en el 210. Los etolios se comprometían a atacar a Filipo con apoyo naval romano, obteniendo a cambio compensaciones de carácter territorial, mientras el botín resultante se dividiría entre ambos.

Sin embargo, la crueldad demostrada por los coaligados en este conflicto, denominada como 1.ª Guerra de Macedonia, hizo renacer entre la población las simpatías hacia Filipo V, que parecía, así, la única posibilidad de salvación. Sin entrar en demasiados detalles, diremos que el monarca macedonio, haciendo gala de un brillante talento como político y estratega, logró conquistar algunos territorios ilirios, además de la Atintania. A su vez, la Confederación aquea, encabezada ahora por Filopemen tras la desaparición de Arato, derrotaba a los espartanos, principales aliados de los etolios en el Peloponeso, en la batalla de Mantinea (207). Ello, unido al alejamiento de los romanos del conflicto a partir también de esta fecha y a la anterior defección del otro aliado, Átalo I (ya en 208), forzó a los etolios a pedir la paz con Filipo.

La paz de Fenice, que ponía fin a esta primera guerra de Macedonia, fue firmada en 205. Sus cláusulas privaron a los vencidos etolios de su salida al Egeo, al serle arrebatada la Lócride septentrional; también fueron expulsados de la Tesalia occidental. En cuanto a Iliria, fue repartida entre Roma y Filipo. Así pues, este conflicto sólo supuso para Roma el parcial restablecimiento de su influencia en Iliria, sin que ello conllevara una instauración efectiva de su hegemonía en dicho territorio.

Evidentemente Roma no podía aspirar a más, puesto que el problema púnico no estaba todavía definitivamente resuelto. Pero en el 202, los romanos vencieron en Zama a Cartago, con lo cual la segunda guerra púnica quedaba concluida. Roma quedaba, por tanto, libre de complicaciones en Occidente. Sin embargo, el decurso de los asuntos políticos en Asia amenazaba el equilibrio de fuerzas en el Oriente mediterráneo, de suerte que los acontecimientos ulteriores quedaron determinados por aquéllos.

4.13. La actividad de Filipo V en los años posteriores y la segunda guerra de Macedonia (200-197)

La personalidad del rey macedonio, descrita con rasgos negativos por los escritores antiguos, sobre todo el historiador Polibio, le enajenaron las

simpatías de las poblaciones griegas. Sin embargo, haciendo caso omiso de dicha animosidad contra él, Filipo V se lanzó a otras empresas, apoyándose para ello en personajes poco recomendables, como el etolio Dicearco o el tarentino Heráclides, encaramados en el entorno del monarca en calidad de consejeros. El nuevo contexto internacional le indicó, en cierta medida, el camino a seguir.

La política del Oriente mediterráneo estuvo marcada por aquellos años por la fuerte personalidad del monarca seléucida Antíoco III. A fines de este siglo que estamos considerando, su prestigio se había visto notablemente realzado tras su anábasis por las satrapías iranias de su Imperio, momento que pretendía aprovechar para hacer realidad una de las viejas aspiraciones seléucidas, a saber: la incorporación de la Celesiria, en manos entonces de Egipto, a su Imperio.

Ante esta sospecha, Agatocles, tutor de Ptolomeo V, desplegó una gran actividad diplomática en dos frentes que tendía a ganarse el apoyo de Macedonia y de Roma contra las inequívocas aspiraciones de Antíoco. Pero lejos de conseguirse este objetivo, Filipo V concluyó un tratado secreto en 203-202 con Antíoco III, en el cual se contemplaba, al parecer, un reparto entre ambos del Imperio ptolemaico (aunque no en su totalidad, sólo las posesiones exteriores probablemente). Sus cláusulas no son conocidas con certeza, pero verosímilmente el rey macedonio se adjudicaría las plazas egipcias en el Egeo, incluyendo las posiciones en el litoral minorasiático, especialmente Caria, mientras el seléucida lo haría con Celesiria y Fenicia.

En el año del tratado de paz entre Roma y Cartago (201) tropas macedonias ocuparon varias de las Cícladas y Samos, base ptolemaica, penetrando en ámbito pergameno y rodio, por ejemplo en Caria, llegando a derrotar a estos últimos en la batalla naval de Lade. Entraron a continuación en Mileto, abriéndoseles acto seguido toda la región. Inmediatamente los perjudicados, Pérgamo y Rodas con sus aliadas Bizancio, Quíos, Cícico, etc. —posteriormente se sumaría también Atenas— acudieron a Roma en demanda de ayuda, mientras las flotas de los dos primeros lograban bloquear a Filipo en Bargilia. El auxilio solicitado por el rey a Zeuxis, gobernador seléucida de Asia Menor, en virtud de su amistad con el monarca sirio, no llegó a plasmarse en nada, puesto que las actividades de Filipo en el litoral minorasiático no podían dejar de ser observadas con desagrado por parte de Antíoco.

A sus espaldas, la situación parecía, asimismo, complicarse para el rey macedonio. En efecto, la alianza aquea, por iniciativa de Filopemen, se estaba relajando, confiriendo un nuevo giro a la política de la Liga más bien en un sentido antimacedonio. No es extraño, pues, que Filipo decidiera su retorno a Macedonia en solitario, dejando a su ejército en Caria. Todos

estos motivos confluyeron en el desencadenamiento de la segunda guerra macedónica (200-197).

Las demandas de rodios y pergamenos encontraron en Roma oídos dispuestos a escuchar sus quejas, si bien, en principio, los romanos se mostraron renuentes a intervenir directamente, como lo demuestra el hecho de que los comicios rechazaran una primera propuesta de declarar la guerra a Filipo. El proyecto no fue aprobado hasta más tarde, tras una segunda propuesta y el envío a Oriente de una misión diplomática, encargada de recabar información.

Al involucrarse en esta guerra, Roma daba rienda suelta a una política imperialista, exigida, por expresarlo en pocas palabras y aún a riesgo de parecer demasiado simplista, por la existencia de una clase militar, tanto hombres como jefes, que tendía hacia el profesionalismo y que, además, tras Zama, se encontraba desmovilizada, sin ocupación. Con todo, la decisión de tomar parte en el conflicto estaba llamada a marcar un hito histórico.

4.14. Intervención de Flaminino

Con anterioridad a la presencia en Grecia de T. Quinctio FLaminino, ningún resultado decisivo se había obtenido. Con su llegada se asiste, por otra parte, a un neto cambio de política, de actitudes por parte de Roma, caracterizada por su filohelenismo, rasgo éste defendido y asumido por una parte de la aristocracia romana.

Filipo, abandonado por la práctica totalidad de sus antiguos aliados, bien de manera voluntaria o presionados por Flaminino, se vio forzado a negociar a fines del 198. Las condiciones impuestas en estas tratativas suponían para el rey macedonio renunciar a toda hegemonía territorial fuera de los estrictos límites de Macedonia, siendo, por ello, rechazadas. La decisión final estaba, pues, en las armas. El definitivo encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar en Cinoscéfalas, en junio del año 197. Se saldó con victoria romana. En consecuencia, los macedonios debieron ceder todos sus territorios en Grecia —Tesalia, Eubea, Corinto— así como todas sus conquistas en Caria y Tracia. Fueron obligados, además y entre otras disposiciones, a pagar una indemnización de guerra a Eumenes II de Pérgamo y a entregar su flota a Roma.

4.14.1. La declaración de libertad para Grecia (196)

Tras la regulación del problema macedonio, Flaminino ejecutó las disposiciones de Roma sobre los asuntos griegos en general, contenidas en un famoso senadoconsulto y dadas a conocer con ocasión de los Juegos Ístmicos, que cada dos años se celebraban en Corinto en honor de Poseidón. Lo más señalado de él es la famosa declaración de libertad para Gre-

cia, transmitida en un famoso texto de Polibio, consistente en asentar el principio de libertad y autonomía para las ciudades griegas, con el objetivo de atraérselas a su campo, frente a las aspiraciones de los monarcas helenísticos y que sirvieran así de contrapeso a Macedonia, frente a los etolios y al rey seléucida Antíoco III. Para hacer efectivo dicho principio, los propios romanos se comprometían a retirar de Grecia sus tropas, lo cual se efectuó en 194, si bien manteniendo su atención sobre el desarrollo de los acontecimientos.

4.14.2. Actuación de Roma en los años posteriores al 196

Mientras Flaminino estaba ocupado con los asuntos macedonios y de Grecia en general, Antíoco III desplegaba su política expansionista. Ya en el 200, a consecuencia de la derrota egipcia en Panion, se había apoderado de la Celesiria, haciendo lo propio posteriormente, hasta el 197, con la mayoría de las posesiones lágidas en la costa occidental de Asia Menor.

Sus operaciones en ámbito anatólico chocaban con los intereses de Pérgamo, cuyo monarca envió rápidamente noticia de ellas a los romanos, demandando ayuda contra Antíoco so pretexto de una invasión seléucida de sus territorios. Entretanto, el ejército seléucida, en 197, bordeando el territorio pergameno, lograba unirse con la flota en la región de los Estrechos, para al año siguiente, pasar al Quersoneso tracio.

Tales perspectivas, es decir, una eventual ocupación o invasión de Grecia por las tropas seléucidas que, en todo caso, afectaban a Macedonia, despertaron las sospechas de los romanos, como quedó demostrado en las conversaciones celebradas en Lisimaquia entre el enviado romano L. Cornelio Lentulo y Antíoco. Posteriormente la desconfianza se vería reforzada por la huída de Aníbal de Cartago y su acogida por Antíoco como huésped y consejero.

De todos modos, y dado que las ambiciones del monarca seléucida no iban en principio tan lejos, los romanos no tomaron en esos años ninguna iniciativa contra él. La guerra que estallaría posteriormente, y que será reseñada en otro capítulo, fue el resultado de las complicaciones políticas surgidas después a propósito de los descontentos etolios, que no sólo pusieron en peligro la obra de Flaminino en Grecia, sino que materialmente empujaron a Antíoco III a entrar en esa contienda. Su resultado será la derrota del rey seléucida en la batalla de Magnesia, seguida del famoso tratado de Apamea (189) del que daremos cuenta en otro momento.

4.15. Muerte de Filipo V. Macedonia hasta la abolición de su monarquía

El rey macedonio en los años subsiguientes a su derrota en Cinoscéfalas, pero sobre todo en el período posterior a Magnesia, cuando ya los ro-

manos eran los dueños de la situación en Grecia, se dedicó a reactivar el país mediante una serie de medidas de orden socioeconómico, junto con otras relativas a aspectos demográficos, encaminadas a procurar un aumento de la población, diezmada por tantos conflictos.

Lejos de limitarse a la tarea descrita, Filipo intentó reforzar también su posición en el exterior de sus fronteras. Desde 186-185 empiezan a oírse voces de distintos aliados romanos, sobre todo Eumenes de Pérgamo y los tesalios, levantadas contra las ocupaciones territoriales de Filipo. Tales quejas desembocaron en la exigencia romana al rey macedonio para que abandonara lo capturado, reduciéndose a los límites tradicionales de su reino. La orden sólo fue ejecutada en parte, puesto que Filipo conservó entre otras el importante puerto de Demetrias.

Tales acciones de protesta por idénticos motivos no fueron las únicas. Otra similar fue presentada algo después nuevamente por Eumenes a propósito de Eno y Maronea, reclamadas por el rey pergameno. Aunque la justicia no parecía estar de su lado, consideraciones políticas se impusieron, y el Senado las declaró libres, debiendo, por tanto, ser evacuadas por Filipo.

Desde el punto de vista de los asuntos internos de Macedonia, asistimos en estos momentos a discordias en el seno de la familia real, debidas a la enemistad y enfrentamiento entre dos hijos de Filipo, Perseo, el primogénito y presunto heredero, y Demetrio. Era éste mucho más popular que su hermano y en torno suyo se habían agrupado los partidarios del diálogo con Roma, dadas las simpatías y amistades con que contaba aquél en esta ciudad, contraídas durante el tiempo que, en calidad de rehén, debió permanecer allí. El rey se decidió finalmente por Perseo, mandando asesinar a Demetrio. Poco después, en el 179, moría Filipo.

El nuevo rey, de temperamento más liberal, menos impulsivo y agresivo que su padre, se dedicó en los primeros años de su gobierno a fortalecer su influencia en Grecia. Consiguió en buena medida su objetivo sin hacer nada que pudiera levantar las sospechas de Roma, para lo cual antes de iniciar cualquier actividad la comunicaba prudentemente al Senado. Fueron determinados aspectos de su política exterior lo que suscitaría problemas.

Éstos surgieron por las suspicacias del rey de Pérgamo, Eumenes II, ante las amistosas relaciones de Macedonia con Prusias de Bitinia, con los Seléucidas, —en parte truncadas tras el asesinato de Seleuco IV, suegro de Perseo—, y sobre todo con los rodios. En todo caso, señala acertadamente Will, las motivaciones de la virulencia pergamena contra Macedonia no son fáciles de captar y sólo son explicables por el temor a un posible interés de Perseo en la zona de los Estrechos, que desplazara la entonces vigente hegemonía de Pérgamo. Es claro, no obstante, que Eumenes buscaba la guerra, y que pretendía inmiscuir en ella a los romanos, con-

flicto, por otra parte, inevitable a la larga, puesto que Roma no podía tolerar un nuevo florecimiento de Macedonia. Un frustrado intento de asesinar al rey pergameno precipitaría las cosas: la guerra fue declarada al año siguiente (171).

El conflicto quedaría liquidado tres años más tarde. Un ejército romano, comandado por el cónsul L. Emilio Paulo, venció a los macedonios en la ciudad costera de Pidna, en junio del 168. La victoria fue tan contundente que las medidas adoptadas posteriormente no despertaron ninguna oposición. Fueron éstas la abolición de la monarquía macedónica y la división del territorio en cuatro regiones, las cuales no podían mantener entre ellas ninguna relación sin permiso de Roma, ni tenían tampoco el derecho de acuñar moneda. La explotación de sus minas y la de madera destinada a la construcción naval fueron prohibidas. Se trataba, en definitiva, de cortar de raíz toda posibilidad de recuperación. Su rey, Perseo, se entregó a los romanos, siendo llevado a Italia como prisionero. Una suerte similar corrió el cuantioso tesoro real, transportado desde Pella a Roma.

Algunas ciudades griegas cuya actitud no había sido durante el conflicto claramente prorromana, fueron saqueadas por las tropas. Los ejemplos más sangrantes se dieron en el Epiro, especialmente en aquellas regiones que se habían pronunciado abiertamente por Perseo, donde además de los saqueos y otros desmanes, se procedió a la venta como esclavos de sus habitantes, entre ellos los molosos. Otras medidas efectuadas por el vencedor de que podemos dar cuenta son la declaración de libertad para los ilirios, si bien divididos en tres estados autónomos y tributarios; la disolución de la Liga Etolia y la obligación por parte de la Liga Aquea de entregar 1.000 rehenes entre los cuales se encontraba el historiador Polibio.

Nuestros datos sobre la historia de estas regiones macedónicas desaparecen en los años ulteriores. Hemos de esperar al 149 para conocer el último intento de resurgimiento macedonio realizado por Andrisco, el cual, en el 148, y tras adoptar el nombre de Filipo, reclamó para sí el trono macedonio en calidad de hijo de Perseo. Aunque consiguió poner en serios aprietos a los romanos —tenía firmes apoyos en Macedonia y Tracia, llegando incluso a apoderarse de Tesalia— fue finalmente eliminado.

4.16. Fin de la independencia política de Grecia

Además de la intentona de sesgo nacionalista realizada por Andrisco, podemos hablar de otra, llevada a cabo por los aqueos y que fue el origen de una confrontación armada entre ellos y Roma. Al socaire de la desconfianza surgida hacia ésta por la dureza con que Grecia fue tratada tras Pidna, y aprovechando las dificultades por las que atravesaba la potencia oc-

cidental en la Península Ibérica, algunos políticos griegos creyeron llegado el momento de sacudirse la tutela romana.

Fue en Esparta donde surgieron los primeros incidentes, al producirse un conflicto fronterizo con Megalópolis, resuelto por los árbitros aqueos —al ser ambas ciudades miembros de la Confederación— a favor de los últimos. El resultado fue la salida de Esparta de la Liga y la presentación del caso ante el Senado, a lo que respondieron los aqueos con una misión de similares características, dirigida por Dieo. Las discrepancias entre los representantes griegos fueron respondidas con el envío, en 147, de una comisión conciliadora, que autorizó la secesión espartana, exigiendo además a los aqueos el abandono de Corinto, Argos, Orcómeno y Heraclea Traquinia. Aunque se hicieron esfuerzos por parte romana para evitar la ruptura, fue imposible y, con ello, la guerra inevitable.

Los aqueos, excitados por el demagogo Critolao, lograron en Grecia Central la alianza de los beocios, eubeos, focidios y locrios. Pero el ejército aqueo fue derrotado por A. Cecilio Metello, muriendo en la batalla su jefe Critolao. A su vez, Lucio Mummio puso sitio a Corinto, que se entregó sin luchar, aunque ese gesto no le evitó su triste destino: fue dada al saqueo antes de ser incendiada, siendo sus habitantes asesinados o vendidos como esclavos. La medida estaba destinada a servir de ejemplo para el resto de los griegos.

Una comisión de diez senadores recibió el encargo de reorganizar Grecia tras el conflicto. Los distintos estados fueron tratados de una u otra manera en función de su actitud hacia Roma durante el conflicto, tal y como era habitual. Los favorables o neutrales conservaron su independencia —caso de Esparta, Atenas, Confederación tesalia, etolia, etc.—, mientras que cuantos se alinearon con los aqueos los perdieron, siendo colocados bajo la autoridad del procónsul de Macedonia, sin que aparezca siempre del todo claro el estatuto de los pueblos y ciudades de este último grupo. Grecia, en el futuro, no sería ya ningún factor político relevante en la historia de la Antigüedad.

5.

Los estados helenísticos del próximo oriente

Ya ha sido señalado anteriormente en qué circunstancias se produjo la muerte de Seleuco, asesinado por el lágida protegido suyo Ptolomeo Rayo. La desaparición del fundador de la dinastía seléucida no debía conllevar, sin embargo, trastornos en el seno de su reino, por cuanto su hijo Antíoco había sido nombrado en 294-3 corregente con titulación real de las satrapías superiores del Imperio, es decir, las situadas al este del Tigris. Tras la muerte de su padre, en el 281, le sucedió en la totalidad del reino.

5.1. Antíoco I y su ascensión al trono imperial

Antes de entrar en el análisis de los sucesos más destacados acaecidos durante el gobierno de Antíoco I, conviene considerar, siquiera brevemente, su dimensión humana e histórica.

Seleuco había percibido perfectamente las dificultades inherentes al gobierno de un Imperio con las dimensiones del fundado por él. Su extensión, en efecto, escapaba a las posibilidades de una sola persona y esa fue la razón primordial de la división de competencia realizada en favor de su hijo. Pero, al propio tiempo, subyacía, además, en esta elección un deseo de dar cohesión al Imperio, simbolizado en la persona de Antíoco. Éste, mejor que nadie, representaba la fusión de las dos tradiciones más fuertes dentro de este vastísimo Imperio: la grecomacedonia, en cuanto hijo del macedonio Seleuco, y la irania, dado que su madre, Acame, era bactriana, hija de Espitamenes, héroe nacional, jefe de la resistencia antimacedonia en Bactriana y Sogdiana, muerto por traición. Se plasmaba, así, el ideal alejandrino de la fusión del elemento griego y el oriental.

5.1.2. Las satrapías orientales durante el reinado de Antíoco I

La situación política de estos territorios en los años siguientes a la constitución del Imperio seléucida no era uniforme, pues el Irán aparece como el ámbito conflictivo, mientras que las zonas meridionales, es decir, Babilonia, no presentaban problemas en ese aspecto. Se justifica, pues, que el rey, ya en su etapa de corregente, dedicara sus actividades a afirmar la soberanía seléucida en los territorios iranios. Intentó consolidarla tanto mediante campañas militares, encaminadas a la constitución de una barrera o *limes* defensivo septentrional frente a las acciones de nómadas y massagetas, como a través de realizaciones varias, entre ellas las fundaciones urbanas de finalidad mixta, defensivo-cultural, entre las cuales es digna de mención la de Antioquía Margiana (actual Merv).

Tales medidas se explican perfectamente considerando la gran variedad de pueblos sobre los que se implantó la soberanía de los nuevos señores seléucidas, y la necesidad de mantenerlos pacíficos; era, pues, necesario que no se produjeran interrupciones en las comunicaciones entre la parte oriental y occidental del Imperio, desarrolladas éstas a lo largo de la gran vía real aqueménida, a la que dotaron, con vistas a su fortalecimiento, de colonias militares.

No obstante estas actividades desplegadas en Irán, la mayor inseguridad y peligro para los Seléucidas procedía de las regiones occidentales, escenario de la contraposición de intereses entre las tres dinastías helenísticas. Allí debieron concentrar sus esfuerzos, subordinando la política irania a la de Occidente. Ello se produjo ya durante el reinado de Antíoco, al abandonar éste los asuntos iranios para acudir a hacerse cargo de aquellos, interrumpidos por la inesperada muerte de Seleuco. Las consecuencias de esta occidentalización del Imperio, ajena en principio a la voluntad de los monarcas, no tardarían en producirse.

La autoridad seléucida, en efecto, se vería cuestionada en regiones como Pérside o Bactriana, tan pronto como el poder central dio muestras allí de debilidad o abandono por las causas apuntadas. No obstante, es necesario señalar que nuestra información es, en general, muy deficiente, razón por la cual no estamos en condiciones de saber exactamente en qué medida y en qué momentos concretos se produjo este debilitamiento y cuáles fueron las causas reales que actuaron como catalizadores de los movimientos independentistas citados.

5.1.3. Las regiones occidentales del Imperio seléucida

La muerte de Seleuco dio paso en estas zonas a un período de inseguridad, derivado del ascenso al trono macedonio, si bien por poco tiempo, de su asesino Ptolomeo Rayo (*Keraunós*) y del hecho que el ejército de

Seleuco fuera llevado a Pella. De este modo, las satrapías occidentales quedaban sin protección suficiente frente al ansia expansionista de los Lágidas en aquellas áreas, donde, por lo demás, contaban ya con varios emplazamientos. Lo mismo cabe decir de las actitudes de otros estados minorasiáticos en fase de consolidación, como Bitinia, el Ponto, y las ciudades costeras septentrionales como Bizancio. No obstante, la fidelidad mostrada por el gobernador de Pérgamo, Filetero, unido a la política liberal desplegada por Antíoco I respecto a las ciudades griegas del litoral minorasiático, impidieron un deterioro grave de la situación en contra de los intereses seléucidas.

La desprotección de estas zonas pudo ser desastrosa para el Imperio al presentarse un hecho inesperado: la entrada en territorio anatólico de los celtas, utilizados, en principio, por el rey bitinio Nicomedes I para la consecución de sus objetivos personales y después como barrera contra Antíoco. Tras un período de terror, ocasionado por sus correrías, el monarca seléucida logró neutralizar el peligro en el 275, asentando a los invasores en una región septentrional de la satrapía de Frigia, que pasaría a llamarse Galacia, conformando, así, un pequeño estado desgajado del resto del Imperio. A partir de entonces, el rey añadió a su titulación el apelativo de Soter, es decir, Salvador.

5.1.4. Comienzos del conflicto con Egipto

Las mayores dificultades para Antíoco, no obstante, procedían de Siria meridional, la Celesiria, pues continuaba vigente el contencioso con Egipto a propósito de la hegemonía de esa zona estratégica, ocupada por Ptolomeo Lago durante su conflicto con Antígono el Tuerto y mantenida bajo su control pese a las reivindicaciones de Seleuco I. Ello, unido a la política expansionista de Ptolomeo II en el litoral minorasiático —con el establecimiento progresivo de guarniciones egipcias en lugares como Samos, Halicarnaso, Mindos, etc., realizado al amparo de las dificultades de Antíoco en otras regiones de su reino— desembocó en un enfrentamiento armado entre ambas potencias. Fue éste el primero de una larga serie de luchas, conocidas como las guerras sirias, desarrollado entre 274-271 y que acabó sin ningún resultado, a excepción de la conquista de Damasco por las tropas seléucidas. No se produjeron otras modificaciones territoriales.

El final del reinado, etapa sobre la que escasea la información, contempló una crisis dinástica, evidenciada por la condena a muerte de Seleuco, hijo y corregente de Antíoco desde 279, por conspirar contra su padre, siendo sustituido por el menor, el futuro Antíoco II.

Cuando en 261 se produjo la muerte del rey, se habían perdido casi todas las salidas al Egeo —Pérgamo, en 263, se había erigido en reino independiente tras la victoria de Eumenes sobre tropas seléucidas—, si bien

la autoridad del monarca se había afirmado en Siria, que se convirtió en el núcleo del imperio seléucida. Antioquía del Orontes pasó, así, a ser la indiscutida capital del reino, sede de la realeza, mientras la capital de la parte oriental, Seleucia del Tigris, se confirmó como importante centro comercial. La otra Seleucia (de Pieria), también fundación de Seleuco, pasó a ser el puerto de la capital.

5.2. Antíoco II y sus sucesores

El desenlace de la crisis dinástica acaecida en la última etapa del reinado de Antíoco I, tuvo como consecuencia, según se ha visto, la corregencia con este monarca de su hijo menor Antíoco. Al producirse en 261 la muerte de Antíoco I, la sucesión al trono estaba, pues, perfectamente regularizada.

No obstante, estos primeros momentos de asentamiento de la nueva autoridad real fueron aprovechados por Ptolomeo II para ampliar su soberanía por las costas egeas de Asia Menor, especialmente en Caria y Jonia, nombrando gobernador de toda esta área litoral a su propio hijo Ptolomeo. Éste, sin embargo, se sublevaría contra su padre favoreciendo la contraofensiva seléucida, cuyo resultado más notorio fue la reconquista de Éfeso por Antíoco II. El retroceso lágida fue también ostensible en el litoral anatólico meridional, y en el otro ámbito, centro de enfrentamiento permanente entre ambas potencias, es decir, Siria. Aquí tampoco tuvieron más suerte los egipcios, pues el desenlace de la segunda guerra siria fue favorable a los seléucidas —la intervención junto a éstos del monarca macedonio Antígono Gónatas, vencedor de la batalla naval de Andros sobre los egipcios, datada según Momigliano en 258, es discutida— logrando obtener algunas ventajas territoriales, de manera que los vencidos debieron retirarse al sur del río Eleuteros.

Todo ello decidió a Ptolomeo II a firmar un tratado de paz en 255 ó 253, cuyas cláusulas se desconocen, a excepción de la que estipulaba la unión de Antíoco II con Berenice, hija del rey egipcio. Este matrimonio dinástico, proyectado y realizado para fortalecer un acuerdo de paz, sería origen, sin embargo, de futuros problemas.

De todos modos, parece que la conflictiva situación del monarca seléucida con Egipto relajó su autoridad en el litoral minorasiático, ocasión aprovechada por Pérgamo para extender su influencia por esas zonas costeras. Por otro lado, debemos reseñar la presencia de Antíoco II en la zona de Tracia y los Estrechos, para cuya justificación sólo existen hipótesis. Probablemente pretendía hacer efectiva su autoridad en este ámbito, frente a las pretensiones de un reino, como Bitinia, con ambiciones expansionistas, aliado, además, de los Lágidas, o de Bizancio, con quien se vio envuelto en una conflagración.

5.2.1. El conflicto sucesorio tras la muerte de Antíoco II y sus consecuencias

Poco después de todo esto, en 246, fallecía en Éfeso, el rey seléucida, en circunstancias poco claras. Las consecuencias de su matrimonio con la egipcia Berenice se manifestarían de inmediato, al aspirar al trono dos hijos del difunto monarca, uno, su primogénito y sucesor designado, Seleuco II, hijo de Laódice, primera mujer de Antíoco II; otro, el hijo de Berenice. A Seleuco II le fueron fieles Asia Menor y el interior, mientras Éfeso, la capital Antioquía y otras ciudades se decantaron por el segundo. Berenice entonces llamó en su ayuda a su hermano, Ptolomeo III Evérgetes. La positiva respuesta de éste originó la tercera guerra siria (246-241).

El monarca egipcio se presentó en Antioquía para emprender a continuación una marcha triunfal por el Imperio seléucida que le llevaría hasta Mesopotamia, obteniendo a su paso el reconocimiento de distintos gobernadores, sin que ello significara la imposición de su autoridad por todos aquellos territorios. No obstante, y pese a estos éxitos, conflictos internos en Egipto, más los preparativos defensivos de Seleuco II, le obligaron a volver sobre sus pasos. Ello, unido a la muerte de Berenice y su hijo, propició que la situación se tornara nuevamente favorable al monarca seléucida. En el subsiguiente tratado de paz firmado entre los dos reinos, se le reconocieron a los Ptolomeos, además de la soberanía sobre el puerto de Antioquía, Seleucia de Pieria, otras ventajas territoriales en el litoral anatólico de Cilicia, Panfilia y Jonia. Por lo que respecta al punto conflictivo, la hegemonía sobre Celesiria, la situación permaneció inalterada.

5.2.2. Primeros movimientos secesionistas en las regiones iranias

Después de la exposición de la situación política que acabamos de realizar, puede verse con claridad cómo los Seléucidas se vieron empujados por el decurso de los acontecimientos a concentrar su atención y sus fuerzas en las regiones anatólicas occidentales. Se justifica, así, que surgieran entonces en ámbito iranio movimientos secesionistas, al amparo de un relajamiento de la autoridad real en aquellas zonas, apoyados ideológicamente en aspectos religiosos, donde encontraban expresión los elementos iranios más puros, de carácter, por tanto, antigriego. Los primeros en saltar a la luz fueron los de Pérside y Bactriana sin que existiera entre ellos ninguna relación causal.

La primera región del Imperio en declararse independiente fue Partía. Su sátrapa Andrágoras, en 245, aprovechando la campaña asiática de Ptolomeo III, y con el asentimiento de los sátrapas orientales, se erigió en poder autónomo, permaneciendo así hasta su muerte, producida años más tarde, en 239, durante la lucha contra los nómadas parnos. Éstos, bajo su rey Arsaces I, se aposentaron primeramente en Partia e Hircania, llamándose a partir de entonces partos.

También en Bactriana, como hemos apuntado, hubo un movimiento de similares características, surgido con la presencia en Mesopotamia del rey egipcio. Su protagonista fue Diodoto, el cual, tras un período de transición, prolongado durante siete u ocho años —desde 245 hasta 239/238—, se independizó totalmente del poder central. Comenzaba, así, la desintegración del Imperio seléucida, completado más tarde por obra de los romanos.

Conviene insistir en este punto sobre el sentido y origen de estas secesiones, pues se trata de un problema complejo, con intervención de múltiples factores de desigual importancia, que no puede explicarse únicamente arguyendo la difusión de ansias separatistas, fomentadas por tradiciones religiosas propias. A este respecto, S. K. Eddy (*The king is dead*, pp. 69-72) recalca el hecho de que la presencia de distintas corrientes religiosas entre los iranios (religión real aqueménida, zoroastrismo puro, religión de los Magos, etc.) impediría la existencia de un movimiento independentista generalizado, surgido, además, no en el pueblo sino entre los estamentos sociales más favorecidos.

Por otra parte, hay que aludir a que los grupos de población griega, asentados en aquellos territorios iranios, mantuvieron vivos su cultura y los lazos que los unían a sus lugares de procedencia, haciendo de Bactriana un centro de irradiación cultural griego en Oriente que se mantuvo como tal durante siglos. Este amor por lo griego no conllevó animadversión hacia indígena, sino más bien lo contrario, pues ambos elementos culturales coexistieron en perfecta armonía y coordinación. Se explica de este modo que pudiera subsistir una monarquía griega en ámbito iranio, sin contestación por parte de los indígenas. Indudablemente, la presencia de los nómadas, peligro que acechaba a unos y otros, hacía insoslayable esta unión.

Este último aspecto, es decir, las necesidades defensivas, unánimemente sentidas por ambos grupos de población, griegos e iranios, serían un elemento de primera importancia a la hora de hacerse efectiva la independencia de las dos regiones citadas, pues, como se ha visto, los monarcas seléucidas debieron concentrar sus fuerzas en la otra parte de su Imperio.

La peligrosidad de las acciones de los nómadas aparece demostrada claramente en el caso de los partos, bajo cuya presión murió Andrágoras. Sus actividades llegaron a poner en serio peligro las comunicaciones entre la parte oriental y occidental del Imperio, razón que impulsó a Seleuco II a acabar la guerra que lo enfrentaba con su hermano Antíoco Hierax y quedarse con las manos libres para actuar en las satrapías orientales. Aunque nuestra información es bastante defectuosa en lo que respecta sobre todo a la cronología, parece que el rey, en torno al 230-227, logró reconducir la situación, expulsando a los partos, conducidos por Arsaces, al curso

inferior del Oxo. Pero el recrudecimiento de las hostilidades en occidente le obligaron nuevamente a volver allí, convirtiendo en inútiles sus éxitos.

5.2.3. La guerra de los hermanos

El origen de dicho conflicto no es otro que la aspiración al trono, sostenida por el otro hijo de Laódice, Antíoco Hierax, frente a la designación de su hermano, Seleuco II. Éste, forzado por las circunstancias, —la guerra con Ptolomeo III, y su necesidad de ayuda—, se vio obligado a nombrar a Antíoco gobernador de Asia Menor y corregente, pero, al finalizar esta tercera guerra siria, Seleuco pretendió arrebatar a su hermano las concesiones hechas, a lo que naturalmente se negó. No quedaba, pues, otro camino que la guerra.

Apoyaban a Antíoco todos aquellos a los que una división del Imperio beneficiaba, tales como los monarcas de los reinos anatólicos septentrionales, Bitinia, Ponto y Capadocia. Además, para engrosar sus fuerzas, Hierax recurrió a los gálatas, con ayuda de los cuales logró vencer a Seleuco en Ancira (240-239). Esta victoria supuso para él el reconocimiento de su soberanía en Asia Menor y, con ella, la partición del Imperio.

Tales éxitos fueron, no obstante, efímeros, pues de hecho atentaban contra las pretensiones de Pérgamo, con quien se vio abocado a un conflicto ineludible, dada la coincidencia de intereses. Finalmente Atalo I logró derrotarlo en varias ocasiones. Truncadas, así, sus esperanzas en Asia Menor, quiso acabar con el poder de su hermano Seleuco, entonces en Irán. Pero su asesinato, acaecido en Tracia en 226, cortó de raíz tal posibilidad. También Seleuco moriría en ese año. Asia Menor se había perdido para los Seléucidas definitivamente.

Tras un pequeño paréntesis, el reinado breve de Seleuco III (226-223), accedió al trono Antíoco III, hermano del anterior y que se revelaría como una de las personalidades políticas más grandes del Helenismo.

5.3. Comienzos del reinado de Antíoco III: dificultades internas

Los primeros momentos del reinado de Antíoco III no estuvieron exentos de dificultades. La situación en Asia Menor era, cuando menos, confusa, pues las conquistas pergamenas en dicha región, hechas al amparo de las disputas internas entre los seléucidas, fueron contestadas rápidamente por Aqueo, un primo de Antíoco III, nombrado gobernador de Asia Menor, pero que se había proclamado a sí mismo en 220 como rey de Asia.

Igualmente las satrapías superiores de Mesopotamia y Susiana se habían sublevado contra la autoridad real, comandadas por Molón, sátrapa de Media. Éste ocupó las regiones orientales del Tigris en primer lugar, pasando el río después hacia Seleucia y Dura-Europos, tras haber derro-

tado a Xenoitas, estratego a quien le habían sido confiadas las acciones en su contra. Por fin, al año siguiente, en 221, Antíoco III se presentó con su ejército frente al usurpador, el cual se suicidó ante las defecciones surgidas en sus filas. Pudo así restablecerse nuevamente el orden en dichas satrapías.

No obstante lo dicho, Antíoco III, aconsejado por Hermias, un personaje muy influyente en la Corte por su ascendiente sobre el monarca y que acaparaba la administración civil y financiera del Estado, prefirió encaminar sus primeras acciones a hacerse con el dominio de la Celesiria. No era ésta una decisión caprichosa, sino que pretendía aprovechar una coyuntura política favorable, cual era la debilidad interna de Egipto, motivada por el cambio de rey —Ptolomeo IV había accedido al trono recientemente— y las revueltas indígenas contra el poder de la dinastía reinante.

5.3.1. La cuarta guerra siria

Los comienzos efectivos del conflicto tuvieron lugar en 219 con la decisión seléucida de reconquistar Seleucia de Pieria, en manos egipcias desde su captura por Ptolomeo III con ocasión de su expedición asiática, tal y como ha sido visto ya. Esta iniciativa fue seguida por una marcha hacia el sur que cogió totalmente desprevenidos a los auténticos gobernantes egipcios, entonces Agatocles y Sosibio. Éste desplegó una frenética actividad hasta lograr reunir un numeroso ejército, recurriendo para ello a la revolucionaria medida de enrolar también a los indígenas egipcios, hecho llamado a tener una enorme trascendencia por la contribución que ello supuso a la toma de conciencia política de estas gentes, manifestada después de manera violenta.

Todos estos esfuerzos se vieron recompensados, pues tras unos comienzos favorables a las armas seléucidas, fueron finalmente derrotadas en la batalla de Rafia (217). Fracasaban así, una vez más, los intentos de apoderarse de Celesiria. Antíoco se retiró rápidamente, volcándose acto seguido en eliminar los restos subversivos que subsistían en el país. La única ventaja conseguida en esta guerra fue, pues, la definitiva recuperación del puerto de Antioquía, Seleucia de Pieria.

La realización de los planes inmediatos del monarca, su expedición a Irán, exigía la completa eliminación de cualquier foco de agitación política a sus espaldas, de modo que decidió una acción definitiva contra Aqueo, aplazada por los proyectos sirios. Se alió para ello con Átalo I de Pérgamo y tras cuatro años de luchas, de las que casi nada sabemos, Aqueo cayó en Sardes. Se restablecía así la autoridad seléucida en Asia Menor, si bien era ésta de alcance limitado, pues no tenía ya la extensión de antaño. En cualquier caso, carecía de salidas al mar, en manos éstas de Egipto, Pérgamo y Rodas.

5.3.2. La expedición irania (212-205)

Parece claro que esta expedición, más conocida como Anábasis, era la meta más acariciada por el monarca desde los mismos comienzos de su reinado. Pretendía con ella seguir los pasos de sus grandes predecesores, Alejandro Magno y Seleuco I, que habrían de conducirlo hasta la India para construir de nuevo un gran Imperio.

Quizá sea ocioso preguntarse por el sentido y los objetivos de una empresa como la Anábasis. Evidentemente ni fundamentos económicos ni otra clase de metas ideales son respuestas suficientes como para dotarla de suficiente racionalidad. En este aspecto, probablemente la única contestación válida sea la de ver en ella la satisfacción de los deseos de poder de su protagonista. No obstante, es incontestable que actuaron en ella otros factores, como la presión de los nacionalismos, las necesidades financieras del rey, o la curiosidad por los descubrimientos geográficos.

La marcha hasta Bactriana se desarrolló sin especiales dificultades. Unicamente debió llegar a un acuerdo en forma de tratado con los partos, mediante el cual éstos se comprometían a mantener abiertas las comunicaciones entre ambas partes del Imperio, a la par que franqueaban a Antíoco el paso hacia el este, a través del territorio controlado por ellos. Se encontró, así, con el ejército bactriano que le estaba esperando a orillas del Ario, pero Eutidemo prefirió huir, encerrándose en su capital, Bactra (Zariaspa), donde permaneció dos años (208-206). Finalmente logró el monarca seleúcida concluir un tratado que no cambiaba en realidad nada, pero que reconocía el reino bactriano, ya consolidado, en el que se estipulaba, además, el matrimonio de una hija de Antíoco con Demetrio, hijo de Eutidemo. Bactriana quedaba, por tanto, como un estado vasallo de los Seleúcidas, liberándose éstos de los deberes defensivos y administrativos para con la región, a la par que se beneficiaban de la libertad de comunicaciones, con sus consiguientes repercusiones económicas.

Los pasos siguientes del monarca se dirigieron a las áreas más orientales, siguiendo en parte la ruta de Alejandro, donde el rey indio de la dinastía Maurya gobernante en aquellas regiones del Indo, entregó a Antíoco una fuerte suma, elefantes y vituallas para el ejército, gesto que debe interpretarse no como señal de sumisión, sino más bien como reconocimiento de la superioridad seléucida. Concluida esta etapa, retornó hacia occidente. Cuatro años después de la partida, Babilonia recibió al monarca. Nada sabemos de las pérdidas humanas de esta expedición, de los grandes gastos que indudablemente supondría, etc. Por lo demás, la situación política de Irán tampoco sufrió variaciones.

La vuelta de Antíoco, a semejanza de la de Alejandro, se hizo por mar, a lo largo de las costas arábigas y lo mismo que su predecesor, no logró poner bajo su soberanía al estado árabe de Gerrha, que se extendía por las

costas del Golfo Pérsico, en cuyas manos estaba el comercio de las especias, perfumes y otros productos orientales que llegaban al mundo helenístico a través de las caravanas.

No obstante, parece que después de la Anábasis estas actividades conocieron un nuevo esplendor del que se beneficiarían los Seléucidas. El ejemplo típico que suele aducirse para probar el éxito de la expedición desde el punto de vista de la creación de condiciones favorables al comercio, es el florecimiento de Seleucia del Euleo (Susa), pues su documentación numismática aporta abundantes testimonios sobre su importancia como centro de intercambios a partir de entonces y conservada durante algunas décadas.

Terminada la campaña, se añadió a la titulación real un nuevo título, el de Gran Rey (*Basileus Megas*), alusivo a la superioridad del monarca frente a los estados vasallos, conformados en el seno del Imperio Seléucida, reconocidos *de facto* por Antíoco III. En este aspecto, cabría hablar, más bien, de fracaso político de la Anábasis, al no alcanzarse los presuntos objetivos previstos, es decir, hacer volver a la obediencia al gobierno central a todas aquellas satrapías independizadas. Sin embargo, fue un instrumento increíblemente eficaz de propaganda política, al otorgar a la figura del rey un enorme prestigio.

5.3.3. Política occidental de Antíoco III tras el final de la Anábasis

Su retorno a la parte occidental del Imperio fue aprovechada por Antíoco para reestructurar la administración, con objeto de ejercer un control más férreo sobre ella. Una de las medidas más notorias en este terreno fue la división de las satrapías en unidades provinciales más pequeñas.

Consecuentemente se suprimieron los sátrapas, sustituidos por *strategoi*, cuyas competencias, de acuerdo con su propia nominación, eran fundamentalmente militares. Se pretendía, en efecto, controlar más eficazmente los distritos donde se efectuaban las levas de soldados, reforzando, así, la centralización. También a esta misma tendencia obedece otra de las medidas dictadas por el monarca: la institucionalización a nivel nacional del culto al soberano, organizado desde el propio Estado y no sólo de manera voluntaria, como hasta entonces sucedía, por aquellas comunidades que querían libremente atribuírselo.

Por otro lado, Antíoco no dudó en utilizar su renovado prestigio para engrandecer y consolidar su Imperio, dentro de la coyuntura internacional de aquellos años. En ella, dos factores sobresalen sobre los demás: el cambio de reinado en Egipto, efectuado en la persona de Ptolomeo V (204-180), un niño de seis años de edad, y la presencia en la escena política de la fuerte personalidad de Filipo V de Macedonia. La debilidad del monarca egipcio, unido a la crítica situación por la que atravesaba el país del Nilo, provocada por las sublevaciones de los indígenas en medio de una

economía muy deteriorada, fue aprovechada por ambos monarcas, Antíoco y Filipo. Concertaron, en efecto, un tratado secreto por el cual se repartían el Imperio lágida, y aunque sus cláusulas no nos son conocidas en detalle, sabemos que se contemplaba en el mismo el paso a soberanía macedonia de Egipto y Caria, incluida la isla de Samos, quedando para los Seléucidas Celesiria y Fenicia.

5.3.4. La quinta guerra siria (202-200)

La inestabilidad política y económica en que estaba sumido Egipto ofrecía a Antíoco III una ocasión propicia para arrebatarle el tan disputado territorio de Celesiria. Cuando el rey y su ejército pasaron la frontera, Ptolomeo V hizo lo que provocaría a la larga la desaparición de los estados helenísticos de Oriente: llamó en su ayuda a Roma, ocupada entonces con la sumisión de Cartago. Se limitó, por ello, al envío de una embajada encargada de mediar entre ambos contendientes, que intentó evitar el paso de Antíoco III a Egipto propiamente dicho.

El monarca seléucida ocupó fácilmente todo el territorio a excepción de Gaza, defendida por el etolio Escopas, pero ello no logró impedir la definitiva victoria de Panion, acaecida en 200, en las proximidades del nacimiento del río Jordán. El triunfo seléucida significó para Egipto la pérdida, ya para siempre, de la soberanía de toda la Siria meridional hasta Gaza, que pasó, así, a formar parte del Imperio seléucida.

5.3.5. Actividad de Antíoco III en Anatolia

La afirmación del poderío seléucida en el frente siriomeridional permitió a su rey dirigirse a otros ámbitos donde su hegemonía estaba debilitada o bien había desaparecido. Tal era el caso de asentamientos y ciudades situados en el litoral anatólico, toda vez que el rey macedonio se vio obligado a abandonar dicho escenario, en el que se había estado moviendo durante la ausencia de Antíoco en la Celesiria, debido al estallido de la segunda guerra de Macedonia (cf. *supra*).

Ya antes, el gobernador seléucida Zeuxis habría recibido, en torno al 199, el encargo de efectuar alguna campaña previa a la presencia real, cuyos resultados positivos se habían traducido en capturar nuevamente territorios antes seléucidas, perdidos durante los años de conflicto con Aqueo. Los beneficiarios habrían sido los reinos colindantes, es decir, Pérgamo y Bitinia. Pero la recuperación de algunos enclaves costeros fue efímera, al haberse producido una embajada pergamena a Roma pidiendo ayuda ante la invasión del reino de Pérgamo por tropas seléucidas. A consecuencia de ello, el Senado solicitó del monarca que desistiera de tal empeño, obteniendo a lo que parece una respuesta positiva. La trayectoria política del rey, sin embargo, no se alteró.

Uno de sus objetivos inmediatos era, en efecto, recuperar las salidas al mar, perdidas años atrás por los anteriores seléucidas, tal y como hemos ya señalado. Se puso a la tarea en 197, absteniéndose al principio de tocar emplazamientos que pudieran resultar conflictivos. Ello le llevó a capturar algunos de los últimos reductos ptolemaicos en el Egeo y otra serie de ciudades en la costa occidental y meridional de Asia Menor, llegando incluso a atravesar el Helesponto.

Seguía, así, las huellas de su antecesor Seleuco, el fundador de la dinastía, justificativas, además, de su reivindicación de estos territorios: no se trataba de una nueva conquista sino de recuperar algo propio, arrebatado por egipcios y macedonios. En todo caso, las tropas seléucidas, al atravesar Anatolia de Sur a Norte, para acudir a la zona de los Estrechos despertaron, una vez más, las suspicacias de Pérgamo, pues parece evidente, además, que para realizar tal empresa debieron contar con la anuencia de Prusias de Bitinia. Acto seguido, comenzaría la campaña en Tracia. Allí se encontraba cuando la derrota de Cinoscéfalas puso punto final a los sueños de Filipo V, seguida de la declaración de libertad a los griegos, hecha por Flaminino. Antíoco no imaginaba entonces cuál sería el significado real en la práctica de tales palabras ni que los griegos de Asia estaban comprendidos también en ellas.

5.3.6. Antíoco III y su enfrentamiento con Roma

El conflicto entre ambas potencias era, desde la derrota del rey macedonio, inevitable. No obstante, hubo negociaciones previas a la ruptura abierta, como las propuestas por la embajada romana, encabezada por L. Cornelio Léntulo, con quien Antíoco se entrevistó en Lisimaquia. Se le prohibía capturar o atacar a ninguna ciudad autónoma de Asia —se recogía, así, la petición formulada a Roma por Esmirna y Lámpsaco, temerosas de perder su independencia ante las pretensiones del monarca seléucida—; había de evacuar cuantas plazas hubiera arrebatado a la soberanía egipcia o macedonia; debía, por fin, abandonar Europa con su ejército. Tales requisitorias fueron rechazadas por el rey que se limitó a responder que los asuntos de Asia no eran de la incumbencia de Roma, como los de Italia no lo eran suyo. Así las cosas, no parecían existir motivos de inquietud.

Pero ni Roma ni Antíoco estaban solos en el panorama político ni sus decisiones podían ser adoptadas de modo unilateral, sino que los intereses de terceros, de un modo u otro, intervenían también al cerrar filas en torno a aquel que mejor podía representarlos. En este caso que ahora nos ocupa fueron los etolios quienes se acercaron a Antíoco, prometiéndole la fidelidad de toda Grecia en caso de conflicto, a la par que Pérgamo hacía lo propio con Roma.

La voluntad negociadora del seléucida se puso de manifiesto al solicitar algo después, en el 193, la amistad del pueblo romano, mediante una

embajada ante el Senado. Las condiciones que se le ponían para obtenerla era el abandono de Tracia, debiendo circunscribirse únicamente a Asia, donde los romanos se comprometían, en contrapartida, a no intervenir. Antíoco dilató su contestación, esto es, dió la callada por respuesta, esperando ver cómo se plasmaba la ola de descontento hacia los romanos que comenzaba a surgir en toda Grecia. Dejó pasar, así, una ocasión histórica para alejar, al menos temporalmente, a los romanos de Asia.

5.3.7. La guerra con Roma: el tratado de Apamea

Antíoco tuvo de su parte en este conflicto a los etolios, pero no a todos los griegos, pues tanto la Liga Aquea como Filipo V estuvieron del lado romano. Las tropas romanas, aunque inferiores en número a las de sus oponentes, las rodearon en las Termópilas, en el 191, de manera parecida a como hicieron los persas con los espartanos en la célebre batalla del mismo nombre. El rey seléucida, vencido, logró abandonar Grecia por mar, mientras la resistencia de los aliados era sofocada por los romanos.

La guerra continuó ahora en gran parte por mar. Tanto uno como otro contaban con flotas poderosas, —la romana se había sumado con la rodia y pergamena—, sucediéndose una serie de escarceos sin resultados definitivos. La victoria rodia en Side (Panfilia) y la nueva derrota seléucida en Mioneso empujaron a Antíoco a negociar, aviniéndose sólo entonces a aceptar las peticiones romanas anteriores. Pero las condiciones fueron ahora mucho más duras: debía retirarse al otro lado del Tauro, es decir, exigían su renuncia a Asia Menor. No podía aceptar. La guerra, por tanto, continuó.

Su punto culminante está marcado por la batalla de Magnesia del Sípilo (Lidia), acaecida en 189, donde el ejército romano, comandado por Domitio Ahenobarbo, unido a los contingentes pergamenos, dirigidos por su rey Eumenes II, infringieron a Antíoco III una derrota definitiva, tras la cual se retiró al interior de su Imperio.

La paz de Apamea, firmada en 188, confirmaba lo que mientras tanto se había afirmado: Antíoco debía retirarse de todos los territorios asiáticos al oeste del Tauro, limitándosele los efectivos relativos a la posesión de elefantes y barcos de guerra. Estas exigencias se contemplaban con las cláusulas referentes a la entrega de rehenes en poder del rey seléucida, más la de destacadas personalidades antirromanas —como, por ejemplo, Aníbal, que pudo escapar antes de consumarse la transferencia—, unido todo ello a una cuantiosa indemnización de guerra, 15.000 talentos que debían abonarse en diez años a las arcas estatales romanas. Roma, sin embargo, no reclamó ninguna compensación territorial.

Los aliados romanos en esta guerra, Rodas y Pérgamo, recogieron ahora el fruto de esta alianza, pues se repartieron entre ambas los territorios

minorasiáticos arrebatados a Antíoco: se atribuyeron a la primera las regiones de Licia y Caria hasta el Meandro, mientras Pérgamo recibió todo lo demás, el Quersonero tracio y ribera europea de la Propóntide, la Frigia helespóntica, Misia, Lidia, Licaonia, Pisidia y Panfilia. A las ciudades insulares y a las grandes *póleis* griegas de Jonia, excepto Éfeso, se les confirmó la autonomía, siempre y cuando se hubieran inclinado durante la guerra por el bando romano. Las demás, es decir, aquellas que habían continuado bajo dominio seléucida, fueron repartidas igualmente entre Rodas y Pérgamo.

Fue esta guerra la primera vez que tropas romanas intervenían en suelo asiático y también por vez primera los romanos, de un modo decisivo, se erigían en árbitros en circunstancias relativas a los estados helenísticos. Era, igualmente la primera ocasión en que el reino de Pérgamo, nacido realmente poco tiempo atrás, aparecía como potencia equiparable a Macedonia, el Imperio seléucida o el Egipto ptolemaico. El poderío seléucida estaría determinado, en lo sucesivo, por esta constelación de fuerzas. Pero sobre todo era este Pérgamo, agrandado y fortalecido de la manera descrita tras Apamea, el llamado a servir de freno a las aspiraciones no sólo de los Seléucidas sino de Filipo V.

Por lo demás, el nuevo equilibrio surgido ahora era obra de Roma y a ella exclusivamente debían su situación los favorecidos por el tratado de Apamea. Su futuro, pues, dependía asimismo de la voluntad del pueblo romano de quien se habían convertido en estados clientes. En todo caso, es digno de mencionar un punto que no puede dejar de llamar la atención: el cambio de actitud de Roma respecto a su actuación en Grecia, pocos años antes, representada por Flaminino en su declaración de libertad a los griegos.

Para el Imperio seléucida, el tratado de Apamea no sólo era una derrota política y militar, sino que representaba la ruina económica. Por ello, tiene un alto simbolismo como epílogo de un brillante capítulo de su historia. Su artífice, Antíoco III, moriría asesinado poco después,en 187, durante una operación de saqueo de un templo indígena en Ecbatana.

5.4. Los sucesores de Antíoco III: Seleuco IV, Filopátor y Antíoco IV Epífanes

Las cláusulas económicas de Apamea, más que las militares, hipotecaron decisivamente el reinado del hijo y sucesor de Antíoco III, Seleuco IV (187-175), pues al verse obligado a pagar anualmente las grandes sumas estipuladas, no le quedaba, *de facto*, margen de acción en política exterior. No obstante, la reclamación por los romanos de su propio hijo Demetrio como rehén, cambiado por el hermano de Seleuco, Antíoco, da pie para pensar que quizá llevó a cabo movimientos, como, por ejemplo, aproxi-

marse a las fuerzas hostiles a Roma, que despertaron las sospechas de su vigilante más atento, Pérgamo, temeroso ante cualquier atisbo de renacimiento del poderío seléucida. Probablemente fue esta la causa que condujo a su asesinato, realizado por su visir Heliodoro en 175, cuando las deudas de guerra estaban ya casi pagadas.

La muerte de Seleuco IV llevó al trono a su hermano Antíoco IV (175-164), que logró imponerse frente al usurpador mediante el concurso de fuerzas militares pergamenas y con el beneplácito del Senado romano. El monarca no olvidó nunca a lo largo de su período de gobierno que él pudo llegar al trono gracias a estas dos potencias. Concentró, pues, su atención hacia el sur y el este de su Imperio. Paso previo imprescindible era el fortalecimiento de la fuerza militar seléucida, arruinada tras Magnesia y recortada en virtud del tratado subsiguiente.

Así pues, las primeras acciones del nuevo rey se encaminaron a una reconstrucción interior, tanto política y económica como militar, esto último contemplado pasivamente por los romanos.

En este marco ha de insertarse otro de los aspectos más polémicos de la política interior de Antíoco IV: su pretendida promoción del helenismo. Parece que, en efecto, el rey percibió la necesidad de dotar a su Imperio de un elemento cultural, capaz de superar las fuerzas centrífugas existentes en su seno, debidas a la multiplicidad de pueblos y culturas que lo componían. La acción de aquellas se puso de manifiesto una vez más en las áreas orientales del reino al conocerse la derrota de Magnesia, convertida, así, en reacción antihelénica. Para contrarrestarla el rey dictó una serie de medidas de signo contrario a esta corriente, que han servido para justificar la aludida fama de Antíoco IV como defensor del helenismo. Algunas de ellas fueron, por ejemplo, las fundaciones urbanas tipo griego, o la adopción de cultos y costumbres helénicos. El mayor peso en esta cohesión ideológica con finalidad política lo llevó la potenciación del culto al soberano, ya institucionalizado, como se ha visto anteriormente, por Antíoco III.

De todos modos, conviene apuntar que el juicio o la valoración de las medidas adoptadas por Antíoco IV no es en absoluto uniforme entre los historiadores contemporáneos. Prueba de ello es la teoría opuesta a lo que acabamos de decir, defendida por un clásico como Rostovtzeff, que afirma la pretensión del rey seléucida de favorecer la creación de una clase dirigente grecosemítica o, lo que es lo mismo, promover la orientalización a costa de la helenización.

5.4.1. La sexta guerra siria

Acaecida entre los años 170-168, los testimonios de que disponemos no nos permiten entrever con la claridad deseada los motivos subyacentes a este nuevo conflicto que enfrentó a Seléucidas y Lágidas. Parece, en todo

caso, que se debió a una iniciativa egipcia, respondida con prontitud por Antíoco IV, el cual, penetrando en territorio egipcio, conquistó Pelusion, muy importante desde el punto de vista estratégico, como punto de apoyo para otras expediciones. En efecto, en 168 y mientras su flota asaltaba Chipre, continuó su camino, que, a través de Menfis, iba a conducirlo hasta Alejandría.

Roma estaba en estos años demasiado ocupada con los asuntos de Macedonia como para mezclarse militarmente en esta guerra. Además, ambos contendientes eran tras Apamea amigos de Roma, razón esta que le impediría momentáneamente responder a las demandas egipcias de ayuda. Sólo más tarde encontramos a un comisionado senatorial, C. Popilio Laenas, antiguo amigo de Antíoco mientras estuvo retenido en la Ciudad como rehén, enviado con órdenes imprecisas, y plenos poderes. La entrevista entre ambos se celebró en un lugar cercano a Alejandría, llamado Eleusis, famosa por la artimaña de que se valió Popilius Laenas para obligar al rey a aceptar sus condiciones. Consistió, según el testimonio de Livio, en encerrar al monarca dentro de un círculo trazado por él en la arena, del que no podía salir hasta haber dado una respuesta a las demandas del Senado. El contenido de éstas no era otro que la exigencia de que abandonara tanto Egipto como Chipre.

La rendición del seléucida en las condiciones dichas tuvo gran transcendencia no sólo por significar el final de esta guerra, sino porque sirvió como punto de partida para sus operaciones en Palestina, las cuales al cabo de treinta años conducirían a la pérdida de la soberanía seleúcida en todo el ámbito comprendido entre el Negev y el mar de Tiberíades.

5.4.2. La cuestión judía

Las relaciones de Antíoco IV con los judíos tuvieron en las fuentes antiguas una gran resonancia, sobre todo en aquellas relativas a las tradiciones sobre el autollamado pueblo elegido. Antes del gobierno de este rey, las relaciones entre judíos y el poder político seléucida habían sido buenas. Antíoco III, al entrar en la posesión de Siria, Fenicia y Judea en el año 200, lo primero que hizo fue sentar las bases de su gobierno mediante la fijación de los derechos y deberes de las ciudades existentes en ellos. Con Jersusalén se mostró magnánimo, pues, según él mismo declaró en una carta, los judíos le ayudaron a apoderarse de la ciudad, al expulsar de ella a la guarnición ptolemaica. Contribuyó pues, a su reconstrucción, haciendo donaciones para sacrificios y otras concesiones, como exenciones de impuestos sobre la madera importada del Líbano para la construcción del templo y sobre otros productos. Políticamente, les garantizó la autonomía, con objeto de que vivieran según sus leyes ancestrales.

Para comprender, pues, cómo se llegó a una ruptura abierta entre el poder político soberano en aquellas regiones y los israelitas es necesario

considerar otros elementos no políticos, sino religiosos y culturales, pues, en definitiva, lo que se ventiló en la guerra no era sino una confrontación cultural.

La cultura helénica había comenzado a penetrar, en efecto, en algunos medios judíos. Ello era más fácil entre los judíos de la Diáspora, pero en Israel, más aislado geográficamente y, por lo mismo, con mayor cohesión interna, una apertura al helenismo era imposible sin que peligrara la estricta observancia de las leyes ancestrales, cuya esencia era religiosa. Dicha apertura comenzó a efectuarse, en principio, en el grupo social más favorecido, del que salían los sumos sacerdotes, movidos por unos intereses fundamentalmente económicos y no sólo religiosos.

Se llegó, así, a que dicha clase social se dividió en dos tendencias: una, la «progresista», interesada en esta participación en la cultura griega; otra, la «conservadora», aferrada a sus tradiciones y partidaria de su mantenimiento a ultranza. Por lo demás, el pueblo llano, gracias a la influencia de la sinagoga, defendía sin embages la tradición. Cuando los primeros síntomas de helenización fueron perceptibles también a él, se produjo una escisión similar a la ya comentada, dando lugar al nacimiento del grupo de los *hasidim* o devotos, piadosos, observantes estrictos de la tradición y la ley judías y los fariseos o separados. En estas circunstancias, una presión helenizadora más fuerte, impuesta por los monarcas, era considerada contraria a las esencias nacionales, creándose así las condiciones necesarias para una revuelta político-religiosa, defensora de la idiosincrasia del pueblo judío.

A estos factores de carácter religioso han de añadirse otros, como las ambiciones en el seno de las grandes familias y sus inclinaciones hacia una u otra de las dos potencias que se disputaban la soberanía de aquellos territorios, correspondidas, claro está, por el apoyo a uno u otro grupo.

En el momento de producirse la ascensión al trono de Antíoco IV, estos conflictos internos de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén habían salido a la luz, inclinándose los más conservadores por el apoyo egipcio, mientras los aperturistas lo hacían hacia los Seléucidas, señores entonces de Palestina. Este segundo grupo estaba en posición dominante en los comienzos del reinado de Antíoco, pues Jasón, hermano del sumo sacerdote Onías, simpatizante de Egipto, consiguió hacerse nombrar sumo sacerdote, ofreciendo al rey, necesitado de recursos, el pago de un tributo mayor que el anterior. Jasón, además, promocionó la parcial helenización de Jerusalén, aboliendo las garantías dadas por Antíoco III a los judíos, aunque sin que el culto a Yahvé resultara afectado por ello. No obstante, la actitud de Jasón y su política eran un escándalo para los ortodoxos. Tres años después, en 172, Jasón fue sustituido en el sumo sacerdocio por Menelao, merced al mismo sistema de ofrecer más dinero al rey. Cometió pa-

ra ello toda clase de abusos en el terreno tributario, lo que le enajenó la voluntad popular en todo el territorio. La revuelta estaba servida.

5.4.3. La revuelta judía

El estallido se produjo cuando Antíoco se encontraba todavía en Egipto. Al regreso, ante las noticias llegadas de Jerusalén, acudió al lugar de los tumultos. La ciudad santa fue duramente castigada por el rey, pero el incidente más grave fue el saqueo y profanación del templo, efectuado por el monarca. La revuelta, sin embargo, conoció un nuevo rebrote, tras el cual, una vez controlado, se estableció en el Acra, la antigua ciudad de David y punto de confluencia de los judíos helenizados, una colonia militar. El culto a Yahvé fue sustituido por el de Baal-Shamem, dios sirio equiparable al Yahvé judío, a la par que el templo se convertía en un santuario sirio, enfocado a la satisfacción de las necesidades religiosas de los colonos militares acantonados en Akra, de origen mayoritariamente siriofenicio.

Simultáneamente, en el año 167, se dictó una serie de medidas que tendían hacia la aniquilación de la religión judía. Así, según el testimonio del libro II *de los Macabeos*, se suprimieron los rasgos religiosos más característicos de los judíos, como la circuncisión, prohibiéndose la observancia del *sabbat* y otras fiestas ancestrales. El efecto de todo ello fue la radicalización: muchos de los ortodoxos, constreñidos a huir de la ciudad, prosiguieron la rebelión, en forma de guerrilla, con un sesgo ya totalmente religioso y nacionalista.

Esta lucha abierta entró en su fase decisiva cuando Matatías, cabeza de la familia de los Asmoneos, decidió, para evitar una matanza, levantar la observancia rígida del sabbat, pues era en esos días cuando las tropas seléucidas obtenían fácilmente sus victorias, ya que los judíos no combatían por no quebrantar el sábado. En 164-163, Matatías murió, siendo sucedido por Judas Macabeo, quien se enfrentó a Lisias, encargado por Antíoco de dirigir la represión judía, obteniendo una victoria en Betsur. Finalmente, logró restablecer en el templo el culto de Yahvé, tras haberlo purificado. Pero su intento de capturar el Acra en 163 no tuvo éxito, no obstante lo cual Lisias hizo la paz. Antíoco IV reconoció la incompatibilidad de ley y helenismo, garantizando nuevamente a los judíos el respeto a sus tradiciones.

De todos modos este final no convenció a nadie: los aperturistas filohelenos echaban de menos sus años de prepotencia; los conservadores, Judas y sus seguidores, consideraban insuficientes las medidas dadas. En tal situación la lucha inevitablemente habría de reproducirse.

5.4.4. Fin del reinado de Antíoco IV

Los intentos de ampliar la esfera de poder seléucida a partir del núcleo sirio parecían estar llamados al fracaso. Unicamente quedaban por hacer

tentativas en dirección hacia oriente. De este modo, los sueños de Alejandro, Seleuco I y Antíoco III volvieron a revivir, habida cuenta que a tales empresas los romanos no iban a oponerse.

En las regiones orientales del Imperio los acontecimientos se habían seguido desarrollando en la dirección ya señalada, aunque la cronología exacta de todo ello se nos escapa. Cabe hablar, pues, del fortalecimiento de las corrientes independentistas de Pérside y Bactriana, reino éste que, a su vez, proseguía una política expansionista. Así, para tomar contacto nuevamente con la realidad de aquellas zonas y reencauzar la situación, siempre y cuando ello fuera posible, Antíoco IV emprendió una expedición en el 165, que la muerte del monarca dejó inconclusa. En efecto, en 163, terminaba sus días en Susiana, cuando pretendía saquear un templo. El ámbito oriental del Imperio se volvía cada vez más incontrolable.

5.5. Decadencia de la dinastía seléucida: los sucesores de Antíoco IV

Aunque comenzada ya en los últimos días de Antíoco III, para continuar decayendo con sus sucesores, como se ha visto, los acontecimientos, a partir de la muerte de Antíoco IV, se precipitarán sin remedio.

El propio sucesor de este monarca, su hijo Antíoco V Eupátor, muy niño todavía, tutelado por Filipo, se mantendría poco tiempo en el trono (164-162). Fue asesinado por Demetrio, hijo de Seleuco IV, que logró alzarse con el poder.

El reinado de Demetrio I (162-150) conoció innúmeras dificultades procedentes tanto del interior de su reino como del exterior. Ya al comienzo hubo un intento de sedición, protagonizado por Timarco de Mileto, sátrapa de Media, que, contando con apoyo romano, se proclamó rey en esta región. La cuestión quedó zanjada con la muerte del usurpador, acaecida durante la campaña efectuada para acabar con esta intentona separatista.

5.5.1. Demetrio I y la cuestión judía

Uno de los graves problemas que aquejaron el reinado de Demetrio procedía sobre todo del ámbito judío, pues, como se dijo (cf. *supra*), la regularización de los asuntos dictada por Antíoco IV había dejado insatisfechas a las dos facciones operantes en el seno de aquella comunidad, encabezada una por el sumo sacerdote Alcimo y la más radical por Judas Macabeo. La chispa que reavivó el fuego fue la ejecución de varios miembros de los *hasidim*, ortodoxos e intransigentes, por negarse a aceptar las innovaciones helenizantes, lo cual motivó que los conservadores cerraran filas frente a los filohelenos. Demetrio I organizó una expedición, comandada por Nicanor, el cual mantuvo conversaciones con Judas para restaurar el orden, que no fructificaron por la oposición de Alcimo. En las luchas subsiguientes, Nicanor murió, como también Judas, ocupando las tropas seléu-

cidas Judea. Pero la pretensión de los helenistas de acabar con el grupo de intransigentes, comandados ahora por Jonatán, hermano de Judas, provocó la reanudación de los conflictos. Sólo en 152 acabaron éstos, tras las negociaciones habidas entre Jonatán y el poder seléucida.

Las concesiones hechas por el monarca eran muchas, pero, ante las dificultades internas provocadas por la usurpación de Alejandro Balas, necesitaba desembarazarse de este problema e, incluso, contar con el apoyo de los judíos. Amplió, así, el marco de su autonomía, añadió exenciones de impuestos, hizo donaciones para el Templo, etc.

5.5.2. Usurpación de Alejandro Balas

Era éste un presunto hijo de Antíoco IV, que, apoyado por Roma y por Atalo II de Pérgamo, se proclamó rey. Alejandro supo captarse la voluntad de los judíos, quienes, pese a todas las concesiones hechas por Demetrio I, abrazaron la causa del usurpador. También le apoyó Egipto, pues casó con la hija de Ptolomeo IV, Cleopatra Thea.

La muerte del rey Demetrio se produjo enseguida en su enfrentamiento con el que el monarca pretendía neutralizar a Alejandro. Pero su desparición no significó una consolidación de éste. Su autoridad fue discutida por Demetrio II, hijo del anterior, que fue proclamado rey con el apoyo del ejército.

El conflicto por la Celesiria, que Ptolomeo IV había invadido, provocó, al intentar Alejandro asesinarlo, el abandono de su causa por parte del Lágida y su paso al bando de Demetrio II. La nueva alianza incluía también la concesión de la mano de la hija, siempre y cuando éste le concediera la soberanía sobre la región invadida. La batalla de Oinoparas, en 145, puso fin a estas diferencias, pues Balas murió allí al igual que el rey egipcio, poco después, a consecuencia de las heridas recibidas.

5.5.3. Demetrio II

Los problemas esbozados en el reinado anterior estuvieron presentes también en éste.

La debilidad de la monarquía y las luchas dinásticas habían sido aprovechadas por el judío Jonatán no sólo para consolidar su posición, sino también para expansionarse. Demetrio II respetó todo ello, confirmándolo como sumo sacerdote y consintiendo en garantizarle las zonas de Samaria de que se había apoderado, además de otras concesiones en materia fiscal.

Por lo demás, se reprodujeron las intentonas de usurpación del poder real, protagonizadas en este caso por Diodoto Trifón, comandante militar de Apamea. En un primer momento, hizo proclamar rey a un hijo de Alejandro Balas, Antíoco VI, para después proclamarse él mismo. Su autori-

dad fue reconocida en la Siria mediterránea, mientras el rey legítimo conservaba su poder en Cilicia, Mesopotamia, Babilonia.

Uno y otro debieron combatir el expansionismo judío de Jonatán en Celesiria. Trifón nombró al hermano de aquel, Simón, como estratega de la zona litoral al sur de Ptolemaida, asesinando posteriormente a Jonatán. Simón, sin embargo, se unió a Demetrio II, el cual le reconoció todos los privilegios otorgados a su hermano, evacuando también la guarnición del Acra. La concesión del derecho a acuñar moneda con su emblema completaba su independencia. De hecho, en 143-2, comenzaba la era asmonea que señalaba el nacimiento del estado judío independiente.

5.5.4. La expansión parta

Mientras la dinastía seléucida iba degradándose y su capacidad de reacción disminuía, los partos, desde 171, sacando provecho a esta situación, continuaron su expansión dirigidos por uno de sus más grandes reyes, Mitrídates I Arsaces V. Caerían, así, en sus manos todo el Irán y los dominios correspondientes a la monarquía griega de Bactriana, también en período de decadencia por los movimientos de pueblos acaecidos en Oriente, que provocaron el desplazamiento de las tribus escitas de las estepas. No contentándose con ello, continuaron sus campañas hacia las regiones seléucidas del Sur y, aunque desconocemos los detalles, es claro que en 141 se habían apoderado ya de Babilonia. Demetrio II pretendió impedir este proceso, de manera que emprendió una campaña por las satrapías iranias —Irán, Media, Bactriana—, pero fue hecho prisionero por Mitrídates, el cual, sin embargo, moriría poco después, en el 139-138.

5.5.5. El reinado de Antíoco VII Sidetes

La eliminación del escenario político de Demetrio, llevó a hacerse cargo del trono a su hermano Antíoco VII, personaje enérgico que pretendió llevar a cabo una completa restauración de la monarquía. Su primera acción encaminada a dicho fin fue la eliminación del usurpador Trifón, paso imprescindible para poder encarar los movimientos independentistas en Judea y en las regiones orientales.

En relación con los primeros, Antíoco les exigió no sólo el pago del tributo, sino la devolución de los territorios. Simón se negó, pero entonces fue asesinado por su yerno, sucediéndose en el seno de esta familia discordias al acceder al sumo sacerdocio no el asesino sino su hijo, Juan Hircano. Este resquicio de desunión fue aprovechado por el rey para atacar Jerusalén, donde Hircano resistió hasta 131. La derrota judía conllevó la pérdida de independencia que habían disfrutado, más la obligatoriedad del pago del tributo, de la provisión de tropas para el ejército seléucida, la entrega

de rehenes, etc. Conservaron, no obstante, su autonomía interna, no resultando, por tanto, afectadas sus creencias religiosas ni su culto.

Regularizada esta cuestión, eran los confines orientales los que requerían la atención real. Los comienzos fueron positivos, al alcanzar una serie de éxitos en sus enfrentamientos con los partos en Babilonia e Irán occidental. Fraates II quiso entonces negociar, pero las condiciones de Antíoco eran excesivas, pues pretendían la devolución de todos los territorios antes pertenencientes al Imperio y conquistados por Mitrídates I, además de la renovación del pago de tributo. Era claro que no podía aceptar, por lo cual la guerra continuó. Para reforzarse el rey parto llamó en su auxilio a los tocarios y saces, tribus entonces en movimiento en Asia Central. El enfrentamiento definitivo tuvo lugar en 129 y entonces la victoria estuvo de parte de Fraates, perdiendo la vida el monarca seléucida. Ello ocasionó el retorno a la autoridad parta del Irán y Babilonia. El monarca parto proyectó una marcha hacia las zonas occidentales, pero se vio impedido por la guerra contra los escitas en cuyo transcurso encontró la muerte. Este conflicto significó para los Seléucidas un respiro, dado que marcó el comienzo para los partos de un período de dificultades.

5.5.6. Fin de Demetrio II y usurpación de Alejandro II Zabinas

La liberación de Demetrio II y la posterior muerte de Antíoco VII, dejaba al primero como único rey. Pero un presunto hijo adoptivo de Antíoco, Alejandro Zabinas, ayudado por Ptolomeo VIII, le disputó el trono. Demetrio se refugió en las ciudades fenicias, para ser después capturado y muerto en 126-125.

El usurpador, sin embargo, no obtuvo por ello el trono, sino que poco después, en 123, fue entregado al nuevo rey, Antíoco VIII Gripo, hijo de Demetrio y Cleopatra Thea, quien lo mandó matar.

5.6. Los últimos Seléucidas hasta la desaparición de la dinastía

El final de los Seléucidas constituye para el estudioso una especie de galimatías donde reyes legítimos y usurpadores se suceden sin cesar, por lo cual resulta superflua su enumeración. Esta situación de inseguridad dinástica fue aprovechada por todos los enemigos del poder seléucida, especialmente los judíos y los partos.

El poderío de éstos, aumentado por la obra de un rey de gran personalidad como Mitrídates II, sufrió un retroceso al morir éste, pues las subsiguientes querellas dinásticas franquearon el camino a la expansión armenia.

Es éste un hecho trascendental, pues Antioquía, cansada de tanta guerra y de las numerosas disputas por el trono, ofreció, en el año 83, el trono seléucida a Tigranes de Armenia. Por lo demás, la situación general era

catastrófica, pues las actividades económicas y comerciales acusaron gravemente la inseguridad general y el corte de comunicaciones con Oriente a causa de la enemistad con los partos. A ello se añadían los ataques constantes de las tribus árabes, que no reconocían la autoridad de nadie y el aumento de la piratería en el Mediterráneo oriental, al no existir una flota lo suficientemente poderosa como para controlarla.

La aceptación del trono por Tigranes hizo de Siria la provincia meridional del imperio armenio. Con ello el imperio y la dinastía seléucidas habían terminado. Un ulterior intento de restauración de esta monarquía se llevó a cabo en la persona de Antíoco XIII, hijo de Cleopatra Selena y Antíoco XII. Se instaló en Antioquía en el año 69 bajo protección romana, manteniéndose en él hasta el 54-53 —con un paréntesis breve durante el cual reinó su primo Filipo II, muerto en el 67—. En esa fecha fue suprimido definitivamente por Pompeyo. A partir de ese momento Roma y los partos quedaron frente a frente. Las relaciones entre ambas potencias habrían de marcar a la larga de un modo definitivo la política exterior de la potencia hegemónica occidental.

5.7. Economía y sociedad en el Imperio Seléucida

Antes de entrar en el tema de este capítulo, creo conveniente aludir una vez más al problema auténticamente nuclear del Imperio gobernado por los Seléucidas, es decir, su inmensa extensión territorial, dentro de la cual existían gran variedad de tradiciones determinadas por la presencia en su suelo de civilizaciones muy antiguas y altamente desarrolladas. La presencia griega, dominante en la franja costera mediterránea, se vio fortalecida por la conquista de Alejandro y los macedonios, erigiéndose éstos en sucesores de la anterior dinastía reinante, los Aqueménidas. A la par, se asiste durante un cierto tiempo a un aflujo continuado de gentes procedentes de territorios griegos, que iban asentándose en las nuevas áreas conquistadas y que constituían, de hecho, el auténtico apoyo de la nueva dinastía reinante. Por ello, eran éstos los receptores del mayor número de beneficios, incluidos, claro es, los de tipo político.

En cuanto a las relaciones de los reyes con las ciudades griegas existentes desde antiguo en estos territorios, ya hemos dicho anteriormente que no existía un criterio único sino que podían darse múltiples situaciones diferentes.

El panorama resultante es, por tanto, sumamente heterogéneo en lo relativo a definir unas formas sociales y económicas concretas.

Puesto que en todas las sociedades antiguas, incluida en ellas la seléucida, la Agricultura constituía la base económica, es necesario considerar en primer lugar las diferentes formas conocidas de tenencia de tierras para poder definir los fundamentos socioeconómicos.

5.7.1. La propiedad de la tierra

La primera consideración es que la tierra de los estados helenísticos en Asia y África había sido conquistada por la espada, de suerte que, en principio, se trataba de una propiedad del vencedor. Éste no había sido, ni una *polis* determinada, ni el Estado macedonio, por más que sus campesinos conformaran la parte nuclear del ejército, sino que de acuerdo con las concepciones de aquel tiempo, el único conquistador había sido su rey, Alejandro Magno, por lo cual el territorio conquistado era su propiedad personal. En Oriente, esta idea, este derecho, formaba parte de la propia mentalidad, de sus costumbres, siendo más tarde aceptado también por las ciudades griegas. La diferencia entre ambos estribaba en que, en el caso de tratarse de una *polis* conquistadora, el nuevo propietario era no un único individuo, por ejemplo el estratego, sino la comunidad de ciudadanos.

5.7.2. La tierra real o *chora basiliké*

Alejandro, como heredero de los Aqueménidas, se hizo cargo de los territorios que, en su calidad de propiedad real, se explotaban para utilizarse en beneficio de la corte. Sus sucesores hicieron lo mismo con las antiguas satrapías que les habían sido confiadas, una vez adoptada la titulatura real.

En el Imperio Seléucida, el concepto de Estado significaba de hecho todo lo referente al rey. En el ámbito del que ahora nos ocupamos, además de las tierras, estaba incluido entre sus propiedades todo aquello que quedaba comprendido en ellas, es decir, bosques, ríos, canales, lagos, minas y lo extraído de ellas, y por supuesto, aldeas, ciudades, fortificaciones, etc.

Al hablar de tierra real o *chora basiliké*, se entiende, en principio, los latifundios que se explotaban para beneficio y manutención de la familia real y la corte. Dada su calidad de propiedad privada, el rey disponía de ellos a voluntad, bien arrendándolos a cambio del pago de una parte determinada de la cosecha, o bien entregándolos en usufructo a personalidades generalmente de su entorno o también vendiéndolos. De ellos, en todo caso, salían los productos consumidos directamente en el palacio o los beneficios obtenidos de su venta o cambio. Las más importantes de esta clase de propiedades eran las de carácter agrario.

Sobre su extensión y modo de explotación tenemos unos pocos testimonios que vamos a comentar. Uno de ellos, conservado en una inscripción griega, contiene la venta de un latifundio perteneciente al rey Antíoco II a su exesposa Laódice, realizada en el 253 a. J., dado a conocer mediante la colocación de dicha inscripción en el templo de Apolo en Dídima, cerca de Mileto. Las partes más importantes dicen lo siguiente:

> «Nosotros (es decir, el rey) vendemos a Laódice la aldea de Pannos, la *baris* (la casa solariega), la tierra perteneciente a la aldea, limitada por los territorios de Zela y Cícico, así como por la ruta que atraviesa por la parte superior de la aldea de Pannos y que está cultivada por los campesinos vecinos, para hacerse dueña del territorio ...y de todos los villorrios existentes en esas tierras, los campesinos establecidos en ellas (*laoi*), con sus casas, sus propiedades y con los ingresos producidos por todo ello. Da (el rey) órdenes de que la aldea, la *baris*, la tierra perteneciente a ella y los campesinos (*laoi*) con sus casas y pertenencias sean traspasadas al administrador de Laódice, Arrideo... Al mismo tiempo, el territorio debe ser limitado con mojones de piedra y sus límites dados a conocer mediante estelas».

Esta propiedad real comprendía, por tanto, un territorio cerrado, con su aldea como centro económico y un gran edificio como centro administrativo. Ésta, la *baris*, era además indudablemente el lugar de residencia del propietario durante los períodos que permaneciera allí. Digno de resaltar es el hecho de que la propiedad era tan grande que supone la existencia en ella de otros villorrios más pequeños. Los campesinos del lugar pertenecían, juntamente con sus casas y el resto de sus pertenencias, al inventario de la venta.

Mediante la venta de esta propiedad, su territorio quedaba segregado del resto de la tierra real o *chora basiliké*, convirtiéndose en propiedad privada de Laódice.

Existe otro documento, igualmente en forma de inscripción griega, que nos arroja luz sobre la estructura de la tierra real. Se trata en este caso del acta de un regalo o donación de tierras hecha por el rey a un personaje destacado. La estela, encontrada por Schliemann en la Tróade, contiene las disposiciones dadas por Antíoco I al gobernador de la satrapía helespóntica, Meleagro. Dice lo siguiente:

> «Nosotros hemos regalado a Aristodícides de Asso 200 pletras (unas 175 hectáreas) de tierra urbana... Dispongo por ello que deben darse a Aristodícides las 2000 pletras, agregándolas al territorio de Ilión o de Escepsis».

Del contenido de ambas inscripciones se deduce que la tierra real comenzaba en los límites de la *chora* de las ciudades (normalmente las ciudades griegas en otro tiempo independientes). Esto es válido igualmente para el ámbito griego de Jonia o el territorio eolio, donde están atestiguadas también donaciones territoriales hechas por los Seléucidas a ciudades, como el caso de Pitane.

Naturalmente dentro de las tierras pertenecientes al rey había aldeas, que, como el propio terreno, eran propiedad del rey. A veces podían ser administradas directamente por la Corte. Pero lo importante es reseñar que el rey podía hacer con esas propiedades lo que quisiera, como donarla o regalarla a ciudades, templos, soldados o personas privadas. Sin em-

bargo, es necesario distinguir entre donaciones que otorgaban la propiedad total mediante una venta y aquellas otras que daban únicamente el derecho de usufructo de lo obtenido de tales tierras, por lo cual se trataba de una propiedad real recuperable por el donador en cualquier momento. En este caso, continuaba siendo tierra real, usufructuada por una determinada persona en orden a méritos especiales, normalmente nobles, dirigentes militares o cualquier otro a quien el rey hubiera querido distinguir. Consecuentemente no eran tampoco hereditarias.

La mejor descripción de una propiedad, entregada como don (*dorea*) a otra persona, es la referente a Mnesímaco, situada en la llanura de Sardes. Los detalles más dignos de destacar son los siguientes:

El centro económico era la aldea de Tobalmura a la que pertenecían otras dos aldeas; en Tobalmura se encontraba además la vivienda del administrador y dos *paradeisoi*. Este término de origen persa, equivale a nuestro «paraíso» y significa propiamente «parque», aunque sin excluirse un cierto aprovechamiento agrícola. Igualmente, aparecen mencionados en Tobalmura casas de esclavos y campesinos (*laoi*), que pertenecían no a la aldea sino a la granja o «cortijo» del administrador. Eran también parte de la concesión a Mnesímaco otras cinco parcelas de tierra, probablemente dispersas, por las cuales el ocupante había de pagar una parte al propietario, el rey, pero de las que obtenía tanto cuanto era posible. De esta manera, el titular de la concesión obtenía no sólo productos, como vino o dinero, sino también la fuerza de trabajo de los campesinos asentados en las aldeas traspasadas al beneficiario. Normalmente, las prestaciones obtenidas en forma tanto de naturalia como en dinero y trabajo, eran mucho más altas que la parte debida al rey. No se trata pues, de un arriendo, en el cual el arrendatario tenía que correr también con el riesgo inherente a la empresa, sino de una concesión tipo *dorea* para honra y beneficio del así favorecido y al que el rey no podía ocasionar ninguna clase de perjuicio. En todo caso, queda constancia, en uno de los apartados del documento, de que el rey mantenía el derecho de recuperar en cualquier momento la región concedida o alguna de sus partes. Tal cosa no ocurriría, sin embargo, más que en el caso de que el beneficiario cometiera desmanes o deshonrara la confianza puesta en él por el rey.

Concesiones similares por las cuales personas individuales obtenían la explotación, con los beneficios consabidos, de aldeas completas, están atestiguadas en Siria y Palestina. Conocemos en dichas regiones casos en los cuales ciudades completas fueron adjudicadas a diferentes personalidades. Así, por ejemplo, Mallo y Tarso en Cilicia fueron concedidos por Antíoco IV a su amante Antioquis.

Una forma especial de concesión de tierra real son la cleruquías, cuyos orígenes no se retrotraen a tradiciones orientales antiguas, como las *doreai*, sino que han de ponerse más en relación con las fundaciones coloniales

griegas. Incluso son susceptibles de compararse con los posteriores asentamientos romanos de veteranos. El propio término de cleruquía está formado sobre *kleros* o «lote de tierra», pues la tierra, en efecto, estaba repartida en lotes en dichos asentamientos de soldados. El objetivo y la forma de tales cleruquías han sido transmitidas por Flavio Josefo, historiador judío de la época de Antíoco III (223-187). Sus palabras son las siguientes:

> «Puesto que he sido informado de que en Lidia y Frigia han estallado graves desórdenes, creo necesario dedicar atención a ello. He decidido, tras consultar con mis consejeros sobre los pasos necesarios a dar, establecer en las fortificaciones y en los lugares más peligrosos, dos mil familias judías de Mesopotamia y babilonia con todo el equipamiento necesario, pues creo yo que son para nuestra tierra buenos vigilantes a causa de su piedad... Aunque ha de ser molesto trasladarlos, quiero prometerles que les será permitido vivir según sus propias leyes. Cuando tú (el ejecutor de las órdenes reales) los hayas conducido a los lugares previstos, da a cada uno un lugar para construir su casa, tierra para la agricultura y las vides y concédeles la exención durante diez años de las partes debidas sobre las cosechas. Envíales grano necesario para su manutención durante el tiempo que no tengan cosechas. Debes procurar, además, ayuda para aquellos que están en situación de necesidad, con objeto de que cumplan nuestros deseos y se apresuren a servir a nuestra causa.»

El objetivo militar de tales asentamientos es claro: con ayuda de los clerucos se pretende someter a la población sublevada. A cambio de ello, el cleruco obtiene tierra procedente de la *chora basiliké*. Esta tierra no era concedida como propiedad, sino como un usufructo hereditario, siempre y cuando un hijo asumiera las funciones militares. En caso contrario, tras la muerte del cleruco, dicho lote volvía de nuevo a manos del rey.

5.7.3. Tierra sagrada o *hierá chora*

Durante la época seléucida una buena parte de la tierra se encuadraba en esta clase. Sus orígenes eran antiquísimos, retrotrayéndose en parte a antiguos templos-estados. Los primeros monarcas de esta dinastía griega parece ser que secularizaron una gran parte de estos dominios, incluyéndolos, así, en la tierra propiedad del rey. Pero posteriormente los templos recuperaron nuevamente mucha tierra. También en este caso ha de establecerse una distinción entre la tierra sagrada, dada en usufructo a los templos por los reyes, desgajándola de la propiedad real, y la poseída propiamente por los templos sin limitaciones, con todos los derechos de propiedad.

Una inscripción procedente de ámbito sirio nos ha conservado un documento, que atestigua la transmisión de un territorio con todos los derechos de propiedad. En este caso, se trata de territorios pertenecientes al

templo de Zeus, sincretizado con el indígena correspondiente, Baal Schamin. Su contenido reza como sigue:

> «Puesto que he sido informado del poder del dios Zeus de Baitokaike, he decidido transmitir a él para siempre el lugar del cual emana el poder del dios —la aldea de Baitokaikene...— con todas sus propiedades muebles e inmuebles, según consta en el Registro, y con la producción del año en curso... En los días 15 y 30 de cada mes tendrán lugar mercados libres de impuestos. El templo debe ser inviolable y la aldea exenta de acuartelamientos».

Según puede aprehenderse del texto, la aldea constituía la base económica que posibilitaba la autonomía e independencia del templo. En Anatolia, esto era bastante normal, pues todavía en época helenística existían templos cuyas propiedades territoriales eran más que considerables, con asentamientos calificados o definidos por Estrabón como *póleis*, y que serían, por tanto, como mínimo, aldeas grandes amuralladas.

Templos dotados de tales propiedades son mencionados en regiones como Capadocia y el Ponto (Comana y Zela respectivamente), en Comagene y en Elymais, en la frontera con Irán. Los territorios de estos templos eran explotados por la población campesina establecida en ellos. Una parte de ésta son los definidos como *hierodouloi*, literalmente esclavos sagrados, pertenecientes, en teoría, a la divinidad y bajo dependencia de los sacerdotes, los cuales, probablemente, no estaban autorizados a venderlos libremente. Pero otra parte de estos campesinos podían ser libres, como se desprende de la descripción estraboniana del templo capadócico de Comana. Éstos pagarían al templo los impuestos debidos por la labranza de la tierra. Los templos, a su vez, pagarían a la Corona el *phoros* general, a no ser que recibieran de los monarcas el beneficio de su exención.

5.7.4. Tierra urbana o *chora politiké*

La novedad más importante introducida en Oriente durante la época que estamos considerando y de éxito fulgurante en las zonas más orientales, fue sin duda, la existencia de *póleis* de antiguo cuño. A la *polis* pertenecía un determinado territorio que constituía su *chora*, sujeto a la administración de la ciudad y que podía ser otorgado a los ciudadanos de pleno derecho como propiedad privada.

La existencia de esta forma de propiedad contradice, en principio, el concepto de tierra perteneciente al rey en virtud de su conquista por la espada, puesto que también las ciudades bajo soberanía persa hubieron de ser capturadas en la guerra.

Así pues, el territorio ciudadano fue ofrecido básicamente mediante un acto de voluntad positivo del rey a las ciudades. Una decisión de esta clase se nos ha conservado en una inscripción de Priene, debida, indudablemente, al mismo Alejandro. Se dice en ella: «Yo decido que la totalidad del

territorio alrededor de la ciudad, me pertenece». Las palabras clave, «alrededor de la ciudad», —referidas, por supuesto, a Priene—, indican que dicha ciudad quedaba excluida expresamente de esa decisión real, continuando así como propietaria de su propio emplazamiento y *chora*. Por lo demás, como ha quedado expuesto ya en otro lugar de esta exposición (véase el capítulo referido a las ciudades), la autonomía y la libertad, en el sentido que tales términos adquirieron durante el Helenismo, eran concedidas a las ciudades de modo expreso por Alejandro y, sobre todo, por sus sucesores de acuerdo con sus objetivos políticos de cada momento concreto.

El territorio ciudadano no fue, sin embargo, organizado de manera uniforme en esta época. El desarrollo histórico de cada una dependía de su situación geográfica, dimensiones, productividad, ocupación campesina, y otros múltiples factores. Así, por ejemplo, las ciudades eolias de la costa occidental minorasiática ocupaban normalmente, excepción hecha de Cícico, un territorio pequeño, puesto que la llanura costera es muy estrecha. El caso contrario lo formaban algunas ciudades palestinas, como Escitópolis y Filoteria que, según Polibio, podían abastecer fácilmente a un ejército con los recursos obtenidos de su propio territorio y no sólo de alimentos sino de otros útiles de guerra.

Algunas ciudades anatólicas, sirias y mesopotámicas tenían a menudo en su *chora* grupos de población cerrados, como los Pedieos («habitantes de las llanuras») de Priene, los frigios de Zela, etc. (cf. el capítulo dedicado a las ciudades). Este territorio, normalmente, no era repartido a los ciudadanos, sino que era considerado como pastos, bosque, etc., proveedor, por ello, de fondos públicos. Su explotación, sin embargo, se hacía mediante la atribución de lotes de tierra, en calidad de propiedad hereditaria, a habitantes de la ciudad, según el criterio de las autoridades. De este reparto de tierras no estaban excluidos, a diferencia de lo habitual en la época clásica, los extranjeros, procedentes de otros ámbitos del Imperio seléucida y desprovistos del derecho de ciudadanía.

Cuando el rey efectuaba atribuciones de tierra real, bajo alguna de las formas posibles ya expuestas, solía añadirse a los documentos acreditativos de ello la cláusula de la obligatoriedad de adscribir las referidas propiedades a alguna de las ciudades más próximas, según las preferencias del beneficiario. Así se señalaba *expresis verbis* en la inscripción relativa al fundo de Laódice, mientras que en el caso de Aristodícides, la elección era entre Escepsis o Ilión, ciudades englobadas en la satrapía helespóntica, pero, dado que Ilión había sido exonerada por Antíoco I del pago de impuestos, es lógico pensar su adscripción a esta ciudad para beneficiarse de dicho privilegio. En cualquier caso, es necesario reseñar que el impuesto territorial había de pagarse al tesoro de la ciudad y, además, en caso de muerte del beneficiario y su familia, tal propiedad podía adjudi-

carse de nuevo, recayendo normalmente tal gracia en la persona de un ciudadano de la ciudad correspondiente.

No obstante, existen ejemplos de que ciudades, caídas en desgracia ante los ojos del soberano, perdieron su territorio, que volvía con ello a engrosar la superficie de tierra real. Así, por ejemplo, Antíoco II confiscó pasajeramente a la ciudad de Samos la totalidad de su territorio en la costa minorasiática, repartiéndolo seguidamente entre sus cortesanos.

5.7.5. Otras clases de tierra existentes en el Imperio seléucida

Además de los diferentes tipos de tierra señalados, existían otros de difícil clasificación. Veamos cuáles podían ser.

Principados clientes o dinastas semiindependientes

Fuera de la tierra real hemos de anotar la existencia de territorios pertenecientes a otros dinastas de menor importancia, que, en calidad de reyes clientes del Imperio Seléucida, disfrutaban de un cierto grado de autonomía, si bien con determinadas obligaciones militares. Tales territorios estaban formados por un núcleo urbano importante, donde estaba la sede del gobierno o, mejor, del reyezuelo, y una considerable extensión de tierra cultivable. Conocemos el caso de Jerjes de Arsamosata, en el norte de Mesopotamia. Cuando cayó en desgracia, Antíoco III le obligó a entregar mil caballos y una cantidad igual de bestias de carga, lo cual hizo sin que supusiera para él dificultad alguna.

Grupos de población de especiales características

En una situación similar se encontraban algunos pueblos, siendo el caso de los judíos el más significativo por la literatura existente sobre él. Mientras estuvieron englobados en el Imperio Seléucida, no tenían un rey propio, pero su Consejo de Ancianos y su sumo sacerdote eran responsables directamente ante la corte de Antioquía. Durante los siglos III y II a. C. los judíos habitaban esencialmente en Judea y el valle del Jordán, pero apartados de las llanuras costeras y de la fértil región de Galilea. En las ciudades costeras, como Jope y Jamia, los judíos convivían con otros extranjeros, fenicios, sirios y griegos.

De la época de hegemonía aqueménida (siglos VI-IV a. J.), existía en Judea, debido a una evolución histórica muy particular y en la que no podemos detenernos ahora, un estrato muy fuerte de pequeños campesinos libres, junto a otro en situación de dependencia respecto a los grandes propietarios territoriales.

Los Ptolomeos, que tras el reparto de Triparadiso, fueron los primeros en obtener la hegemonía de Judea, explotaron tremendamente la región

mediante una elevación de los impuestos, pero abandonando la población a su propia suerte. Bajo la dominación seléucida, la carga impositiva fue también muy fuerte, pues además de la capitación, es decir, un impuesto sobre cada individuo como tal, debían pagar el de la sal y una tasa a la Corona, habitualmente en forma de dinero, junto a otros impuestos, como un tercio de la cosecha de cereales y la mitad de los frutos obtenidos de los árboles. Igualmente, existían aduanas sobre caminos, mercados, etc., recogidas por comisionados reales. Pese a todo esto, la situación del campesino judío era mejor que la de otros del Próximo Oriente, puesto que eran, al menos, propietarios de las parcelas de tierra que cultivaban.

5.7.6. Condiciones sociales

Las variadas formas de propiedad de la tierra existentes dentro del Imperio seléucida, determinaron en gran medida, como es lógico, la estructura social. La única novedad, aunque muy importante, de la época helenística fue la introducción en las regiones orientales de la tierra urbana (*chora politiké*) y su reparto en propiedades individuales entre los ciudadanos. En todo caso, tampoco puede hablarse de una excesiva difusión de estas novedosas formas de propiedad en Oriente.

Naturalmente en conexión con éstas, cabe preguntarse si conllevaban diferentes situaciones de dependencia o si se trataba únicamente de variantes de un sistema único. La mayor parte del Imperio seléucida estaba ocupada por aldeas donde vivían los campesinos, pero sobre su condición jurídica existen innúmeras discrepancias entre los historiadores. Estas se hallan justificadas en gran medida por la falta de documentación al respecto, pues ni la arqueología, ni la literatura o historiografía ni tampoco el arte, se han ocupado del tema. Por lo demás, carecemos de conceptos precisos para distinguir las diferentes formas de dependencia existentes entre la población campesina.

Asimismo, desconocemos la estructura interna de las aldeas. Estaban obligadas al pago de un impuesto o *phoros*, recogido por el representante del rey en cada lugar, es decir, un comarco (presidente de una *kome* o aldea). Éste era un miembro de la comunidad y frecuentemente era elegido mediante votación, si bien debía ser refrendada por el sátrapa correspondiente. Cada región parece que debió contar con un juez real que recorría las aldeas para otorgar justicia en los casos conflictivos.

Las inscripciones son la única clase de documentación que nos aporta noticias sobre los campesinos y su relación respecto a la tierra y al rey. Así, las inscripciones relativas al ya mencionado Aristodícides (Welles, *Royal Correspondence* nº 10, 11, 12, 13, datadas hacia el 270 a. J.), hablan de campesinos, cuya tierra el rey regalaba a Aristodícides «para todo el tiempo», sin que ellos pudieran abandonar dicha tierra. Asimismo, todas sus perte-

nencias muebles —utillaje necesario para las labores del campo, animales, semillas, etc.— eran traspasadas al nuevo propietario juntamente con el regalo de la propiedad. Aparte de esto, los campesinos reales debían contribuir, siempre que fueran requeridos para ello, a la realización de prestaciones personales, normalmente aplicadas a trabajos comunales, siguiendo órdenes del rey. Entre éstos cabe destacar por su interés, los canales, de importancia vital para las zonas, como por ejemplo, Mesopotamia, donde el sistema de irrigación artificial, utilizado para regular y aprovechar las crecidas de los ríos, constituía desde antiguo la base económica sobre la que se aposentaba su prosperidad.

No se puede, pues, hablar de un campesinado libre, pero tampoco de esclavos. Su *status* era algo intermedio entre la libertad y la esclavitud, una variante específica de la antigua dependencia, habitual en las civilizaciones orientales. Normalmente, la ocupación de una determinada parcela de tierra por el campesino y su familia, así como el resto de sus pertenencias, se transmitiría durante generaciones, sin que los sucesivos dueños de la tierra se entrometieran en ello, siempre y cuando se les entregaran las partes de cosecha y/o los impuestos requeridos de ellos. No obstante, el derecho de los reyes o los sátrapas a introducir cualquier modificación permanecía, pues era incuestionable tanto respecto al campesino individual como a la comunidad de la *kome*.

Según puede deducirse de otro de los documentos mencionados anteriormente, relativo a la venta de una propiedad a Laódice realizada por su exmarido Antíoco II, en 253 a. J. (Welles, *Royal Correspondence*, n.os 18, 19, 20), existían en la aldea en ellos citada y en los otros villorios de menor entidad, campesinos, *laoi*, los cuales, junto con sus casas y demás pertenencias, fueron objeto de venta, pues estaban incluidos con la tierra, la *baris*, o del tipo que fuera, etc. objeto de la transacción. Ello no significa que cada campesino individualmente considerado fuera vendido, pues, en realidad, sólo lo era la tierra y su lugar de asentamiento, pero el campesino estaba ligado a la gleba, porque pertenecía a la comunidad de la *kome*. Tenía que trabajar la tierra para poder pagar así el impuesto correspondiente a su parcela. En caso contrario, si perdía su tierra, los restantes miembros de la comunidad debían pagar por ello. No obstante, en cualquier otro lugar era como un extranjero sin derechos, teniendo escasas posibilidades de supervivencia, o dicho de otro modo, marcharse de su lugar no le otorgaba automáticamente la libertad, pudiendo incluso el rey o cualquier otro forzar a un fugitivo de esta clase a regresar, siempre y cuando los intereses económicos así lo aconsejaran.

En principio, la situación de los campesinos de los dominios o latifundios reales no difiere en nada de la que tenían los que habitaban las aldeas situadas en la tierre real o *chora basiliké*. En todo caso, cabría hablar de

una mayor tensión en tanto que sometidos constantemente al control del *oikonomos* o administrador real.

A este respecto es también muy interesante el contenido de la ya citada inscripción de Mnesímaco (Bukler-Robinson, *Sardis* VII, n.º 1), fechada en el siglo III a. J. El beneficiario de la concesión real estaba endeudado con un templo y enumeraba sus propiedades, entre las que figuraban los campesinos o *laoi* junto a la tierra, en cierto modo como seguridad y garantía de sus posibilidades económicas para responder del pago del préstamo. En caso de ser insolvente, el templo podía apoderarse de sus tierras, casas y toda clase de propiedades, incluido él mismo.

El epígrafe menciona igualmente unas cifras obtenidas en forma de dinero (*phoros argyrikos*) de sus propiedades: Tobalmura con los villorrios de Tandu y Kombdilipia pagaba cincuenta estateras de oro, el *kleros* de Kinaroa tres estateras de oro y cuatro óbolos de oro, Ilukome tres estateras de oro y tres óbolos de oro. Todas las cantidades mencionadas constituirían probablemente los pagos anuales, el impuesto que el mismo beneficiario debía remitir al rey por el usufructo de dichas tierras. Por tanto, el provecho que Mnesímaco obtenía, consistía en las cantidades adicionales que él mismo lograra obtener de las susodichas aldeas. Y precisamente por ello era forzosa la ligazón del campesino al suelo. Como se trataría de una situación habitual, no había necesidad de plasmarla en una ley escrita, de suerte que no existe en época helenística nada de esta índole.

Los campesinos mencionados en el documento serían, pues, *laoi* dependientes, lo mismo que antes de ser transmitido dicho territorio por el rey al beneficiario. La transacción no conllevaba, por tanto, ningún cambio en el *status* jurídico de los campesinos, sólo cambiaba el destinatario de sus impuestos y esto, precisamente, era lo que posibilitaría una mayor explotación.

El mismo documento hace mención expresa de esclavos, *douloi*, lo cual marca ya de por sí las diferencias con los *laoi*. Los esclavos aparecen nombrados individualmente. Había cuatro de ellos: en Tobalmura y dos en la aldea más pequeña de Periasasostra. Al igual que los *laoi*, cada uno de ellos tenía una casa en la que habitaría con su familia, debiendo cumplir unas obligaciones determinadas, quizá de tipo administrativo, respecto al beneficiario de esta *dorea*, pues, casi con total seguridad el rey continuaba siendo su propietario.

No muy diferente hemos de imaginar que fuera la situación social en las cleruquías. Las cleruquías judías de Cilicia fueron establecidas en un territorio hasta entonces vacío, sin asentamientos. En tales condiciones serían los soldados y sus familias quienes se encargarían de su explotación, pero es problemático si ésta era la situación típica de los asentamientos de esta clase. Sabemos que, por ejemplo, en Pérgamo los clerucos no vivían en la parcela de tierra que se les había asignado, sino en la ciudad más

próxima a ella. En tales casos, debemos presumir la existencia de alguna clase de trabajo dependiente, esclavos o jornaleros, aunque la superficie de los lotes atribuidos a los clerucos, alrededor de once hectáreas de tierra cultivable y una hectárea de pastos, podía ser explotada, si era necesario, por los componentes de una familia numerosa sin necesidad de ayuda foránea.

Sin embargo, algunas inscripciones minorasiáticas nos hablan de aldeas de campesinos autóctonos que con seguridad vivían en tierra de clerucos. El ejemplo más claro de esta situación está provisto por el caso de Dura-Europos. Dura era una antigua ciudad aramea, situada en la orilla oeste del Eúfrates medio. Seleuco I le atribuyó un territorio, una *chora*, más grande para asentar allí soldados, dándole el nombre de Europos. Los lotes de tierra dados a los soldados habían sido antes ocupados por los habitantes de Dura, si bien bajo dominio del rey aqueménida. Tales habitantes permanecieron en sus parcelas, pero pagaban el habitual impuesto sobre la tierra a los clerucos, los cuales, a su vez, debían entregar al rey los gravámenes correspondientes. Asimismo, no puede excluirse que los orientales estuvieran obligados a contribuir con prestaciones personales.

Por tanto, entre el rey como propietario de la tierra y los campesinos como productores inmediatos y ocupantes de parcelas de tierra, se interpone la figura de los clerucos, cuya auténtica situación resulta por ello bastante difícil de definir.

5.7.7. Situación social en la tierra sagrada o *hierá chora*

Tradicionalmente los templos eran grandes propietarios de tierras, remontándose sus propiedades a épocas muy antiguas, mantenidas en manos de los sacerdotes durante siglos, los cuales eran los beneficiarios de su explotación. El advenimiento de los Seléucidas no conllevó, en este aspecto, cambios especiales, pudiendo incluso hablarse de ser favorables de ellos. De esa posición particular, como grandes latifundistas al servicio de la divinidad, derivaba su gran influencia, si bien no todos los templos tenían las mismas condiciones, tal y como vamos a ver a continuación.

También aquí habría que establecer una primera distinción entre el territorio de un templo, usufructuado sólo por éste, pero cuyo propietario seguía siendo el rey, y aquellos templos con la totalidad de derechos de propiedad sobre los territorios dependientes de ellos. Nuestra información, conviene apuntarlo, es escasa, siendo los templos más relevantes los más favorecidos por los testimonios a nuestro alcance, pues de los pequeños, apenas sabemos nada.

Un ejemplo del primer supuesto nos lo proporciona el templo de Nanaia, divinidad asimilada a la griega Artemisa, en la isla de Icaro, actual Faylaka, en el Golfo Pérsico. Una inscripción del siglo II a. J. menciona a los

habitantes existentes en torno al templo, como *anthropoi*, hombres, residentes allí, en la misma tierra, a lo largo de generaciones. Vivían de la agricultura y cuidaban de los rebaños del templo que pastaban en los llamados *paradeisoi*. Tras la fundación por un monarca seléucida en la misma isla de un templo a Zeus, los *anthropoi* mencionados debieron elegir entre trasladarse al nuevo templo o convertir los *paradeisoi* de Artemisa en tierra de labranza y permanecer allí. Aunque los campesinos tenían la obligación de cumplimentar determinados trabajos para el templo, el rey, como supremo propietario de la tierra, tenía todos los derechos para modificar o no tales situaciones. La dependencia de los campesinos respecto al templo estaba unida, por tanto, a la suerte de los territorios del templo a los que tales campesinos estaban ligados.

En el otro supuesto apuntado, es decir, cuando las tierras eran propiedad total de los templos, las cosas eran de otra manera. También en aquellas existían aldeas pobladas por campesinos denominados esclavos sagrados, *hierodouloi*, o *katoikoi*, es decir, habitantes del lugar. Su situación jurídica era igualmente de dependencia, teniendo la obligación de contribuir con impuestos en dinero o *naturalia*, además de trabajos, en beneficio del templo. Así, los esclavos sagrados debían realizar determinadas tareas de tipo cultural, como cantantes, porteros, inspectores, etc. En todo caso, la base económica de todos ellos era la explotación de una parcela de tierra, correspondiente a una aldea concreta. Según se desprende de la descripción estraboniana del templo de Comana en Capadocia (XII 3, 34; 2, 3; 2, 6; 3, 37, testimonios referentes a los templos más destacados del ámbito minorasiático), los sacerdotes podían utilizar, como hemos visto, a los esclavos sagrados, pero su venta les estaba prohibida, dado que su dueña era la divinidad correspondiente.

5.7.8. Situación social del campesinado en los territorios de las ciudades o *chora politiké*

Anteriormente ha quedado claro que parte de las tierras reales podían pasar a ser urbanas, siempre y cuando el monarca decidiera concederlas a alguna ciudad en calidad de beneficio especial. Cabe, pues, preguntarse qué sucedía en estos casos con los campesinos establecidos en las porciones de tierra transferidas al control de las autoridades ciudadanas. Tales campesinos dependientes están atestiguados no sólo en los territorios de antiguas colonias griegas de la costa anatólica occidental y septentrional, como Priene o Cícico, sino también en regiones que no pertenecían desde antiguo al ámbito de fundaciones griegas. Así, en el territorio de Zela ya hemos mencionado la existencia de campesinos frigios dependientes, como también están atestiguados en Babilonia, Heraclea Póntica, Antioquía en Siria, y otros lugares. La dependencia de los habitantes de estas

aldeas, que pueden presentarse asimismo bajo la denominación de *paroikoi*, es decir, vecinos, es el resultado de las relaciones entre las ciudades y las aldeas, no entre los individuos. Las aldeas, mediante sus representantes, los ancianos o los comarcas, tenían que contribuir con impuestos en productos naturales y prestaciones de carácter personal.

Muy poca es la información a nuestro alcance sobre el papel desempeñado en la explotación agrícola, es decir, en el campo, por esclavos propiamente dichos y jornaleros. En todo caso, nuestra información sobre los primeros procede casi exclusivamente de las inscripciones halladas en las antiguas ciudades griegas y muy pocas permiten adscribir con seguridad a los esclavos mencionados en ellas a tareas agrícolas. Es seguro, de todas formas, que en la *chora* ciudadana el trabajo esclavo tendría alguna significación, en competencia con el desempeñado por jornaleros o por campesinos humildes, dueños de las parcelas.

El sistema representado por los *laoi*, es decir, un campesinado ligado al suelo en situación de dependencia, no parece haberse dado en las ciudades griegas, si bien tampoco podemos descartarlo absolutamente en aquellos casos en que su territorio hubiera sido agrandado mediante donaciones de tierra real, cosa nada infrecuente, tal y como hemos visto ya. Igualmente, la existencia de determinados grupos autóctonos adscritos a algunas ciudades griegas, según se ha analizado, sería otra vía para poder admitir su presencia en el territorio urbano. Que su situación fuera idéntica a la de los *laoi* de la tierra real, es algo que no podemos saber con certeza, aunque lo más probable es pensar que disfrutarían de un mayor grado de autonomía.

Al considerar este punto, hemos de aludir necesariamente a la labor urbanizadora llevada a cabo en su Imperio por los Seléucidas, aunque su amplitud fuera menor de lo que se suele afirmar en lo relativo a la fundación *ex novo* de muchas ciudades. A ese respecto, ya hemos comentado (cf. *supra*) que se trataba más bien de dar aspecto griego a núcleos urbanos existentes con anterioridad. Pero lo que interesa reseñar aquí es que esta política no conllevaría cambios sustanciales en cuanto al modelo productivo se refiere, sino que el sistema vigente en el Próximo Oriente continuaría manteniéndose. Puede, por tanto, hablarse aquí de la existencia en ellas de un campesinado dependiente, aunque sea difícil argumentar con testimonios directos. Es claro, sin embargo, que los Seléucidas no efectuaron ninguna revolución en este aspecto y que la susodicha urbanización no transformó repentinamente a los antiguos campesinos dependientes en propietarios de las parcelas que cultivaban.

Así pues, debemos admitir que la norma sería no la venta de tierra real, sino su concesión por los distintos monarcas seléucidas como una distinción especial a templos, ciudades o personas distinguidas pero manteniendo siempre el rey el título de propiedad.

5.7.9. Panorámica sociológica del Imperio Seléucida

La conclusión deducible de lo dicho anteriormente es que sobre los campesinos dependientes descansaba, de hecho, una gran parte de la producción agrícola del Imperio Seléucida, que tendería a lograr el autoabastecimiento de los productos necesarios, sin que existiera interés, según se desprende de la permanencia de las mismas estructuras, en un desarrollo ulterior del sistema productivo. En este contexto, los hallazgos científicos y tecnológicos del Helenismo (cf. el capítulo dedicado a ello) no se expandieron ni tuvieron unas consecuencias inmediatas en la mejora de la producción y del nivel de vida de los campesinos.

Así pues, en lo referente a la sociedad seléucida en modo alguno puede trazarse un cuadro homogéneo, dada la enorme variedad cultural existente dentro mismo del Imperio. La dinastía gobernante tampoco hizo esfuerzos en este sentido, pues tenían consciencia de la imposibilidad de imponer un modelo único, tanto en el ámbito económico como en el social. En este sentido, su período de gobierno no conllevó grandes cambios para los autóctonos de las distintas zonas. Sólo la urbanización les ofrecería posibilidades de ascenso social y mejora en el nivel de vida, siempre y cuando se integraran con el elemento griego, lo cual lleva implícita la necesidad del aprendizaje de la lengua griega. A su vez, la ciudad podía ofrecer puestos de trabajo en las múltiples facetas de la economía relacionadas con la manufactura de productos y el comercio.

Esta lenta pero progresiva integración entre autóctonos y griegos no fue traumatizadora para ninguno de los elementos implicados en el proceso, pues, que sepamos, no se produjeron enfrentamientos ni reivindicaciones al estilo de lo acaecido en Egipto.

Los más favorecidos del espectro social eran naturalmente los aristócratas, componentes del estrato más alto. Entre éstos se encontraban los miembros de la familia real y su círculo de consejeros y amigos, los *philoi*, todos ellos, habitualmente, griegos. Les seguían en dignidad los altos funcionarios y otros miembros de la corte, poseedores de grandes latifundios y abundantes servidores; su ascendencia era asimismo griega en términos generales, si bien han de contarse también los antiguos aristócratas que habrían conservado sus privilegios mediante su asociación con los nuevos señores.

En una escala inferior hay que situar a personas económicamente pudientes, cuyo origen era mayoritariamente griego, aunque había entre ellos también orientales, enriquecidas por el comercio y la adquisición de grandes propiedades territoriales, al socaire de los privilegios concedidos por los monarcas macedonios a los griegos inmigrantes en los nuevos ámbitos conquistados por Alejandro. Entre el grupo de personas influyentes, hemos de colocar necesariamente a aquellos que detentaban puestos de res-

ponsabilidad en el aparato estatal, bien fuera en la administración central o satrápica, en el ejército, etc. Sus orígenes serían similares a los del grupo anterior.

Hemos de suponer una presencia griega numerosa, entre los funcionarios y administrativos de tipo medio, oficiales del ejército, especialistas y artesanos de distinta clase, profesionales como abogados, notarios, médicos, y una larga lista que podría citarse, tal y como solía ser habitual en las ciudades griegas, si bien en el desempeño de estas profesiones serían también numerosos los indígenas helenizados. La necesidad de contar con un número elevado de esta clase de artesanos y profesionales, elemento sustancial para el funcionamiento de todo Estado, hizo que la educación desempeñara un importante papel, si bien, en el campo artesano-industrial, el aprendizaje no partía normalmente de las escuelas sino de los propios talleres, donde desde pequeños se iban conociendo los secretos inherentes a cualquier oficio. De todos modos, es innegable que, en la época que nos ocupa, la educación se extendió a esferas sociales hasta entonces excluidas de la escuela, impartiéndose no sólo a los varones sino también a las hembras.

De la masa de campesinos hemos hablado ya, siendo ellos los que menos se verían afectados, como se ha dicho, por el cambio de dinastía. En cuanto a la mano de obra esclava, no parece que desempeñara un gran papel en el Imperio Seléucida. Estaba, además, circunscrita, casi exclusivamente al ámbito urbano, donde desempeñaba las funciones habituales, tanto en servicios públicos de los que se encargaban los esclavos poseídos por el estado, los *demosioi* como en las tareas domésticas y talleres particulares que recaían en los *douloi* o esclavos privados.

5.7.10. Las finanzas de los Seléucidas: impuestos y comercio

Ya hemos dicho al comienzo de este capítulo, que la tierra y los beneficios obtenidos de su explotación eran la base económica del Imperio y de la dinastía que lo gobernaba.

Una parte esencial de los ingresos obtenidos por los monarcas procedía de los impuestos. Hemos ya aludido al *phoros*, o tributo general, que toda institución —aldea, ciudad, templo, grupos tribales, reyezuelos, etc.— debía pagar ya fuera en especie o en dinero. Sólo como un privilegio especial podía el rey conceder su exención. No obstante, la cuantía y las modalidades de pago eran diferentes de unos lugares a otros, en función de las tradiciones heredadas por los Seléucidas de sus antecesores Aqueménidas. Sobre esta cuestión, nuestra información es en extremo deficiente, frase que ha de repetirse con demasiada frecuencia, siempre que se intenta profundizar en el estudio de este reino helenístico.

Además de este impuesto básico, conocemos la existencia de otros,

como el que gravaba al individuo como tal. Es la llamada capitación que, según parece, no afectaba a la totalidad de los súbditos de los Seléucidas, —pues era considerada especialmente gravosa e incluso humillante—, sino sólo a algunos. Está testimoniado, por ejemplo, entre los judíos, concretamente en Jerusalén. Una carta de Antíoco III, transmitida por Flavio Josefo *Antiq. Jud.* XII, 142), manifestaba la concesión de la condonación o exención del pago de este impuesto a algunos sacerdotes de la ciudad y a los componentes de la *Gerusía* o Consejo de ancianos.

De entre otros impuestos, podemos hacer una mención especial del que gravaba la sal, pues, como señala E. Bikermann (*Institut. des Seleuc.* pp. 115-118), las salinas eran propiedad de los reyes, de suerte que el impuesto era considerado como una contribución a los gastos inherentes a su explotación. A cambio, el pueblo recibía una ración de sal, si bien era imprescindible pagar una cantidad adicional. Carácter general en el mundo helenístico tenían los impuestos de aduanas que afectaban a todo tipo de ventas, mercados, etc.

En este ámbito debemos mencionar la importancia que para las finanzas estatales tenían las transacciones comerciales. Los Seléucidas, en efecto, intentaron promocionar las corrientes comerciales tanto entre las diferentes partes de su Imperio —de ahí su interés en reforzar los caminos reales, construidos o abiertos durante el período anterior por los Aqueménidas, que unían la parte oriental del Imperio con la occidental— como con regiones situadas fuera de su territorio, como Arabia y la India. Indudablemente, muchos de los conflictos bélicos en los que los Seléucidas tomaron parte —sobre todo con los Ptolomeos—, tenían como telón de fondo la defensa o la salvaguardia de intereses comerciales. Lo mismo cabría decir del interés en mantener bajo su poder la costa oriental del Mediterráneo, donde tenían lugar desde antiguo intercambios comerciales de productos de lujo, requeridos por la Corte, procedentes de ámbitos lejanos, o bien materias primas.

Una parte de este comercio tenía como objeto de intercambio los esclavos. Su importancia y volumen no fue uniforme durante todo el período helenístico, alcanzándose sus cotas más importantes en la segunda parte de esta época, debido al auge político y económico de Roma. Las transacciones de esclavos estaban sujetas al pago de un impuesto específico, conocido como *andrapodiké*. Podríamos añadir a esta relación de tributos, otra serie de impuestos cuya existencia es posible admitir. Pero a falta de testimonios sobre ello nos abstenemos de comentarlos.

Todos estos ingresos servían, como en los estados modernos, para afrontar gastos destinados a obras en beneficio de la comunidad. No obstante, los reyes, a título personal, fueron los representantes más destacados de una institución, fundamental en ámbito helénico, como fue el evergetismo. Así, los monarcas, como otros personajes destacados por su riqueza, dedi-

caron edificios públicos —mercados, gimnasios, teatros, templos, estatuas y un largo etcétera— a las ciudades, o comunidades determinadas, así como contribuyeron a la magnificencia de cultos y fiestas tanto religiosas como profanas. Igualmente, acudieron en socorro de los ciudadanos cuando acontecían catástrofes naturales como terremotos, sequías prolongadas, etc. De todo ello suelen ser las inscripciones nuestro mejor y más completo testimonio.

6.

El Reino de Pérgamo

6.1. Los orígenes de la ciudad y de la monarquía

En época aqueménida Pérgamo era un asentamiento poco importante dentro de la satrapía occidental regida desde Sardes. No obstante, estaba gobernado por dinastas locales con una autonomía limitada. Alejandro no parece haberle prestado ninguna atención. Es seguro, sin embargo, que formó parte, primero, de la satrapía de Antígono el Tuerto y, después, de su imperio frigio. Tras la desaparición de éste a consecuencia de la batalla de Ipso (301), el nuevo dueño, el Diádoco Lisímaco, confió la ciudad y su ciudadela a Filetero.

Los avatares históricos de que hemos dado cuenta ya propiciaron su ulterior traspaso a la soberanía de Seleuco I, el cual se apropió del tesoro de Lisímaco depositado allí. Filetero logró captarse también la voluntad del primer seléucida, así como la de su hijo Antíoco I, de modo que ambos, a cambio de la ayuda prestada por Filetero, le permitieron tácitamente desarrollar en Pérgamo una suerte de principado, dotado de gran independencia.

La muerte de Filetero en 263 cambió la situación, por cuanto su sobrino y heredero Eumenes (263-241) se enfrentó a los Seléucidas. No podemos saber las motivaciones subyacentes a este cambio, pero estarían relacionadas indudablemente con las pretensiones expansionistas de Eumenes. En todo caso, se produjo un enfrentamiento armado que acabó con la derrota seléucida cerca de Sardes, tras la cual Eumenes, posiblemente, se erigió en rey. Por lo demás, la ampliación de Pérgamo fue efectuada por un lado hasta la costa egea y por otro, hacia el norte,hasta la región de

Troya, si bien el valle del Caico seguía siendo el núcleo del joven reino. La cronología exacta de esta expansión se nos escapa —nuestra información se basa exclusivamente en acuñaciones—, pero debió tener lugar durante la segunda guerra siria, al socaire de la inseguridad inherente a toda guerra.

6.2. Atalo I: los gálatas y la expansión pergamena en Asia Menor

Hemos visto ya cómo una de las consecuencias de la tercera guerra siria sería la confrontación entre los dos hermanos seléucidas, Seleuco II y Antíoco Hierax, y cómo éste tenía a los gálatas de aliados, quienes ulteriormente se volvieron contra él. Este giro inesperado le obligó a comprar su alianza primero, y dirigirlos después contra Pérgamo. El nuevo rey, Átalo I (241-197), logró obtener sobre ellos en 238 ó 237 una aplastante victoria. Hasta neutralizar su amenaza por completo, debió sin embargo efectuar ulteriores campañas, que habrían de constituir el objeto de su propaganda entre los griegos, tal y como reflejan las inscripciones.

El afianzamiento de su posición llevó a Átalo a querer desembarazarse de Antíoco Hierax, cuyas pretensiones sobre Asia Menor constituían un freno para su propio expansionismo. Se produjeron así enfrentamientos entre ambos de los que Átalo salió victorioso, viéndose obligado el seléucida a refugiarse con Ptolomeo III, al principio, y después, con Ariarates de Capadocia, en cuya corte murió en 226. Pérgamo se anexionaría, en consecuencia, el Asia Menor seléucida.

Entraron, por tanto, a formar parte de este reino zonas caracterizadas por la presencia de ciudades griegas, muchas de ellas con raigambre muy antigua, en posesión de estatutos jurídicos variados y diferenciados. Átalo se comportaría en relación a ellas, aunque no tenemos datos para comprobarlo, de manera similar a como habían venido haciendo otros monarcas, es decir, respetando al máximo su autonomía. No obstante, en este momento histórico, las ciudades griegas estaban más necesitadas que nunca de un poder fuerte, centralizador, que, respetando sus características propias, fuera capaz de hacer frente a potenciales amenazas de distinto signo (gálatas, poblaciones indígenas sometidas, etc.).

Sin embargo, esta situación no iba a durar mucho, pues el advenimiento al trono seléucida de Antíoco III iba a modificar necesariamente la relación de fuerzas.

Ya en el 223, a finales del año, el gobernador seléucida de Asia Menor, Aqueo, se lanzó a una campaña fulminante contra Átalo I, resultado de la cual fue el paso al Imperio seléucida de los territorios minorasiáticos que habían estado bajo su soberanía. No obstante, el monarca pergameno no estaba dispuesto a renunciar a dichas conquistas y lo vemos actuar, más

tarde, en la región septentrional de su reino, en las ciudades griegas de la Eólide y los Estrechos. Todo ello, además de otras ciudades jonias —Lébedos, Colofón, Noción— y del interior, le fue reconocido oficialmente por Antíoco III, en agradecimiento por la ayuda prestada contra la sublevación de Aqueo. El resultado, así, fue un reino considerablemente agrandado.

Durante el período siguiente, lo más destacado, en lo que a Pérgamo se refiere, es el conflicto con Prusias de Bitinia, inevitable por la coincidencia de intereses territoriales y por militar en bandos opuestos en el juego de alianzas por el que transcurría la vida política griega. Me refiero, en efecto, a la amistad entre Pérgamo y los etolios y la que unía a Filipo de Macedonia con el bitinio Prusias. Sin embargo, el conflicto entre ambos estados minorasiáticos conllevaba un deterioro en el desarrollo de las relaciones comerciales, por lo que quiotas y rodios, perjudicados por ello, intentaron hacer de mediadores, si bien con escaso éxito. La paz de Fenice, en 205, que ponía fin a la primera guerra de Macedonia, benefició también a Átalo I.

La amenaza siguiente iba a venir de Filipo V y su política expansionista en el Egeo, unida a su entente con Antíoco III, uno de cuyos puntos trataba del reparto de Egipto y sus posesiones egeas, de suerte que correspondían a Filipo estas últimas. Para más detalles remitimos al lector al capítulo correspondiente sobre la política del rey macedonio. En todo caso, tales actividades en el litoral minorasiático desembocarían no sólo en acciones bélicas, sino también en actuaciones diplomáticas, traducidas en una petición de ayuda a Roma, elevada por los estados perjudicados, Pérgamo y Rodas.

6.3. Pérgamo y Roma: apoyo romano al reino pergameno

Las demandas de ambos estados encontraron en Roma una acogida favorable, si bien al comienzo se mostraron remisos los romanos a la aprobación de una intervención directa contra el autor de tales hechos amenazadores para la integridad de los estados demandantes. Sólo en segunda instancia se aprobó el proyecto, que, en la práctica, significaba el estallido de la segunda guerra de Macedonia, de cuyo desarrollo y consecuencias hemos hablado ya.

Sin embargo, el alejamiento de Filipo de Asia no significó tranquilidad para Pérgamo, pues Antíoco III, aprovechando el conflicto contra el rey macedonio, había encargado a su gobernador Zeuxis la reconquista de los territorios capturados por los pergamenos al imperio seléucida durante el episodio protagonizado por Aqueo. Simultáneamente, el rey Prusias de Bitinia había hecho lo mismo con la región septentrional de Frigia o Frigia Epictetes.

El éxito de estas operaciones está avalado por un texto de Polibio en la que se habla de que Eumenes II recibió de su padre, muerto en 197, un reino de los más pequeños (XXXIII 11, 7; XXXII 8, 3). No obstante, a través de una misión diplomática romana enviada a Antíoco III, solicitada por los pergamenos so pretexto de la invasión de su territorio, se logró la evacuación de los territorios en disputa. Ello no conllevó, sin embargo, una renuncia por parte del rey seléucida a sus planes, encaminados a conseguir nuevamente para su imperio las salidas al mar, perdidas hacía décadas. Por tanto, el enfrentamiento con Roma era inevitable.

6.3.1. El tratado de paz de Apamea y sus consecuencias para Pérgamo

Una vez más hemos de remitir al lector a la parte relativa a las luchas mencionadas, la guerra entre Antíoco III y Roma, para seguirla con más detalle. Como ya se dijo, la participación de Pérgamo al lado de los romanos fue importante, pues colaboró con hombres, en calidad de tropas auxiliares, y con su flota, al igual que los rodios. No es de extrañar, pues, que el tratado de Apamea, concluido en 188, tras la definitiva derrota del Seléucida en Magnesia, favoreciera a ambas potencias, pero muy especialmente a Pérgamo, cuyo reino quedó notablemente agrandado por las concesiones territoriales que Roma le hizo, a expensas de las áreas a que el monarca seléucida debió renunciar.

Digno de destacar es el hecho de que, aun siendo Roma la artífice de la victoria, quedó fuera, sin reclamar para sí territorio alguno, si bien fueron las arcas romanas las que recibieron las cuantiosas compensaciones de guerra. La situación se regularizó sobre la base de los estados allí presentes. Pérgamo recibió el Quersonerso tracio y la ribera europea de la Propóntide, la Frigia helespóntica, Misia, Lidia, Frigia, Licaonia, Pisidia y Panfilia. Éfeso pasó a ser el principal puerto del reino pergameno y éste se transformó en la potencia indiscutible en Anatolia.

Eumenes II fue, por tanto, el gran beneficiado y ello no sólo por agradecimiento a la fidelidad demostrada, sino, sobre todo, por una consideración de orden político, a saber: la necesidad, sentida por parte de Roma, de contar con un estado dentro de Asia, capaz, primero, de neutralizar cualquier intento seléucida de rehacerse y, en segundo lugar, que sirviera de freno a las pretensiones de Filipo de Macedonia de instalarse nuevamente en Tracia. Era claro para los romanos que debía ser fuerte, como el Pérgamo resultante de la aplicación de las cláusulas de Apamea. Pero, a su vez, su nueva situación era, según se ha visto, una concesión de Roma, susceptible como tal de revocarse unilateralmente. Ello suponía que Pérgamo dejaba prácticamente de ser un estado independiente, dueño de su política, para convertise en cliente de Roma.

6.3.2. La política pergamena tras Apamea

La nueva potencia surgida en Asia Menor tenía que conducir necesariamente a una aproximación de posiciones entre los estados limítrofes. Pero de todos ellos, el más conflictivo para Pérgamo, era, tras una guerra con Bitinia (186-183) casi desconocida para nosotros, el Ponto, cuyo rey Farnaces I se había empeñado en una política expansionista, dirigida tanto hacia el Mar Negro como hacia el continente.

No obstante, fue el ataque póntico a Ariarates de Capadocia lo que otorgó al conflicto, acaecido entre 182-179, proporciones considerables, dado que los capadocios eran aliados de Eumenes II. Participaron en el conflicto, además, Prusias II de Bitinia, afectado por la política póntica, dada su vecindad, y algunas tribus gálatas. Eumenes solicitó la ayuda romana que no llegaría a materializarse, pese a lo cual Farnaces fue vencido, debiendo renunciar a sus logros territoriales, excepción hecha del puerto de Sínope.

6.3.3. Enfriamiento de las relaciones entre Pérgamo y Roma

El enfriamiento de las relaciones con Roma que empieza a detectarse en estos momentos, se consolidó con ocasión de la tercera guerra de Macedonia (171-168), que supuso una nueva confrontación de las armas romanas contra el rey macedonio Perseo. Aunque Eumenes figuraba entre los aliados de Roma, es cierto que se comportó de la manera más pasiva posible, si bien podría aducirse en su justificación la insurrección de los gálatas a la que debió hacer frente desde 168.

De las dimensiones alcanzadas por la sublevación gálata puede dar idea la petición de ayuda solicitada por Eumenes II a Roma. Para la consecución de tal fin, el monarca personalmente se trasladó a Italia sin que el Senado accediera a recibirlo. Debió regresar, por tanto, humillado y con las manos vacías, al no procurarle el apoyo solicitado, ni siquiera después de la derrota de Perseo en Pidna. Controlada por sus propios medios, Eumenes se vio, pese a todo, privado de las ventajas de su victoria, al decretar el Senado romano, en 166, la autonomía para todos los gálatas, incluidos aquellos que por la paz de Apamea habían quedado dentro del reino pergameno.

La postura romana puede aclararse por dos consideraciones quizás complementarias: o bien estaba Roma celosa del poderío e importancia alcanzado por Pérgamo en Anatolia, tras el engrandecimiento del reino, conseguido no sólo por las disposiciones de la paz de Apamea, sino también tras los dos conflictos, ya mencionados, con Prusias de Bitinia y Farnaces del Ponto; o bien la alianza de Pérgamo, una vez derrotado el poderío de Macedonia y eliminado de la escena política su rey Perseo, prisionero en Roma, había dejado de ser vital a los ojos de los romanos y convenía, por tanto, frenar su poderío.

De todos modos, en la perspectiva griega, y más concretamente minorasiática, Eumenes mantuvo intacta su gloria como vencedor de los gálatas y campeón del helenismo.

6.4. El reinado de Atalo II (159-138)

La sucesión de Eumenes se llevó a cabo sin problemas en la persona de su hermano Átalo II, fiel colaborador del rey anterior. Su reinado contempló un conflicto importante con Prusias II de Bitinia, motivado también por la política expansionista de éste. En torno al monarca pergameno se agruparon todos aquellos que se sentían amenazados por el rey bitinio, es decir, Mitrídates IV del Ponto y Ariarates V de Capadocia, a los que se unía también Rodas, temerosa siempre de un bloqueo de los Estrechos. Fue el arbitraje romano, habitual ya en todos los conflictos, quien solucionó también éste. Prusias fue constreñido a pagar compensaciones de guerra, así como los botines conseguidos. En definitiva, sin embargo, su poder no fue mermado. Se evidenciaba, una vez más, que Roma pretendía un equilibrio de poderes en el área egea.

Igualmente, por medios más o menos diplomáticos, consiguió Átalo poner en el trono bitinio al joven Nicomedes, hijo de Prusias II, tras el asesinato de éste en 149. La posición de los Atálidas era, pues, más sólida que nunca, siendo los señores indiscutibles de Asia Menor y, aunque lo eran gracias al consentimiento romano, se beneficiaban de ello.

6.5. Fin de la monarquía pergamena: Atalo III y su legado político

La sucesión de Átalo II se efectuó en la persona de su sobrino, hijo de Eumenes II, Átalo III. El reinado de este extraño personaje fue breve, pues murió pocos años después, en 133, sin haberse producido ningún hecho importante, digno de mención.

Tan sólo su testamento político merece atención, pues, al morir sin hijos, legó el reino, exceptuada la propia ciudad de Pérgamo y algunas otras ciudades griegas, al pueblo romano. Sus motivaciones se nos escapan y ante ellas sólo podemos formular hipótesis. De todos modos, antes de que Roma pudiera hacerse cargo de la última voluntad de Átalo III, debió encarar las secuelas del conflicto motivado por la aspiración al trono pergameno de un presunto heredero, Aristónico, hijo ilegítimo de Eumenes II.

6.5.1. El levantamiento de Aristónico

Este movimiento de rebeldía contra la voluntad del último atálida, ha merecido juicios muy distintos entre los historiadores contemporáneos. Por

lo demás, las fuentes antiguas tampoco son muy explícitas al informar sobre ello, pues son muy pocos los historiógrafos, además tardíos, los que hablan de los años entre el testamento de Átalo III y la definitiva conformación de una provincia romana en Asia Menor. Así, mientras unos hablan de una gran guerra de esclavos, otros la consideran una simple revuelta palaciega. En todo caso, la tradición carga las tintas en dos aspectos clave: la extracción social de los seguidores de Aristónico y el contenido ideológico de su mensaje.

Al principio, según la narración de Estrabón, se adhirieron a la causa del aspirante al trono algunas ciudades costeras, pero tras sufrir aquel una derrota frente a los efesios en Cime, se refugió en las zonas del interior. Allí reunió un gran ejército en el que también se enrolaron los esclavos bajo promesa de liberación. Todos ellos recibieron el nombre de heliopolitas, «ciudadanos del sol», pasando a la acción de inmediato, y conquistando Tiatira, Apolonia y otras ciudades. Finalmente tropas romanas, con el concurso de los procedentes de otras ciudades —Éfeso, Bizancio, Cícico— y estados aliados —Bitinia, Ponto, Capadocia—, lograron derrotarlo en Estratonicea del Caico en el 130.

Posteriormente, en 129, el cónsul Manio Aquilio al frente de una comisión de diez hombres, organizó el territorio pergameno, que pasó a ser la provincia romana de Asia, constituida por las regiones nucleares del reino atálida, Misia y la Tróade al Norte, Lidia en el centro, Frigia sudoccidental y Caria. Las partes menos helenizadas y más pobres fueron repartidas entre los reinos aliados.

6.6. Condiciones socioeconómicas del Reino de Pérgamo

6.6.1. Características generales

Como hemos comentado a propósito de los Seléucidas, las condicionantes socioeconómicas en Pérgamo no cambiaron de inmediato con la llegada al poder de los Atálidas, pero indudablemente su ascenso político hasta convertirse en gran potencia repercutiría de algún modo en la sociedad y economía pergamenas.

En primer lugar, la independencia conllevó la posesión de una extensión territorial considerable, comparable, cuando no mayor, a la de otros reinos helenísticos. Por otro lado, es necesario aludir al hecho de que Pérgamo acogió, en mayor medida que otras ciudades, un elevado número de inmigrantes griegos, que se asentaron allí atraídos por las buenas perspectivas comerciales ofrecidas por la zona. Indudablemente, este estrato, económicamente fuerte, habría de convertirse en dirigente del nuevo Estado. También digno de mención es el hecho de que Pérgamo, al expansionarse, englobó antiguas ciudades griegas, cuyas condiciones socioeconó-

micas generales han sido vistas ya. No obstante, la capital del reino era la ciudad más importante, con numerosos edificios de carácter monumental, públicos o religiosos, inspirados tanto en Grecia como en Alejandría y testimonio vivo de la prosperidad de Pérgamo.

6.6.2. La propiedad de la tierra

Para Pérgamo son válidas las mismas consideraciones que hemos hecho a propósito de los Seléucidas por lo que no vamos a entrar en ellas. El territorio pergameno era propiedad del rey y, en consecuencia, su explotación económica corría a cargo de los conocidos *laoi basilikoi*, o campesinos reales dependientes, a los que se les reconocían ciertos derechos, como por ejemplo el de propiedad.

Los Atálidas, como solían hacer los monarcas helenísticos, dieron muestras abundantes de su generosidad en lo referente a la concesión de partes de la tierra real a particulares, templos, ciudades y cleruquías, si bien parece poder atisbarse un control más directo por parte de los propios soberanos sobre sus dominios.

La extensión del territorio permitiría, en efecto, el ejercicio de una administración más efectiva, sin necesidad de recurrir a demasiados intermediarios. Por otro lado, el modelo ofrecido por Egipto, un Estado más homogéneo y más similar por ello a Pérgamo, bien pudo haberles marcado las pautas. Al fin y al cabo, la hegemonía política lágida en partes de las costas egeas fue bastante duradera y no es extraño que dejara huellas en otros terrenos, aparte del artístico.

6.6.3. Otras ramas de la economía pergamena

Dado que en el reino de pérgamo existían numerosas ciudades, la diversificación económica estaba más presente en él que en otras monarquías contemporáneas. Así, además de la próspera agricultura, se desarrollaron otras actividades de carácter industrial y comercial que condujeron al florecimiento económico de este reino, en general, y de su dinastía en particular. Ello permitió a estos reyes dar abundantes muestras de su magnificencia, de su «evergetismo», no sólo en las ciudades de su reino, sino en centros fuera de él, pero de carácter panhelénico por su importancia y trascendencia cultural o religiosa.

El control ejercido por los Atálidas sobre la economía de su reino se aprecia bien al considerar que la explotación de los recursos naturales, como la pez, materias primas como madera, planta y cobre, procedentes de las montañas del Ida, las pesquerías, la producción de pergamino, y algunos tejidos de lujo, como los famosos brocados, eran monopolio real.

Era ésta una concepción de la economía similar a la existente en el Egipto de los Ptolomeos y que, en último término, continúa en cierto modo antiguas tradiciones orientales. Igualmente los *ergasteria*, o talleres, tema vidrioso por la escasez de testimonios sobre ellos, estaban bajo control real.

No podemos olvidar, sin embargo, que Asia Menor, donde estaba ubicado el reino de Pérgamo, debió de sufrir las negativas consecuencias inherentes a toda guerra, que, por otra parte, acaecieron con demasiada frecuencia, según hemos tenido ocasión de ver. Lo mismo cabe decir de las incursiones piráticas sobre las costas anatólicas y las islas, las invasiones gálatas, etc. Sin duda, las más perjudicadas desde el punto de vista económico fueron las ciudades y dentro de ellas los estratos sociales intermedios. Pese a todo, se recuperaron, de suerte que la prosperidad volvió a ellas, apreciándose este bienestar incluso en los primeros tiempos del Imperio Romano a pesar de la explotación de que fueron objeto.

6.6.4. Administración

La ciudad de Pérgamo mantuvo una apariencia democrática al conservar sus magistrados. Los cinco de mayor categoría eran los estrategos y, en calidad de tales, aparecían en todos los acontecimientos ciudadanos. En todo caso, su elección y nombramiento no se efectuaba por procedimientos democráticos, sino directamente por el rey. En otras ciudades griegas, situadas dentro del territorio controlado por esta monarquía, como Teos, Focea, Éfeso, etc. el magistrado supremo era el *epistates*, un representante del rey.

6.6.5. La sociedad pergamena

No son muchos los textos que pueden aducirse para trazar un cuadro de la sociedad pergamena, pues para ello contamos solamente con alguna inscripción, y el testimonio del geógrafo Estrabón, muy escueto, y el no menos breve de Diodoro Sículo, alusivos ambos al levantamiento de Aristónico y los seguidores del pretendiente al trono.

Normalmente, las obras historiográficas modernas sobre el mundo helenístico hablan de manera casi exclusiva sobre la sociedad y la economía egipcias, cosa explicable si se tiene en cuenta la documentación sin par ofrecida por los papiros, que la sequedad del desierto nos ha preservado. Sin embargo, la panorámica ofrecida no puede trasladarse sin más al resto de las monarquías helenísticas, pues cada región tenía su propia idiosincrasia.

De todos modos, tampoco en el caso pergameno puede hablarse de una homogeneidad social absoluta, aunque las diferencias respecto al Im-

perio Seléucida del que se desgajó, quedaran mitigadas por la menor extensión del territorio. Sin embargo, la estratificación social hecha para el mundo seléucida puede aplicarse al ámbito pergameno, pero a escala reducida. Los grupos sociales privilegiados serían, en efecto, similares en cuanto a su composición, a los descritos en el Imperio Seléucida, sólo que, en Pérgamo, la importancia del elemento aristocrático indígena prácticamente no existiría, pues, como he dicho en alguna ocasión ya, de las dinastías reinantes en el Próximo Oriente durante el helenismo los Atálidas son los más griegos de todos.

En cuanto a los grupos inferiores de la sociedad, también existen paralelos con los que existían entre los Seléucidas. Pero es necesario señalar que al darse una economía más controlada por los propios soberanos, la importancia de los servidores dependientes (*laoi basilikoi*) de la Corona o de los esclavos del rey era mayor.

La inscripción conocida como Testamento de Átalo III, en realidad un decreto de la ciudad (OGIS 338), nos da a conocer una serie de grupos humanos, habitantes de la capital y su *chora*, como los *paroikoi*, que obtuvieron, ante el peligro de la situación, los derechos de ciudadanía, mientras que otros grupos, representantes de una élite dentro de los esclavos, obtuvieron los derechos de los paroicos. Los pobres, mencionados por Estrabón junto a los esclavos como seguidores de la causa de Aristónico, debían comprender una variedad de gente, desde *laoi basilikoi*, hasta indígenas nunca completamente helenizados, habitantes de las zonas montañosas y más alejadas del influjo de las ciudades griegas. Su anexión al pretendiente al trono demuestra, de entrada, la existencia de descontento entre los estratos sociales inferiores que consideraban su programa como la única posibilidad de mejorar su situación. Eran, pues, estos grupos más explotados caldo de cultivo del descontento social; de entre ellos era de donde salían los rebeldes, sin que esto signifique que fueran los únicos, pues la implicación en el movimiento subversivo de ciudadanos de pleno derecho, de soldados, etc. está fuera de duda.

7.

Las monarquías menores

7.1. Asia Menor

La conquista de Oriente por Alejandro no afectó a una serie de regiones. Así sucedió con el norte de Anatolia, limítrofe con el Mar Negro. En el 334-333, el rey macedonio confió a Antígono el Tuerto la satrapía de la Gran Frigia, entre cuyas competencias estaría completar la sumisión de aquellas partes del Imperio Aqueménida aún no plenamente controladas. Si se cumplieron o no tales deseos, es algo de lo que no tenemos información.

Pueden constatarse, sin embargo, algunos hechos: que Bizancio y su territorio (*chora*) asiático en torno a Calcedón no pertenecieron nunca ni al Imperio de Alejandro ni al de Antígono; que Bitinia no fue sometida nunca y que un dinasta autóctono, tracio, Zipoites, gobernaba allí con título real a partir del 298-297; lo mismo puede decirse respecto a Paflagonia, cuyos dinastas actuaban de manera totalmente autónoma; que Capadocia, aún bajo autoridad aqueménida, conformaba una región casi independiente, oponiéndose finalmente a los intentos de conquista de Eumenes de Cardia y Antígono bajo su gobernante iranio Ariarates; en 255 Ariarates III adoptó titulación real, emparentando con los Seléucidas; que los macedonios no llegaron a alcanzar nunca la satrapía de la Capadocia póntica, llamada después simplemente Ponto, gobernada por el iranio Mitrídates, rey desde el 281 como muy tarde, el cual también contrajo lazos de parentesco con los Seléucidas para lograr el reconocimiento de su independencia; que Alejandro no conquistó nunca Armenia, región que a comienzos del siglo III era ya un reino, reivindicado por los Seléucidas pero nunca aceptado por los armenios.

Todos estos estados eran reinos orientales, no sólo porque estaban gobernados por reyes de estirpe irania, sino porque el conjunto de sus características sociales y económicas eran de carácter oriental. Volveremos sobre ello con más detalle al ocuparnos de la sociedad y la economía de las monarquías helenísticas.

No obstante, puede verse también aquí la existencia de una helenización limitada en la cultura de los estratos superiores, consecuencia de los contactos, aunque fueran la mayoría de las veces de tipo bélico, con las regiones limítrofes seléucidas y atálidas. Contactos pacíficos, sin embargo, y más fuertes eran los mantenidos con las ciudades griegas situadas en torno al Mar Negro, especialmente con aquellas enclavadas en su propio territorio que se desarrolla, sobre todo, bajo forma de intercambios comerciales. Así, podemos citar, por ejemplo, Cíos en Bitinia, Heraclea y Sínope en Paflagonia, Trapezunte en el Ponto.

En Capadocia y Armenia, que no tenían salidas al mar, la administración estatal se efectuaba según modelos helenísticos, con la consiguiente introducción del griego como lengua administrativa.

Las ciudades griegas de la costa septentrional de Anatolia, que habían sido súbditas de los Aqueménidas, aprovecharon su caída para renovar y fortalecer su autonomía, si bien no desarrollaron sistemas democráticos, sino, más bien, de tipo tiránico. Sin embargo, dichas ciudades, en el transcurso de los siglos III y II, fueron apropiadas por Paflagonia y el Ponto. Sínope, por ejemplo, pasó a ser, en 181, capital del reino por disposición del rey Farnances I.

Ilustrativo de la fuerte conciencia nacional de estos estados es comprobar cómo, pese a los constantes enfrentamientos entre ellos y Seléucidas o Atálidas, nunca fueron conquistados por éstos. Existieron como estados independientes hasta que, al igual que los grandes estados gobernados por macedonios, fueron absorbidos por Roma.

El Ponto y Armenia opusieron resistencia no sólo a la invasión romana sino que ambos, a su vez, atacaron a sus vecinos. Mitrídates VI, que, en el 111 se hizo cargo del gobierno del Ponto, aprovechó la petición de ayuda contra tribus escitas, hecha por las colonias griegas del Quersoneso táurico, para apropiarse de esa región. Ocupó, igualmente, los asentamientos más importantes del litoral oriental del Mar Negro, de modo que su imperio se extendía desde el oeste de Sínope, por la costa anatólica del Mar Negro hasta la Cólquide, entre el Cáucaso y el mar, el Bósforo cimerio hasta quizá Olbia. La pretensión del Mitrídates VI de continuar su expansión hacia el oeste de Anatolia provocaría las tres guerras mitridáticas con Roma. Tras Sila (88-84) y Lúculo (73-67), pudo por fin Pompeyo vencer al rey póntico e incorporar a Roma este reino.

Armenia fue durante un breve espacio de tiempo, en el reinado de Antíoco III, parte del Imperio Seléucida. Este monarca había encargado a un

general de procedencia irania, Artajerjes (o Artaxias en las fuentes griegas), la conquista del país. Pero este sátrapa, una vez conocida la derrota de Antíoco en Magnesia, se proclamó rey, prohibiendo hablar griego.

Después de este episodio, Armenia conoció otra etapa de dependencia seléucida bajo Antíoco IV, cayendo en 97 bajo influencia parta. Tigranes fue entronizado en el 95 como rey cliente de los partos, no obstante lo cual, desarrolló una política de conquistas independiente a costa de Capadocia y Media. En el 83, según se ha visto ya, fue llamado por los habitantes de Antioquía, quienes le ofrecieron el trono de los Seléucidas como sistema de poner fin a las constantes luchas dinásticas, características de los últimos represetantes de la dinastía. No sabemos exactamente si Tigranes se proclamó, en efecto, rey de lo que quedaba del Imperio seléucida o, por el contrario, lo unió a su reino armenio. Pero, en el 66, Pompeyo entró con sus tropas en Armenia. Capadocia y Siria se convirtieron en provincias romanas. El núcleo del territorio armenio, entre el lago de Van y el Sevan continuó siendo durante siglos un estado tapón entre Roma y los partos.

7.2. Los reinos del lejano oriente: Partia y Bactriana

7.2.1. Los partos y la formación de su imperio

En la primera mitad del siglo III la antigua satrapía aqueménida de Partia, que comprendía la región sudoriental del mar Caspio, era *de iure* seléucida, pero *de facto* prácticamente independiente. Ya hemos aludido a los movimientos secesionistas surgidos tempranamente en las regiones orientales del Imperio Seléucida, debido a la forzosa occidentalización de éste. En Partia se consumó este proceso de secesión a medidados del siglo III, en el 245, bajo la égida de Andrágoras, el cual, poco tiempo después, moriría al intentar rechazar la invasión de tribus nómadas escitas, los parnos, comandados por Arsaces. Éstos, pues, conquistaron Partia e Hircania, tomando su jefe Arsaces la titulación real. El quinto arsácida, Mitrídates I, hacia el 150 y tras conquistar Media y Pérside, adoptó el título de Gran Rey que recuerda la nomenclatura típica de los Aqueménidas.

Hacia el 140, los partos avanzaron hacia Babilonia y Dura Europos, pero fueron rechazados por Antíoco VII, si bien Babilonia, algo después, fue incendiada y destruida casi por completo, debiendo trasladarse parte de su población, de manera forzosa, hacia Media. Sólo en 129 lograron los partos arrebatar a los Seléucidas Babilonia. Posteriormente, con ocasión de un enfrentamiento con Tigranes de Armenia, se produjo, hacia el 95, el primer encuentro de los partos con la potencia romana. La rivalidad entre los dos estados habría de marcar decisivamente la evolución del Próximo Oriente en los siglos venideros.

Aunque el estado parto se conformó a partir de un ataque nómada, en

poco tiempo adquirió la estructura propia de los estados orientales, de manera que el grupo dirigente de esos nómadas gobernaba sobre los iranios autóctonos.

7.2.2. Formación del reino de Bactriana

Las dos satrapías superiores de Bactriana y Sogdiana fueron anexionadas al imperio de Alejandro tras su conquista por el rey, quien dejó allí mercenarios griegos y veteranos macedonios, asentados en algunos villorrios ya existentes o en ciudades recién fundadas. Ya vimos cómo posteriormente formaron parte de los territorios asignados a Seleuco, aunque muy pronto fueron atribuidas por éste, dada la enorme amplitud geográfica de su Imperio, a la esfera de gobierno de su hijo y corregente Antíoco I, de ascendencia bactriana por línea materna.

Al igual que hemos dicho en relación con Partia, en estas zonas tan alejadas del centro de interés político de los Seléucidas se dejaron sentir muy pronto las tentaciones secesionistas provocadas por las circunstancias históricas del momento y por el empuje de una tradición cultural propia. Las motivaciones han sido expuestas al hablar de los Seléucidas (cf. *supra*).

Ya en el 240, el sátrapa Diodoto se proclama independiente, erigiéndose en rey. Pero, según puede deducirse de los testimonios monetarios, hubo en Bactriana un proceso de gestación de dicha situación que duró unos siete u ocho años. Las monedas revelan cómo, al comienzo, se dio una mutación de la simbología religiosa, para sustituir después la efigie de Antíoco por la de Diodoto, manteniéndose, sin embargo, el nombre del rey seléucida, para finalmente cambiar también éste por el del sátrapa y nuevo rey.

La dinastía fundada por Diodoto encontró un sucesor en la persona de su hijo, Diodoto II, que sería, no obstante, desplazado muy pronto por un usurpador, Eutidemo, al oponerse éste a la política del rey de aliarse con los partos para hacer frente a los Seléucidas. La fecha del cambio es incierta, pero posterior en todo caso al 227, tras la marcha de Seleuco II.

Durante la expedición irania, o Anábasis, de Antíoco III, se produjo, según se ha visto ya, el reconocimiento oficial por el monarca seléucida de la situación bactriana con su consolidada independencia. Tras dos años sitiando la capital, Bactra, Antíoco, optó por dejar a Eutidemo su título de rey, entablando con él una relación amistosa mediante la concertación del matrimonio entre Demetrio, hijo de Eutidemo, y una hija de Antíoco. Bactriana quedaba, así, como reino vasallo, pero reino al fin.

Eutidemo llevó a cabo una política expansionista de su territorio, ampliándolo por las anteriores satrapías de Aria, Paropamisade y Aracosia hasta el valle inferior del Indo. Por el este llegó hasta el Punjab.

En la segunda mitad del siglo II los partos conquistaron todas estas zo-

nas, mientras la Bactriana primitiva era invadida por tribus tocarias, procedentes de más allá de Pamir, presionadas, a su vez, por otros pueblos de las estepas asiáticas, como los hunos. Estos movimientos fueron los causantes del hundimiento de los reinos griegos. Sólo en el Punjab se mantuvo, durante cierto tiempo, un estado grecoindio, gobernado por Menandro, cuyas señas de identidad más sobresalientes fueron sus productos artísticos, fuertemente influenciados por los modelos griegos. Menandro dirigió una serie de campañas en el valle del Ganges, aliado con algunos príncipes indios, llegando a apoderarse de la antigua capital Maurya, Pataliputra. Alcanzó, de todos modos, objetivos que ni siquiera Alejandro logró.

Después de la muerte de Menandro, acaecida en el transcurso de una de sus campañas, se produjo una desmembración del territorio, dando lugar a la formación de varios reinos grecoindios, gobernado cada uno de ellos por su propia dinastía.

Sobre los elementos constitutivos del estado y la sociedad bactriana, no tenemos información. Las excavaciones arqueológicas de Ai Khanum, en el norte de Afganistán, han sacado a la luz los fundamentos de un antiguo asentamiento oriental, sobre los que se había levantado una ciudad de época helenística con elementos arquitectónicos e inscripciones griegos. La construcción de la ciudad, fortificada por su misma ubicación entre dos ríos, una muralla y un foso, obedecía, pues, en primer lugar, a unos objetivos defensivos frente a los siempre inquietos escitas. Por lo demás, estaba dotada de construcciones características de toda ciudad griega. La aludida invasión de los tocarios, hacia el 130, provocó su destrucción.

Las monedas halladas en Ai Khanum son de épocas y estilos diferentes, pues mientras las del siglo III son griegas, las del siglo II presentan influencias indias sobre todo del Punjab.

Por lo demás, los resultados de estas excavaciones son testimonio de la situación general de las fundaciones grecomacedonias en Oriente. Un estrato social dominante determina la vida política y cultural, mientras el resto de la población, de procedencia irania, permanece intocada, no sólo en los aspectos económicos sino también en los religiosos, artísticos, etc. La influencia del pensamiento oriental comienza a tener preponderancia antes, incluso, de que los griegos fueran expulsados. De todos modos, hay que poner de manifiesto que de esta región, Bactriana, aislada del resto del mundo griego, irradiaron fuertes influencias e impulsos que alcanzaron el ámbito índico del Ganges.

7.2.3. Contactos con la dinastía Maurya

En su momento hablamos de los contactos mantenidos por Seleuco I con el rey Chandragupta. Las relaciones entre ambas dinastías, esto es,

entre la India y los estados orientales helenísticos, sobre todo los Seléucidas, se vieron intensificados especialmente bajo el reinado de su nieto Asoka (273-232). Tales relaciones no quedaron en modo alguno circunscritas a intercambios de carácter comercial, sino que comprendían otras actividades diplomáticas y culturales.

Una inscripción bilingüe, escrita en griego y arameo, del rey Asoka, procedente de la zona oriental de Aracosia, atestigua la tolerancia y el reconocimiento de las lenguas habladas en los territorios conquistados, hecho, por lo demás, necesario, dado el floreciente comercio existente entonces entre la India y Europa.

Las construcciones de la dinastía de Asoka (Maurya), básicamente de estilo mezclado indoiranio, tienen también elementos griegos, especialmente detectables en las columnas, en las representaciones de hombres y dioses y en la planificación de las ciudades.

La influencia cultural griega, tras la caída y desmembramiento del imperio Maurya, quedó, por una parte, limitada geográficamente, pero, por otra, se intensificó en los ámbitos grecoindios o en los estados bactroindios.

La destrucción del reino bactriano por los tocarios dio lugar al nacimiento de un arte grecoindio en la zona del Gándara, cuyo punto culminante se alcanzará posteriormente con los kushana, que lograron unificar el Irán oriental y la India occidental.

8.

Egipto Helenístico. La dinastía Lágida

Sobre la historia política de Egipto, se han dicho ya muchas cosas en las páginas anteriores al hablar de los eventos históricos protagonizados por miembros de otras dinastías reinantes en los estados helenísticos de Oriente y relacionados con intereses compartidos con Egipto.

La identificación habitual entre Egipto e Imperio ptolemaico no es del todo correcta, pues ya el fundador de la dinastía, Ptolomeo I, amplió su ámbito territorial no sólo hacia las zonas vecinas como Siria meridional o Chipre, sino también hacia Asia Menor, procurándose en ella puntos de apoyo. Sus sucesores continuaron esta política. Veamos ahora el proceso conducente a tales anexiones.

8.1. Los primeros Lágidas: su política expansionista y sus motivaciones

Como hemos visto, Ptolomeo Lago dejó un imperio bastante extendido fuera de las fronteras naturales de Egipto. El mantenimiento bajo hegemonía egipcia de la Siria meridional habría de ser la manzana de la discordia con los Seléucidas, con quienes se enfrentaría en una serie de conflictos, ya analizados, conocidos como guerras sirias. Por otro lado, su tendencia a la expansión marítima le llevaría a apoderarse de Chipre, arrebatada a Demetrio en 295, así como algunas islas del Egeo. De esta suerte la Confederación de los Nesiotas, propugnada por Antígono, pasó entre 291-287 a estar bajo protectorado egipcio, cambio favorablemente acogido por los

insulares, cansados de las exigencias fiscales de Demetrio. Todo ello confirió a Egipto la hegemonía en el mar.

De las actividades de Ptolomeo I en los años posteriores a estos actos, no sabemos nada. En el 285, abdicó en favor de su hijo Ptolomeo II Filadelfo, muriendo dos años después.

Este monarca siguió básicamente las directrices políticas diseñadas por su padre. Así, además de las guerras sirias con Antíoco I, se dedicó a aumentar la influencia egipcia en el área minorasiática, aprovechando la ocasión favorable ofrecida por la muerte de Seleuco y su sustitución por su hijo Antíoco I, ocupado hasta entonces de manera exclusiva en las regiones orientales del Imperio. Concertó así, en 279-278, una alianza con Mileto, a la par que guarniciones egipcias eran instaladas en Samos y en ciudades como Halicarnaso, Mindos, Caunos, así como, probablemente, otras en Licia, Panfilia y Cilicia oriental.

En los años siguientes, tras la paz con Antíoco I, firmada en 279, Ptolomeo II debió centrar su atención en la resolución del problema de Cirene, donde Magas, medio hermano del rey, se había erigido en monarca independiente, aprovechando que su hermanastro se hallaba ocupado con los asuntos mencionados. Magas, yerno del seléucida Antíoco I por su matrimonio con Apame, pretendía, al parecer, apoderarse del propio Egipto, contando con el respaldo de su suegro. Pero una sublevación de los nómadas le impidió efectuar la expedición. No obstante, Magas conservó el trono de Cirene, con lo que la situación hasta el 250 continuó como antes.

En cuanto a las motivaciones que condujeron a asumir este expansionismo, problema clave de la historia de Egipto, podemos decir que fueron de varias clases.

8.1.1. Consideraciones estratégicas

El objetivo primario del fundador de la dinastía y de sus sucesores fue mantener a toda costa la integridad y seguridad de Egipto. Ello, por las características propias del país del Nilo, había de hacerse fundamentalmente por mar, razón por la cual resultaba imprescindible contar con una poderosa flota, inexistente en Egipto, dada la ausencia de una tradición marítima en la época faraónica.

Por otro lado, la construcción de una flota requería unas materias primas de las que también Egipto carecía, pero que sí existían en los territorios de su entorno, tales como la costa siria, Chipre y Asia Menor meridional.

Desde el punto de vista estratégico, la defensa de Egipto pasaba por la creación de un glacis defensivo en la franja siriopalestina que le separara del resto de Asia y con ello de toda amenaza terrestre de allí procedente. Pero, a su vez, esta medida había de completarse, para que fuera eficaz,

con un ejército, que dadas las costumbres de la época, debía estar compuesto por mercenarios, a los que se les pagaba en moneda de plata, metal inexistente en Egipto. Era necesario, por tanto, buscar sistemas abastecedores de este metal. Serían éstos el comercio, es decir, la exportación de productos agrícolas e industriales egipcios, y la extensión de la dominación egipcia a otros territorios, cuyo tributo debería ser pagado en plata.

Además, este expansionismo políticamente justificado conduciría a acciones de sesgo similar, pero de motivaciones diferentes, manifestadas sobre todo a fines del siglo III.

E. Will sistematiza la cuestión, proponiendo dos tipos de consideraciones como base de la dominación lágida fuera de Egipto:

1.° La ocupación de Celesiria y Chipre respondía a la preocupación defensiva del Delta y del valle del Nilo en general, frente a toda potencia extranjera del Próximo Oriente.

2.° Necesidad de dominio del Egeo, cuya primera intentona se llevó a cabo en la época de la lucha contra el Imperio asiático de los Antigónidas. Posteriormente, se realizaría con un objetivo preciso, confinar a Demetrio Poliorcetes en Europa, para impedir toda renovación de la expansión marítima antigónida. Las posesiones litorales anatolias contribuyeron a garantizar la seguridad de Chipre y la de las comunicaciones con el Egeo. No existía, pues, ninguna preocupación por Grecia, centrándose toda la atención de los gobernadores lágidas en Oriente, donde subsistían las pretensiones seléucidas sobre Celesiria.

Que no todo eran intereses estratégicos está demostrado por la solidez de la alianza con Rodas, tras la que se esconden objetivos de tipo económico. Igualmente, la ulterior expansión egipcia hacia Tracia y la zona de los Estrechos, realizada a partir de posiciones adquiridas desde el reinado de Ptolomeo I, ha de justificarse mediante explicaciones distintas de las estratégicas.

8.1.2. Consideraciones económicas

El Egipto ptolemaico suele presentarse como el primer ejemplo histórico de un verdadero mercantilismo de Estado. Sus comienzos han de retrotraerse a la política del fundador de la dinastía, por más que la documentación proceda del reinado de su sucesor Ptolomeo II Filadelfo.

Ya hemos indicado anteriormente cómo el expansionismo egipcio responde a las necesidades de dinero acuñado, es decir, plata, sentidas por los monarcas para poder sostener no sólo los inmensos gastos inherentes al fasto de la Corte, sino al pago de los mercenarios componentes de los ejércitos reales.

Sin embargo, las aportaciones proporcionadas por los territorios sometidos no eran suficientes para atender a la totalidad de gastos que los monarcas debían afrontar. Por ello, se vieron obligados a recurrir a otras vías, en concreto, al comercio. Base de esta política comercial del Estado eran los recursos cerealísticos que el Nilo prodigaba con generosidad a Egipto y de los que el mundo griego era tradicionalmente deficitario. Las posibilidades de enriquecimiento ofrecidas por el comercio podían ser apreciadas fácilmente por los monarcas, tan sólo con observar el ejemplo de Naucratis.

De todos modos, surge inmediatamente la cuestión de en qué medida la política expansionista egipcia tenía como objetivo asegurarse el mercado para sus productos, a cambio de los cuales recibiría la moneda necesaria. Es evidente que los territorios bajo soberanía lágida se abastecerían de grano egipcio, siempre y cuando no lo produjeran ellos mismos, pues zonas como Tracia y ciertos lugares minorasiáticos eran, incluso, excedentarios de cereales. De todos modos, la dependencia política no conllevaba necesariamente una dependencia o clientela comercial.

Así pues, parece necesario buscar explicaciones alternativas al expansionismo ptolemaico. En este sentido, es más congruente pensar que la pretendida hegemonía egipcia sobre las islas egeas, y enclaves situados a lo largo del litoral anatólico egeo, basada en una flota poderosa, tenía como objetivo garantizar la libre circulación de productos en el Mediterráneo oriental, sólo posible en una situación de paz bien asegurada.

Es así como se explica también la amistad con Rodas, cuyo florecimiento económico y cultural se fundamentaba en su papel de intermediario comercial. Al producirse un retroceso de la presencia egipcia en el Egeo, debido a los avatares históricos de los que hemos ido hablando en páginas anteriores, sería este estado rodio el llamado a suceder a Egipto en su papel de policía del mar. Ello, sin embargo, no tuvo repercusiones negativas en cuanto al volumen de mercancías egipcias comercializadas, ni, por tanto, en sus ingresos. Como veremos más adelante al hablar de la economía egipcia, de entre los productos procedentes del país del Nilo, objeto del intercambio comercial, el más importante era el trigo, pero no se limitaba el comercio a él, sino que había productos variados, unos materias primas, otros artículos manufacturados.

El abastecimiento de productos de lujo, procedentes de regiones lejanas, destinados tanto al consumo interior como a la exportación una vez manufacturados, fue otra de las consideraciones que debemos tener en cuenta al examinar la política exterior de Egipto. Así se justifica la serie de fundaciones realizadas a lo largo de ambas orillas del Mar Rojo y las relaciones establecidas con pueblos que, como los nabateos, hacían de intermediarios en la comercialización de esos productos.

Podemos concluir, por tanto, diciendo que a lo largo del siglo III, como

en cualquier época de la historia, existe una relación evidente entre los hechos de tipo político y estratégico, y los económicos. La política de los Ptolomeos, dirigida a imponer su hegemonía en el Mediterráneo oriental como medio de garantizar la integridad de Egipto, conllevaba enormes gastos militares y, en menor escala, diplomáticos, que sólo por vía comercial podían ser satisfechos. Así, el mercantilismo ptolemaico estuvo al servicio de la política mediterráneo de Egipto, perdurando mucho más tiempo del que resistió la hegemonía de los Lágidas en el Mediterráneo.

8.2. Actividades exteriores de Ptolomeo II Filadelfo

De las intervenciones exteriores durante los años de gobierno de los primeros Ptolomeos, hemos hablado ya. Dos fueron los frentes de su actuación: uno en Grecia; otro en Asia Menor. El primero tenía como objetivo detener a Antígono Gónatas y sus pretensiones de reconstruir el poderío naval macedonio, otrora detentado por su padre Demetrio Poliorcetes, con la consiguiente imposición de su autoridad en las islas y litoral anatolio. Egipto, para distraer la atención del rey macedonio hacia Grecia, apoyó una coalición de sus enemigos que desembocaría en la guerra cremonídica (cf. el capítulo dedicado a Macedonia y Grecia), cuyos resultados, sin embargo, reforzarían la posición de Antígono Gónatas.

En el segundo frente de los mencionados, Asia Menor, los enemigos de Egipto eran los Seléucidas. Como se ha hablado de ello en la parte consagrada a la exposición del Imperio Seléucida, enunciaremos tan sólo los puntos importantes. Aprovechando el cambio de rey entre los Seléucidas, tras la muerte de Antíoco I en 261, Filadelfo se apoderó de la franja litoral anatólica, correspondiente a Jonia y Caria, desde Éfeso hasta Halicarnaso. Fue precisamente en la primera de estas ciudades, puesta bajo el gobierno de Ptolomeo, hijo y heredero de Filadelfo, donde se produjo una sublevación contra el soberano egipcio, protagonizada por su propio hijo y que debió acabar con su muerte, pues no hay sobre él ninguna noticia posterior al 259. De todas formas, el momento elegido era favorable, pues Filadelfo debió hacer frente a la reacción de Antíoco II que le disputó los territorios conquistados poco antes, volviendo a soberanía seléucida Jonia y enclaves costeros de Cilicia y Panfilia.

También a mediados de este siglo III desapareció el *koinón* de los nesiotas, sobre el que descansaban, según vimos, la autoridad egipcia en aquellas aguas, resultando de ello una merma en el papel desempañado por Egipto. Rodas le sucedería.

La segunda guerra siria finalizó en 253, lo que daría lugar al establecimiento de un tratado entre ambas potencias del que ya hemos dado cumplida cuenta.

Antes de morir pudo Filadelfo dejar solventada la cuestión de Cirene, al

producirse una reconciliación con el rey Magas. Ésta quedó sellada mediante una alianza matrimonial, concertada entre su hijo Ptolomeo III y Berenice, hija de Magas. Poco después, en 246, moriría el monarca egipcio.

8.3. El reinado de Ptolomeo III Evérgetes (246-221)

8.3.1. Política exterior: la tercera guerra siria

Los inicios del reinado de este monarca conocieron la continuación de los conflictos con los Seleúcidas en la tercera guerra siria (246-241), consecuencia del problema sucesorio suscitado tras la muerte de Antíoco II, al reclamar Berenice, hermana de Ptolomeo III, la ayuda de éste que le posibilitara colocar en el trono a su hijo, en vez del sucesor designado por el monarca fallecido. Como ya hemos señalado sus hitos más sobresalientes, remitimos al lector al capítulo correspondiente (cf. El Imperio Seléucida). Esta guerra, en cuyos comienzos el monarca consiguió éxitos espectaculares en una expedición que recordaba las gestas de los faraones del Imperio Nuevo, conllevó para Egipto, además del botín conseguido en Asia, algunos beneficios territoriales. Así, por ejemplo, la hegemonía lágida se asentó sobre el puerto de Antioquía, la capital seléucida, Seleucia de Pieria y otros enclaves en la costa de Jonia, Panfilia y Cilicia, además de comenzar una penetración egipcia en Tracia y el Helesponto.

8.3.2. Política interior

Uno de los rasgos más notables de este reinado fue la preocupación del monarca por consolidar el elemento griego de la población, sostén de la dinastía reinante, frente a la masa de población indígena, que dio entonces los primeros síntomas de su despertar político, con la intranquilidad consiguiente.

Para alcanzar este objetivo, asistimos a una multiplicación de colonos establecidos en el Fayum, veteranos de las campañas asiáticas, además de prisioneros capturados de entre los soldados seléucidas.

Paralelamente, y en este contexto de captación de los indígenas, se desarrolla el culto real, cada vez más enraizado en la tradición faraónica, a la par que siguen manteniéndose estrechas relaciones con la siempre poderosa e influyente clase sacerdotal.

8.4. Ptolomeo IV Filopátor (221-204) y los comienzos de la decadencia egipcia

Este monarca, intelectual más que político, dejó las tareas de gobierno en manos de dos de sus consejeros, Agatocles y Sosibio, auténticos direc-

tores de la política egipcia a lo largo de este reinado. Junto a ello, hay que señalar que, por desgracia para Egipto, la escena política estaba dominada por una de las grandes personalidades del Helenismo, Antíoco III.

8.4.1. La cuarta guerra siria: Rafia y sus consecuencias

La debilidad de este monarca decidió a Antíoco III, como en su momento expusimos (cf. El Imperio Seléucida), a arrebatar a los Lágidas, en 219, Seleucia de Pieria, para, acto seguido, lanzarse a una campaña rápida hacia el sur, con miras a recuperar Celesiria.

La fulminante decisión del monarca seléucida tomó a los gobernantes egipcios totalmente por sorpresa y sin preparativo alguno para la guerra, toda vez que el mercenario etolio Teodoto, encargado de la defensa de Celesiria, traicionó a sus patronos. Pese a estas adversas circunstancias, Sosibio actuó con gran energía logrando reunir un numeroso ejército, debiendo para ello recurrir a un sistema nunca utilizado hasta entonces: el reclutamiento de indígenas.

Las razones justificativas de tal medida parecen ser de carácter financiero, es decir, la falta de dinero acuñado con el que poder afrontar el pago de mercenarios. Signos de estas dificultades, consistentes en la falta de la plata necesaria para acuñaciones monetarias, se detectan ya durante el reinado anterior, dándose entonces la primera devaluación de la época helenística. Las motivaciones aducidas para explicar tal medida son varias: que el rey obtuviera menos tributos que antes —relacionado con la menor implantación de Egipto en el ámbito Egeo—; que por la misma razón se hubiera contraído el volumen de intercambios o que la incipiente agitación interna hubiera repercutido en un descenso de la producción y con ello de las exportaciones.

En todo caso, el enfrentamiento entre ambos ejércitos tuvo un desenlace favorable a los egipcios en la batalla de Rafia (217). Este encuentro tuvo una enorme repercusión en la historia interna de Egipto, pues supuso para los indígenas una toma de conciencia de su papel político. La participación en las tareas bélicas llevó aparejado el deseo de tomar parte también en las decisiones políticas. Este *desideratum* será, por tanto, piedra de toque para la serie de agitaciones populares que comienzan a surgir en el interior del país del Nilo.

8.4.2. Sublevaciones de la población indígena

La masa de población indígena, mayoritariamente compuesta por campesinos, debía soportar no sólo una enorme presión fiscal, sino que estaba sometida a toda clase de arbitrariedades, cometidas por los recaudadores de impuestos. Sus protestas ante esta realidad se mezclaban, además, con

sentimientos nacionalistas que reivindicaban lo autóctono frente al elemento griego dominante desde la misma cúpula del Estado. Es seguro que el sacerdocio egipcio alentaba estas revueltas de los egipcios. Ptolomeo III Evérgetes, percibiendo este hecho y atisbando, quizá, las desastrosas consecuencias que podía producir, había iniciado el ya aludido acercamiento a esta casta sacerdotal egipcia, a la par que propugnaba la acomodación de la titulatura real lágida a la tradicional de los faraones, incluidas las formas exteriores habituales en el período faraónico. Comenzaba así la egiptización de la monarquía lágida.

Por su parte, los indígenas apoyaron sus reivindicaciones con medidas de fuerzá, como la formación de una guerrilla de carácter rural, que dió lugar, en definitiva, a una escisión del reino, mantenida a lo largo de dos décadas entre el Bajo y el Alto Egipto. Esta parte, la Tebaida, conoció dos faraones de origen nubio, Harmakhis y Ankhmakhis.

Para acabar con la secesión, los gobernantes se vieron obligados a hacer concesiones. Evidentemente, el perjuicio ya no político, sino fundamentalmente económico, de la secesión del Alto Egipto —interrupción del comercio con Nubia y el canalizado a través de él, la imposibilidad de explotación del inmenso patrimonio real en aquellas zonas, etc.— era un lujo que no podía tolerarse. Así, y según muestra la estela de Pithom, las forzadas concesiones iban dirigidas sobre todo a los sacerdotes y eran de tipo territorial y fiscal, acompañadas de medidas de amnistía para los sublevados. Esta solución en el fondo no era tal, sino tan sólo un remedio parcial, un sistema para acallar momentáneamente a los insurrectos, pero las causas que dieron lugar a estas drásticas y violentas protestas permanecieron sin cambios.

8.4.3. Fin del reinado de Ptolomeo IV Filopátor

Las graves dificultades internas que enturbiaron el reinado de este monarca no podían dejar de tener repercusión en el exterior, habida cuenta, sobre todo, de las dificultades financieras existentes entonces en el país. Por esta razón se dedicaron a salvar sólo aquello que del exterior se consideraba vital para Egipto, es decir, las posesiones sirias.

8.5. Ptolomeo V Epífanes

En el momento de fallecer su padre, era un niño de seis años de edad, por lo que el gobierno, asesinada su madre Arsínoe, recayó en el anterior consejero de su padre, Agatocles, al haber muerto también Sosibio.

Esta debilidad de la monarquía pretendió ser aprovechada por los dos reyes que entonces dominaban la panorámica política, Antíoco III y Filipo V de Macedonia. Ambos, como ya vimos, hicieron un pacto secreto, enca-

minado a repartirse el Imperio lágida. Pese a las dudas mantenidas por algunos investigadores actuales sobre tal convenio, Polibio afirma con rotundidad su existencia. En todo caso, que había un acuerdo de colaboración entre ambos monarcas es claro a juzgar por el desarrollo de los acontecimientos posteriores.

8.5.1. La quinta guerra siria (202-200). Fin del imperio ptolemaico en el Egeo

La aureola de popularidad conseguida por Antíoco III con su anábasis a los confines orientales del Imperio, le impulsó también ciertamente a desquitarse respecto a lo ocurrido en Celesiria. Lo hizo, en efecto, mediante una campaña rápida en la cual, pese a la resistencia ofrecida por el etolio Escopas, encargado de la defensa del territorio, se alzó con el objetivo propuesto al salir victorioso de la batalla de Panion (200). La Celesiria, así, cayó, por fin, en manos seléucidas.

Antíoco III hubiera podido penetrar con facilidad en el propio Egipto, pero el desarrollo de la política internacional, sobre todo la segunda guerra macedónica, le disuadieron de hacerlo. En todo caso, las posesiones exteriores egipcias, atacadas primero por Filipo V y más tarde por Antíoco, dejarían de existir. En el momento de la negociación entre ambos monarcas (195), donde se estipuló el matrimonio entre Cleopatra, hija del monarca seléucida, y Ptolomeo V, no quedaba a Egipto de su antiguo imperio más que Chipre y la Cirenaica.

8.5.2. Situación interna de Egipto. Fin de la secesión del Alto Egipto

La posterior derrota de Antíoco ante Roma y el subsiguiente tratado de Apamea (188) no conllevó ningún beneficio para Egipto, cuyos intereses no fueron en absoluto tenidos en cuenta.

En el interior, durante este reinado, se produjo una cierta recuperación, al abandonar las costosas empresas exteriores y apagarse los focos de rebelión interna. Más adelante, en 186, finalizaría también la secesión del Alto Egipto, que, una vez más, habría de lograrse mediante concesiones fiscales y de otro tipo que disminuirían los ingresos de los reyes. Reflejo de ello y a título de ejemplo, pueden leerse las concesiones estatuidas en el decreto contenido en la famosa piedra de Roseta del año 196 (OGIS 90).

La posterior muerte del rey, acaecida en 181, cortó todo intento de recuperación lágida en el exterior.

8.5.3. Decadencia y disgregación del Egipto ptolemaico

Hemos visto cómo en el transcurso de pocos años la situación interior y exterior de Egipto conoce una marcada degradación, potenciada por la

debilidad de los últimos monarcas, que contrastaba con la fortaleza y energía de otros reyes contemporáneos, y la intervención romana en los asuntos del Mediterráneo oriental. Pues bien, este proceso se acentuará en los reinados siguientes, a lo largo de los cuales la conflictividad interna de la monarquía alcanzará límites insospechados, causados por la frecuente juventud, cuando no niñez, de los reyes, intrigas cortesanas de las reinas regentes para retener el poder, de tutores con el mismo motivo, etc.

Todo ello se desarrolla en el marco de una grave crisis que afecta a todos los ámbitos del poder, con una incidencia muy negativa tanto en el respeto hacia la autoridad real, como en las finanzas estatales, las cuales, debido a la frecuencia de las concesiones a funcionarios, sacerdotes, y otros miembros de la administración, decrecen a ritmo galopante. Esta retracción de la economía se aprecia ya desde fines del mismo siglo III en la desaparición de la moneda de plata, sustituida por la de bronce, para ir mermándose progresivamente el ámbito de su circulación, hasta llegar casi a desaparecer. Pese a todo, Egipto tardaría en ser anexionado por Roma, hecho debido probablemente, entre otras causas, a la docilidad y colaboración de los últimos lágidas con los representantes del poder romano.

8.5.4. Ptolomeo VI Filométor y las incidencias de su gobierno

Fue este rey uno de los que accedieron al trono en plena niñez, si bien bajo la tutela de su madre Cleopatra, hija de Antíoco III. Mientras ella vivió, las relaciones con el Imperio seléucida fueron buenas, pero, tras su desaparición en 175, los nuevos tutores del rey, Euleo y Leneo, dos eunucos, se lanzaron a una guerra contra Antíoco IV para intentar la recuperación de Celesiria. A la par, era declarado Ptolomeo VI mayor de edad, asociándosele a su trono a dos hermanos, Ptolomeo Fiscón y Cleopatra II.

8.5.5 Sexta guerra siria

Como ya vimos, la derrota egipcia por las tropas de Antíoco IV fue fulminante, avanzando así la seléucida hacia el Delta del Nilo. Una ulterior entrevista con Ptolomeo VI tuvo como resultado el establecimiento de una especie de protectorado seléucida, encubierto más o menos, sobre Egipto. Pero esta regulación de la situación no fue aceptada por todos, pues una revuelta en Alejandría propició el nombramiento como rey de Ptolomeo VIII, hermano del anterior. El fracaso de Antíoco en tomar la ciudad y otros conflictos —así, el judío— aconsejaron su retirada momentánea, a fines del 169. Sin embargo, como ya señalamos en otro capítulo (cf. El Imperio seléucida), regresó al año siguiente, llegando hasta Menfis, pero antes de lanzarse contra Alejandría, tuvo lugar la entrevista con C. Popilio Laenas,

tras la cual, cediendo a las presiones romanas, abandonó Egipto y Chipre, anteriormente capturada.

8.6. Disensiones en el seno de la familia real lágida

Las diferencias entre los hermanos se enmarcan dentro de la situación de crisis generalizada, cuyas características ya han sido mencionadas. Estas disensiones estaban alimentadas, a su vez, por las ambiciones de unos y otros, lo que evidenciaba un estado en fase de descompsoción. Es necesario tener en cuenta aquí el papel disgregador de Roma, dispuesta a impedir cualquier atisbo de recomposición de los reinos helenísticos.

En el momento que ahora analizamos, el único acuerdo posible fue el reparto del reino entre los dos hermanos, correspondiendo a Filométor Egipto y Chipre, mientras su hermano Fiscón se quedaría con la Cirenaica. De las actuaciones ulteriores de uno y otro, aparte de las encaminadas a lograr una cierta recomposición de la situación interna del país, sabemos del inconformismo de Fiscón con el territorio asignado, por considerlo escaso. La disputa quedaría zanjada años después, en el 154, tras un desafortunado intento de Fiscón por apoderarse de Chipre mediante la fuerza.

Desde el punto de vista de las relaciones exteriores, el aspecto más claro es la protección dispensada por Ptolomeo VI a la familia sacerdotal judía, encabezada por Onías, desplazada en Jerusalén por el nombramiento de Alcimo como sumo sacerdote. Su finalidad no sería otra que captarse el apoyo judío ante una eventual y siempre presente recuperación de Celesiria. Por otro lado, la situación en el seno de los Seléucidas propiciaba albergar esperanzas, dada la usurpación protagonizada por Balas, apoyado por Filométor, abocado, así, a una intervención del Lágida en el territorio sirio en cuestión. No obstante, al percibir el auge de Demetrio II, optaría por prestar su alianza a éste, mientras el enfrentamiento con Balas en Oinoparas, acaecido en 145, acabaría con la vida del usurpador y poco después con la de Filométor.

8.6.1. Los últimos Lágidas

La sucesión teórica del fallecido Filométor debía recaer sobre su hijo Ptolomeo VII Neo Filopátor, bajo regencia de su madre Cleopatra II. Sin embargo, Alejandría se sublevó prefiriendo ser regida por Fiscón de Cirenaica. Éste, tras apoderarse de Chipre, llegó a Egipto, se casó con Cleopatra II, su hermana, y asesinó al hijo de ésta.

Pero las disputas familiares habrían de continuar todavía al casarse Fiscón también con su sobrina Clepatra III, hija igualmente de Cleopatra II. En el 142, los conflictos que produjeron tales embrollos estallarían abiertamente, tomando parte en ellos la población indígena, conducida por el clero,

que pretendía lograr mejores condiciones de vida al abrigo de las disensiones en el seno de la familia real. Con ocasión de una embajada de Escipión Africano, se produjo una reconciliación, en 140, que habría de ser de corta duración.

Cleopatra III y Ptolomeo VIII debieron huir a Chipre, al año siguiente, proclamándose Cleopatra II única reina, con su hijo, habido de su marido y hermano, Ptolomeo Menfites. Cleopatra II consiguió realizar esta maniobra gracias al apoyo prestado por lo judíos y griegos de Alejandría. Ptolomeo VIII y Cleopatra III buscaron entonces la ayuda de los indígenas, logrando, así, retornar a Egipto en 131-130. Cleopatra II, encerrada en Alejandría y sin posibilidad de otros auxilios externos, decidió huir a Asia en 129-128. La propia ciudad caería en poder de Fiscón en 127-126.

La reconciliación entre los tres habría de llegar años más tarde, en el 124, probablemente por el convencimiento de unos y otros de la imposibilidad de acabar con el contrario. Para terminar con las secuelas de la guerra civil en el país, se decretaron en 118 medidas de amnistía, a la par que se condonaban las deudas a los campesinos indígenas, exhortándoles a que retomaran sus trabajos en el campo.

Pero la muerte de Fiscón en 116 supuso la reanudación de las discordias dinásticas. Debían sucederle sus hijos, habidos con Cleopatra III, Ptolomeo IX Filométor, Soter II Lathyros y Ptolomeo X Alejandro, predilecto éste de su madre y para quien pretendió la sucesión paterna. A tales designios se opuso Ptolomeo IX, a la sazón gobernador de Chipre, pero no pudo hacer realidad sus pretensiones hasta años más tarde. Ptolomeo X Alejandro tras una serie de vicisitudes entre las que se cuenta su huida en 103 ante el autoritarismo materno, logró hacerse con el trono una vez asesinada su madre, en el 101, y mantenerse en él hasta el 88. Se produjo entonces un enfrentamiento con su hermano rival Ptolomeo IX, que entrando en Egipto por la fuerza, acabó con la vida de Alejandro, quedando por tanto como rey único.

Una región que quedaría desgajada de Egipto sería Cirenáica, gobernada por un hijo ilegítimo de Ptolomeo VIII, Ptolomeo Apión. A la hora de su muerte, acaecida en el año 96, legó a Roma su territorio, si bien declaró libres a las ciudades griegas.

De los años de reinado de Ptolomeo IX lo más notorio fue la revuelta que estalló en el Alto Egipto, cuyas características eran similares a las protagonizadas por los autóctonos tiempo atrás. Sólo pudo sofocarla tras tres años de luchas, en los cuales sobresale el saqueo de Tebas. El soberano moriría a continuación, en el 81-80.

8.6.2. Intervención romana en las luchas dinásticas de Egipto

El único miembro de la familia real presente en Alejandría al producirse la muerte del rey era Cleopatra Berenice, hija de Ptolomeo IX y viuda

de Ptolomeo Alejandro. Para reinar con ella fue enviado desde Roma Ptolomeo XI Alejandro II, asesinado tres semanas más tarde, fin que también aguardó a la reina a consecuencia de la revuelta estallada como consecuencia de la muerte de Alejandro II.

En el testamento de éste figuraba la cesión a Roma de Chipre y Egipto, lo cual no se efectuó por diferentes razones —dudas sobre la validez jurídica del testamento, rivalidades políticas en Roma, etc.—. Subieron, así, al trono, en el año 80, los dos hijos de Ptolomeo IX, Ptolomeo XII Auletes en Egipto y Ptolomeo, sin otro apelativo, en Chipre. Auletes tardaría veinte años en ser reconocido por Roma. Poco después de lograrlo a instancias de César, en el 58, los romanos se anexionaron Chipre, que quedó unida a la provincia de Cilicia. Ptolomeo se suicidó.

Este hecho condicionó que los alejandrinos se sublevaran una vez más, provocando a su vez la expulsión de Auletes. Pero éste fue repuesto en el trono años después, en el 55, por la ayuda militar del gobernador Aulio Gabinio. La política de terror seguida por Auletes, con una presión fiscal agobiante respecto a los indígenas, sumergiría aún más a Egipto en el caos político y económico.

La muerte de Auletes en el 51 da paso al último capítulo de la independencia de Egipto. Ocuparon el trono sus dos hijos, Ptolomeo XIII y Cleopatra VII. La gran personalidad de esta última provocó graves desavenencias entre ellos. Cleopatra optó por abandonar Alejandría, con objeto de conseguir tropas en la frontera oriental de Egipto.

Derrotado por César, Pompeyo llegó a Egipto. Pero fue asesinado para entregar su cabeza al vencedor, que se presentó en Alejandría pocos días después. Su mediación logró la reconciliación de los dos hermanos, pero en una sublevación acaecida en Alejandría murió Ptolomeo XIII. Cleopatra se casó, entonces, con otro hermano, Ptolomeo XIV, si bien su relación con César era ya manifiesta. Éste partiría para Roma poco después, naciendo al cabo de unos meses, en el 46, Cesarión, el hijo de ambos.

Cleopatra marchó a continuación a Roma, donde permaneció hasta el asesinato de César. Regresó entonces a Egipto, nombrando a su hijo Ptolomeo XIV César corregente, pero, dada su corta edad, en realidad quedaba ella como única reina. Su política se fundamentaba, al parecer, en el apoyo de los indígenas, así como en la fortalecida ligazón con las tradiciones egipcias, manifestadas fundamentalmente en los aspectos de tipo religioso. Estas razones permitieron al país vivir unos años de tranquilidad y recuperación.

Su encuentro con Marco Antonio se produciría en el 41. Por desgracia para ambos la evolución de los acontecimientos políticos les fue adversa, de manera que no pudieron hacer realidad su propósito de unificar el Oriente bajo égida egipcia con un trono compartido por ambos. La batalla de Accio, en el año 31, con la victoria de Octaviano, marcó el punto final. Cleopatra

se suicidó y Egipto pasó a ser anexionado por Roma, no como una provincia, sino como propiedad personal del *princeps*.

8.7. Economía y sociedad en el Imperio Ptolemaico

Cuando se habla de Imperio Ptolemaico, el lector tiende generalmente a considerar sólo Egipto. Pero esto, como hemos ido viendo, no es exacto, pues los territorios bajo soberanía egipcia alcanzaban no sólo las regiones limítrofes, como el sur de Siria o Chipre, sino toda una red de puntos y plazas estratégicas, distribuidas a lo largo de la costa mediterránea oriental. Esta política comenzada por el fundador de la dinastía, Ptolomeo I, hijo de Lago, fue continuada por sus sucesores. Aunque es muy cierto que este imperio tuvo una duración efímera —unos lugares fueron retenidos, no obstante, durante más tiempo que otros—, la unión a Egipto de los mencionados ámbitos tuvo especial importancia desde el punto de vista no sólo político y estratégico, sino económico y cultural.

Desde el comienzo, los reyes intentaron legitimar su poder con gestos políticos significativos. Así, el fundador de la dinastía llevó el cadáver de Alejandro a Menfis, aunque posteriormente sería trasladado a Alejandría, recibiendo en ambos lugares culto en templos especiales. A ojos de los griegos este acto confería plena legitimidad a su sucesión, si bien ante los indígenas debieron presentarse como los sucesores de los antiguos faraones.

Los Lágidas, de todas formas, no tuvieron problemas respecto a su continuidad, dado su aislamiento geográfico respecto a las demás partes del mundo, como Grecia, Asia o el Africa negra, pues el valle del Nilo, núcleo del reino, conformaba una unidad cultural y económica.

8.7.1. Configuración administrativa y económica de los territorios lágidas

El empeño de los miembros de la nueva dinastía en aparecer como sucesores legítimos hizo que para los griegos asentados en los territorios egipcios, los Lágidas fueran mirados como reyes macedonios de suerte que éstos no exigieron de ellos nunca ciertas muestras específicas de respeto, características de los orientales, como la *proskínesis* o similares.

Pese a estos orígenes, los Ptolomeos se adaptaron en multitud de cosas al antiguo sistema, vigente en tiempos faraónicos. Así, por ejemplo, toda la administración del Estado se basaba en las antiguas estructuras, parecidas, sólo en cierto modo, a la división aqueménida en satrapías, pero totalmente diferentes de lo macedonio o lo griego.

De acuerdo con esto, Egipto estaba dividido en *nomoi*, gobernados por un *nomarca*, nombrado por el faraón. No obstante, como los nomos tenían

una extensión mucho más reducida que las satrapías, los nomarcas, consecuentemente, disfrutaban de una influencia mucho menor. Cada nomo se subdividía en *toparquías* y éstas, a su vez, estaban compuestas por aldeas, o *komai*, al frente de las cuales se encontraban los comarcos o *komarchoi*. Igualmente existía una división con fines de carácter militar, las *estrategiai*, cuyos límites sobrepasaban los de los nomos.

La administración civil y militar consistía en un enorme aparato burocrático, destinado en último término a la máxima explotación de la población. Como muestra de en qué medida podía llegar a reglamentarse la vida de la comunidad en general y del individuo en particular, vamos a ofrecer el texto de un papiro de Tebtunis, en el Fayum, cuyo contenido son las disposiciones ordenadas por un funcionario de alto rango, el *oikonomos* o administrador financiero del nomo, a otro funcionario inferior:

> «Debes cuidar de que los canales (conducciones de agua) que atraviesan los campos, de los que normalmente los campesinos obtienen el agua necesaria para la parcela trabajada por ellos, tengan la profundidad necesaria... Cuando ha terminado la cosecha, sería bueno que la examinaras a continuación con todo cuidado, ...Así descubrirás a aquellos que han descuidado su obligación... Preocúpate también de que las provisiones alimenticias prescritas, de las que te mando una relación, lleguen a Alejandría en la fecha indicada y que no sólo la cantidad sino también la cualidad sea examinada... Visita también los talleres de los tejedores, en los que se teje el lino, y ordena que trabajen muchos telares y que los tejedores produzcan la cantidad y calidad previstas por los nomos. Si alguno no realiza el número de piezas establecido, ha de pagar como castigo el precio fijado para cada clase. Examina aldea por aldea, si es posible, el inventario de los ingresos. Señala en la revisión los impuestos en dinero que han de ser pagados al bando y, en el caso del grano y productos oleícolas, sólo las entregas en los lugares de recogida... Cerciórate de que la materia prima, que ha de ser entregada a los productores de aceite, no sobrepase la cantidad que los molinos estén en situación de trabajar con las presas... También son importantes los ingresos de los pastos; puedes elevarlos un poco, si observas que el ganado está en óptimas condiciones... Examina con especial cuidado los establos de terneras y arbitra las medidas necesarias para que obtengan grano suficiente hasta que llegue la época de la hierba, y que las terneras tengan la cantidad prevista por día... Nadie tiene el derecho de hacer lo que quiera; por encima de todos está la Administración...»

Este papiro es para nosotros de gran valor por la serie de disposiciones en él contenidas. Dan testimonio evidente de que el sistema de producción egipcio de la época ptolemaica no había cambiado en nada esencial respecto al de épocas precedentes.

La agricultura seguía basada en el sistema de riego de la tierra, mediante el aprovechamiento racional de las crecidas periódicas del Nilo a través de los canales, por más que en algunas zonas, los oasis por ejem-

plo, y más concretamente el Fayum, contaron con fuentes propias y no sólo con el agua del Nilo. En todo caso, el agua era escasa y su extracción se hacía bajo la inspección y el control del gobierno central. El Fayum fue desecado por vez primera en la época de Ptolomeo II, con objeto de hacer factible su explotación, pero sirviéndose de los mismos métodos que habían sido empleados en Oriente durante miles de años.

El texto en cuestión muestra, además, cómo las aldeas estaban organizadas en tales circunstancias totalmente bajo el control de esta unidad superior, teniendo el gobierno central todos los derechos sobre la tierra. El nomarca debía, pues, examinar cómo era recogida la cosecha, si había campos que no eran cultivados, es decir, que de la cosecha de trigo dispuesta en los graneros reales, a cuyo frente estaban sus vigilantes o *sitologoi,* quedara, tras su venta, cantidad suficiente para poder efectuar la siembra; también requería su inspección el ganado para que fuera tratado con los cuidados necesarios, etc.

8.7.2. La fiscalidad ptolemaica

La mayor atención había de dedicarse, según el papiro de Tebtunis, a los controles de los impuestos destinados a la Corte de Alejandría, entre los que han de distinguirse, tal y como vimos sucedía en el Imperio Seléucida, entre impuestos en dinero, en especie, o productos naturales, y las prestaciones personales de obligado cumplimiento. Además de la tierra, explotada por los campesinos de las aldeas, había también en el Fayum parques, administrados directamente por la administración real.

Conocemos los nombres de varios de los impuestos. Así, el *stephanos,* pagado a la corona; la *artabieia,* pagada por los campesinos, consistente en una tasa sobre la tierra sembrada, cuyo monto consistía en un *artabe* por arura (esto es unos 57 litros de áridos); los *laoi basilikoi* estaban obligados, además, al *ekphorion* o renta pagada por el lote de tierra real cultivado; el impuesto de la *elaiké* se realizaba por la producción de aceite, uno de los productos cuya cosecha estaba sujeta al control central.

8.7.3. La tierra real o *ge basilike*

El transfondo de esta férrea administración, encaminada a obtener los máximos rendimientos, estaba constituido por el derecho del rey a la propiedad absoluta de la tierra, transferido a las aldeas sólo para su explotación. Así pues, los campesinos que cultivaban las tierras del Imperio ptolemaico, eran campesinos reales, *georgoi basilikoi,* cuyo *status* social en nada se diferenciaba de los *laoi* vistos en el Imperio Seléucida.

Los campesinos reales vivían en aldeas o *komai*, donde la autoridad real estaba representada por varios funcionarios. Así el *komarches* o jefe

de la aldea, en cuyas funciones estaba auxiliado por el escriba real o *komo grammateus,* sometido, por su parte, a los escribas reales o *basilikoi grammateis.* A su vez, la autoridad del *oikonomos,* representante del rey en el nomo, se ejercía en las distintas aldeas de su jurisdicción mediante agentes, encargados de recorrerlas e inspeccionarlas periódicamente.

Anteriormente hemos mencionado los impuestos a que estaban obligados los campesinos reales. Tampoco tenían libertad en cuanto al producto que habían de sembrar, dictaminado por las autoridades del rey, mediante la llamada *diagraphe sporou,* que obedece a la planificación de que fue objeto la economía ptolemaica.

Por otro lado, siempre según el texto del papiro arriba traducido, las instalaciones en conexión con la explotación agrícola, molinos de grano, prensas de aceite, etc., así como talleres textiles, todo era propiedad del rey. Los trabajadores cuya actividad se desarrollaba en ellos eran dependientes, vinculados o atados al trabajo que desempeñaban. Incluso a trabajadores sólo de estación o jornaleros, cuyos ingresos eran insuficientes para vivir, se les obligaba a prestar el juramento de no abandonar jamás sus ocupaciones ni su lugar de trabajo.

8.7.4. La tierra real en usufructo. Las *doreai*

Como en otros Estados helenísticos, también en Egipto era conocido el sistema de la entrega de tierra real para usufructo de personalidades destacadas, veteranos del ejército, *clerucos,* o templos. Los documentos más famosos relativos a este aspecto de la economía real es el regalo, o *dorea,* hecho por Ptolomeo II Filadelfo a Apolonio, su administrador de finanzas de mayor rango, o *dioiketes.* Esta donación es conocida hasta en sus más mínimos detalles a través del llamado archivo de Zenón, *oikonomos* o administrador de Apolonio, compuesto por cartas donde se notificaban los detalles referentes a la explotación del fundo otorgado por el rey.

Esta hacienda estaba situada, en parte, en un nomo del Fayum, y su extensión rondaba probablemente las 2.000 ó 2.5000 hectáreas. Según las descripciones o notificaciones de Zenón, trabajaban en ella campesinos egipcios, los cuales, a cambio de sueldos miserables, debían encargarse de la explotación de tierras nunca hasta entonces roturadas, trabajos de canalización etc. Esto es significativo, y constituye, de hecho, uno de los aspectos más positivos de esta *dorea.* Consistía en la introducción de nuevos cultivos, intentando aclimatar productos y animales hasta entonces desconocidos en Egipto, o que debían importarse. Se intentaba, por tanto, una agricultura científica, de alto rendimiento. También para estos mismos menesteres eran contratados jornaleros de otras aldeas mayores.

No obstante, la explotación del fundo corría a cargo básicamente de los campesinos que habitaban las aldeas ubicadas en el interior o en la

periferia de aquel, junto a otros empleados del dueño para tareas más especializadas. Apolonio había fijado lo que cada campesino debía cultivar en la parcela a él asignada —sobre todo cereales y productos oleícolas, como sésamo, olivos, etc.—, así como la cantidad que debía entregar de la cosecha obtenida. El cumplimiento de todo ello había de hacerse bajo el control de Zenón. A su vez, los campesinos obtenían como préstamo las semillas y los animales de trabajo. Las primeras debían ser devueltas con intereses.

Los campesinos dependían del beneficiario de esta *dorea* no sólo económicamente sino también en lo jurídico, de suerte que para forzar el cumplimiento de sus órdenes disponía inclusive de soldados y de una prisión.

El carácter temporal de estas donaciones lo sufrió el propio Apolonio, al ser despojado del usufructo de su *dorea* por el sucesor de su benefactor, Ptolomeo III. Las tierras volvieron así a formar parte nuevamente de la tierra real. Sin embargo, otras muchas veces las concesiones se transmitirían entre los miembros de una misma familia durante generaciones, de suerte que llegarían a ser, prácticamente, propiedad privada.

Las mismas condiciones reinantes en el Fayum, de donde tenemos la mayor parte de nuestra información, se daban en todo el territorio egipcio, con pequeñas variantes locales. La existencia, por tanto, de un campesinado dependiente de tipo oriental era algo generalizado.

Las cleruquías componían otra parte de tierra real dada, en principio, en usufructo, si bien con el paso del tiempo, como hemos señalado, se convertirían en hereditarias.

Su finalidad principal consistía no sólo en pagar a los soldados por los servicios prestados, sino en ligarlos de alguna manera a este país, proporcionándoles simultáneamente un medio de vida para ellos y sus familias que debían, así, asentarse en aldeas. El objetivo primordial de todo ello era de carácter estratégico, y tendía a conseguir una defensa del territorio más eficaz, siempre que existiera peligro, pues los clerucos eran realmente soldados en la reserva.

Sus obligaciones fiscales para con los reyes eran similares a las de los campesinos reales en cuanto al *stephanos* y la *artabieia*, pero no estaban sujetos al *ekphorion*. Además, debían pagar otras tasas por el servicio de vigilancia o *phylatikon*, o por el de los médicos o *iatrikon*. Tampoco estaban obligados a las prestaciones personales para la realización de obras comunes, mantenimiento de canales y los restantes tipos de actividades infraestructurales, ni a la *diagraphe sporou*, pudiendo, por tanto, tener más libertad en la elección del producto que habían de sembrar.

Las innovaciones agrícolas fueron, de hecho, frecuentes en esta clase de tierras. Por lo demás, como al resto de los campesinos, se les vigilaba la siembra y cosecha para que no hubiera posibilidad de falsear los resultados, cuyo exacto conocimiento era requerido, cara a la cuantía de los impues-

tos. La administración tenía registradas, además, todas las parcelas atribuidas a campesinos y clerucos, con sus dimensiones correspondientes.

8.7.5. La tierra sagrada o *hiera chora*

A las propiedades sagradas existentes en Egipto se les pueden atribuir las mismas características básicas ya comentadas a propósito de los Seléucidas. Ello nos evita insistir sobre aspectos conocidos.

Los Lágidas se mostraron, respecto a los templos, más bien generosos, si bien durante la época de apogeo de la dinastía, es decir el siglo III, recortaron sus prebendas, tanto políticas como económicas. La economía de los templos pudo ser controlada mediante la intervención estatal en la producción agrícola e industrial, efectuada en las propiedades de dichos santuarios. La planificación de la economía no podía dejar fuera los cuantiosos bienes administrados por los sacerdotes.

Por otro lado, los reyes contribuían al mantenimiento de los cultos, como hicieron en su tiempo los faraones, de suerte que parte de los impuestos pagados por los sacerdotes a la corona, en calidad de propietarios territoriales y productores agrícolas e industriales, eran recuperados de la forma mencionada.

La evolución política sufrida por el país y el consiguiente deterioro del poder real devolvieron al clero sus antiguos privilegios, pues los reyes se apoyaron en el clero indígena como medio de apaciguar los exaltados ánimos de los egipcios autóctonos, y ello sólo era posible a cambio de concesiones cada vez mayores.

8.7.6. La tierra como propiedad privada (*idiotike ge*)

Su existencia en Egipto es indudable, pero, dadas las características de este país, no estaría demasiado extendida.

A este propósito hemos comentado ya cómo los lotes de tierra desgajados de las propiedades reales y dados en usufructo, aunque eran teóricamente retornables a su titular, el monarca, se convirtieron de hecho en hereditarios. Por otro lado, los miembros de la dinastía lágida, en cuanto griegos, estaban familiarizados con la propiedad privada de tierras, por lo que probablemente, intentarían promocionarla sin ceder por ello en lo relativo a la presión y vigilancia fiscales y al control administrativo general.

Por lo demás, al ser plausible que el rendimiento de las tierras privadas fuera más alto que el de las cultivadas por campesinos dependientes, es posible que se contemplara este factor al propulsar esta forma de tenencia de tierras. En la *chora* de las ciudades sería lo normal, si bien en Egipto la escasez de éstas le otorga unas dimensiones reducidas.

8.7.7. Otras formas económicas: comercio e industria

Junto a la agricultura podemos hablar de la existencia de otras ramas económicas que propulsaron el florecimiento del Egipto ptolemaico al menos en su primera parte.

Pretendo referirme con ello a la presencia de un comercio ultramarino muy activo, cuya existencia presupone la de ciudades comerciales. Pero entre este tipo de ciudades, sólo es posible contar con Alejandría, pues otros centros urbanos como Menfis, Dendera, Tebas, etc. continuaron siendo ciudades de tipo oriental, donde residían los sacerdotes, los aristócratas locales y las autoridades civiles o militares, nomarcas y estrategos. Tebas era, además, la capital del Alto Egipto, al frente del cual estaba un estratego de grado superior. La ciudad gozaba, así como en general la Tebaida, de una autonomía limitada, sin que nunca llegaran allí sistemas económicos o sociales diferentes a los tradicionales.

Hemos mencionado, en efecto, la existencia de un considerable mercado de exportación durante el siglo III, es decir, mientras Egipto mantuvo su prepotencia en el Egeo y sus posesiones ultramarinas. Productos de exportación eran los tejidos de lino, objetos manufacturados de metales nobles, cerámica, papiro, objetos de vidrio, conservas de pescado, etc., pero el producto rey era, sin duda, el trigo, cereal del que siempre fue deficitario el mundo griego continental. También se exportaban especias a Grecia y Rodas, Chipre, Tiro, Siracusa y otros muchos lugares. A su vez, las mercancías importadas eran variadas y procedían de diferentes regiones no sólo del Mediterráneo —plata, cobre, estaño, madera—, sino de Arabia y la India, como las especias, piedras preciosas y marfil.

Naturalmente, el punto de intercambio de todas estas mercancías era Alejandría, la ciudad más internacional, no únicamente de Egipto, sino del mundo mediterráneo.

Otras ciudades, además de Alejandría, se vieron afectadas positivamente por el florecimiento del Egipto lágida. Así, Menfis, Pelusion, Elefantina y Tebas, conocieron un auge de su industria bajo los primeros Ptolomeos, posibilitado por el férreo monopolio ejercido por los reyes sobre todos los productos de la tierra, incluido su subsuelo, y sobre las materias primas, así como los estrictos controles sobre el rendimiento del trabajo, es decir, la productividad, en los talleres reales. También sobre este extremo el papiro arriba traducido nos informa sobre los telares y cómo eran sancionados los que no cumplían las normas establecidas.

Los trabajadores que abandonaban su puesto de trabajo y huían eran buscados y traídos de regreso mediante la utilización de soldados, al igual que se hacía con los esclavos. Condiciones similares se aplicaban en las minas de cobre existentes en el Sinaí, en las canteras del Alto Egipto, en las minas de oro y en las salinas del desierto occidental, pues en todos los

casos se trataba de monopolios estatales. También monopolios reales eran la producción y comercialización del aceite de oliva en el país, la fabricación de perfumes, piel y cerveza, sobre todo cara a la exportación.

8.7.8. La moneda. Su introducción y difusión en el Egipto helenístico

La introducción y el empleo de la moneda, es decir, la economía monetaria supuso un enorme impulso a toda esta actividad comercial. Los Ptolomeos fueron los primeros en introducir en Egipto la moneda y las contribuciones forzosas para trabajos variados, como mediciones de tierras, mantenimiento de canales e incluso para el sostenimiento de la policía. Los reyes recaudaban además elevados impuestos en dinero sobre todo por las aduanas portuarias, como, por ejemplo, el vino en Alejandría.

8.8. Alejandría: su importancia en la evolución de Egipto

Por cierto que la existencia de una ciudad como Alejandría, no sólo sede y residencia de la Corte y los reyes, sino importante como *polis* griega, pese a la mezcla de gentes de orígenes étnicos diferentes allí asentada, fue la causa fundamental de que pudiera darse durante un cierto tiempo este floreciente comercio internacional.

La construcción de la propia ciudad demostraba un alto grado de previsión cara al futuro, pues fue situada al oeste de los terrenos pantanosos del Delta, en un lugar en el que mediante la comunicación del continente con la isla de Faros a través de un canal, se conseguían dos puertos. La ciudad fue planificada por el arquitecto rodio Deinócrates, siendo Cleómenes el promotor que aportó el dinero necesario. Se extendía entre la costa y el lago Mareotis, situado en el continente, en el *hinterland* de la ciudad.

Una de las descripciones hechas por los escritores antiguos, conservada hasta hoy, es la debida a Estrabón, compuesta en términos absolutamente laudatorios. La ciudad estaba dividida en barrios, *politeumata,* en los cuales residían distintos pueblos —judíos, sirios, cirenaicos, etc.—, cuya vida cotidiana se desarrollaba según sus propias costumbres y tradiciones. Además, naturalmente, había en ella un gran número de griegos y macedonios. La vida económica de la ciudad estaba orientada hacia las labores de tipo artesano-industrial, lo que justifica el elevado número de talleres de esta clase existentes en ella, el comercio, como hemos dicho, y las actividades subsidiarias de éste, como la banca y otros. Lo que hoy denominamos «sector servicios» estaba bien representado, habida cuenta de la residencia allí, como ya se ha dicho, no sólo de los reyes y la Corte, sino, sobre todo, de la administración central con todo su complejo aparato burocrático y sus numerosos funcionarios de todas las categorías. A su vez, en la ciudad tenía lugar una intensa vida política con magistraturas, asam-

bleas populares y demás, si bien dirigido y dominado todo ello, en última instancia, por el palacio real.

Así pues, hemos visto que el conjunto de la economía estaba dirigido a la explotación máxima tanto de la tierra como de sus trabajadores. El esplendor a que dio lugar fue rápido y fulgurante, pero su fin fue asimismo veloz, acelerado por la mala fortuna en las cuestiones relacionadas con política exterior desde finales del siglo III. Como ya hemos tenido ocasión de exponer, dicho giro negativo conllevó importantes consecuencias para la futura política interior.

8.9. La población egipcia autóctona. Su papel en el Egipto helenístico

Estas secuelas vinieron determinadas por la toma de conciencia de los egipcios autóctonos, masa de población sometida y subyugada no sólo por la dinastía macedonia reinante, sino por el sistema económico-administrativo implantado para conseguir grandes beneficios y que conllevaba una abultada burocracia. Grupos favorecidos eran asimismo, además del escaso conjunto de personas que conformaban el estricto entorno del rey, es decir, sus amigos y consejeros, los cortesanos, el ejército de mercenarios, y la capa de población griega, parte en calidad de veteranos asentados en diferentes territorios, otros como ciudadanos de a pie, pero con condiciones muy ventajosas.

El caso de Egipto era, en lo referente a su población, distinto al de otras monarquías helenísticas. La vida económica relativamente cerrada desarrollada en el valle del Nilo conllevaba ciertamente la existencia de un conjunto étnicamente unitario de población indígena. Este hecho, en principio, fue favorable para los Lágidas, pues les facilitaba sus tareas de gobierno, pero posteriormente determinó su debilitamiento.

La explotación sin contemplaciones de la población, realizada ante todo mediante la obligatoriedad de responder a una enorme carga impositiva, incluidas las tasas aduaneras, pudo soportarse a duras penas durante el tiempo de florecimiento comercial de Egipto, en tanto en cuanto ofrecía a los indígenas no unos beneficios directos, pero sí la posibilidad de obtener puestos de trabajo. Al sobrevenir la decadencia comercial, inherente a la decadencia política de los Ptolomeos, desapareció la seguridad del puesto de trabajo, viéndose afectados por ella no sólo los jornaleros, sino los pequeños campesinos para quienes la explotación de su parcela era un medio de vida insuficiente, por lo que se veían obligados a enviar a sus mujeres e hijos a los talleres, *ergasteria,* para obtener así el necesario complemento.

Al mismo tiempo, los monarcas intentaban paliar las pérdidas exteriores con una mayor explotación de la población. La situación se agravó, además, por las guerras que debieron sostener en sus propias fronteras, en la

segunda mitad del siglo III, contra los Seléucidas. Pero el empleo de indígenas en el ejército al que se debió recurrir por las acciones de Antíoco III y la victoria alcanzada por aquellos en la célebre batalla de Rafia sobre las tropas seléucidas, marcó el comienzo de la concienciación de la población egipcia autóctona. A partir de entonces, comenzó una nueva etapa, marcada por una serie de movimientos reivindicativos de un mayor protagonismo político y social de aquella, frente a la élite de ascendencia grecomacedonia.

Han sido ya anteriormente analizadas las consecuencias políticas de tales acciones, cuyo punto culminante se alcanzó en el año 205 con la independización de la Tebaida, gobernada por faraones de procedencia nubia, que pudieron mantenerse en el trono durante más de veinte años. Pero, aparte de estos conflictos declarados, había, según palabras de Polibio, una especie de guerra soterrada, no violenta, ejercida no por los soldados sino por la conducta de muchos miembros de esta población indígena. Así, los campesinos reales huían, abandonando sus lugares de trabajo, hacia la parte del país temporalmente independiente o hacia los templos, acogiéndose en ellos a su derecho de asilo o también a Alejandría, donde, como fuerza de trabajo, entraban en competencia con el abultado número de jornaleros, cuyas condiciones de vida, dada la crisis económica, eran realmente penosas.

Los poderes políticos lograron acabar con la independencia del Alto Egipto, pero no sucedió lo mismo con los levantamientos populares, siempre latentes, y que afloraban cuando el gobierno central daba muestras de debilidad. Su fortaleza, sin embargo, no llegó nunca a ser tan grande como para lograr sacudirse el dominio de los gobernantes extranjeros, ni para construir un Estado nacional sobre unas bases económicosociales distintas, que pasaban por una liberación del tradicional campesinado dependiente.

Los principales beneficiados de esta situación fueron los templos y sus sacerdotes egipcios, los cuales, a cambio de concesiones gubernamentales en calidad de tierras, exenciones de impuestos y otros privilegios, se comprometían a controlar de alguna manera a esta población campesina. Un magnífico ejemplo de este ambiente lo proporciona el texto de la famosísima piedra de Rosetta, cuyo contenido informa sobre la fortaleza del levantamiento armado de la masa de población autóctona, el grado de colaboración del sacerdocio egipcio con la dinastía macedonia reinante y los privilegios que ello conllevaba.

La debilidad del gobierno central se manifestaba también en la manera de actuar de ciertos altos dignatarios de la administración, pues, de hecho, se comportaban como señores independientes, gobernando su territorio como reyezuelos y tratando como súbditos a los campesinos dependientes.

8.10 La legislación

Desde el punto de vista del derecho, nunca existió una legislación ptolemaica unitaria, habiendo una para griegos y otra para indígenas. Si esto fue una consecuencia de los movimientos subversivos de la población egipcia, o más bien una consecuencia de la diferencia cultural es algo que no sabemos, pero, en todo caso, podemos encontrar algún ejemplo de ambas cosas. Tal es el caso de Ptolemaida, ciudad creada en el Alto Egipto para que fuera una especie de contrapeso respecto a Tebas, centro egipcio tradicional. Ptolemaida tenía una estructura e instituciones típicas de una *polis* griega, pero su legislación hubo de contemplar forzosamente a los egipcios. Gozaba de una cierta autonomía, si bien un estratego real cuidaba de que sólo se ejerciera en el ámbito estricto de la ciudad y en beneficio exclusivo de los Ptolomeos.

Ptolemaida era junto a Alejandría, de cuya especial posición en calidad de sede del gobierno y la Corte ya hemos dicho algo, las únicas ciudades griegas de Egipto, porque el antiguo asentamiento de Náucratis hacía ya mucho tiempo que había dejado de tener significación alguna. Por otro lado, había griegos y macedonios que residían en las ciudades egipcias antiguas como Heliópolis, Menfis, Sais, etc., sin que ello signifique automáticamente su pertenencia a los estratos dirigentes de dichas poblaciones, como prueban los matrimonios mixtos entre griegos y mujeres indígenas (nunca al contrario). En todo caso, al ser estos grecomacedonios miembros del pueblo conquistador tenían ciertas ventajas legales, siendo considerados, además, desde el punto de vista administrativo, como una unidad diferenciada.

En estas circunstancias, es bastante comprensible que durante la época ptolemaica no se diera el fenómeno de la helenización de los egipcios ni una simbiosis entre ambas civilizaciones. Ello se observa, sobre todo, en el ámbito religioso, donde los dioses de unos y otros subsistieron juntos, pero no mezclados y ello pese a algún sincretismo o recreación de divinidades atractivas para todos, como Sarapis (cf. El capítulo dedicado al estudio de la religiosidad de esta época). Sólo la introducción del culto de los reyes salvadores, *soteres,* con sus correspondientes asociaciones culturales, consiguió crear una ideología unificadora en la que todos estaban comprendidos. Así pues, no es extraño que para los campesinos egipcios y los artesanos, los reyes no fueran sino explotadores extranjeros, ejerciendo tal presión a través de la mediación de sus funcionarios.

La excepción que confirma la regla era Alejandría, donde convivían gentes de múltiples y diferenciados orígenes, de suerte que había orientales helenizados, con un modo de vida griego y que hablaban griego. Pese a ello, éstos permanecían en los *politeumata* de la ciudad, los barrios de los no griegos, con su administración propia, y eran tratados de hecho como extranjeros.

9.

La cultura helenística

La presencia de una minoría dominante grecomacedonia en las regiones conquistadas por Alejandro, propició la extensión, ostensible ya desde el siglo III a. C., de la cultura griega a vastísimas zonas del Oriente, es decir, a la práctica totalidad de la *oikoumene* o mundo conocido de entonces. No obstante, las regiones conquistadas no eran territorios vacíos, sino que muy al contrario constituían el solar donde habían florecido las primeras y más brillantes culturas desarrolladas por el hombre. Así pues, ese estrato dominante, numéricamente pequeño, que se impuso sobre tales poblaciones se dejó a su vez influenciar por esas civilizaciones, de suerte que fue realmente la cultura griega la que recibió y admitió mayores influencias. El resultado no será una mera continuación de esta cultura griega en dichos territorios, sino un desarrollo nuevo sobre bases tradicionales.

Las nuevas capitales de los imperios helenísticos —Antioquía, Alejandría, Pérgamo— se convertirían en potentes focos culturales para las zonas de su influencia y, junto a ellas, pese a la disminución de su importancia económica o política, algunas de las ciudades culturalmente más representativas en la época clásica como, por ejemplo y muy especialmente, Atenas.

9.1. Filosofía

La influencia ejercida en Atenas por los tres grandes filósofos de los siglos V y IV, Sócrates, Platón y Aristóteles, fue lo suficientemente importante para que la ciudad continuara atrayendo en época helenística a los filósofos.

9.1.1. La Academia y el platonismo

Los discípulos de Platón, Jenócrates y Espeusipo crearon el platonismo vulgar de los siglos siguientes a su maestro.

Entre las doctrinas de la Academia antigua sólo la demonología llegó a tener verdadera influencia. A lo ya definido por Platón —los démones como seres intermedios que podían contactar con los hombres en lugar de los dioses—, Jenócrates popularizó la diferencia entre démones buenos y malos. Se legitimaba de esta manera filosóficamente un pensamiento existente ya en la fe popular.

La Academia media de los siglos III y II polemizó, sobre todo, contra la doctrina estoica del conocimiento, que atribuía contenidos de verdad a las ideas obtenidas a través de la experiencia, de la observación y de la percepción científica. Los discípulos de la Academia oponían a estos puntos de vista una dialéctica que demostraba que a cada argumento se le podía contraponer otro contrario y, por tanto, debía imponerse la abstención del juicio.

Esta actitud combativa contra la mayoría de las otras corrientes filosóficas comenzó a ser superada con Filón de Larisa, maestro de Cicerón en Roma, para acabar definitivamente con Antíoco de Ascalón, sucesor de Filón. Se abría, así, una nueva etapa en la cual los seguidores de estas doctrinas se llamarían platónicos. La extensión a partir del siglo I a. J. de las ideas platónicas se debe, pues, no al éxito de la Academia, sino a la evolución cultural, de suerte que aquellas llegaron a modelar el pensamiento general y la cosmovisión de toda la época siguiente.

9.1.2. El Perípato

Los peripatéticos seguían reuniéndose en el *perípatos* del gimnasio donde Aristóteles había impartido sus enseñanzas.

Ante todo, conviene señalar que durante siglos no se pudo percibir apenas nada de la influencia filosófica de Aristóteles. Especialmente en el ámbito de la cosmología, el Helenismo no entendió la teoría del primer motor, ni su pintura mecanicista del curso del mundo. Sus escritos éticos y políticos estaban excesivamente orientados hacia el modelo de la *polis* y se podían aplicar, por ello, con dificultad a las nuevas circunstancias de la época helenística.

Su representante más destacado, tras la muerte de Aristóteles, fue su colaborador y amigo Teofrasto (ca. 372-288), cuyos campos de interés fueron variadísimos, desde la botánica a la literatura, pasando por la etnografía, y otros campos. Su sucesor, Estratón (ca. 350-270), se ocupó entre otras cosas de la enseñanza sobre el alma, cuya inmortalidad no aceptaba.

Aunque la escuela peripatética desde el siglo III a. C. no dio ya persona-

lidades de talla, su influencia se renovaría posteriormente, centrada sobre todo en la lógica de su fundador, llegando, incluso, a tener influjo en la filosofía árabe de la Edad Media, gracias a la cual se han conservado una gran parte de los escritos aristotélicos.

9.1.3. Epicuro y la doctrina epicúrea

En contraposición con el antiguo ideario de la *polis,* hay que citar el Epicureísmo, fundado por Epicuro (341-270), cuya doctrina es difícil de reconstruir, habida cuenta de que sus escritos se han perdido, así como los de sus discípulos y sucesores, muy fragmentariamente conservados.

No es preciso tratar aquí de su teoría del conocimiento, basada en que todas las percepciones sensoriales son verdaderas, ni sobre su atomismo. Para el ámbito intelectual helenístico, tuvo más importancia el llamado ateísmo de los epicúreos, su doctrina sobre la verdadera felicidad *(eudaimonía)* y la organización del Jardín como asociación religiosa de amigos, en la que podían participar también mujeres y esclavos. La filosofía de Epicuro intentaba ser un sustituto de la religión.

Epicuro no rechazó el Estado, pues consideraba que todas las corrientes espirituales y culturales sólo podían desarrollarse en el marco de la legalidad estatal. Su contribución más famosa a la historia de la filosofía consiste en la continuación de la teoría de Demócrito sobre los átomos, creando sobre principios racionales un sistema del Cosmos, en el cual no tenía cabida ningún tipo de influencia de los dioses sobre la vida humana. Afirmaban que el proceso de los acontecimientos naturales sigue unas leyes derivadas de los movimientos de los átomos y para ello no se precisa de los dioses. No existe una realidad espiritual, incluida el alma, fuera del mundo material compuesto de átomos. Para Epicuro no era posible, por tanto, asociar la idea de religión y de piedad con ningún tipo de poderes trascendentales.

El hombre, liberado así de todo miedo a la muerte y otros temores, podía dedicarse, mediante la paz del alma y la salud, a la meta más alta, el placer corporal y espiritual. Por tanto, la filosofía epicúrea, más que un sistema positivo era una huida de cualquier problema y una ausencia de deseos y preocupaciones *(ataraxia),* liberando al ser humano de todo deseo desordenado.

9.1.4. La Estoa

Otra escuela filosófica, que se ocupó del problema de la felicidad fue la Estoa, llamada así por ser su lugar de reunión la *Stoa Poikile* en Atenas. El fundador de esta escuela fue el chipriota Zenón (ca. 335-262). De los fragmentos de sus obras conservados, podemos deducir que propugnaba un estado universal en el que todas las diferencias entre ricos y pobres, grie-

gos y no griegos debían ser borradas. De todas las maneras, las diferentes personalidades de esta escuela —Cleantes, Crisipo, etc.— fueron añadiendo nuevas líneas de pensamiento a la estructura fundamental.

Para Zenón, el principio que explica el mundo y su orden es el Logos, la Razón, que es, además, lo que hace del hombre lo que es. De esta manera, aunque se rechazara la adoración cultual exclusivamente externa, se podía unir la vieja fe en los dioses con las nuevas concepciones filosóficas. los dioses eran símbolo del sabio dominio de la razón universal. Los diversos dioses que se adoraban en los distintos pueblos no eran, en realidad, más que nombres diferentes de una razón divina. La concepción estoica se acercaba mucho, pues, a las tendencias sincretistas de la época y proporcionaba la deseada base filosófica.

El orden del cosmos no es considerado como un determinismo sin sentido, sino como un conjunto perfecto de leyes en el que todo está ordenado de manera perfecta. Por eso, la razón universal se puede comparar con Zeus, que por medio de sus leyes ha ordenado todo de antemano y todo lo dirige. Cleantes expresó estas ideas en el famoso himno a Zeus, en el que se habla de las maravillas del firmamento, así como del orden perfecto del cielo, tierra y mar, y también de los múltiples dones provechosos de la naturaleza como prueba de la acción benéfica de la divinidad.

En la psicología estoica, todos los afectos pertenecen a los estados enfermizos del alma. De ellos el sabio debe liberarse para alcanzar el objetivo de la impasibilidad, *apatheia* y más tarde, en Epicteto, también *ataraxia*.

El paralelismo con el picureísmo es claro en lo referente a la descripción de la tarea filosófica, así como en la cosmología materialista, e igualmente, en el ideal del sabio, que se basa en la manifestación de los valores éticos positivos. Ambas escuelas fueron responsables, pues, de que se formara en el Helenismo el típico ideal del sabio, tratando de lograr la misma meta: la felicidad o *eudaimonía,* el equilibrio feliz del individuo que se encuentra en perfecto acuerdo consigo mismo y ha superado, así, el imperativo del destino. Pero mientras para el epicureísmo la retirada del mundo es el presupuesto inevitable para alcanzar la *eudaimonía* perfecta, el sabio estoico no necesita de tal cosa. Puede alcanzar esa felicidad incluso dentro de los quehaceres mundanos y en la actividad que le ha tocado en suerte por su origen, educación y rango político. El sabio puede participar, por tanto, de manera activa en los acontecimientos de su entorno.

9.2. Religión

9.2.1. Evolución del pensamiento religioso griego

No es posible caracterizar con un solo término la complejidad de la vida religiosa de época helenística. Ha habido quienes la han definido como el

momento en el que se efectuó el fenómeno del sincretismo religioso, es decir, la mezcla o fusión de religiones, especialmente la griega y las orientales, consecuencia de los cambios políticos acaecidos a lo largo de este período.

La movilidad de la población y la proximidad de griegos y orientales desembocaría, en efecto, en una religiosidad variopinta en la cual, sin embargo, cada uno conservaría sus propias tradiciones religiosas. La mezcla efectiva se realizaría lentamente y de manera gradual, debida, además, no sólo a una mayor proximidad geográfica sino, sobre todo, a razones de carácter cultural: por una parte, la expansión de la cultura griega de mano del elemento políticamente dominante y, por otra, la fascinación sentida por los griegos hacia lo nuevo y extraño, de lo que resultaría la aceptación de rasgos culturales orientales y específicamente de los religiosos.

El enraizamiento local de los cultos, tanto griegos como orientales, se modificó gracias al influjo, llamémosle universalista, de la cultura y de la filosofía, así como al ya aludido movimiento de poblaciones, las cuales llevaron consigo sus dioses y creencias. Esto se realizó en una doble dirección: de Grecia hacia Oriente —soldados, veteranos y emigrantes, en general, tras la conquista alejandrina— y de Oriente hacia Grecia —esclavos, comerciantes, mercenarios, marinos, etc.—. De hecho, no puede hablarse de este fenómeno como de una innovación de época helenística, pues, en otros momentos, penetraron igualmente en el ámbito religioso griego dioses extranjeros —por ejemplo, Dioniso o la Gran Madre frigia—. De sincretismo puede hablarse, por tanto, tan sólo cuando concurrieron otros factores.

Entre éstos cabe citar la identificación de diferentes divinidades a las que se les atribuyeron nombres griegos o a la inversa, dioses griegos adoptados con sobrenombres orientales. Esto último se daba con especial frecuencia en el caso de Zeus, alusivo, por lo general, a la existencia de cultos orientales reconocidos por algún monarca helenístico (Zeus Ceraunio, Zeus Sabacio, etc.).

Esto último nos ilumina otra de las características de la época en la esfera religiosa. Me refiero al empeño de los soberanos reinantes en los estados helenísticos por conseguir una cierta unificación religiosa, que cohesionara los distintos grupos humanos y las diferentes tradiciones culturales de unos y otros para poder gobernar mejor y más eficazmente.

Otro factor importante, dentro del desarrollo sincretista era la interpenetración de elementos de diversas religiones y culturas. En él cabe hablar de varios fenómenos:

1.° La helenización de las religiones orientales, a las que se les mantienen sus cultos y rituales, pero cuyos mitos y leyendas fueron traducidos y reinterpretados en griego.

2.º Los conceptos dominantes en la religiosidad helenística penetran en las más diversas religiones tanto griegas como orientales. Así, la idea de un dios celestial que domina sobre todas las cosas, algunos elementos propios de la nueva concepción del mundo, como la astrología, el platonismo vulgar, la demonología, la fe en los milagros y la insistencia en la redención del individuo.

3.º La reinterpretación de antiguos conceptos, una vez separados de la tradición local originaria. Muchos de éstos estaban unidos anteriormente a la fertilidad de la tierra, pero, al ser transplantados al ámbito ciudadano, solían enmarcarse dentro de una concepción espiritualista de la redención.

Evidentemente la ilustración filosófica, con su interpretación y crítica de los mitos, ritos y costumbres como proposiciones espirituales y morales de significación universal, había preparado el camino al desarrollo del sincretismo religioso.

El último paso en el fenómeno sincretista fue, sin duda, la creación intencionada de una nueva religión, a base de elementos tanto griegos como foráneos, lo cual no fue sino el resultado de un proceso de desarrollo histórico. Constituía la respuesta a dos fuerzas históricas contrapuestas, por una parte la necesidad de continuar una tradición heredada y, por otra, la de introducirse en una nueva cultura y en su mundo espiritual.

9.2.2. Los antiguos dioses y su implantación en el ámbito religioso helenístico

La adoración a los grandes dioses tradicionales no sufrió, en principio, ningún retroceso, sino más bien podría hablarse de lo contrario. Al ampliarse extraordinariamente el ámbito de dominio griego, sus dioses llegaron hasta los confines de las nuevas conquistas. Sin embargo, la relación de los fieles hacia estas divinidades oficiales es fría, distante de sus necesidades, fenómeno observable ya en plena época clásica, debido sobre todo a la crítica filosófica popularizada de los mitos, comenzada entonces.

También habían retrocedido en cuanto a importancia política, lo cual exigió una nueva reordenación religiosa y litúrgica, constituyendo esta reforma de los cultos a los antiguos dioses una característica de la época helenística dentro del marco religioso.

No obstante, existen huellas abundantes de la pervivencia del culto a los antiguos dioses. Así, entre las más sobresalientes, podemos citar las magníficas construcciones de tamaño colosal erigidas en Grecia y muy especialmente en Asia Menor, como el templo de Artemis en Éfeso, el de Apolo en Dídima, el de Zeus en Pérgamo, el de Asclepio en Cos y otros muchos. A ello contribuyeron en no pequeña medida las donaciones efectuadas por los propios monarcas, en realidad, un sistema más de propaganda polí-

tica. También pervivieron, e incluso se incrementaron, las fiestas y juegos en honor de los dioses, si bien no puede hablarse de ellos como testimonio de fe popular, sino que constituían un combinado de elementos muy diversos.

El pueblo, en general, dedicó sus preferencias religiosas no a los grandes dioses oficiales, políticos, sino a otros, sentidos como más próximos a ellos mismos y a sus necesidades cotidianas. Ocupan un lugar prioritario entre ellos los dioses con propiedades curativas o sanadoras. Las más significativas eran Asclepio, dios griego de la Medicina, cuyo culto experimentó durante el Helenismo una extraordinaria difusión, Sarapis en su faceta sanadora y otros dioses y héroes de ámbito local.

La curación solía efectuarse mediante la *incubatio,* en cuyo transcurso la divinidad acostumbraba a dictar las medidas que debían tomarse para conseguir la curación. Igualmente en las áreas campesinas el culto a los dioses de antaño, especialmente Deméter y Dioniso, así como otros de carácter más o menos local, relacionados con la fertilidad y los ciclos naturales, gozaron del favor popular durante mucho tiempo. Uno de los aspectos cultuales de mayor acogida y participación eran los misterios, de suerte que la popularidad de algunas de las divinidades citadas, como Deméter y Dioniso, se la debían, en buena medida, a sus misterios.

Se trataba, pues, en todos estos casos de un tipo de religiosidad más intimista, donde el nexo o la comunicación del hombre individual con la divinidad era más estrecho, más próximo, sin necesidad de aparatosas manifestaciones exteriores.

9.2.3. Los Misterios

Elemento fundamental en esta religiosidad característica del Helenismo era el ansia de salvación, algo que precisamente se garantizaba mediante la iniciación en los misterios y que explican su difusión. Esta forma cultual era común a buen número de divinidades, pero, en ámbito griego y grecooriental, los más conocidos eran los de Deméter en Eleusis, de larga y gloriosa tradición y los de los dioses Cabiros en Samotracia.

Nuestra información acerca del contenido de los misterios es bastante escasa, debido precisamente a la prohibición existente para los iniciados de revelarlo. En relación con los de Eleusis, sabemos que los misterios constaban de tres partes: la iniciación, la consagración y la consagración superior. En las ceremonias había siempre «demostraciones», «acciones» y «palabras», pero no sabemos con seguridad lo que allí se mostraba o decía, excepto algunos detalles. En la preparación de la ceremonia se ayunaba, mientras en la celebración de los misterios se bebía una infusión de cebada. El centro de la consagración superior consistía en la presentación de un objeto sagrado, realizado por el hierofante, máximo funcionario del cul-

to elusino, cuya denominación significa «el que muestra algo sagrado». Por tanto, el plenamente iniciado participaba, así, de la divinidad en un cierto grado. En época helenística las interpretaciones de este ritual lo relacionaban con los conceptos de muerte e inmortalidad.

Fue Eleusis uno de los lugares más reacios a la penetración de tendencias sincréticas y sólo tenemos noticias de ello casi a finales de su existencia, en el siglo IV d. C., pues fue finalmente destruida en el siglo siguiente.

Hemos aludido a otros misterios célebres: los de los Cabiros de Samotracia. Su origen es muy antiguo, anterior a la presencia griega, y se celebraban en honor de una diosa frigia, semejante a Cibeles. Ella y sus consortes eran adorados como los grandes dioses de Samotracia, identificados, en parte, con otros dioses griegos tras el asentamiento allí de colonos griegos procedentes de Samos. Gran parte de la fama de los misterios de Samotracia estriba en una labor de propaganda, de sesgo misionero, realizada por sus sacerdotes y teólogos fuera de su entorno, hecho que los diferencia radicalmente de Eleusis. Así, el culto de los Cabiros se difundió e implantó en otras muchas ciudades, sobre todo de Jonia e islas egeas.

No obstante, el culto mistérico más importante fue el de Dioniso, identificado con el latino Baco. Aunque de origen no griego, probablemente tracio, fue introducido y asimilado en Grecia en época temprana, pues aparece ya en las tablillas micénicas. Su característica más importante era la de ser un dios de la fertilidad —como hijo de Semele, diosa tracio-frigia de la tierra— y del crecimiento de los frutos del campo. Entre los rasgos propios de su culto sobresale el hecho de que participaban de él tan sólo las mujeres, como sucedía con el de Deméter en algunos de sus ritos. En el invierno se celebraban unas fiestas de carácter orgiástico, en cuyo transcurso caminaban por los bosques y las montañas. Parte importante de ellas era la omofagia, rito consistente en descuartizar un animal vivo para comérselo crudo. Su objetivo era evidentemente la unión con el dios, encarnado en dicho animal.

Esta forma cultual, plena de ritos extáticos, pese a sus detractores, consiguió imponerse con enorme éxito. Sin embargo, en época helenística, es difícil juzgar la índole de su importancia religiosa, porque aparece de tantas maneras diferentes, que más parece tratarse de una moda que manifestación de un culto serio y verdadero hacia esa divinidad. Existen múltiples testimonios tanto de misterios como de orgías de Dioniso en Asia Menor y las islas, en las cuales los varones también participaban.

Existe una faceta de los cultos mistéricos que se apoyaba en profundas concepciones místicas, que se observa sobre todo en Italia ya en el siglo V a. C. Allí, probablemente, el culto de Dioniso se unía con ideas órficas sobre la inmortalidad del alma, el mundo futuro, la retribución divina, etc., extendidas entre los griegos del sur de Italia, acentuándose así la orientación del sentimiento religioso hacia una vida mejor en el más allá. El sena-

doconsulto *de Bacchanalibus* del año 186 a. C., a la par que muestra la popularidad del culto dionisíaco, lo limitó, mediatizando durante siglos el juicio de la Roma oficial sobre las religiones salvíficas extranjeras que celebraban fiestas comunitarias, pero no accesibles para todo el mundo.

9.2.4. Nuevas formas religiosas

Indudablemente, al hablar de innovaciones en el campo religioso, sucedidas en la época helenística, es necesario analizar, antes de referirnos a dioses del tipo tradicional, la introducción del culto a personas de carne y hueso como eran los reyes.

El culto al soberano

Hablamos, en efecto, de ello como novedad, pero, como suele suceder, no surgió de la nada, sino que contaba con numerosos antecedentes. En Oriente, donde Alejandro impuso la hegemonía griega, sustituyendo a los antiguos monarcas, la creencia en el rey como un representante de la divinidad en la Tierra era, o al menos lo había sido, habitual. Por esta razón, a la hora de buscar antecedentes de esta institución, es decir, del culto dispensado a los reyes helenísticos, se habla en primer lugar de la influencia oriental. Sin embargo, es necesario matizar tal afirmación pues, aunque la mentalidad griega puede parecer, en principio, ajena a esta idea, en realidad no lo era tanto. Veamos por qué.

a) Antecedentes griegos del culto al soberano

Para los griegos era claro, ya en fechas muy anteriores al Helenismo, que los hombres sobresalientes debían diferenciarse de los demás mortales, y que tenían unos derechos mayores y diferentes al resto de los individuos. Incluso Aristóteles, en un pasaje de su *Política* (III, 8 = 1284 a), lo formula de manera expresa y lo mismo puede decirse de otros filósofos, como el mismo Platón o Jenofonte, si bien de manera diferente. Igualmente poetas, magos, adivinos, etc., podían ser considerados, en función de poseer unas dotes extraordinarias, como *theoi,* es decir, divinos.

En ámbito griego era una costumbre antigua venerar como héroes, después de su muerte, la figura de estos seres destacados, cuyas virtudes eran enaltecidas y comparadas a las divinas en los cantos compuestos por los poetas para loa y gloria de dichas figuras, elevadas a la categoría de héroes. No obstante, hay que subrayar el hecho de que se trataba de un culto a personas muertas, no a seres vivos.

También el pensamiento filosófico había desarrollado el tipo de sabio, quien por sus cualidades carismáticas personales y su saber era considerado el más adecuado para dirigir la comunidad. Este hombre mejor, se-

gún los filósofos, es de suyo un rey y por tanto, le corresponde un derecho divino. A su vez, los estoicos predicaban que el reinado terrenal se correspondía con el de Zeus en el cielo, e igualmente otras doctrinas filosóficas helenísticas habían pretendido demostrar que la monarquía absoluta era la mejor forma de gobierno.

A diferencia de los orientales, los griegos no consideraban que el Estado fuera propiedad del rey, pero era normal para ellos que los intereses del Estado (es decir, la *polis* o *to koinón/ ta koiná* las cosas comunes) primaran sobre los individuales. La conquista de nuevos territorios modificó, en parte, tales creencias, al formarse grandes estados territoriales, desconocidos hasta entonces, por los griegos. Allí imperaba el derecho de guerra, según el cual, el vencedor disponía a su libre albedrío de los conquistados, es decir, se reconocía al soberano un poder absoluto.

Así pues, los antecedentes griegos existían. Además, todo aquello que convertía a algunos humanos en seres superiores, —la educación, el carisma, etc.—, estaban muy cerca de los dones de la divinidad. Ello justifica que, ya antes de Alejandro, se hubieran tributado honores divinos a reyes o generales victoriosos mientras estaban todavía vivos. Pueden citarse los casos de Siracusa, donde se rendían honores divinos, en principio durante los siglos V y IV, al soberano muerto, para hacerlos extensivos posteriormente al soberano viviente, venerado como benefactor. Isócrates, por ejemplo, saludó a Filipo II de Macedonia como si de un dios se hubiera tratado. Entre los generales victoriosos, merece la pena citar el caso de Lisandro, el espartano vencedor de Atenas en la guerra del Peloponeso, al que, según testimonio de Plutarco, se dispensaron honores propios de una divinidad. De estos hechos hasta la práctica de un culto divino permanente a algunas personalidades muy destacadas no hay un gran trecho.

b) El culto a Alejandro y los Diádocos

La brillantísima trayectoria de Alejandro Magno contribuyó, sin duda, a acelerar este proceso. Él mismo llegó a considerarse descendiente de Heracles, su héroe modelo, aunque ignoramos en qué momento se realizó en su interior esta transformación. Es quizá aquí donde verdaderamente comienzan las cuestiones acerca de las influencias convergentes, del mundo cultural griego y el de Oriente, que dieron lugar a este cambio de mentalidad. Es conocido cómo, tras su visita al santuario de Amón en Egipto y su consulta al oráculo allí existente, saludado por los sacerdotes como hijo del dios Ra, Alejandro se consideró hijo de Amón-Ra, divinida egipcia equiparada a Zeus. Para los egipcios era algo natural, pues Alejandro era el con tinuador, o mejor, el sucesor de los faraones y, en calidad de tal, hijo legítimo del dios.

Es claro, de todos modos, que desde ese momento el rey macedonio

promovió el cultivo de actitudes y otros signos externos que reflejaran adoración hacia su persona, aunque ya vimos en su momento la oposición de sus soldados macedonios a aceptar todo esto, de suerte que mientras vivió no llegó a consolidarse esta institución. No obstante, algunas ciudades griegas dispensaron a Alejandro durante su vida honores divinos. Que él los exigiera, basándonos para ello en la famosa carta del 324 dirigida a dichas ciudades, es cuestionable, puesto que las informaciones sobre dicha carta proceden de fuentes posteriores.

Los generales de Alejandro, los Diádocos, no aspiraron a recibir dichas honras, oscurecidos por la personalidad de su predecesor. Sin embargo, promocionaron la propagación del culto al rey macedonio. Ptolomeo I, tras apropiarse de su cadáver, lo llevó a Menfis y posteriormente a la capital, Alejandría, donde instituyó un culto oficial, sufragado por el Estado.

Pese a ello, la mentalidad griega estaba más preparada para poder dispensar esta adoración divina a los Diádocos, aprovechando el cauce más normal para ellos, como hemos dicho, de su consideración como benefactores, liberadores y salvadores de las ciudades griegas. El caso más célebre es quizá el de Antígono el Tuerto y su hijo Demetrio Poliorcetes, a los que Atenas, según nos cuenta Plutarco en la obra consagrada a la biografía de este último, instituyó un culto, en calidad de dioses salvadores, *theoi soteres,* consagrando el lugar donde primero echó pie a tierra Demetrio, erigiendo allí un altar a Demetrio Kataibatés, («el que desciende»).

Tras la adquisición de la titulatura real por parte de los Diádocos, las monedas acuñadas por ellos llevaban no sólo, como era habitual, el rostro del monarca, sino que dicha figuración iba acompañada frecuentemente por emblemas o atributos de la divinidad. Ya Alejandro había hecho algo en cierto modo similar, al plasmar en sus monedas en vez de su rostro el de Heracles, pero con sus rasgos físicos. De todos modos, conviene resaltar que los reyes divinizados no hicieron nunca uso de sus títulos divinos en su correspondencia oficial, ni instituyeron en vida un culto independiente para su persona. Tan sólo en un Egipto en franca decadencia se daría este fenómeno, como vamos a ver a continuación.

c) El culto al soberano en las monarquías helenísticas

Los soberanos de las monarquías orientales no tuvieron dificultad alguna en ser adorados como dioses. Ya hemos aludido al caso egipcio, donde el soberano, como sucesor del faraón, era considerado hijo de dios. No obstante, para la población griega del país del Nilo este culto presentaba las mismas dificultades que para el resto de los griegos.

El primer paso para su constitución y aceptación fue la nominación de Ptolomeo I y su esposa Berenice como dioses salvadores (*theoi soteres*), realizada por su hijo Ptolomeo II Filadelfo. En cuanto que se trataba de di-

funtos, este culto se enlazaba con el griego dispensado a los héroes, instituyéndose simultáneamente juegos y otras fiestas que realzaran la magnificencia de dicho culto.

El paso siguiente fue la divinización oficial hecha por este mismo soberano egipcio, para sí y su esposa-hermana, Arsínoe II, en vida de ambos, hacia el 270. Su culto como *theoi adelphoi,* o hermanos divinos, fue introducido en Alejandría, si bien no como uno nuevo, sino dentro del ya existente a Alejandro. Las estatuas de los dos nuevos dioses fueron erigidas en el templo de Alejandro, ocupándose de su culto los sacerdotes que servían al precedente del rey macedonio. Esta innovación se convertiría posteriormente en costumbre, al adoptarse por todos los demás soberanos posteriores.

Cabe preguntarse, sin embargo, sobre el objetivo perseguido por Filadelfo al introducir el culto al rey vivo, pues ello superaba ciertamente el marco tradicional que podía estar en la mente de un griego. Es posible, en efecto, que pretendiera crear un lazo de unión entre sus súbditos, pertenecientes a mundos culturales completamente diferentes, de manera que tuvieran un culto común que los aproximara. No obstante, no hay que perder de vista el momento en que ello se llevó a cabo: se trataba del período de mayor florecimiento político y económico del Egipto ptolemaico y, por tanto, del momento de mayor poder de la dinastía reinante. A su vez, la impronta dejada por la fuerte personalidad y brillante inteligencia de Arsínoe hizo que, tras su muerte, se le dedicara en Alejandría un culto aparte, en el que se la relacionaba con Afrodita. Esto mismo sucedería después con otros miembros de la dinastía, divinizados tras su muerte. La proximidad con la práctica griega de la heroización es, pues, evidente.

Con Ptolomeo IV Filopátor (222-204) el culto al soberano sufrió un cambio, al afirmar éste su descendencia de Dioniso, para confirmar lo cual hizo tatuar en su cuerpo el símbolo dionisíaco de una hoja de hiedra.

A partir del siglo II a. C., cuando el retroceso político del Egipto ptolemaico era evidente (había ya perdido sus posesiones ultramarinas), se impuso en la corte un ritual más marcadamente egipcio, coincidente, además, con el mayor peso específico adquirido en la política por el elemento de población autóctono. Así, las reinas posteriores a Cleopatra III, muerta en 101 a. C., eran proclamadas oficialmente con el nombre de Isis. Esta deificación tenía, no obstante una finalidad marcadamente política, sólo comprensible si se analizan las luchas intestinas por el poder en el seno de la dinastía, pretendiendo con ello realzar su importancia personal. La hierogamia de Marco Antonio con Cleopatra, en calidad respectivamente de Nuevo Dioniso con Isis, señala el momento cumbre que, sin embargo, no podría ser continuado por los avatares políticos que desembocarían, como es sabido, en la muerte de ambos.

En cuanto al culto al soberano entre los Seléucidas, las noticias son más

escasas, razón que nos impide conocer el momento exacto en que nació el culto al rey vivo.

Sabemos que Seleuco I fue divinizado tras su muerte como Zeus Nicátor por deseo de su hijo y sucesor. Quizá en la etapa siguiente, como sucedió en Egipto, se introduciría el culto al soberano viviente. En todo caso, los únicos testimonios de ello se refieren a Antíoco III, cuyo culto iba estrechamente unido al de Zeus y Apolo, dioses oficiales del Imperio Seléucida.

No obstante, dadas las características religiosas de los territorios seléucidas, donde existían templos célebres, dotados de gran cantidad de tierras explotadas por esclavos sagrados, con cierto grado de autonomía, etc., los monarcas parece que tendieron a favorecer estos cultos locales. Así pues, el culto al soberano sería concebido, al igual que hemos comentado para Egipto, como un elemento político, capaz de unir pueblos de distintas culturas, pero quizá aquí tardara en ser aceptado por todos más tiempo que en Egipto, pues los antecesores de los Seléucidas, los Aqueménidas, aunque tenían un ceremonial cortesano que elevaba al soberano muy por encima de sus súbditos, tal y como queda plasmado en sus representaciones artísticas, no eran considerados como dioses.

En todo caso, los testimonios que en el Imperio Seléucida tenemos del culto al soberano se debían a iniciativa de las comunidades. Sólo existe un documento, conocido a través de dos copias epigráficas, donde se atestigua la institución formal del culto por parte de los soberanos, mediante el nombramiento de los sumos sacerdotes o sacerdotisas en cada una de las satrapías en que estaba dividido el reino.

Entre los Atálidas, la dinastía más puramente griega de las helenísticas, no se dio el culto al rey vivo, sino únicamente el habitual al soberano difunto, pese a lo cual tenían en vida sacerdotes y sacredotisas. El más propenso a admitir este culto en vida parece ser el último representante de la dinastía, Átalo III, pues en las inscripciones aparece equiparado a los dioses protectores de la ciudad, Zeus, Asclepio y Hestia.

Entre otras novedades acaecidas en el ámbito de lo religioso durante la época que nos ocupa, podemos aludir para no extendernos demasiado a dos grupos de divinidades: las egipcias y las frigias.

Las divinidades egipcias

En relación con el primero de los grupos, vamos a tratar únicamente de las dos divinidades más importantes: Sarapis e Isis. Respecto a ambos, vamos a hacer unas breves consideraciones que expliquen el lugar que luego tendrían en la órbita religiosa helenística.

Isis era la diosa del trono real y, como tal, la madre de Horus, personificación mística del monarca reinante. Osiris era, además, la representación

mística del fértil territorio del valle, que cada año es inundado por el río y luego vuelve a despertar a su nueva vida. Simultáneamente Osiris era, sin embargo, el dios de los muertos y como tal se identificaba con el faraón ya difunto: representaba la vida del rey en el mundo de los muertos. La unión de Osiris con Isis resulta evidentemente de la mitología del trono y del rey: si Isis era la madre de Horus, es decir, del rey viviente, Osiris en cuanto monarca difunto, se convertía en su esposo y en padre de Horus.

Isis era ya conocida por Heródoto, y había sido equiparada por los griegos con Deméter. Pero su ascenso en el Helenismo se debió a su integración en el séquito de Sarapis, creación sincrética de este período, como ya se ha dicho. Fue, en efecto, Ptolomeo I quien, después de trasladar el cadáver de Alejandro desde Menfis a Alejandría, introdujo en esta ciudad una divinidad mezclada de Apis, buey sagrado, adorado en Menfis, y Osiris, el rey o faraón muerto, llamada en principio Oserapis, más tarde helenizado en Sarapis, cuyo aspecto contenía rasgos de Zeus y de Hades, sin semejanza alguna con los dioses egipcios. El culto y ritual de esta divinidad se conformó a los modelos griegos, aunque contenían también algunos elementos egipcios.

Sobre las verdaderas intenciones que movieron al hijo de Lago para introducir este nuevo culto, se ha especulado mucho. Probablemente tuvo una doble motivación: dotarse de un instrumento, también político en parte, que sirviera tanto a sus súbditos egipcios como a los que habitaban en otras regiones fuera de Egipto, Chipre, regiones de Asia Menor, etc., pero, sobre todo, buscarían su legitimación en calidad de herederos legales de los faraones mediante la adopción de una divinidad egipcia.

No obstante, la verdadera triunfadora de este proceso fue la helenizada Isis, ante la cual todos los dioses egipcios debieron ceder en importancia. De hecho, fue Isis la única divinidad de entonces que pudo convertirse en figura central de una religión universal, en cuanto diosa del cielo y madre del universo, en cuya figura convergían todos los atributos de capital importancia para la religiosidad de aquella época, si bien sus elementos egipcios la ayudaron a transformarse en una deidad universal. Donde mejor se puede comprender la figura de esta diosa es a través de las aretalogías de Isis, una especie de credo laudatorio e imprecatorio de la religión isíaca. Un ejemplo significativo de letanía aretalógica nos ha sido transmitida por Apuleyo, en el libro XI de sus *Metamorfosis.*

Ligados al culto de esta diosa, se celebraban misterios, algunos de cuyos detalles nos los aporta la citada obra de Apuleyo, aunque nada sabemos sobre lo que en realidad ocurría dentro del santuario durante las iniciaciones. La interpretación de ello no es otra cosa que un rito en el que se experimenta la muerte y un nuevo nacimiento, dando lugar, así, a un nuevo ser, distinto totalmente del anterior.

Los dioses frigios

Entre éstos la preeminencia absoluta la tiene, sin duda, el culto de la Gran Madre, Cibeles. Aunque el lugar central de su culto se encontraba en el santuario de Pesinunte, en Frigia, la veneración por esta diosa se extendió a Grecia en época temprana, si bien fue en occidente donde tuvo mayor eco.

La difusión de este culto se debe en gran medida a los ritos de carácter orgiástico, característicos de esta divinidad. El punto culminante de estas ceremonias era la castración de sus sacerdotes, efectuado en un momento de arrebato extático. Fuera de Pesinunte, sin embargo, este rasgo fue suprimido en la Grecia clásica por lo que representaba de sangriento y salvaje. Pero en época helenística vuelve a reaparecer.

Ligado al culto de Cibeles está el de su amante Atis, cuyos rasgos son asimismo brutales, dado que, según el mito, Atis se autocastra como castigo por su propia infidelidad.

En conexión con estos cultos, se celebraban en primavera unas fiestas religiosas, sumamente populares en Roma, razón que nos permite tener un conocimiento de ellas bastante detallado. La existencia de misterios es segura, aunque respecto al hecho de la castración de los *galli* no se sabe con certeza si era un rito iniciático de los consagrados a la Gran Madre, dudoso porque la clase sacerdotal superior de Cibeles no se castraba, o si se trataba de un culto sacrificial, en el cual se ofrecían a la diosa los testículos. De ser así, la iniciación mistérica de este culto tuvo que ser otro rito.

El *taurobolium*, unido al culto de la Gran Madre, era una especie de tauromaquia, pero, desde el comienzo de la época imperial, pasó a ser una parte del ritual de la Magna Mater y Atis. De hecho, la mayoría de los testimonios proceden del siglo II y III d. C. El gran sacerdote bajaba a una fosa, en la cual se sacrificaba a un toro, volviendo a subir a continuación chorreando sangre, siendo adorado por los allí presentes. El sentido específico del taurobolio se encuentra en la fuerza simbólica de la sangre, que borra la culpa y confiere al iniciado un nuevo nacimiento, por un período normalmente de veinte años, pasados los cuales ha de repetirse el rito. Hasta los siglos III y IV no fue concebido como verdadera iniciación mistérica.

En todo caso, es claro que las fiestas y ritos cultuales de la Magna Mater y Atis calaban profundamente en el ánimo de la gente, por su colorido, su ritmo unido a danzas excitantes, y sus primitivos ritos, fascinantes aunque brutales y faltos de atractivo para la mentalidad griega. Las exigencias morales y los preceptos ascéticos de la religión de la Gran Madre eran duros y rigurosos. La conciencia de culpa y expiación desempeñaban un papel importante como vivencias religiosas y experiencias espirituales por las

que la gente sentía gran necesidad y a las que no alcanzaban las especulaciones meramente filosóficas.

Entre los dioses frigios ocupa un lugar relevante Sabacio, relacionado desde antiguo con Dioniso y cuyo culto tenía igualmente un carácter orgiástico. El culto de Sabacio se extendió por el occidente durante época helenística. Tenía, en paralelo con Dioniso, rasgos mistéricos, celebrándose comidas comunitarias de carácter cultual que simbolizaban la absolución ante los jueces del Averno y la admisión en el banquete eterno de los bienaventurados.

Las tendencias sincréticas están muy marcadas en el culto de Sabacio. Así, es frecuente la asimilación de Sabacio con Zeus y con el culto del *Hypsistos*, es decir, del dios supremo, así como la unión ocasional con los ritos en honor de la Gran Madre y posteriormente con Mitra. Curiosa es su identificación con Yahvé.

La Astrología

Las creencias de carácter astrológico son extrañas al pensamiento griego, pues sus raíces auténticas están en Babilonia; gracias a los contactos comerciales tales ideas se fueron extendiendo poco a poco en el ámbito mediterráneo. Hemos, pues, de esperar al siglo IV para que dichas creencias empezaran a conocerse entre los griegos, de la mano de un Eudoxo de Cnido o del discípulo y sucesor de Aristóteles, Teofrasto. Ya en el siglo III la fe babilónica en el poder de los astros de había expandido por el Oriente griego. Fue el sacerdote babilonio Beroso, autor de una historia de Babilonia, dedicada a Antíoco I, quien puso al alcance de los griegos las creencias astrológicas. Evidentemente, en el arraigo de estas ideas participaron eficazmente la ciencia griega y la nueva religión junto a las teorías filosóficas del helenismo.

En Alejandría, el más esplendoroso centro de la actividad científica griega de época helenística, la astrología conoció un gran desarrollo, llegándose a encontrar sistemas para determinar el destino astrológico con ayuda de los métodos matemáticos más avanzados, pues los resultados científicos de los astrónomos helenísticos habían sido muy superiores a los de sus predecesores babilonios. Hiparco de Nicea, el astrónomo más importante de la Antigüedad, en el siglo II vivió durante un tiempo en Alejandría, estaba convencido de la verdad de la astrología. La matemática y la mística no se excluían.

Si la astrología se presentó en el Helenismo como un sistema científico consecuente y pudo imponerse, es porque sirvió de marco a una nueva interpretación religioso-filosófica del mundo, donde la vieja religión de la *polis* ya no servía a unas gentes que vivían en un mundo mucho más amplio, más móvil, más universal y abierto que el anterior, cerrado, de la *polis*. Así,

la Estoa, la más importante filosofía universalista, recurrió para la formulación de su cosmología a conceptos astrológicos universalmente válidos. Y fue un filósofo estoico, Posidonio de Apamea, quien con sus escritos contribuyó decisivamente a la difusión de los conocimientos astrológicos que no se popularizarían, sin embargo, hasta la época imperial romana.

El orfismo y las concepciones de la vida en el más allá

Independientemente del problema de sus orígenes, a los que obviamente no es posible dar cabida en esta breve síntesis, podemos decir que los mitos y el misticismo órficos debieron ejercer una influencia considerable en la evolución de los misterios griegos. La zona más importante para la evolución del misticismo órfico fue Italia meridional, antigua sede de los pitagóricos, los cuales, al parecer, desaparecieron en época helenística primitiva. Es posible que orfismo y pitagorismo se fusionaran en este ámbito en el siglo IV.

En todo caso, un rasgo característico de esta teología era la tendencia al monoteísmo, aunque se mantenían las especulaciones politeístas de las teogonías órficas antiguas. Pero la influencia más profunda del orfismo fue la popularización de su doctrina sobre la transmigración de las almas, con sus ideas sobre el Hades o Tártaro y el castigo de los malvados después de la muerte, configuradas en conexión con la fe popular. Era creencia común en época helenística que las almas, después de la muerte, seguían existiendo entre sombras, donde vagaban sin verdadera consciencia. Al mismo tiempo, seguían perviviendo diversas creencias antiguas sobre los muertos, por ejemplo, que necesitaban de alimentos durante su tránsito al más allá, lo que reflejaba tanto en su culto, como en los ritos de enterramiento y prácticas mágicas. Todo ello era el reflejo de la creencia, cada vez más extendida, en la pervivencia del alma después de la muerte, ya para sufrir en el Hades los castigos por sus malas acciones, ya para alcanzar un lugar de eterna alegría y felicidad o para convertirse en héroe. Las doctrinas órficas y las posteriores de los neopitagóricos parecen haber sido el catalizador para la formación y divulgación de la idea de la inmortalidad.

Igualmente, como acabamos de indicar, los órficos mantuvieron antiguas creencias sobre el emplazamiento del lugar de castigo en las profundidades de la tierra y sobre los campos de los bienaventurados en el lejano occidente, pues tales eran las convicciones vivas entre el pueblo. De esta fuente proceden las descripciones del infierno divulgadas en época helenística y vigentes luego entre los romanos, así como judíos o cristianos. Platón había sido el primero en asumir las concepciones órficas sobre la justicia y la retribución, y sus discípulos las habían divulgado por todo el mercado semifilosófico de las creencias populares. Su divulgación demuestra

que la idea de la justicia, imposible de realizar en el orden político, estaba ligada casi exclusivamente al equilibrio justo entre retribución y castigo individual en la vida de ultratumba. Se explica, así, por qué se mantuvo una concepción mítica del mundo, en contra de un conocimiento científico más ajustado a la realidad.

9.3. Literatura griega helenística

La literatura griega, aunque parezca innecesario decirlo, estaba no sólo al servicio de los aspectos culturales tratados, Filosofía y Religión, sino en estrecha conexión con ello. Por lo demás, era la literatura predominante no sólo en la misma Grecia, sino en todos los estados helenísticos gobernados por macedonios. La lengua griega era la primera lengua oficial, utilizada también por los orientales cultos. No obstante, en el Próximo Oriente el arameo estaba muy extendido, razón por la cual continuó siendo el lenguaje popular más común del que se servían también para entenderse los comerciantes y los dirigentes del comercio caravanero.

9.3.1. Los géneros literarios clásicos y su tratamiento en el Helenismo

Hacia fines del siglo IV nació en Atenas la Comedia Nueva que no llegaría a alcanzar nunca las cotas de las comedias de Aristófanes, sino que más bien se orientaba hacia dramas de inspiración trágica, en concreto del tipo cultivado por Eurípides. Los representantes de este género, en especial Menandro (342-ca. 292) y Filemón (ca. 360-ca. 264), ya no trataban cuestiones referentes a la *polis* y su problemática política, sino que se ocupaban de temas relacionados con las preocupaciones cotidianas del individuo. Emergen, así, tipos procedentes de grupos socialmente marginados, como los campesinos, las heteras, los esclavos, etc. que, sin embargo, nunca aparecen en otros géneros literarios o, si lo hacen, es fuera de su contexto vital auténtico.

Este alejamiento de la Comedia respecto a temas políticos relevantes, está en sintonía con las directrices filosóficas que se orientan igualmente en esta misma dirección. De todas formas, conviene señalar que de la Comedia Nueva se han conservado escasas obras. Sólo el *Dyscolos* (*El descontento*) de Menandro se ha conservado íntegro en papiros; otras obras las conocemos únicamente de manera fragmentaria o a través de traducciones o adaptaciones literarias latinas, especialmente de autores como Plauto o Terencio. A este tipo de escritores hay que reconocerles de todos modos unas dotes más que notorias de observación y penetración psicológica.

La crítica de carácter político se mantuvo en las sátiras populares, las cuales no iban ya dirigidas contra la oligarquía de las ciudades o contra las decadentes democracias, sino que tenían como temas clave las nuevas fuerzas sociales en las que estaba también incluida la monarquía. Se han conservado fragmentariamente la parodia de los filósofos de Timón de Fliunte y también las sátiras de Menipo de Gádara, crítica de las doctrinas de los filósofos y manifiesto de la necedad humana.

Sin embargo, la tragedia, ligada a la *polis*, perdió importancia por más que las obras clásicas de los grandes autores trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, continuaban siendo representadas. No hubo, por el contrario, nuevas creaciones literarias de esta clase, ni siquiera entre los miembros de la comunidad intelectual griega existente en las cortes helenísticas donde dichas tragedias se representaban.

En contraposición con lo que acabamos de decir, hay que reseñar el florecimiento de formas literarias hasta entonces consideradas secundarias dentro de géneros como la lírica y la épica. Por ejemplo, el epinicio, o cántico de victoria, que en época clásica solía utilizarse en honor especialmente de los vencedores de las Olimpiadas, cultivado por autores como Píndaro, Baquílides, etc., sufre durante el helenismo un retroceso, siendo sustituido por el *enkomion*, o cántico de alabanza dirigido a los gobernantes, especialmente a los reyes de las diferentes dinastías helenísticas. Muy conocido es el encomio dedicado por Teócrito, poeta activo entonces en la corte de Alejandría, a Ptolomeo, mortal como todos los humanos, al que compara o aproxima al inmortal Zeus.

Estos encomios contenían datos biográficos precisos de los personajes a los que iban dedicados y, por esta razón, ejercieron una gran influencia en el desarrollo del género biográfico. Entre los favorecidos por esta clase de literatura están, además de los reyes, los generales victoriosos, como el rey epeirota Pirro o el dirigente aqueo Arato de Sición.

En el ámbito de la poesía épica hay que mencionar a Apolonio de Rodas (ca. 295-215), cuya obra las *Argonáutica,* que narra el viaje de Jasón a la Cólquida para recuperar el vellocino de oro, iba dirigida más bien a una élite de gentes cultivadas, las únicas capaces de valorar y entender su contenido, dado que la obra constituye un enorme esfuerzo de erudición. Hay en ella una imitación de la épica clásica, pero entonces ya no interesaba, puesto que la atención de la gente, tal y como vamos viendo, no se dirigía entonces hacia composiciones de tipo nacional o religioso.

Mayor éxito tuvieron las obras de Calímaco de Cirene, bibliotecario de Ptolomeo II Filadelfo (desaparecido en torno al 240). De este autor mencionaremos sus *Aitiai* («Causas»), pertenecientes al género elegíaco, las cuales, de acuerdo con su nombre, narran leyendas, historias y el origen de muchas costumbres civiles y religiosas. También los *Epigramas,* que en esta época no tienen ya carácter funerario, pudiendo servirse de ellos para

describir o aludir a cualquier aspecto de la vida. Los de este poeta son amorosos, votivos y funerarios. Por último, mencionamos sus *Himnos* en los cuales se evidencia la decadencia de la antigua religión. No obstante, se trataba, en definitiva, de poesía cortesana, que no llegaba ni a la población griega, excepción hecha de los habitantes de las capitales, ni a la masa de orientales.

Más significativo que los mencionados Apolonio Rodio o Calímaco fue Teócrito de Siracusa, poeta que vivió en la primera mitad del siglo III en Alejandría adonde fue llevado siendo muy joven. En sus *Idilios*, una especie de poesía pastoril refinada, supo plasmar la vida de los diferentes estratos de la población alejandrina en imágenes llenas de veracidad y realismo.

El auténtico conquistador de la escena en esta época fue el mimo, cuyos antecedentes no hay que buscarlos en Grecia sino en las antiguas farsas sicilianas de Sofrón o en las llamadas «canciones jonias» cultivadas en Asia Menor. En este género, el autor más digno de mención es Herondas, procedente probablemente de Cos, pero activo en Alejandría. En sus *Yambos* retrató, como ningún otro autor de su época, a las gentes de los estratos medios y bajos habitantes de las ciudades. Su lenguaje literario es un dialecto jonio arcaizante característico, más bien vulgar e incluso grosero, pero, a la par, sólo susceptible de ser captado en su plenitud por las élites intelectualmente cultivadas.

Una forma especial de lírica, nacida también en época helenística, es la de carácter didáctico, con su contenido de datos científicos o técnicos, puestos en forma de versos, destinados a ser aprendidos de memoria. De este género se nos han conservado las *Apariciones celestes* o *Fenómenos*, poesía de Arato de Solos (310-240), que conecta con la obra del astrónomo Eudoxo de Cnido.

Esta concentración de poetas griegos en Alejandría se justifica por la existencia allí del Museo, con su conocidísima Biblioteca. El uso de un mismo vocablo no debe llevarnos a confundir el contenido de una institución muy diferente en el mundo antiguo a la de hoy día. Como su mismo nombre indica, los Museos eran para los antiguos sólo una especie de santuarios de las Musas. Unicamente en la Corte ptolemaica el Museo fue una institución dedicada a la investigación. Su Biblioteca constaba de unos 700.000 volúmenes, en forma, claro está, de rollos. La de Pérgamo, también conocida universalmente, tenía aproximadamente unos 200.000. Otras bibliotecas importantes en la Antigüedad eran las de Perseo, rey de Macedonia, y la de los reyes pónticos. Bibliotecas públicas había en muchas ciudades griegas de manera que el comercio de libros, testimoniado, aunque en pequeña escala, desde el siglo V, se ampliaría notablemente en la época que nos ocupa.

La consecución del pergamino, a base de la piel de los animales tra-

tada convenientemente, hacia el 180 a. C., serviría, en principio, sólo para cubrir las necesidades de la Biblioteca de Pérgamo. Posteriormente, durante el Imperio, se generalizaría su uso, manteniéndose en todo caso, el empleo del tradicional papiro, monopolio y objeto de exportación de los egipcios. El hallazgo de la fabricación del pergamino coincidió con la prohibición de exportación de papiro. Así, todos los documentos económicos relativos a la vida social de Egipto, están escritos en papiros. Igualmente muchos textos literarios, desde Hesíodo hasta Calímaco, han llegao hasta nosotros gracias a las copias realizadas en papiros.

9.3.2. Nuevas formas literarias y su cultivo en época helenística

La ruta seguida por Alejandro Magno tuvo, entre sus múltiples consecuencias, la de despertar el interés de los griegos por otros ámbitos geográficos, con sus correspondientes pueblos y formas culturales características. No se trata en sentido estricto de un hallazgo de época helenística, pues existe un tipo de literatura, llamada de Periégesis, cultivada con anterioridad a este período, cuyo contenido tiene mucho que ver con este interés por formas de vida y gentes ajenas al mundo griego.

Esta curiosidad se encuentra en la base de obras como la de Estrabón (ca. 63 a. C. - ca. 20 d. C.), originario de Amasia, en el Ponto, el autor más relevante de cuantos cultivaron el género geográfico. Pero Estrabón tuvo durante el Helenismo importantes predecesores, como el efesio Artemidoro (hacia el 100 a. J.), cuyo *Periplo* trataba de una navegación por las costas mediterráneas. Agatárquides de Cinido describió en el siglo II el Mar Rojo, por el que se entendía la parte del océano Índico que baña el sur de Arabia. La mejor descripción de la India de esta época fue la realizada por Megástenes, enviado de Seleuco I a la corte maurya del rey Chandragupta. No se limitó a ofrecer datos de tipo geográfico, es decir, descripciones de lugares, sino que se ocupó también del sistema de castas característico de los hindúes, de su religión, cultos, etc.

Las regiones del occidente mediterráneo, así como las situadas más allá de las columnas de Hércules, fueron objeto de interés para el masaliota Piteas, quien entre 330-325 efectuó una exploración de las costas atlánticas, alcanzando el N. de Europa e incluso el Báltico.

Estrabón, aún poniendo en duda su credibilidad, siguió sus descripciones a la hora de ocuparse de ámbitos geográficos como Bretaña o Italia, etcétera.

Igualmente, otro historiador y filósofo grecooriental Posidonio de Apamea, fuente asimismo de Estrabón, se hizo eco de experiencias similares. Citemos entre ellas las exploraciones del litoral índico, efectuadas durante el reinado de Ptolomeo Euérgetes por Eudoxo de Cicico o el intento de circunnavegación de Africa, partiendo de Cádiz.

Relacionado con el género anterior se halla otro típicamente helenístico: la novela. Su nacimiento se debe a la confluencia en esta época de influjos variados. Así, toma elementos procedentes de las ideas antes expuestas respecto a las descripciones geográficas, junto al hecho de manifestarse de manera pujante el individualismo, en cuanto que es el hombre, no la comunidad, quien aparece como actor y motor de los acontecimientos históricos. A su vez, otros elementos proceden de la filosofía, etnografía, historia y otras formas de expresión literaria.

Dentro de este género pero enraizadas en ámbito social, son las utópicas descripciones de un estado solar y de las islas de los Bienaventurados, nacidas en el siglo III, y que constituyen, en realidad, auténticas novelas de ficción.

La *Heliópolis*, o Estado solar, de Yámbulo consistía en una organización donde todos los hombres fueran iguales y tuvieran los mismos derechos de propiedad, educación, etc. Todos tenían trabajos similares en las distintas ramas de la economía, recibiendo a cambio unos beneficios iguales para todos. La esclavitud y la familia son instituciones que no tienen cabida ni sentido en una sociedad regida por el principio de igualdad. Por tanto, las mujeres y los hijos pertenecen a la comunidad. Como dioses adorados por los habitantes de este Estado, aparecen el Sol y los demás cuerpos celestes.

Algo anterior es Evemero de Mesene, cuya obra *Escritos sagrados* presenta parentesco evidente con la recién comentada de Yámbulo, al propugnar la existencia de unas islas de los Bienaventurados, caracterizadas por una sociedad con propiedad común de todos los medios de producción y con una vida social organizada por una élite, compuesta especialmente por sacerdotes pero también por artesanos, artistas y toda clase de trabajadores. Los dioses aparecen explicados de manera racional como reyes o héroes del pasado, engrandecidos luego a la categoría de seres divinos. La importancia de Evémero es excepcional en la historia de la fenomenología de las religiones, pues sus ideas han sido el comienzo y primer impulso a las explicaciones psicológicas modernas sobre el origen de la creencia en las divinidades.

De autores orientales, sabemos muy poco, pero, en todo caso, es necesario reseñar la aparición en esta época de una rica literatura judía escrita en parte en griego, compuesta por obras de diferentes géneros, especialmente apocalíptico, conocidas globalmente como Apócrifos del Antiguo Testamento (*Libros de Henoc; Jubileos; Oráculos Sibilinos judíos; Testamentos de los Doce Patriarcas; Libro IV de Esdras y Apocalipsis (siriaco) de Baruc*). Su importancia, no sólo literaria sino especialmente cultural, queda de relieve al considerar que esta serie de escritos constituyen el puente ideológico entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y que sin una debida

atención a estos escritos, es imposible comprender el avance teológico que el Nuevo Testamento supone sobre el Antiguo.

Como se ha dicho ya anteriormente, una característica del Helenismo es el interés por el conocimiento histórico de pueblos extranjeros. Esta curiosidad comprendía, asimismo, la propia historia del pueblo griego y sus relaciones con otros. En este género el autor más importante de la época que estudiamos es el aqueo Polibio de Megalópolis (ca. 200-120), continuador del modo de escribir Historia inaugurado por Tucídides y que desempeñó un papel activo en la política en calidad de hiparco de la Liga Aquea, para ser trasladado posteriormente como rehén a Roma. Escribió una *Historia Universal* en la que narraba el ascenso de Roma hasta convertirse en la potencia hegemónica del Mediterráneo. Se componía de 40 libros de los cuales se han transmitido completos sólo cinco, comenzando en la primera guerra púnica y terminando en la destrucción de Corinto.

Los escritos históricos habidos en las regiones orientales influenciaron fuertemente la historiografía posterior, surgida durante el Imperio romano —Arriano de Nicomedia, Plutarco, Josefo, etc.—, pero no se nos ha conservado de manera directa. Aparte de los historiadores de Alejandro y los Diádocos, podemos mencionar los fragmentos de una *Historia de Babilonia*, escrita en griego, por Beroso (hacia el 280 a. C.) y los de una *Historia de Egipto*, debida a la autoría de Manetón. Estos, representantes de los estratos sociales orientales altos, tuvieron interés en mostrar a los nuevos señores macedonios la grandeza histórica de sus respectivos pueblos.

9.4. Artes y ciencias

9.4.1. Arquitectura

Como otros aspectos culturales tratados hasta ahora, también éstos, durante el helenismo y tanto en Europa como en Asia o Egipto, están ligados a las ciudades, lo cual es especialmente claro en el caso de la Arquitectura.

La estructura hipodámica de las ciudades, donde las calles paralelas y perpendiculares se cruzan formando ángulo recto, se impuso de manera definitiva. Como ejemplo puede servir el caso de Pérgamo que hubo de ejecutar unos inmensos trabajos de planificación para posibilitar la estructura hipodámica en el ensanche de la ciudad, subsiguiente a su conversión en una de las grandes metrópolis de Asia Menor, en su calidad de capital del reino.

Igualmente, numerosas ciudades orientales adquirieron aspecto griego al construirse en ellas instalaciones como el ágora, galerías porticadas, con columnas, de uno o dos pisos, gimnasios, estadios, templos y teatros, la

mayoría de las veces de dimensiones demasiado grandes para dar acogida en ellos a la capa de población griega.

En Grecia, la actividad constructora sufriría un retroceso a consecuencia de las innumerables guerras que debieron de tolerar los griegos. En Atenas, nuevas construcciones sólo eran posibles como resultado de fundaciones realizadas por los reyes helenísticos orientales. En ellas se impuso definitivamente el estilo corintio, frente al jónico, estrictamente clásico.

Nuevos elementos arquitectónicos sólo fueron introducidos en las capitales de los reinos de Oriente. Así, cúpulas y bóvedas se emplearon al principio en construcciones palaciales o religiosas. En las ciudades donde existían Museos (Alejandría, Pérgamo), eran no sólo centros culturales de mayor o menor brillantez, sino edificios representativos de los capitales. Una obra arquitectónica digna de mencionarse expresamente fue el faro de Alejandría, concebido por Sóstrato de Cnido hasta el 280 y construido en la isla de Faro, hoy península.

Naturalmente, en las regiones orientales se mantuvieron las formas constructivas locales, tanto las dedicadas a vivienda como las dedicadas a los dioses. En este sentido, ciudades como Babilonia y Uruk en Mesopotamia, Damasco y otras en Siria, Dendera y Menfis en Egipto, mantuvieron su aspecto totalmente oriental.

9.4.2. Escultura y Plástica

Esta faceta artística, ligada frecuentemente a la arquitectura, mantuvo en Grecia su alto nivel, gracias sobre todo a la escuela de Sición, organizada en torno a Lisipo (fines del siglo IV). También en ella se observa, desde fines del siglo III, una tendencia hacia formas barrocas, abandonándose el realismo del clasicismo. Representaciones como la del llamado gálata moribundo son prácticamente impensables en el clasicismo o en los comienzos del Helenismo.

Los escultores helenísticos opusieron a los frontones clásicos, algo estereotipados, una mayor profundidad y perspectiva. Esto se manifiesta de manera especialmente clara al comparar los relieves del Partenón, del siglo V, con los frisos de dioses y gigantes del Altar de Zeus de Pérgamo, datado en torno al 180. Esta tendencia al barroquismo aumenta a fines del siglo II y el siglo I, como demuestra el grupo del Laoconte, obra de un escultor de la escuela de Rodas, pero al propio tiempo los artistas vuelven a la austeridad formal del clasicismo, convertida frecuentemente en auténtico plagio.

De todas formas, es indudable que el Helenismo produjo obras de arte auténticamente imperecederas. Esto es válido desde luego para obras monumentales, a las que la época helenística era especialmente propensa, como el desaparecido Coloso de Rodas, estatua de bronce de unos 37 me-

tros de altura, figuración del dios sol, Helios, obra del siglo III, debida al artista rodio Cares. Pero también se beneficiaron de esta tendencia otras esculturas, como la Victoria de Samotracia, datada en torno al 190 y realizada por un escultor rodio desconocido o la Afrodita de Melos.

Durante el Helenismo, al igual que en las épocas anteriores, las clases altas de las ciudades y los reyes eran los que posibilitaban la realización de tales obras, para regalarlas después a las ciudades que con ellas realzaban su belleza y majestuosidad. Los objetivos propagandísticos, es decir, políticos, constituían en la mayoría de las ocasiones el fundamento de tan generosas dádivas.

Simultáneamente puede hablarse del desarrollo de una plástica más humilde, de clara tendencia realista, realizada en terracota. Reproduce escenas de la vida cotidiana y tipos de personas comunes, como bailarinas, actores, etc. Las más conocidas provienen de la localidad beocia de Tanagra, alcanzando su punto culminante en el siglo III.

La ligazón entre un arte hecho por encargo y unas figuraciones con tendencia realista abocaron a un desarrollo del retrato, que desde el siglo III alcanzó una marcada individualización. Fundamento de ello fueron, sin duda, los retratos de los monarcas. Digno de mención es, por ejemplo, que los reyes ptolemaicos hicieran representarse tanto según tradición griega, al estilo de héroes desnudos, semejantes a dioses, como según la tradición egipcia en calidad de faraones, siguiendo el esquema tradicional de representación frontal.

En todo caso, el arte griego era en época helenística lo suficientemente fuerte como para irradiar su influjo hasta la India (así el arte de Gándara en Bactriana y los culturas Kusan y Gupta) y a regiones de Africa, fuera de Egipto, como Etiopía. Por supuesto, la influencia más inmediata la sufriría el arte romano a través de las colonias griegas del Sur de Italia y Sicilia.

Las marcadas diferencias sociales y económicas conllevaron, en el caso de las clases superiores, el exceso en la utilización de toda clase de objetos artísticos: muebles, vajillas, adornos de toda clase, cada vez más costosos. Lo mismo puede decirse de los hábitos en las comidas, con el consumo de alimentos exóticos importados, como pescados, especias, etc.

No obstante, la educación hizo progresos, haciéndose extensiva a mayor número de personas la adquisición de los conocimientos básicos, en la línea marcada ya por Aristóteles. Determinados aspectos del saber, como retórica o filosofía, continuaron siendo, no obstante, patrimonio de aquellos que podían acceder a unos estudios superiores.

9.4.3. Ciencias y técnicas

El estudio de filosofía comprendía en la Antigüedad una gran proporción de disciplinas de carácter científico, enseñadas, por tanto, en el gim-

nasio. Esto, en consonancia con las necesidades de las distintas cortes helenísticas, condujo a una serie de hallazgos y descubrimientos sorprendentes.

Así, Ctesibio (ca. 300-240) desarrolló en Alejandría, entre otros inventos, una catapulta que se disparaba por aire comprimido. También Herón de Alejandría descubrió las posibilidades de utilización de la fuerza producida por el vapor. En el campo de la Medicina, podemos reseñar que Herófilo de Calcedonia descubrió la relación entre el corazón y el pulso, así como la existencia de nervios, gobernados por el cerebro. Escribió tres libros de *Anatomia* que marcaron una nueva época.

En cuanto a las Matemáticas, hay que mencionar la gran figura de Buclides (365-300), activo en Alejandría. Su significación estriba en haber sistematizado todos los conocimientos matemáticos desde el siglo V, sobre todo a partir de Pitágoras, reuniéndolos en sus *Elementos,* compuestos de 13 libros. Los árabes salvaguardaron su obra, llegando a Europa a través de ellos, influenciando, así, toda la matemática moderna.

Otro nombre glorioso es el de Arquímedes de Siracusa (287-212) que también estudió en Alejandría, si bien sus investigaciones geniales las desarrolló tras el regreso a su patria. Podemos mencionar, entre otros descubrimientos, la relación entre un círculo y su diámetro, fundamentó los presupuestos y las bases para el cálculo infinitesimal y, sobre todo, formuló los primeros principios de la hidrostática, uno de los cuales lleva su nombre. También realizó hallazgos de inmediata aplicación práctica, como la polea compuesta y el tornillo sin fin, además de artefactos, útiles en el campo defensivo de las ciudades en caso de guerra.

Dentro del ámbito científico, no podemos dejar de mencionar la Astronomía. Esta ciencia se cultivó especialmente en el observatorio astronómico de Alejandría, si bien estaba fuertemente influenciada por las babilonios. En Mesopotamia, Kidinnu (Kidenas) de Sippar calculó, en el siglo IV, con casi absoluta exactitud la duración de un año. Heraclides del Ponto (388-310), descubrió que los planetas Venus y Mercurio giraban alrededor del Sol. Pero el astrónomo sin duda más importante de esta época fue Hiparco de Nicea (ca. 190-125), quien fundamentó científicamente la teoría del geocentrismo, es decir, que el sistema solar, el Sol y los planetas, giraban en torno a la Tierra. Habrá que esperar a Copérnico para llegar al heliocentrismo, descubrimiento que, como es bien sabido, le costó la vida. Otros nombres ilustres son Seleuco de Seleucia en Babilonia (hacia el 150 a. C.) y el sirio Posidonio de Apamea (135-51). Es de reseñar, que Eratóstenes de Cirene (ca. 275-292) afirmara que desde la Península Ibérica, siguiendo en dirección oeste, se podía alcanzar la India. Calculó, además, el perímetro de la Tierra con bastante proximidad a lo que es realmente.

Desde el punto de vista práctico el descubrimiento más relevante corresponde a Eudoxo de Cicico hacia el 115 a. C., el cual, partiendo del sur

de Arabia, aprovechando el monzón, navegó hacia el este, lejos de la costa, llegando a la India. De esta manera, el viaje entre Egipto y la India se acortaba considerablemente, bajando el precio de las especias indias.

Todos estos avances en los conocimientos en el campo de la astronomía y los progresos técnicos, no fueron aprovechados, sin embargo, para lograr un crecimiento de la producción total, sino que continuaron siendo un medio válido para el mantenimiento de las Cortes reales, para acabar finalmente en el olvido. El sistema productivo sobre el que se fundamentaba el Imperio Seléucida y el Ptolemaico, no tenían base suficiente para introducir tales novedades en la producción. Por su parte, los estados griegos, cuyo sistema productivo podía haber sido más propicio para ello, estaban sumidos en una crisis demasiado profunda como para permitirse tales gastos de capital, inherentes a la introducción de novedades tecnológicas. Como excepción, puede mencionarse la adopción de la ya citada catapulta de Ctesibio y otras máquinas de asedio, pero, de todo lo demás, nadie obtuvo nada positivo.

10.

Apéndice
Selección de textos

Arminda LOZANO
Universidad Complutense

Texto 1:
Reunión de los Diádocos en Babilonia tras la muerte de Alejandro Magno (Junio del 323 a. C.)

1. Arriano historió también los sucesos tras la muerte de Alejandro en diez libros. En ellos se contiene la sedición en el ejército, y la proclamación de Arrideo, el hijo que tuvo Filipo, padre de Alejandro, de Filine de Tesalia, bajo la condición que reinara conjuntamente con Alejandro (Magno). Esto fue lo que ocurrió cuando aquél vio la luz del día. Proclamaron a Arrideo y le cambiaron el nombre en Filipo. 2. Hubo una disputa entre la infantería y la caballería; los más eminentes entre los jefes de la caballería eran: Pérdicas, hijo de Orontes, Leonnato, hijo de Anteo, y Tolomeo, hijo de Lago; después de ellos, Lisímaco, hijo de Agatocles, Aristón, hijo de Piseo, Pitón, hijo de Crateva, Seleuco, hijo de Antíoco y Eumenes de Cardia. Éstos eran los jefes de la caballería, y Meleagro lo era de la infantería. 3. Se enviaron mutuamente muchos embajadores, y al final se llegó a un acuerdo entre los de la infantería, que habían proclamado al rey, y los jefes de la caballería con la siguientes condiciones: Antípatro sería comandante en jefe de Europa; Cratero, protector (*prostates*) del reino de Arrideo; Pérdicas sería el *quiliarca* de la quilarquía que había tenido Hefestión (esto lo constituía en el supervisor de todo el reino), mientras que Meleagro quedaría como lugarteniente de Pérdicas. 4. Éste, con el pretexto de purgar el ejército, hizo prender a los más conspicuos jefes de

la sedición, y los ordenó matar en su presencia como si fueran órdenes de Arrideo, con lo que infundió gran terror en el resto de las tropas. No mucho después, acabó también con Meleagro. 5. Por estas acciones hubo mutuas sospechas entre Pérdicas y todos los demás. Sin embargo, actuando como bajo las órdenes de Arrideo, decidió nombrar (como gobernadores) de las satrapías a aquellos de los que sospechaba; así, Ptolomeo hijo de Lago fue encargado del gobierno de Egipto, Libia y cuantas tierras de Arabia hay colindantes con Egipto, mientras que Cleómenes, que había sido comisionado por Alejandro para mandar esta satrapía, quedó como su lugarteniente; Laomedonte debía gobernar Siria, cercana a Egipto, y Pitón, la Media; Eumenes de Cardia, Capadocia y Paflagonia y toda la ribera del Mar Negro hasta la ciudad griega de Trapezunte, colonia de Sínope; 6. Antígono (quedaba al mando) de los panfilios, de los licios y de la Frigia Mayor; Csandro, de los carios; Menandro, de los lidios; Leonnato, de la Frigia Helespóntica, que Calas había recibido de Alejandro y que luego pasó a Demarco. Tal fue la distribución de las provincias en Asia. 7. Respecto a Europa, Tracia, y cuantos pueblos hay vecinos a los tracios en el Quersoneso hasta la zona costera, en Salmideso, en el Ponto Euxino, fueron entregados a Lisímaco; las regiones más allá de Tracia, así como los ilirios, tribalos, agrianios, la misma Macedonia, el Epiro, así como las zonas hasta las montañas Ceraunias, junto con todos los griegos fueron divididas entre Cratero y Antípatro. 8. Así fue la repartición de las provincias; muchas zonas, sin embargo, quedaron sin repartir bajo el mando de jefes locales tal como había sido ordenado por Alejandro.

ARRIANO, citado

por Focio, *Biblioteca* 92, p. 69 a 1 = F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*. Berlín 1923-156 F I, par. 1-8, pp. 840-841. El resto del reparto (las satrapías orientales) puede encontrarse en Diodoro, XVIII 3, 2-5.

Texto 2
La paz del 311 y el final de la dinastía argéada

Durante el arcontado de Simónides en Atenas (311/10) los romanos eligieron a Marco Valerio y a Publio Decio como cónsules. En su consulado Casandro, Tolomeo y Lisímaco con sus gentes llegaron a un acuerdo con Antígono y firmaron un tratado. Entre los términos se decía que Casandro sería comandante en jefe de Europa hasta que Alejandro, el hijo de Roxana, fuera mayor de edad; que Lisímaco gobernara Tracia; Tolomeo, Egipto y las ciudades vecinas en Libia y Arabia; Antígono gobernaría toda Asia, mientras que los griegos debían ser autónomos. Sin embargo, no se mantuvieron fieles a los términos de ese tratado, sino que cada uno, pretextando causas especiosas, intentó aumentar su poder. Casandro por su parte, veía que Alejandro, el hijo de Roxana, iba creciendo, y que se extendían voces por Macedonia que convenía ya liberar al mu-

chacho de la tutela y entregarle el reino paterno; temiendo entonces por sí mismo, dio órdenes a Glaucias, encargado de la custodia del muchacho, de asesinar a Roxana y al rey, ocultar sus cuerpos y no contar a ninguno de los otros lo sucedido. Glaucias cumplió su cometido, con lo que Casandro, Lisímaco y Tolomeo, e incluso Antígono, se vieron libres de los temores que presumían iba a proporcionarles al rey. Entonces, ya que no había nadie como sucesor del Imperio, cada uno de los que gobernaba pueblos y ciudades comenzó a acariciar esperanzas reales, e imperaba sobre las regiones bajo sus órdenes como si fuera un reino conquistado por su lanza.

DIODORO, XIX 105, 1-4

Texto 3
Agis IV, sus propuestas revolucionarias y la oposición a ellas (año 243 a. C.)

Por aquel tiempo la mayor parte de las riquezas de los laconios estaba en manos de las mujeres, lo que hacía difícil y molesta la tarea de Agis. Se oponían a ella las mujeres viendo que no solamente iban a ser privadas de un tenor de vida lujoso, que consideraban dichoso por su falta de gusto, sino además porque iban a perder el honor y el poder que proporciona la riqueza. Se volvieron a Leónidas, que era el más anciano (de los dos reyes) y le exhortaron para que se enfrentara a Agis e impidiera sus acciones. Leónidas, en efecto, quería ayudar a los ricos, pero temiendo al pueblo, que deseaba un cambio, no ofreció abierta resistencia, sino que procuraba ocultamente hacer daño y arruinar la empresa de Agis; conversaba con los magistrados y calumniaba al rey sosteniendo que éste ofrecía a los pobres los bienes de los ricos como pago por (dejarle ejercer) la tiranía, y que con repartos de tierras y condonación de deudas se procuraba para sí mismo muchos guardias personales y no ciudadanos para Esparta. Agis, sin embargo, logró que Lisandro fuera nombrado éforo, e inmediatamente propuso una ley (*retra*) a los ancianos, cuyos puntos principales eran la condonación de las deudas y el reparto de tierras. La región entre los barrancos de Pellene y el Taigeto, Malea y Selasia debía dividirse en cuatro mil quinientos lotes; y fuera de estos territorios el resto del país se repartiría en quince mil; éstos habrían de dividirse entre los *periecos* que pudieran portar armas, mientras que los primeros lo serían entre los espartiatas mismos, cuyo número habría de completarse por *periecos* y extranjeros, que hubieran recibido una educación liberal, de buena salud corporal y en la flor de la edad. Los espartiatas habrían de ser divididos en quince grupos convivales (*phiditías*) de cuatrocientas o doscientas personas, cuyo régimen de vida habría de ser el que habían practicado los antepasados.

PLUTARCO, *Agis*, 7, 5-8; 8, 1-4

Texto 4
Paz de Apamea entre Roma y Antíoco III (año 188 a. C.)

El tratado quedó ajustado según los términos siguientes:

Entre Antíoco y los romanos habrá paz perpetua según los puntos de este tratado:

El rey Antíoco no permitirá el paso por sus tierras ni por las de sus vasallos a ningún ejército enemigo de los romanos, ni le proporcionará ayuda ninguna. De modo semejante actuarán los romanos y sus aliados contra los que se dirijan contra Antíoco o sus vasallos.

Antíoco no hará la guerra contra los isleños, ni contra los habitantes del continente europeo.

Retirará sus tropas de las ciudades y el territorio[1]... los soldados no se llevarán nada, salvo sus propias armas. Si ocurre que se hayan llevado algunos objetos, deben devolverlos a las ciudades de donde los tomaron.

No recibirán refugiados del reino de Eumenes, ni soldados ni a ningún otro.

Si en el ejército de Antíoco hay algunos soldados procedentes de las ciudades capturadas por los romanos, serán entregados en Apamea. Si hay algunos (del reino de Antíoco) entre los romanos y sus aliados, que tengan la libertad de permanecer donde se encuentren si lo desean, o de marcharse.

Antíoco y sus vasallos entregarán los esclavos de los romanos y sus aliados, ya sean prisisoneros de guerra o huidos, u otros capturados en cualquier circunstancia. Antíoco entregará también, si le es posible, a Aníbal, hijo de Amílcar, de Cartago; a Mnesíloco de Acamania; a Toas, el etolio; a Eubulídes y Filón de Calcis, y a todos los etolios que hayan ejercido algún cargo público.

Entregará todos los elefantes que tiene en Apamea, y no tendrá ninguno de ahora en adelante. Entregará todas sus naves grandes, con sus aprestos y matalotaje, y desde ahora no tendrá más que diez naves sin cubierta; éstas no podrán poseer más de treinta remos, ni tampoco llevar un hombre por remo con propósitos de guerra ofensiva.

No navegará más allá del (río) Calicadno, (y) del promontorio (de Sarpedón) salvo para el transporte de tributos, embajadores o rehenes.

No le estará permitido a Antíoco recrutar mercenarios entre los pueblos sujetos a los romanos, ni recibir a los huidos.

Todas las casas de los rodios y de los aliados situadas en las tierras del rey Antíoco serán propiedad de los rodios como antes del comienzo de la guerra. Todo el dinero que se les adeude, deberá retornar a su poder; cualquier propiedad dejada por ellos, debe ser investigada y devuel-

---

[1] Faltan las palabras claves que se suplen con el texto de T. Livio (XXXVIII 38, 4-5): «más allá del Tauro hasta el río Tanais (Lays), y a lo largo del valle de este río (no pasará) de las alturas que dan a Licaonia». El texto es ambiguo y dio lugar posteriormente a discusiones. De hecho, esta frontera significaba la exclusión de Antíoco de Asia Menor.

ta. Las mercancías destinadas a los rodios quedarán libres de impuestos, como antes de la guerra.

Si Antíoco ha cedido a otros algunas de las ciudades que debe entregar, sacará de ellas sus guarniciones y sus tropas. Si algunas quieren retornar a su obediencia, no las admitirá.

Antíoco entregará a los romanos diez mil talentos en la mejor plata ática, a razón de mil por año, con no menos de ochenta libras romanas por talento, y además quinientas cuarenta mil medidas de trigo.

(Al rey Eumenes dará) trescientos cincuenta (talentos) durante los próximos cinco años en entregas anuales de (setenta) talentos al mismo tiempo que efectúa sus pagos a los romanos; y en lugar de trigo, tal como ha estimado el rey Antíoco, entregará ciento veintisiete talentos y mil doscientas ocho dracmas, cantidad con la que Eumenes se da por satisfecho.

Antíoco entregará (veinte) rehenes, cambiándolos cada tres años, de una edad comprendida entre dieciocho y cuarenta y cinco años.

Si se produce algún retraso en los pagos, deberá recompensarlo al año siguiente.

Si algunas de las ciudades o pueblos a los que se les ha impuesto por escrito que no deben emprender la guerra contra Antíoco comenzaran las hostilidades, le será permitido a Antíoco hacer la guerra. Pero no podrá someterlos a vasallaje o incitarlas a establecer con él alianza.

Las diferencias que se produzcan entre las dos partes serán sometidas a arbitraje.

Si cualquiera de las dos partes quisiera añadir o eliminar algún punto de este tratado de acuerdo con la otra, será lícito.

POLIBIO, XXI 43, 1-27

Texto 5
Testamento de Átalo III de Pérgamo (Decreto de la ciudad de Pérgamo tras la muerte del rey: 133 a. C.)

Siendo sacerdote Maestra[to, h]ijo de Apolodoro, en el día die[cinue]-ve del mes Eumeneio, decreto del pueblo a moción de los genera[les. Pues]to que el rey Átalo, Filométor y Everget[es tras par]tir de (la compañía) de los hombres ha dejado libre a nuestra pa[tri]a, asignándole la tierra ciu[dadana] (*chora*) que estimó conveniente, puesto que es forzoso que los romanos ratifiquen su testa[mento], y [es necesa]rio por la seguridad común que las clases de hombres que aba[jo se enume]ran participen de la ciudadanía a causa de la to[tal buena] voluntad que han manifestado hacia (nuestro) pueblo, éste ha resuelto —sea para bue[na fortuna— conce]der el derecho de ciudadanía a los aba[jo mencionados]: a los que están inscritos en la [lis]ta de resi[dentes] (*paroicos*); de entre los soldados a los que habitan en la ciudad y en sus territorios (*chora*); igualmente a los macedonios y mi[sios], y a los residentes (*katoicos*) inscritos en la ciudadela y en la ciu[dad] vieja; a los masdenos y [...]; a los guardianes

(*parafilaktas*) y a otros me[rcena]rios (*epikouros*) asentados en [la ciudad] o tienen propiedades en ella o en sus tierras (*chora*), e igualmente a sus mujeres e hijos; los descendientes de [los] libertos pasarán a la clase de residentes (*paroicos*), igualmente los esclavos reales tanto adultos como jóvenes; del mismo modo, las mujeres, excepto las que fueron compradas durante los reinado de Filadelfo (Átalo II) y Filométor (Átalo III), y todos aquellos procedentes de las propiedades confiscadas por la corona, y similarmente los esclavos públicos. Y todos los habitantes, hombres o mujeres, que se han marchado a raíz de la (muerte) del rey o han abandonado la ciudad y sus tierras, serán privados de sus derechos de ciudadanía y sus propiedades confiscadas por la ciudad. En el día cuarto al final del mes [decre]tó el pueblo, por moción de los generales: puesto que en el decreto sobre la concesión de ciudada[nía a los inscritos en la lista] de residentes [y a las demás clases] mencionadas en el decre[to sobre su paso a la categoría de] residentes (*paroicos*) y a los descendientes [de] los libertos y los esclavos reales y públicos... (el resto de la inscripción se ha perdido).

W. Dittenberger
Orientis Graeci Inscriptiones Selectae.
Leipzig 1903-1905, nr. 338, I 533-537

Texto 6
Antíoco IV y los judíos

10. De los sucesores de Alejandro brotó una raíz pecadora, Antíoco Epífanes, hijo del rey Antíoco (III, el Grande) que estuvo de rehén en Roma, y comenzó a reinar en el año ciento treinta y siete del imperio de los griegos. 11. Por aquellos días salieron de Israel hijo inicuos, que persuadieron a muchos diciéndoles: Vayamos y hagamos una alianza con las naciones de alrededor, puesto que desde que nos separamos de ellas han caído sobre nosotros males sin cuento. 12. Esta propuesta pareció buena a sus ojos. 13. Tomaron ánimos algunos de entre el pueblo y se acercaron al rey, quien les dio permiso para practicar las costumbres de los paganos. 14. Edificaron un gimnasio en Jerusalén según las costumbres de las naciones. 15. No se hicieron la circuncisión, se apartaron de la santa alianza, se unieron con los gentiles y se vendieron para obrar el mal.

16. Cuando Antíoco sintió que su reino era firme, decidió también reinar en Egipto, para ser el monarca de dos reinos. 17. Invadió a Egipto con un gran ejército, con carros, elefantes, jinetes y una gran flota, 18. e hizo la guerra a Tolomeo, rey de Egipto. Volvió la espalda Tolomeo ante Antíoco y huyó, y cayeron muchos heridos. 10. (Los invasores) se adueñaron de las ciudades fuertes de Egipto y se apoderaron de los despojos de la tierra de Egipto. 20. Después de derrotar a este país, Antíoco se volvió en el año 143 (= 168) y subió contra Israel, entrando en Jerusalén con un gran ejército. 21. Penetró en el Templo con insolencia, tomó el altar de oro, el candelabro de la luz con todos sus utensilios, 22. la mesa de

la proposición, las tazas, las copas, los incensarios de oro, la cortina, las coronas y arrancó los ornamentos dorados en la fachada del Templo. 23. Se adueñó de la plata, oro, vasos preciosos y se apoderó de todos los tesoros ocultos que encontró. 24. Se volvió a su país llevándoselo todo, derramando mucha sangre y pronunciando palabras de extrema arrogancia [...]

29. Dos años después envió el rey a un encargado de los tributos a las ciudades de Judá, quien llegó a Jerusalén con numeroso acompañamiento. 30. Les dirigió palabras pacíficas con falsía, y le creyeron. Pero de repente cayó sobre la ciudad, la entregó al fuego, y derribó casas y muros que la circundaban. 32. Llevaron cautivos a las mujeres y a los niños, y se apoderaron del ganado. 33. Edificaron en torno a la ciudad de David un muro grande y fuerte, y torres (también) fuertes, y se construyeron una ciudadela (*acra*). Situaron allí gente impía, hombres sin ley, que se hicieron fuertes en el lugar [...]. 39. A causa de ello huyeron los habitantes de Jerusalén, que vino a ser morada de extranjeros [...].

41. Publicó el rey un edicto en todo su reino para que todos formasen un solo pueblo, 42. abandonando cada uno sus leyes peculiares. Todos los pueblos aceptaron la orden del rey. 43. Entre los israelistas muchos se amoldaron a su culto, sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado. 44. Envió el rey órdenes por medio de mensajeros a Jerusalén y a las ciudades de Judá para que todos caminaran conforme a las leyes extranjeras al país;

45. que se prohibiesen en el Templo los holocaustos, sacrificios y libaciones; que se profanaran los sábados y las festividades;

46. que se contaminase el Templo y los santos;

47. que se erigieran altares, recintos sagrados e ídolos; que se ofrecieran en sacrificio cerdos y (otros) animales impuros;

48. que dejasen a sus hijos incircuncisos para mancharse con toda clase de impurezas y abominaciones,

49. de modo que se olvidaran de la Ley y cambiaran todos las prescripciones.

50. Todo aquel que no se conformase al decreto del rey sería condenado a muerte.

51. De acuerdo con estas prescripciones escribió cartas a todo su reino, y estableció inspectores por todo el pueblo y ordenó a las ciudades de Judá que se hiciesen sacrificios en cada una de ellas. 52. De entre el pueblo se unieron muchos (a los sirios), todos los que abandonaron la Ley; hicieron mucho mal en el país, 53. e impulsaron a Israel a ocultarse en escondrijos y lugares secretos. 54. En el día 15 del mes de Casleu del año 145 (diciembre del 167) Antíoco edificó sobre el altar la abominación de la desolación y erigieron altares en las ciudades circunvecinas de Judá, 55. ofreciendo incienso en las puertas de las casas y en las plazas. Los libros de la Ley que encontraban, los rasgaban y los echaban al fuego. 56. A quien se encontraba con un libro de la alianza, o se mostraba efecto a la Ley se le condenaba a muerte en virtud del decreto del rey.

1 Macabeos 1, 10-57

1. Naturaleza del texto

El texto que comentamos pertenece al *Libro I de los Macabeos*. En ésta una *obra anónima*, nacida de la pluma de un autor palestino, muy hostil al helenismo. Redactó su obra en hebreo, como se deduce del buen número de hebraismos que se perciben en el texto griego; es éste, pues, tan solo una traducción; *debe datarse* entre el reino de Juan Hircano (al que se alude en la obra), 130-104 a. C., y la llegada de Pompeyo a Palestina 63 a. C., que no encuentra eco en ella. Junto con *II Mac*, y unos cuantos textos de Josefo (*Ant. Jud.* XII; y *Bell. Jud.* I) *I Mac* son las fuentes que nos han llegado para explicar la política judía de Antíoco IV y sus consecuencias históricas. En sí misma considerada la sublevación de los judíos contra Antíoco no reviste una importancia especial dentro del marco de la historia del helenismo, y se enmarca dentro de las dificultades con las provincias en las que se vió inmerso continuamente el reino de los Seléucidas. Sin embargo, la reacción judía contra Antíoco tuvo como consecuencia, por una parte, el afianzamiento del judaísmo como religión y modo de vida. No llegó a desvirtuarse frente a las religiones helenísticas, lo que permitió más tarde el nacimiento del cristianismo en su seno como una secta judía. Por otra, la revuelta que respondió a las intenciones helenizadoras de Antíoco representa el primer paso serio, con la independencia política de Judea, en el desmoronamiento del Imperio Seléucida.

2. Resumen del contenido

Desde el punto de vista del piadoso judío, la proliferación de sucesores (diádocos) tras la muerte de Alejandro Magno, que se repartieron las diversas provincias del Imperio, extendió por todas partes la iniquidad religiosa del Helenismo. Ello conllevaba un peligro para la alianza del pueblo judío con Yahvé. Algunos miembros del pueblo se dejaron, sin embargo, seducir y adoptaron costumbres helénicas, llegando a construir un gimnasio dentro de Jerusalén.

Antíoco vuelve victorioso de su campaña contra Egipto y decide entrar en Jerusalén con su ejército para incorporar a su hacienda los numerosos tesoros que alberga el santuario de la ciudad. No contento con los expolios conseguidos, dos años más tar-

de, el rey envía a Jerusalén a un comisionado que pilla la ciudad actuando dolosamente, y destrozando sus fortificaciones; luego, cosa aún mucho más grave, establece en una de las colinas de Jerusalén, en la antigua ciudad de David, una fortaleza, el *Acra*, donde queda de asiento una guarnición de paganos que controla la ciudad. Un cierto tiempo más tarde, el rey ordena proclamar un edicto por el que se prohibe la práctica de la religión judía bajo pena de muerte: el texto enumera en resumen las claúsulas del decreto. El Templo es de nuevo profanado y se asesina a quienes se encuentre con ejemplares de la Ley u observen sus prescripciones.

3. Entorno histórico que refleja el texto

El texto que comentamos se sitúa en el reinado de Antíoco IV Epífanes (175-163). El desconocido autor menciona indirectamente en los preludios del texto que durante el reinado del padre y antecesor del monarca, Antíoco III, ya existía en Judea un grupo que veía con buenos ojos, como un acto de modernidad ideológica, la extensión del helenismo. De hecho, Antíoco el Grande había mantenido buenas relaciones con los judíos y había sancionado tras unos años en el poder (hacia el 204) los privilegios religiosos del pueblo: exenciones fiscales, subsidios para el mantenimiento del Templo; total libertad para la práctica religiosa, autonomía judicial, etc. En principio, la adopción de un modo de vida griego no implicaba en absoluto la renuncia a la religión tradicional judía, ya que el Imperio Seléucida era tolerante y sincretista en materia de religión, como tendremos que recordar alguna vez más. Sin embargo, el pueblo en Judea se dividió en dos grandes grupos: el primero, escaso en número en términos absolutos, filoheleno, «modernista» y que pretendía vivir de acuerdo con los tiempos, agrupaba a miembros sobre todo de las clases pudientes y la élite sacerdotal; el segundo, en el que se integraba la inmensa mayoría numérica, veía en el helenismo una ofensa y una traición a las tradiciones de los padres y un grave peligro para el mantenimiento de la Ley y la alianza con Yahvé.

4. Aclaración del texto

En el año 137 de la era seléucida (que comienza en el 312/11, por tanto en el 175 a. C.) accede al trono Antíoco IV Epífanes, tras el asesinato de su hermano Seleuco IV (187-175) a manos de su ministro Heliodoro (v. 10). El grupo proheleno de Jerusalén, con el

cambio de monarca, intentó reforzar sus posiciones. Su opinión era que el aislamiento político y religioso de Judea producía daños al país (11). Una embajada al monarca pidió permiso para vivir «según las costumbres de los gentiles». Esto significaba, sin duda, un cambio profundo en la estructura social y jurídica de la nación, por ejemplo, un nuevo sistema educativo y un nuevo modo de conducirse en los pleitos ante los tribunales, con nuevas leyes. Si hubiera sido simplemente un cambio de costumbres externas no hubieran necesitado los peticionarios ningún permiso especial del monarca. En *II Mac 4,9* se precisa que además de construir un gimnasio (nuestro texto v. 14), el sumo sacerdote del momento, Jasón, solicitó del rey «que se inscribiera a los habitantes de Jerusalén como ciudadanos antioquenos». Se discute qué significaba exactamente esta petición: bien que se constituyera en Jerusalén un *politeuma* de antioquenos (es decir, un grupo helénico que vivía conforme a costumbres griegas en Jerusalén), lo cierto es que tal petición debió parecer muy fuerte ante los piadosos ojos de la mayoría del pueblo. No parece que se llevara a efecto este propósito de transformación del *status* de la ciudad, pero las clases superiores siguieron adelante de todos modos con su proceso de helenización (v. 15). Aunque el texto quiere dar la impresión de que los impíos «modernistas» formaban un bloque compacto (v. 15), la realidad es, como lo indican los primeros capítulos de *II Mac*, que los filohelenos estaban profundamente divididos entre sí.

El texto menciona luego la campaña de Antíoco contra Egipto en el 170 que se denomina comúnmente «sexta guerra siria». La primera fase de esta contienda se desarrolló muy favorablemente para el monarca seléucida, como recogen los vv. 16 ss. No es seguro históricamente, sin embargo, que la iniciativa de la guerra la tomara Antíoco, como indica el v. 16, sino que la declaración de guerra partió probablemente de Egipto, que deseaba, quizás, remediar una desastrosa situación económica y política interna con la reconquista del territorio de la Celesiria, antiguamente egipcia y por aquel entonces en poder de los Seléucidas. El autor de *I Mac*, en odio contra Antíoco, lo pinta como el iniciador de la campaña por mera ambición (v. 16). A pesar de los triunfos iniciales (vv. 18. 19), Antíoco no pudo conquistar Alejandría, por lo que en el 169 se retiró de Egipto, no sin mantener en su poder la ciudad de Pelusio y conseguir un buen botín (v. 19). Este, sin embargo, no le debía parecer bastante, por lo que, de retorno a Siria, pasó por Jerusalén y expolió los tesoros del Templo (vv. 21-24). Tales apropiaciones por parte de los monarcas eran frecuentes en la época y no

significan necesariamente una hostilidad especial de Antíoco contra los judíos. Aunque el autor de nuestro texto pinta el hecho como un acto de rapiña y arrogancia (v. 24), lo cierto es que detrás de esta expoliación y de la entrada en Jerusalén debe entenderse el deseo de Antíoco de mostrar su autoridad ante las facciones rivales en las que estaban divididas las clases superiores de Jerusalén, con disputas incluso a muerte para retener el poder del sumo sacerdocio. Nuestro texto no menciona semejantes problemas internos, pero éstos se hallan bien descritos en los primeros capítulos de *II Macabeos*, como arriba indicábamos.

Algunos historiadores, basándose en un pasaje de F. Josefo, *Antiq.* XII 5, 2-4, afirman que Antíoco visitó dos veces la ciudad de Jerusalén. Nuestro texto no habla, sin embargo, más que de una visita. Esta opinión es la más probable, pues parece que Josefo se muestra confuso y no muy bien informado cuando habla de esta época.

Dos años más tarde (v. 29) del paso de Antíoco, el monarca envió a Judea un encargado de cobrar los tributos (gr. *árchonta phorologías*). Por motivos que nuestro desconocido autor no especifica, pero que pueden bien suponerse, como pudo ser la resistencia a sus intenciones recaudatorias, el comisionado atacó Jerusalén y se produjo un nuevo pillaje (vv. 31-33). Pero lo más importante fue el establecimiento en Jerusalén, en torno, nada menos, a la antigua ciudad de David, de una colonia militar sostenida por una fortaleza, el *Akra*. En sus alrededores debieron convivir con los soldados numerosos judíos helenizados, que buscaban el apoyo de la guarnición. Esta ciudadela fue un continuo insulto contra el Templo y los piadosos israelitas. Muchos de ellos huyeron de la ciudad para no contaminarse (v. 39). De hecho, hasta el año 142 a. C. y gracias a una acción enérgica del hermano de Judas Macabeo, Simón, no pudo ser eliminado este enclave helénico en el corazón de Jerusalén. Hasta ese momento la independencia de los judíos bajo los Macabeos no había sido total.

Ante los ojos de Antíoco, la provincia de Judea comenzaba a ser molesta, no sólo por las disputas entre las clases dirigentes superiores, sino por la resistencia del pueblo judío a aceptar la realidad de su dominación. Tanto nuestro texto (vv. 42 ss) como *II Mac 6, 1-2*, señalan como una fase nueva del enfrentamiento de Antíoco con los judíos el *decreto de diciembre de 167* obligando a aquellos a renunciar a su religión y a las costumbres patrias (vv. 46 ss): prohibición de los sacrificios, de la circuncisión, de vivir conforme a las prescripciones de la ley mosaica... y pena de muerte para los contraventores.

El texto que comentamos indica (v. 56) que, como consecuencia del decreto, el Templo quedó profanado al construirse sobre el altar dedicado a Yahvé otro consagrado al dios Baal («la abominación de la desolación» en palabras del autor del texto y de *Daniel* 11, 31). Algunos historiadores, por el contrario, basándose en *II Mac 6, 2*, creen que este hecho ocurrió *antes* del decreto real: el proceso de helenización llevó a colocar al templo jerusalemita bajo la invocación de Zeus Olímpico/Baal Shamen («Señor de los cielos»), transformando el santuario estrictamente judío en un templo mixto donde los griegos, los sirofenicios (de la guarnición, probablemente) y los judíos podían invocar a Dios. Para una mentalidad helenística ese hecho era normal; para los piadosos (*hasidim*), por el contrario, suponía el máximo atentado contra la religión. Debió haber en consecuencia un ambiente de agitación, que dió como resultado la intervención directa de Antíoco por medio del decreto mencionado.

Sea también como fuere el orden estricto de los acontecimientos, lo cierto es que el decreto antirreligioso de Antíoco provocó aún más disturbios e hizo que la mayoría del pueblo se aprestara a defender la identidad nacional, íntimamente ligada con la religión. La continuación del texto que comentamos en *I Mac* relata las hazañas de Matatías, padre de Judas Macabeo, y cómo comenzó la revuelta que habría de conducir a la separación de Judea del Imperio Seléucida y a hacer que con el paso del tiempo este país alcanzara de nuevo una extensión territorial semejante a la que había tenido en época de Salomón.

Se ha discutido mucho cuáles fueron realmente las intenciones de Antíoco IV a la hora de imponer su decreto antijudío. La interpretación tradicional ve en este hecho el deseo del monarca de apuntalar, en el plano de las ideas religioso-culturales, en esa parte de su Imperio la resquebrajada estructura de sus dominios: haciendo, en efecto, que los judíos se helenizaran, se lograba el que hubiera una mayor unidad; esas gentes pasarían a formar parte del núcleo, más o menos homogéneo, de pueblos dentro del Imperio, que aceptaban un nexo religioso común y que tenían unas costumbres, helénicas, similares. Pero esta interpretación choca contra la tendencia política general, tolerante en materia religiosa, que se observa durante toda la historia del Imperio Seléucida, y también contra el hecho de que semejante edicto no se impuso a los vecinos samaritanos, adeptos a su manera a la misma fe yahvista, ni a las comunidades de judíos de la diáspora, sujetas al Imperio, que no fueron en absoluto molestadas. Tampoco se explica el decreto por un deseo religioso del monarca de promover los

cultos helénicos, ya que el epicureísmo tolerante profesado por Antíoco casa mal con esta posible interpretación. Lo más lógico es suponer que el monarca promulgó este decreto con el deseo de romper la base religiosa de un movimiento social molesto para su gobierno en una provincia determinada: Judea; el rey pretendía vencer una resistencia local que se alimentaba de un fanatismo religioso exclusivista. El cálculo, sin embargo, resultó erróneo, y la revuelta que provocó contribuyó decisivamente a que los judíos se sintieran aún más un pueblo *sui generis* dentro del mundo helenístico. Las consecuencias de esta afirmación religioso-nacionalista para la futura civilización occidental en materia religiosa fueron incalculables.

5. Sobre el autor y sus intenciones

Ya hemos dicho más arriba que no sabemos nada del autor de *I Macabeos*. Sí es claro que su perspectiva histórica es totalmente nacionalista, sesgada y preocupada exclusivamente por el interés religioso de su propio pueblo. Su relato ha de complementarse con el *II Macabeos* que, aunque preocupado también por temas apologéticos, relata con más detalle la prehistoria de la confrontación entre los judíos y Antíoco. Al autor de nuestro texto se le escapan las causas profundas de este enfrentamiento, y carece de perspectiva para enjuiciar la política del monarca seléucida y sus motivaciones. Sin embargo, gracias a su relato (más los textos de Josefo, arriba mencionados, y los complementos de *II Mac*) podemos atisbar cómo fue el proceso que comenzó la desmembración del Imperio Seléucida, y la autoafirmación durante el Helenismo del judaísmo como pueblo y religión.

6. Conclusiones

Los historiadores están de acuerdo en la historicidad de las líneas generales del relato: la campaña de Egipto está testimoniada por otras fuentes, así como el decreto. El enfrentamiento de Antíoco con el pueblo judío aparece en otras obras independientes como son II Mac y el *Libro de Daniel*. Se aceptan, pues, los datos que ofrece el texto y sólo queda el interpretarlos políticamente, matizando los motivos puramente apologéticos.

Bibliografía

ADAMS, W. L.; BONZA, E. N. (ed.): *Philip II. Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington 1982.

ALLIOT, M.: «La fin de la resistence egyptienne dans le Sud» *REA* LIV (1952), pp. 18 ss.

ALLIOT, M.: «La Thébaide en lutte contre les rois d'Alexandrie sous Philopator et Epiphanes (216-184)» *REPhH* XXIX (1951), pp. 424 ss.

ALTHEIM, F.: *Alexander und Asien. Geschichte eines geistigen Erbes*, Tübingen, 1953.

ALTHEIM, F.: *Weltgeschichte Asiens in griechischen Zeitalter*, Halle 1947-8.

ALTHEIM, F. y STIEHL, R.: *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlin, 1970.

AUSTIN, M. M.: *The Hellenistic Word from Alexander to the Roman conquest*, Cambridge, 1981.

AYMARD, A.: «Tutelle et usurpation dans les monarchies hellénistiques», *Aegyptus* XXXII (1952), pp. 85 ss.

Id.: *Le royaume de Macedonie de la mort d'Alexandre à sa disparition*, Paris, 1949.

Id.: *Les asamblées de la confederation achaienne*, Roma, 1967.

AUBOYER, J.: *Oriente y Grecia antigua. Historia general de las civilizaciones* I. Barcelona, 1969.

BADIAN, E.: «Rome and Antiochus the Great: a study in cold war», *ClPh* LIV (1959), pp. 81 ss.

BEAN, G. B.: *Kleinasien I*, Stuttgart, 1969.

BENGTSON, H.: «Bedeutung der Eingeborenenbevölkerung in den hellenistischen Oststaaten», *WaG* XI (1951), pp. 135-143.

Id.: *Herrschengestalten des Hellenismus*, Munich, 1975.

Id.: *Die Staatsverträge des Altertums*, I-II, Munich, 1975.

BEVAN, E.: *The House of Seleucos*, Londres, 1902.

Id.: *Histoire des Lágides*, Paris, 1934.

BIANCHI-BANDINELLI, R. (dir.): *Historia y civilización de los griegos, vols. XII, VIII y IX. Barcelona, 1983.*

BIEZUNSKA-MALOWIST, I.: L'esclavage dans l'Egypte greco-romaine, Wroklaw-Varsovia, 1974-1975.

BIKERMANN, E.: *Institutions des Séleucides*, París, 1938.

Id.: «Notes sur Polybe: Le status des villes d'Asie après la paix d'Apamée», *REG* L (1937), pp. 217 ss.

Id.: «The Seleucids and the Achaemenids», *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il mondo grecoromano*, (Roma, 1965), Acc. dei Lincei 1966, pp. 87-117.
BLAVATSKAJA, T. V.; GOLUBCOVA, E. S.; PAVLOVSKAJA, A. I.: *Die Sklaverei in den hellenistischen Staaten im 3.-1. Jh. v. Chr.*, Wiesbaden, 1972.
BOGAERT, R.: *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leiden, 1968.
BOUCHÉ-LECLECQ, A.: *Histoire des Lagides*, París, 1903-1907.
Id.: *Histoire des Séleucides*, París, 1913.
BRAUNERT, H.: *Das Mittelmeer in Politik und Wirtschaft der hellenistischen Zeit*, Kiel, 1967.
Id.: *«Die Biennenwanderung. Studien zur Sozialgeschichte Aegyptens in der Ptolemäer und Kaiserzeit», Bonner Historische Forschungen*, 26, Bonn, 1964.
Id.: «Hegemoniale Bestrebungen der hellenistischen Grossmächte in Politik und Wirtschaft», *Historia* XIII (1964) pp. 80 ss.
BRIANT, P.: «Remarques sur *laoi* et esclaves ruraux en Asie Mineur», *Actes du Colloque de 1971 sur l'Esclavage*, pp. 93-133, París, 1973.
Id.: *Alexander le Grand*, París, 1977 (2.ª edic.).
Id.: *Antigone le Borgne*, París, 1973.
Id.: «Colonisation hellénistique et populations indigènes», *Klio* 60 (1978) pp. 57-92.
Id.: «Villages et communautés villageoises del'Asie achémenide et hellenistiques», *Journal of econ. and soc. History of the Orient*, 18 (1975), pp. 165-188.
BROWN, T. S.: «Polybius'account of Antiochos III», *Phoenix XVIII*, (1964), pp. 124 ss.
BRULÉ, P.: *La piraterie crétoise hellénistique*, París, 1978.
CABANES, P.: *L'Épire de la mort de Pyrrhos à la conquête romaine*, París, 1976.
CARDINALI, G.: *Il regno di Pergamo*, Roma, 1906.
COHEN, G. M.: *The Seleucids Colonies. Studies in Founding, Administration and Organisation*. Wiesbaden, 1978.
CHAMOUX, F.: *La civilization hellénistique*, París, 1981.
DEBORD, M. P.: «Populations rurales de l'Anatolie gréco-romaine», en *Studi vari di Storia greca, ellenistica e romana*, pp. 43-69, Milán, 1977.
DREWS, R.: *The Greek Accounts of Eastern History*, Cambridge, Mass., 1973.
DROYSEN, J. G.: *Geschichte des hellenismus*. Neuausgabe, 1952/3.
EDDY, S. K.: *The King is dead. Studies in the Near Eastern resistance to Hellenisme 334-31 B. C.*, Univ. of Nebraska Press, 1961.
EDSON, CH.: «Imperium macedonicum. The Seleucid Empire and the literary evidence» *ClPh* LIII (1958), pp. 153-170.
EHRENBERG, V.: *Der Staat der Griechen, 2: Der hellenistische Staat*, Leipzig, 1958. (Traducción inglesa de esta obra, publicada en Oxford, 1960).
ERRINGTON, R. M.: *Philopoemen*, Oxford, 1969.
FERGUSON, W. S.: *Hellenistic Athens*, Londres, 1911.
FINLEY, M. I.: *The Ancient Economy*, Londres-Berkeley, 1973.
FRASER, P. M.: *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972.
FRYE, R. M.: *The heritage of Persia*, 1961.
GARLAN, Y.: *Recherches de poliorçétique grecque*, Atenas, 1974.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del Mundo Helenístico*, Zaragoza, 1984.
GRIFFITH, G. T.: *The mercenaries of the hellenistic word*, Chicago, 1975.
HABICHT, Chr.: *Gottmenschentum und griechische Städte*, Munich, 1970 (2.ª edic.).
Id.: «Über die Kriege zwischen Pergamon und Bithynien», *Hermes* LXX (1956), pp. 90 ss.
Id.: *Untersuchungen zur politischen Geschichte Athens im 3. Jh. v. Chr.*, Munich, 1979.
HADAS, M.: *Hellenistische Kultur. Werden und Wirkung*, Stuttgart, 1963.
HAHN, I.: «Königsland und königliche Besteuerung im hellenistischen Osten», *Klio* 60 (1978), pp. 11-34.
HANSEN, E. V.: *The Attalids of Pergamon*, Londres, 1971 (2.ª edic.).

HARMATTA, J.: «Das Problem der Kontinuität im frühhellenistichen Aegypten», *Acta Antiqua*, XI (1963), pp. 199-213.
HEICHELHEIM, F. M.: *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus*, Jena, 1930.
HEINEN, H.: «Heer und Gesellschaft im Ptolemäerreich», *Ancient Society* 4 (1973), pp. 91-114.
Id.: «Zur Sklaverei in der hellenistischen Welt» *Ancient Society* 7, (1976), pp. 127-149; 8 (1977), pp. 121-154.
HENGEL, M.: *Juden, Griechen und Barbaren: Aspekte der Hellenisierung des Judentums im vorchristliche Zeit*, Stuttgart, 1976.
HOLLEAUX, M.: «Recherches sur l'histoire des negotiations d'Antiochos III avec les romains», *Études V*.
Id. «Antiochos Megas», *Études III*, pp. 159 ss.
Id. «La Clause territoriale du traité d'Apamée», *Études V*, pp. 208 ss.
HUSS, W.: *Untersuchungen zur Aussenpolitik Ptolemaios IV*, Munich, 1976.
IRSMER, J.: «Die hellenistische Weltreichsidee», *Klio* 60 (1978), pp. 177-182.
JÄHNE, A.: «Zwei Tendenzen gesellschaftlicher Entwicklung im Kellenismus», *Klio* 60 (1978), pp. 137-150.
KAHRSTEDT, U.: *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit*, Berlin, 1926.
KOERNER, R.: «Die staatliche Entwicklung in Alt-Achaia», *Klio* 56 (1974), pp. 457-495.
Id.: «Zum Sklavenrecht im ptolemäischen Ägypten», *Klio* 60 (1978), pp. 163-168.
KREISSIG, H.: «Die Polis in Griechenland und im Orient in der hellenistischen Epoche», en *Hellenische Poleis*, 2, pp. 1.074-1.084, Berlín, 1974.
Id.: «L'esclavage à l'époque hellénistique» en *Formes d'exploitation du travail et rapports sociaux dans l'antiquité classique. Recherches internationales à la lumière du marxisme*, 84, 1975, pp. 99-109.
Id.: «L'esclavage dans les villes d'Orient pendant la periode hellénistique», *Actes du Colloque sur l'Esclavage 1973*, París, 1975.
Id.: *Wirtschaft und Gesellschaft im Sleukidenreich*, Berlín, 1978.
LARSEN, J. A. D.: *Greek Federal States*, Oxford, 1968.
LAUNEY, M.: *Recherches sur les armées hellenistiques*, París, 1950.
LE RIDER, G.: «Souse sous les Séleucides et les Parthes. Les trouvailles monétaires et l'histoire de la ville», *Memoires de la Mission archeologique en Iran* XXXVIII. París, 1965.
LERICHE, P.: «Ai Khanoum, un rempart hellénistique en Asie Central», *Revue Archeologique*, 1974, pp. 231-270.
LEVÊQUE, P.: *Le monde hellenistique*, París, 1969.
Id.: *La societá ellenistica. Quadro Politico*, Milán, 1977.
LEVI, M. A.: *Né liberi né schiavi*, Milán, 1976.
LOZANO, A.: *La Esclavitud en Asia Menor helenística*, Oviedo, 1980.
MAGIE, D.: *Roman Rule in Asia Minor*, Priceton, 1950.
MANNI, E.: «L'Egitto tolemaico nei suoi rapporti con Roma», *RF LXXVII* (1949), pp. 103 ss.
MCSHANNE, R. B.: «The foreign Policy of the Attalids of Pergamon, Urbana, 111 in, 1964.
MOMIGLIANO, A.: *Alien Wisdom. The limits of Hellenization*, Cambridge, 1975.
MOOREN, L.: *La hierarchie de la cour Ptolemaïque*, Lovaina, 1977.
MORDZEJEWSKI, J.: «Régime foncier et structures sociales dans l'Egypte ptolemaïque», *Actes du Colloque sur l'Esclavage 1974.*, París, 1976.
MÖRKHOLM, O.: *Antiochus IV of Syria*, Copenague, 1966.
MOSSÉ, CL.: «Quelques problèmes du développement de l'esclavage à l'époque hellénistique», *Actes du Colloque d'histoire sociale 1970*, pp. 75-91. París, 1971.
MÜLLER, B. J.: *Ptolemaeus II Philadelphus als Gesetzgeber*, Colonia, 1968.
MÜLLER, R.: *Die epikureische Gesellschaftstheorie*, Berlín, 1974 (2.ª edic.).
Id.: «Zur sozialen Utopie im Hellenismus», en *Die Rolle der Volksmassen in der Geschichte der vorkapitalistischen Gesellschaftsformationen*, pp. 277-286. Berlín, 1975.

PREAUX, CL.: *Economie royale des Lagides*, Bruselas, 1939.
Id.: «La signification du règne d'Evergetes II», *Actes du Congrès de Papyrologie d'Oxford 1937*, pp. 345 ss. Bruselas, 1938.
Id.: «Pourquoi n'y eut-il pas des grandes codifications hellenistiques?», *RIDA* 3.ª Ser. V (1958), pp. 365 ss.
Id.: *Les grecs en Egypte d'après les archives de Zenon*, Bruselas, 1947.
Id.: «Tradition und schöpferische Kräfte in der hellenistischen Zivilization Aegyptens», *Das Altertum* 6 (1960), pp. 152-159.
Id.: «Das Ptolemäische Ägyten», *Akten der internationalen Symposions 1976 in Berlin*, Berlín, 1978.
Id.: *El mundo helenístico. Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146 a. J.)*, Barcelona, 1984 (2 vols.).
RANOWITSCH, A. B.: *Der Hellenismus und seine geschichtliche Rolle*, Berlín, 1958.
ROBERT, L.: *Les villes d'Asie Mineure*, París, 1962 (2.ª edic.).
ROSTOVTZEFF, M.: «Notes on the economic Policy of Pergamene Kings», *Anatolian Studies presented to Sir W. M. Ramsay*, Manchester, 1923, pp. 375 ss.
Id.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, 1967.
SCHMITT, H. H.: *Untersuchungen zur Geschichte Antiochos der Grossen und seiner Zeit*, Wiesbaden, 1964.
Id.: *Staatsverträge des Altertums III*, Munich, 1969.
SCHNEIDER, G.: *Kulturgeschichte des Hellenismus*, Munich, 1967-69 (2 vols.).
SCHÖNERT-GEISS, E.: «Das Geld im Hellenismus», *Klio* 60 (1978), pp. 131-136.
SEIBERT, J.: *Historische Beiträge zu den dinastischen Verbindungen in hellenistischer Zeit*, Wiesbaden, 1967.
Id.: *Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios I*, Munich, 1969.
MUSIOLEK, P.: «Zur Problematik der Stadt im Hellenismus», *Klio* 60 (1978), pp. 93-100.
MUSTI, D.: «Aspetti dell'organizazione seleucidica in Asia Minore nell III se. a. J.», *PP* XX (1965), pp. 153-160.
Id.: «Lo Stato dei Seleucidi. Dinastia, popili, città, da Seleuco I ad Antioco III», *Stidi classice e orientali* 15 (1966), pp. 61-197.
NARAIN, A. K.: *The Indo-Greeks*, Oxford, 1957.
OELSNER, J.: «Kontinuität und Wandel in Gesellschaft und Kultur Babyloniens in hellenistischer Zeit», *Klio* 60 (1978), pp. 101-116.
OERTEL, F.: *Die Liturgie. Studien zur ptolemäischen und kaiserlichen Verwaltung Aegyptens*, Leipzig, 1917.
OLIVA, P.: «Zur politischen Lage im hellenistischen Griechenland», *Klio*, 60 (1978), pp. 151-162.
Id.: «Die soziale Frage im hellenistischen Griechenland», *Eirene* 12 (1974), pp. 47-61.
ORHT, W.: *Königlicher Machtanspruch und stätische Freiheit*, Munich, 1977.
OTTO, W.: «Zu den syrischen Kriege der Ptolomaem», *Philologus* LXXXVI (1931), pp. 400 ss.
PEREMANS, W.: «Ptolemée II Philadelphe et les indigènes égyptiens», *RBPhH* (1933), pp. 1.006 ss.
Id.: «Egyptiens et étrangers dans l'agriculture et l'elevage en Egypte ptolemaïque», *Ancient Society* V (1974), pp. 127-135.
Id.: «Egyptiens et étrangers dans l'Egypte ptolemaïque. Grecs et Barbares», *Entretiens sur l'Antiquité clasique VIII de la Fondation Hardt*, Ginebra, 1962.
PESTMAN, W.: «Harmachis et Anchmachis, deux rois indigènes du temps des Ptolomées», *Chr. Eg.* XL (1965), pp. 157 ss.
PETIT, P.: *La civilization hellénistique*, París, 1965.
Id.: *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972.
SIFMAN, I. S.: «Griechische und orientalische Quellen der hellenistischen Polisorganisation im vorderasiatischen Bereich», *Klio* 60 (1978), pp. 203-216.

SWIDEREK, A.: «La societé indigène en Egypte d'après les archives de Zenon», *Journal of juristic Papyrology* VII-VIII (1954-55), pp. 231-284.
TARN, W. W.: *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge, 1951.
Id.: *La civilización helenística*, Méjico, 1969.
Id.: *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1968.
TEXIER, J. G.: *Nabis*, París, 1975.
TIBILETTI, G.: «Roma and the ager pergamenus», *JRS* XLVII (1957), pp. 63 ss.
TSCHRIKOWER, W.: *Die hellenistischen Städtegründungen von Alexander dem Grossen bis auf die Römerzeit*, Leipzig, 1927.
TOVER, A.; MARÍAS, J.; FERNÁNDEZ GALIANO, M.; D'ORS, A.: *Problemas del mundo helenístico*, Madrid, 1961.
VOGT, J.: Pergamon und Aristonikos», *Atti dei terzo Congresso Internationale di Epigraphie greca e latina*, pp. 45 ss. Roma, 1959.
VOLKMANN, H.: *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Stäte in der hellenistich-römischen Zeit*, Wiesbaden, 1961.
Id.: «Ptolemaios», *RE* XXIII 2, cols. 1966 ss.
Id.: *Kleopatra*, Munich, 1953.
WALBANK, F. W.: «Polybius and the Eastern policy of Rome» *JRS LIII* (1963) pp. 1 ss.
Id.: *The Hellenistic Word*, Sussex, 1981.
VAVRINEK, V.: *La révolte d'Aristonicos*, Praga, 1957.
Id.: «Aristonicus of Pergamum: Pretender to the Throne or Leader of a Slave Revolt?», *Eirene* 13 (1975), 109-129.
WEINBERG, J. P.: «Bemerkungen zum Problem:» Der Vorhellenismus im Vorderen Orient», *Klio* 58 (1976), pp. 5-20.
WELLES, C. B.: *Royal Correspondece in the Hellenistic Period*, New Haven, 1934.
Id.: «The ptolemaic Administration in Egypt», *Journal of jurist. Papyrology III* (1949), pp. 21-47.
Id.: Alexander and the hellenistic Word, Toronto, 1970.
WELSKOPF, E. CH.: *Helenische Poleis*, Berlín, 1974 (4 vols.).
WELWEI, K. W.: «Abhängige Landbevölkerung auf «Tempelterritorien» in hellenistischen Kleinasien und Syrien», *Ancient Society* 10 (1979), pp. 97-118.
WILCKEN, U.: *Alexander der Grosse*, Leipzig, 1931.
WILL, E.: «Les premières années du règne d'Antiochos III», *REG* LXXV (1962), pp. 72-129.
Id.: *Histoire politique du Monde hellénistique* I-II, Nancy, 1966 (2.ª edic.) (1979).
Id.: «Rome et les Séleucides», *ANRW* 1972, pp. 590-632.
Id.: «Limites, possibilités et tâches de l'histoire économique et sociale du mond grec antique», *Études d'Archéologie* oo. 153-166. París, 1963.
WILL, E.; MOSSÉ, Cl.; GOUKOWSKY, P.: *Le monde grec et l'Orient 2*, París, 1975.
WOLSKI, J.: «L'effondrement de la domination des Séleucides en Iran au III siècle av. J. C.», *Bull. intern. de l'Acad. des Sciences et des Lettres (1939-1945).* Cracovia, 1947.
Id.: «Les Iraniens et le royaume gréco-bactrien», *Klio* 38 (1960) pp. 113-115.
Id.: «Die Wiederstandsbewegung gegen die Makedonenherrschaft im Orient», *Klio*, 51 (1969), pp. 207-215.
WÖRRLE, M.: «Epigraphische Forschungen zur Geschichte Lykiens», *Chiron* 7 (1977) pp. 43-66; 8 (1978), pp. 202-246; 9 (1979), pp. 83-111.
ZANCAN, P.: *Il monarcato ellenistico nei suoi elementi federativi*, Padua , 1934.






Acceso
Abierto